



ORSON SCOTT CARD

OBSERVADORES DEL PASADO

la R E D E N C I Ó N

de

CRISTOBAL COLÓN

Lectulandia

En un futuro no demasiado lejano, un pequeño grupo de científicos e historiadores dedican sus horas a estudiar el pasado con una nueva máquina de observación a través del tiempo, la TruSite II.

Por desgracia su mundo es un lugar trágico: la especie humana ha quedado reducida a una población de menos de mil millones de personas tras un siglo de guerras y plagas, de sequía, de inundaciones y de hambrunas. Ha habido demasiadas extinciones, demasiada tierra ha quedado envenenada y baldía. La gente que sobrevive lucha por renovar el planeta, mientras los especialistas observan el pasado en busca de las causas de su terrible presente.

Un día, sin embargo, al contemplar la terrible matanza de las tribus caribeñas a manos de los españoles, que conducidos por Cristóbal Colón se dirigen a La Hispaniola , la observadora Tagiri descubre que la mujer a quien está estudiando también la ve a ella, e interpreta esa imagen como un mensaje de los dioses.

¿Podría alterarse el pasado? ¿Sería correcto que un pequeño grupo de observadores actuara de forma que, de tener éxito, hiciera desaparecer una línea temporal, aunque fuera la suya la propia? ¿Se justificaría su acción si, gracias a ella, se evitara la muerte de todo el planeta?

Lectulandia

Orson Scott Card

Observadores del pasado

La redención de Cristobal Colón

ePUB v1.0

Superpollo1968 20.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: Pastwatch: The Redemption of Christopher Columbus

Traducción: Rafael Marín

1ª edición: febrero 1998

© 1996 by Orson Scott Card

© Ediciones B, S.A., 1998

ISBN: 84-406-8119-4 / 978-84-406-8119-5

Bailen 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain

Depósito legal: B. 1.284-1998

Impreso por PURESA, S.A.

Girona, 206 - 08203 Sabadell

PRESENTACIÓN

Tras casi una veintena de ocasiones, ésta es la primera vez que escribo la presentación de una novela de Orson Scott Card después de haberle conocido en persona. Scott, acompañado de su esposa Kristine, estuvo con nosotros como invitado de honor en la Convención Española de Ciencia Ficción, la HISPACON 97 celebrada en Matará a primeros de noviembre pasado.

Debo decir que me sorprendió la gentileza y disponibilidad sin límites en un autor ya consagrado, que se enfrentaba en esa ocasión a un mercado, el español, que no deja de ser francamente marginal en el gran éxito mundial que acoge prácticamente todas sus obras. Las colas que se formaban en las sesiones de firma de libros son ya un hito, quizás insuperable, en la historia de la ciencia ficción en España. Y Card, como el conejito del anuncio, firmaba, firmaba y firmaba, sin dar síntomas de cansancio y sin perder su amable disposición. No obstante, lo que más me sorprendió de Scott Card fue su lucidez e inteligencia. Me constaba desde hace varios años su gran capacidad narrativa, y daba por supuesta su brillante oratoria (no en vano Card domina el arte escénico y ha dedicado no pocos esfuerzos a la actividad teatral); pero debo decir que su rapidez y certeza de juicio me maravillaron. Estoy convencido de que se trata de una de las personas más inteligentes con quien he tenido la suerte de tratar. Aunque eso es algo que la mayoría de sus lectores ya imaginábamos.

Debo reconocer que tal vez esta valoración, que algunos pueden juzgar exagerada, se confunda con el resultado de algún que otro rasgo personal que parecemos tener en común. Scott, como yo, es una de esas personas que, en lenguaje políticamente correcto, tiene una clara tendencia al excesivo desarrollo en sentido horizontal. Coincidimos también en estar convencidos de que la gula es «comer demasiado de cualquier cosa», aunque ambos estamos de acuerdo en que, por ejemplo, cuando se trata de helado, el concepto de «demasiado» no es aplicable: nunca se puede comer demasiado helado...

En cualquier caso, además de a muchos de sus lectores, Scott y Kristine conocieron en España algún que otro buen restaurante (cuyas referencias resultaron incluidas casi de inmediato en su página Web: <http://www.hatrack.com>) y, aprendieron también a disfrutar de los fantásticos «panellets», esos dulces de almendra que se hacen en Cataluña para la «castanyada» del primero de noviembre. El que Scott apareciera con un kilo de «panellets» tras salir de un restaurante y, después de comer casi opíparamente, es algo que la gente de mi envergadura horizontal no dejamos de agradecer y que, debo confesarlo, ni a mi se me hubiera ocurrido...

Si además de amabilidad, inteligencia y afición por el buen yantar, uno es capaz de narrar historias como lo hace Scott, su éxito mundial es algo del todo lógico e inevitable.

Pasando ya a comentar la presente novela, diré de inmediato que coincido con su traductor, Rafael Marín, en considerar que es una de las mejores que Card ha escrito en los últimos años.

Por si a alguien le interesa, yo suelo preferir LA VOZ DE LOS MUERTOS a EL JUEGO DE ENDER, aunque esta última sea mucho más popular. También he dicho muchas veces que LA SAGA DE WORTHING o LOVELOCK es de lo mejor que Card ha escrito, sin olvidar esa macroantología (y, además, maravillosa exposición de lo que es el arte de narrar) que es MAPAS EN UN ESPEJO, o ese curioso libro que es LA GENTE DEL MARGEN, con otro de sus relatos para mí antológicos: «América». Son, evidentemente, valoraciones personales y, como suele ocurrir, a menudo intransferibles.

Sin embargo en el caso de OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN, estoy seguro de que no seré el único en coincidir con Rafael Marín. El juego con las paradojas temporales, la reconstrucción de la historia y, en definitiva, el análisis del sentido del devenir y el enfrenta-miento de las civilizaciones humanas es algo que, en manos de Card, casi se diría que «no puede fallar». Con su habitual maestría en la narración de historias sobre gente cuyas motivaciones «nos importan», Card la ha emprendido esta vez con la humanidad como personaje central, cuyas opciones morales y éticas analiza. Un buen tour de forcé.

La trama, tal y como contamos en la contraportada, parece sencilla. En un futuro no demasiado lejano, un pequeño grupo de científicos e historiadores dedican sus horas a estudiar el pasado con una nueva máquina de observación a través del tiempo, la TruSite II.

Por desgracia su mundo es un lugar trágico: la especie humana ha quedado reducida a una población de menos de mil millones de personas tras un siglo de guerras y plagas, de sequía, de inundaciones y de hambrunas. Ha habido demasiadas extinciones, demasiada tierra ha quedado envenenada y baldía. La gente que sobrevive lucha por renovar el planeta, mientras los especialistas observan el pasado en busca de las causas de su terrible presente.

Un día, sin embargo, al contemplar la terrible matanza de las tribus caribeñas a manos de los españoles, que conducidos por Cristóbal Colón se dirigen a La Hispaniola, la observadora Tagiri descubre que la mujer a quien está estudiando también la ve a ella y, a su vez, interpreta esa imagen como un mensaje de los dioses.

¿Podría alterarse el pasado? ¿Sería correcto que un pequeño grupo de observadores actuara de forma que, de tener éxito, hiciera desaparecer una línea temporal, aunque fuera la suya propia? ¿Se justificaría su acción si, gracias a ella, se evitara la muerte de todo el planeta?

Como puede verse, estamos ante una brillante y emotiva disquisición sobre el tiempo y sus paradojas y, muy en especial, sobre el sentido de la historia y la responsabilidad humana, sobre la colonización de América, la esclavitud y los sacrificios humanos. Una sorprendente e inolvidable revisión de la historia, narrada con la maestría habitual en el autor de EL JUEGO DE ENDER.

Parece ser que OBSERVADORES DEL PASADO está llamada a convertirse en una serie y, si he de creer lo que me dijo medio sonriendo y posiblemente bromeando, Card piensa llevar esa «observación del pasado» hasta las vidas de Noé y, ¿cómo no?, de los mismísimos Adán y Eva. Yo lo dudo, pero con Scott todo es posible. Veremos.

En cualquier caso, OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN surge, evidentemente, al amparo del quinto centenario de la llegada de los europeos a América. Pero la novela se demoró y apareció a destiempo, en 1996. No es malo: para nosotros, a más de cinco años de los faustos del Quinto Centenario, queda tan sólo el poso y no todo el complejo (y a veces molesto) ajeteo de esos días. Tal vez esa tardanza haya sido, en definitiva, para bien.

El mismo Card achaca parte del retraso en terminar la novela al tiempo empleado en un maravilloso y sugerente juego de ordenador, Civilization de Sid Meier. Si es así, la dilación es comprensible. Ése es un juego al que vale la pena jugar. Y eso que el bueno de Scott no disponía de la versión Civilization II (con copyright de 1996, al menos en su versión española), mucho más completa y rica en opciones para quienes deseen jugar y manipular el destino de diversas civilizaciones humanas.

Es más: durante la escritura de la presente novela, Card no parece haber conocido otro de los juegos de Sid Meier, el menos famoso Colonization (1995), que trata de la construcción de un imperio colonial en el mundo que los europeos consideraron nuevo en 1492. En realidad, Colonization entronca más directamente con el tema central de OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN, aunque no permita, ni mucho menos, especulaciones tan sugerentes como las que Card narra magistralmente en esta novela. Y es que OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN es, como decía, una de las más interesantes entre las novelas recientes de Card: un análisis y un intento de revisión de las opciones morales que subyacen en un encuentro de culturas y civilizaciones.

Como ya sabemos a partir de la saga de Ender, Card es especialista en ese tipo de encuentros. Recordemos aquí esa clasificación entre especies en apariencia no humanas pero de capacidades esencialmente parecidas a las humanas (raman), y las especies con quienes es imposible cualquier tipo de colaboración, aquellas que constituyen lo verdaderamente alienígena (varelse). Ese tipo de consideraciones no deberían ser aplicables a este caso, aunque alguno de los llamados «conquistadores»

insistieran salvajemente en hacerlas...

De todo eso trata esta interesante novela. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

*Para Tom Doherty,
el editor del planeta Krypton:*

*Su corazón es de oro,
su palabra es acero,
y conoce el territorio.*

AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceras gracias a:

Clark y Kathy Kidd, por su buena compañía, una ermita «virtual», y la cuidadosa primera respuesta de Kathy a muchos capítulos;

Henrique Flory, viajero, por su ayuda e inspiración;

los ciudadanos de Hatrack River de America Online, por señalarme dilemas que yo no sabía que tenía;

Richard Gilliam, por esperar pacientemente la historia de la Atlántida en su versión ampliada;

Don Grant, por muchos hermosos libros y por su paciencia para esperar una novela cuya creación desafió al calendario;

Michael Lewis, por el Mar Rojo;

Dave Dollahite, por los mayas;

una queja a Sid Meier, por el juego Civilización, que interfirió seriamente en mi habilidad para concentrarme en el trabajo productivo (pero lo recomiendo a aquellos que quieran tener la experiencia de alterar la historia por sí mismos);

a mis ayudantes, Kathleen Bellamy y Scott Alien, por incontables ayudas, grandes y pequeñas;

como siempre, a Kristine, por hacer la vida posible, y a Geoff, Em, Charlie Ben y Zina, por darle significado.

LOS VIGILANTES DEL PASADO

Algunos la llamaron «la era de deshacer»; otros, deseando ser más positivos, hablaban de «la replantación» o «la restauración», o incluso «la resurrección» de la Tierra. Todos esos nombres eran exactos. Se había hecho algo y había que deshacerlo. Muchas cosas habían muerto, o habían sido rotas, o asesinadas, y ahora volvían a la vida.

Éste era el trabajo del mundo en esos días: los nutrientes fueron devueltos al suelo de los grandes bosques tropicales del planeta, para que los árboles pudieran volver a crecer altos. Se prohibió el pastoreo en los bordes de los grandes desiertos de África y Asia y se plantó hierba para que la estepa y la sabana pudieran reconquistar poco a poco el territorio perdido ante la piedra y la arena. Aunque las estaciones meteorológicas situadas en órbita no podían cambiar el clima, a menudo desviaban los vientos lo suficiente para que ningún lugar de la Tierra sufriera sequías, inundaciones o falta de luz. En las grandes reservas los animales supervivientes aprendían a vivir de nuevo en libertad. Todas las naciones del mundo tenían un reparto equitativo de alimento y ninguna padecía ya hambre. Cada niño disponía de buenos maestros; cada hombre y mujer de una oportunidad decente para convertirse en aquello a lo que los condujeran sus talentos, pasiones y deseos.

Tendría que haber sido una época feliz en la que la humanidad avanzara hacia un futuro donde el mundo sería curado, donde podría vivirse una vida cómoda sin la vergüenza de saber que todo era a expensas de alguien más. Y para muchos (quizá la mayoría) así era. Pero muchos otros no podían apartar el rostro de las sombras del pasado. Faltaban demasiadas criaturas, que nunca serían restauradas. Demasiadas personas, demasiadas naciones yacían enterradas bajo el suelo del pasado. Una vez el mundo había rebotado con siete mil millones de vidas humanas. Ahora sólo una décima parte de esas vidas atendían los jardines de la Tierra. Los supervivientes no podían olvidar fácilmente el siglo de guerra y epidemias, de sequía e inundación y hambre, de atroz furia que conducía a la desesperación. Cada paso de cada hombre y mujer viviente pisaba la tumba de alguien, o eso parecía.

Así que no fueron sólo los bosques y praderas los que fueron devueltos a la vida. La gente también pensaba en recuperar los recuerdos, las historias, los caminos entrelazados que hombres y mujeres habían seguido para guiarlos a sus momentos de gloria y sus momentos de vergüenza. Construyeron máquinas que les permitían ver el pasado, al principio los grandes cambios absolutos a lo largo de los siglos, y luego, cuando las máquinas fueron perfeccionadas, los rostros y las voces de los muertos.

Sabían, por supuesto, que era imposible registrarlo todo. No había suficientes seres vivos para dar testimonio de todas las acciones de los muertos. Pero probando

acá y allá, siguiendo una pregunta hasta su respuesta, una nación hasta su fin, los hombres y mujeres de Vigilancia del Pasado podían contar historias a sus semejantes, fábulas auténticas que explicaban por qué las naciones se alzaban y caían; por qué los hombres y mujeres envidiaban, odiaban y amaban; por qué los niños se reían bajo la luz del sol y temblaban en la oscuridad de la noche.

Vigilancia del Pasado recordaba tantas historias olvidadas, duplicaba tantas obras de arte perdidas o rotas, recuperaba tantas costumbres, modas, chistes y juegos, tantas religiones y filosofías, que a veces daba la impresión de que no había necesidad de pensar en nada. Toda la historia estaba disponible, parecía, y sin embargo Vigilancia del Pasado apenas había arañado la superficie de ella, y la mayoría de los observadores ansiaban un futuro ilimitado en el que pudieran curiosear a través del tiempo.

1

LA GOBERNADORA



Hubo una única ocasión en que Colón se desesperó y pensó que nunca culminaría su viaje. Fue la noche del 23 de agosto, en el puerto de Las Palmas de Gran Canaria.

Después de tantos años de esfuerzo, sus tres carabelas habían zarpado por fin de Palos, sólo para encontrarse con problemas casi de inmediato. Después de que tantos sacerdotes y nobles en las cortes de España y Portugal le hubieran sonreído para luego tratar de destruirlo a sus espaldas, cuando el timón de la *Pinta* se soltó y estuvo a punto de romperse, a Colón le resultó difícil creer que no se trataba de un sabotaje. Después de todo, a Quintero, el dueño de la *Pinta*, le ponía tan nervioso dejar su pequeña embarcación partir en tan largo viaje que se enroló como un marinero más, con el único fin de no perder de vista su propiedad. Y Pinzón le dijo en privado que había visto a un grupo de hombres reunidos en la popa de la *Pinta* justo cuando soltaban velas. Pinzón arregló el timón él mismo, en el mar, pero al día siguiente volvió a romperse. Pinzón se enfureció, pero le juró a Colón que el barco se reuniría con él en Las Palmas al cabo de unos pocos días.

Colón confiaba tanto en la habilidad de Pinzón y en su entrega al viaje que no pensó más en la *Pinta*. Navegó con la *Santa María* y la *Niña* hasta la isla de Gomera, donde gobernaba Beatriz de Bobadilla. Era una reunión que ansiaba desde hacía tiempo, una oportunidad para celebrar su triunfo sobre la corte española con alguien

que había dejado claro que deseaba su éxito. Pero Doña Beatriz no estaba en casa. Y mientras esperaba, día tras día, tuvo que soportar dos situaciones intolerables.

La primera fue tener que mostrarse educado al escuchar a los caballeretes de la pequeña corte de Beatriz, quienes no paraban de contarle sorprendentes mentiras sobre cómo, en ciertos días despejados, desde la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias, se divisaba una tenue imagen de una isla azul en el horizonte... ¡como si no hubieran navegado hasta allí barcos de sobra! Pero Colón había aprendido a sonreír y asentir ante las más extravagantes estupideces. No se sobrevive en la corte sin esa habilidad, y Colón había capeado no sólo las cortes ambulantes de Fernando e Isabel, sino también la más asentada y arrogante de Juan de Portugal. Y después de esperar décadas para conseguir las naves, hombres, suministros y, sobre todo, el permiso para emprender su viaje, podía soportar unos cuantos días más de conversación con caballeros idiotas. Aunque a veces tenía que apretar los dientes para no señalar lo absolutamente inútiles que se verían, a los ojos de Dios y todos los demás, si no eran capaces de encontrar nada mejor que hacer con sus vidas que esperar en la corte de la gobernadora de Gomera cuando ella ni siquiera estaba en su residencia. Sin duda divertían a Beatriz: había demostrado un claro desprecio hacia la indignidad de la mayoría de los hombres de la clase caballeresca cuando conversó con Colón en la corte real de Santa Fe. A buen seguro los confundía constantemente con irónicos comentarios que ellos ni siquiera advertían.

Sin duda, mucho más intolerable era el silencio de Las Palmas. Había dejado allí hombres con instrucciones de comunicarle inmediatamente el arribo a puerto de la *Pinta*. Pero los días pasaban y no llegaba ninguna noticia. Mientras, la estupidez de los cortesanos se hacía más insufrible, hasta que por fin se negó a tolerar nada de ellos ni un instante más. Tras despedirse agradecido de los caballeros de Gomera, navegó hasta Las Palmas, sólo para encontrar, cuando llegó el 23 de agosto, que la *Pinta* no estaba allí.

Inmediatamente pensó en las peores posibilidades. Los saboteadores estaban tan decididos a que no completara el viaje que se había producido un motín, o de algún modo habían persuadido a Pinzón para que diera la vuelta y regresara a España. O iban a la deriva en las corrientes del Atlántico, barridos hacia algún destino innombrable. O los habían capturado los piratas... o los portugueses, tal vez pensando que eran parte de alguna estúpida empresa española para meterse en sus dominios a lo largo de las costas de África. O Pinzón, quien ciertamente se consideraba más cualificado para liderar la expedición que el propio Colón (aunque nunca habría conseguido el apoyo real para la aventura, pues carecía de la educación, los modales y la paciencia necesarios), podría haber tenido la loca idea de seguir navegando, para alcanzar las Indias antes que él.

Todo aquello era posible, y por momentos parecía hasta probable. Colón se apartó

de toda compañía humana esa noche y se hincó de rodillas ante el Todopoderoso. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca antes lo había hecho con tanta ira.

—He hecho todo lo que dispusisteis que hiciera —dijo—. He presionado y suplicado, y ni una sola vez me habéis mostrado el menor apoyo, ni siquiera en los momentos más oscuros. Sin embargo, mi confianza nunca falló y por fin conseguí la expedición en los términos exactos requeridos. Zarpamos. Mi plan era bueno. El tiempo óptimo. La tripulación es hábil aunque se consideren mejores marinos que su capitán. Todo lo que necesitaba ahora, todo lo que necesitaba, después de cuanto he soportado hasta hoy, era que algo saliera bien.

¿Era una osadía decirle esto al Señor? Probablemente. Pero Colón había hablado con osadía a hombres poderosos con anterioridad, y por eso las palabras surgían fácilmente de su corazón para brotar por su lengua. Dios podía fulminarlo si quería... Colón se había puesto en Sus manos antes, y estaba cansado.

—¿Era demasiado para Vos, mi Señor? ¿Teníais que quitarme mi tercera nave? ¿Mi mejor marino? ¿Teníais que privarme incluso de la amabilidad de Doña Beatriz? Está claro que no he encontrado favor ante Vuestros ojos, oh, Señor, y por tanto Os insto a que encontréis a otro. Haced que me caiga muerto si queréis, difícilmente podría ser peor que matarme poco a poco, lo que parece ser Vuestro plan en este momento. Voy a decir una cosa: permaneceré a Vuestro servicio un día más. Enviadme la *Pinta* o mostradme qué otra cosa queréis que haga, pero juro por Vuestro más sagrado y terrible nombre que no realizaré un viaje semejante con menos de tres naves, bien equipadas y plenamente atendidas. Me he convertido en un anciano a Vuestro servicio, mas a partir de mañana por la noche pretendo dimitir y vivir con la pensión que consideréis adecuado proporcionarme. —Se persignó—. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Tras haber finalizado su más impía y ofensiva oración, Colón no logró conciliar el sueño hasta que por fin, no menos airado que antes, saltó de la cama y se arrodilló de nuevo.

—¡Hágase Vuestra voluntad, y no la mía! —dijo, furioso. Entonces regresó a la cama e inmediatamente se quedó dormido.

A la mañana siguiente la *Pinta* arribó a puerto. Colón lo consideró la confirmación definitiva de que Dios estaba realmente interesado en el éxito de su viaje. «Muy bien —pensó—. No me hicisteis caer muerto por mi falta de respeto, Señor; en cambio, me habéis enviado la *Pinta*. Por tanto os demostraré que sigo siendo vuestro leal servidor.»

Lo demostró haciendo que la mitad de los habitantes de Las Palmas, o eso parecía, entraran en un absoluto frenesí. El puerto tenía carpinteros y calafateadores de sobra, herreros y estibadores y fabricantes de velas, y daba la impresión de que todos hubieran sido reclutados para trabajar en la *Pinta*. Pinzón rebosaba de

desafiantes disculpas: habían navegado a la deriva durante casi dos semanas antes de que lograra por fin, gracias a sus brillantes dotes marineras, llevar la nave al puerto prometido. Colón recelaba todavía, pero no lo demostró. Fuera cual fuese la verdad, Pinzón estaba allí, y también la *Pinta*, junto con un hosco Quintero. Eso le bastaba.

Y mientras tenía la atención de los trabajadores del astillero de Las Palmas, finalmente convenció a Juan Niño, el propietario de la *Niña*, de que cambiara sus velas triangulares por los mismos aparejos cuadrados que las otras carabelas, para que todas aprovecharan el mismo viento y, con la ayuda de Dios, pudieran navegar juntas hasta la corte del Gran Khan de China.

Bastó una semana para que las tres naves quedaran en mejor forma de lo que estaban cuando zarparon de Palos, esta vez sin desafortunados fallos en el equipo necesario. Si antes hubo saboteadores, sin duda se habían amedrentado por el hecho de que tanto Colón como Pinzón parecían decididos a navegar a toda costa... por no mencionar el hecho de que si la expedición volvía a fracasar, podrían acabar aislados en las islas Canarias, con pocas perspectivas de regresar pronto a Palos.

Y Dios fue tan misericordioso al contestar la imprudente oración de Colón que, cuando por fin navegó hasta Gomera para la última estiba de sus naves, la bandera de la gobernadora ondeaba sobre los muros del castillo de San Sebastián.

Los temores que pudiera albergar respecto a que Beatriz de Bodadilla ya no le tuviera en alta estima desaparecieron de inmediato. Cuando fue anunciado, ella despidió al momento a los otros caballeros que tanto habían molestado a Colón la semana anterior.

—¡Cristóbal, mi hermano, mi amigo! —exclamó. Cuando él le besó la mano, le condujo del palacio al jardín, donde se sentaron a la sombra de un árbol y el marino le contó todo lo que había sucedido desde que se encontraron por última vez en Santa Fe.

Ella escuchaba, embelesada, hacía inteligentes preguntas y se reía cuando Colón relataba la molesta interferencia con la que el rey le había acosado desde que firmó las capitulaciones.

—En vez de pagar las tres carabelas, sacó a la luz alguna antigua ofensa que la ciudad de Palos había cometido... contrabando, sin duda...

—La principal industria de Palos durante muchos años, según tengo entendido —dijo Beatriz.

—Y como castigo, requirió que pagaran un tributo equivalente al valor de dos carabelas.

—Me sorprende que no hiciera que pagaran las tres —dijo Beatriz—. El viejo Fernando es un hueso duro de roer. Pero sufragó una guerra sin arruinarse. Y acaba de expulsar a los judíos, así que no puede decirse que no tuviera a nadie a quien pedir dinero.

—La ironía es que hace siete años el duque de Sidonia me habría comprado las tres carabelas de Palos con su propio tesoro, si la corona no le hubiera negado el permiso.

—El querido Enrique... siempre ha tenido mucho más dinero que la corona, y no puede comprender por qué eso no lo convierte en más poderoso que los reyes.

—De todas formas, podéis imaginar cuánto se alegraron de verme en Palos. Y entonces, para asegurarme de que ambas mejillas fueran bien abofeteadas, promulgó un edicto para que todo hombre que accediera a unirse a mi expedición ganaría una suspensión de cualquier acción civil y penal que tuviera pendiente.

—Oh, no...

—Oh, sí. Ya podéis imaginar cómo les sentó eso a los verdaderos marinos de Palos. No estaban dispuestos a navegar con un puñado de delincuentes y morosos... ni a correr el riesgo de que la gente pensara que habían necesitado de tal perdón.

—Su Majestad sin duda imaginó que haría falta un incentivo semejante para persuadir a los hombres a navegar con vos en vuestra loca aventura.

—Sí, bueno, su «ayuda» casi acabó con la expedición antes de zarpar.

—Entonces... ¿cuántos felones y menesterosos hay en vuestra tripulación?

—Ninguno, al menos que sepamos. Gracias sean dadas a Dios por Martín Pinzón.

—Oh, sí, un hombre legendario.

—¿Habéis oído hablar de él?

—Todas las leyendas de marineros llegan también a las Canarias. Vivimos junto al mar.

—Pinzón lo comprendió bien. En cuanto se corrió la voz de que él iba, empezamos a reclutar marinos. Y fueron sus amigos quienes se arriesgaron a poner las carabelas para el viaje.

—No de forma gratuita, por supuesto.

—Esperan hacerse ricos, al menos según sus expectativas.

—Como vos esperáis serlo según las vuestras.

—No, mi señora. Espero ser rico según vuestras expectativas.

Ella se echó a reír y le tocó el brazo.

—Cristóbal, cuánto me alegro de veros de nuevo. Cuánto me alegro de que Dios os eligiera para ser Su paladín en esta guerra contra la Mar Océano y la corte de España.

Su observación fue ligera, pero tocaba un asunto bastante delicado: era la única persona que sabía que Colón había emprendido este viaje siguiendo órdenes divinas. Los sacerdotes de Salamanca lo tomaban por loco, pero si hubiera musitado una sola palabra de su creencia en que Dios le había hablado, le habrían marcado como hereje y eso habría puesto fin a su plan de llevar una expedición a las Indias. Tampoco había tenido intención de contárselo a ella; no pretendía contárselo a nadie, ni siquiera a su

hermano Bartolomé, ni a su esposa Felipa antes de que muriera, ni al padre Pérez de La Rábida. Sin embargo, después de sólo una hora en compañía de Doña Beatriz, se lo había contado. No todo, por supuesto. Pero sí que Dios le había elegido, le había ordenado que hiciera ese viaje.

¿Por qué se lo había dicho? Quizá porque sabía implícitamente que podía confiarle su vida. O quizá porque le miraba con una inteligencia tan penetrante que supo que ninguna otra explicación que no fuera la verdad lograría convencerla. Incluso así, no le había dicho ni la mitad, pues hasta ella lo habría tomado por loco.

Y no lo tomaba por tal o, si lo hacía, debía sentir un amor especial hacia los locos. Un amor que continuaba incluso entonces, hasta un grado superior a sus esperanzas.

—Quedaos esta noche conmigo, mi Cristóbal —dijo ella.

—Mi señora —respondió él, inseguro de haber oído bien.

—Vivisteis con una villana llamada Beatriz en Córdoba. Tuvo vuestro hijo. No podéis pretender hacer vida monacal.

—Parezco condenado a caer bajo el hechizo de damas llamadas Beatriz. Y ninguna de ellas ha sido, ni por asomo, una villana.

Doña Beatriz dejó escapar una risita.

—Conseguís hacer un cumplido a vuestra antigua amante y a la vez a quien podría ser una nueva. No me extraña que lograrais abriros paso entre sacerdotes y eruditos. Me atrevo a decir que la reina Isabel se enamoró de vuestro pelo rojo y del fuego de vuestros ojos, igual que yo.

—Me temo que hay más gris que rojo en el pelo.

—Casi ninguno.

—Mi señora, recé por vuestra amistad cuando recalé en Gomera. No me atreví a soñar más.

—¿Vais a iniciar un largo y retorcido discurso que al final acabará rechazando mi invitación carnal?

—Ah, Doña Beatriz, no rechazar... ¿pero quizá posponer?

Ella extendió la mano y le acarició la mejilla.

—No sois un hombre muy guapo, lo sabéis, Cristóbal.

—Ésa ha sido siempre mi opinión.

—Y, sin embargo, no se puede apartar los ojos de vos. Ni se os puede apartar de la mente cuando habéis partido. Soy viuda y vos sois viudo. Dios vio adecuado librar a nuestros cónyuges de los tormentos de este mundo. ¿Debemos también nosotros dejarnos atormentar por deseos no satisfechos?

—Mi señora, sería un escándalo... si me quedara esta noche.

—Oh, ¿es eso? Entonces partid antes de medianoche. Os ayudaré a bajar por el parapeto por medio de una cuerda de seda.

—Dios ha respondido a mis plegarias.

—Bien debería, ya que cumplís Su misión.

—No me atrevo a pecar y perder ahora Su favor.

—Sabía que debía haberos seducido allá en Santa Fe.

—Así es, mi señora. Cuando regrese con éxito de esta gran empresa, no seré un plebeyo cuyo único atisbo de nobleza es por su matrimonio con una familia secundona de Madeira. Seré Virrey. Seré Almirante de la Mar Océano. —Sonrió—. Ya veis, seguí vuestro consejo y lo hice poner todo por escrito en previsión.

—¡Bien, Virrey nada menos! Dudo que entonces malgastéis una sola mirada en una mera gobernadora de una isla remota.

—Ah, no, señora. Seré Almirante de la Mar Océano, y cuando contemple mi reino...

—Como Poseidón, gobernador de todas las costas que son bañadas por las olas del mar...

—... No encontraré corona más valiosa que esta isla de Gomera, ni joya más hermosa en esa corona que la bella Beatriz.

—Habéis pasado demasiado tiempo en la corte. Hacéis que vuestros cumplidos parezcan ensayados.

—Claro que los he ensayado, una y otra vez, toda la semana que esperé atormentado vuestro regreso.

—El regreso de la *Pinta*, queréis decir.

—Ambas llegasteis tarde. Vuestro timón, sin embargo, estaba intacto.

El rostro de ella se ruborizó, y entonces se echó a reír.

—Os quejabais de que mis cumplidos eran demasiado cortesanos. Pensé que podríais apreciar un cumplido de taberna.

—¿Eso es lo que era? ¿Acaso las busconas se acuestan gratis con los hombres que les dicen cosas bonitas?

—Nada de busconas, señora. Esa poesía no es para aquellas que pueden ser poseídas con simple dinero.

—¿Poesía?

—Vos sois mi carabela, con velas hinchadas...

—Cuidado con vuestras referencias náuticas, amigo mío.

—Velas hinchadas, y los brillantes estandartes rojos de vuestros labios danzando mientras habláis.

—Sois muy ingenioso. ¿O no vais improvisando sobre la marcha?

Lo improviso. Ah, vuestro aliento es el bendito viento por el que rezan todos los marineros, y la vista de vuestro timón deja a este pobre marinero con el mástil tenso...

Ella le abofeteó en la cara, pero sin intención de hacerle daño.

Comprendo que mi poesía es mala.

—Besadme, Cristóbal. Creo en vuestra misión, pero si nunca regresáis quiero al

menos un beso para poder recordarlos.

Así que él la besó, dos veces. Pero entonces se despidió de ella, y regresó para ultimar los preparativos de su viaje. Todo estaba en manos de Dios; cuando estuviera terminado, sería el momento de recolectar las recompensas terrenales. ¿Aunque quién podría decir, después de todo, que ella no suponía una recompensa del cielo? Era Dios, al fin y al cabo, quien la había convertido en viuda, y quizá Dios también quien, contra toda probabilidad, la había hecho amar a este hijo de un tejedor genovés.

La vio, o le pareció verla (¿quién más podría haber sido?), agitando un pañuelo escarlata como si fuera un estandarte desde el parapeto del castillo cuando sus carabelas zarparon por fin. Alzó la mano para saludarla y entonces volvió el rostro hacia el oeste. No miraría de nuevo hacia el este, hacia Europa, hacia el hogar, no hasta que hubiera conseguido lo que Dios le había enviado a hacer. El último de los obstáculos, sin duda, ya había quedado atrás. Diez días de navegación y desembarcaría en Catay o en la India, en las Islas de las Especies o en Cipango. Nada lo detendría ahora, pues Dios estaba con él, como lo había estado desde aquel día en la playa cuando se le apareció y le dijo que olvidara sus sueños de una cruzada.

—Tengo un trabajo más importante para ti —dijo Dios entonces, y por fin Colón estaba cerca de la culminación de ese trabajo. Le llenaba como un vino, le llenaba como la luz, le llenaba como el viento hinchaba las velas sobre su cabeza.

ESCLAVOS



Aunque Tagiri no retrocedió personalmente en el tiempo, sí es cierto que fue ella quien dejó aislado a Cristóbal Colón en la isla de La Española y cambió para siempre el rostro de la historia. Pese a que nació siete siglos después del viaje de Colón y nunca salió de su continente natal de África, encontró un medio de volver atrás y sabotear la conquista europea de América. No fue un acto de malicia. Algunos dijeron que fue como corregir una dolorosa hernia en un niño con lesión cerebral: en el fondo, el niño seguiría estando severamente limitado, pero no sufriría tanto. Pero Tagiri lo veía de otra manera.

—La historia no es preludeo —dijo en una ocasión—. El sufrimiento de la gente en el pasado no se justifica porque todo hubiera acabado lo suficientemente bien cuando nosotros aparecimos. Su sufrimiento cuenta tanto como nuestra paz y felicidad. Nos asomamos a nuestras ventanas doradas y sentimos pena por las escenas de sangre y muerte, de plagas y hambrunas que se desarrollan en las inmediaciones. Cuando creíamos que era imposible retroceder en el tiempo y hacer cambios podíamos tener excusas para derramar una lágrima por ellos y continuar con nuestras felices vidas. Pero ahora que sabemos que está en nuestro poder ayudarlos, si nos darnos la vuelta y dejamos que su sufrimiento continúe, nuestra época no será una edad dorada, y nuestra felicidad quedará envenenada. La buena gente no deja que los demás sufran sin necesidad.

Lo que pedía era difícil, pero algunos estaban de acuerdo con ella. No muchos, pero los suficientes.

Nada en su familia, sus raíces o su educación indicaba que, un día, al deshacer un mundo, crearía otro. Como la mayor parte de los jóvenes que se unían a Vigilancia del Pasado, el primer uso que Tagiri dio al tempovisor fue seguir a su propia familia hacia atrás, generación a generación. Era vagamente consciente de que, como novicia, sería observada durante su primer año. ¿Pero no le habían dicho que mientras aprendía a controlar y sintonizar la máquina («es un arte, no una ciencia») podría explorar todo lo que quisiera? No le habría molestado saber que sus superiores menearon afirmativamente la cabeza cuando quedó claro que estaba siguiendo su línea materna hacia atrás, hacia la aldea Dongotona a orillas del río Koss. Aunque era de razas mezcladas, como cualquier otra persona en el mundo de su época, había escogido el linaje que más le importaba, del que derivaba su identidad. Dongotona era el nombre de su tribu y el del país montañoso donde vivía, y la aldea de Ikoto era el antiguo hogar de sus antepasados.

Era difícil aprender a usar el tempovisor. Aunque la ayuda por ordenador era extraordinaria, de forma que llegar al lugar y tiempo exacto deseados era preciso y se producía en cuestión de minutos, no había aún ninguna máquina capaz de superar lo que los vigilantes del pasado llamaban «problema significativo». Tagiri escogía un punto de observación en la aldea, cerca del camino principal que serpenteaba entre las casas, y establecía un marco temporal, por ejemplo una semana. El ordenador escrutaba el paso humano y grababa todo lo que sucedía dentro de la cobertura del punto de observación.

Todo esto requería solamente minutos... y enormes cantidades de electricidad, pero se hallaban en los albores del siglo veintitrés y la energía solar era barata. Lo que consumió las primeras semanas de Tagiri fue sortear las conversaciones vacías, los acontecimientos sin significado. No es que parecieran vacíos o carentes de importancia al principio. Cuando empezó, Tagiri escuchaba cualquier conversación y se quedaba embelesada. ¡Eran personas reales, de su propio pasado!

Algunos de ellos sin duda eran antepasados suyos, y tarde o temprano averiguaría cuáles eran. Mientras tanto, le encantaba todo... las muchachas flirteando, los ancianos quejándose, las mujeres cansadas pegando a niños malcriados. ¡Oh, aquellos niños! Aquellos niños hambrientos llenos de vida y cubiertos de hongos, demasiado jóvenes para saber que eran pobres y demasiado pobres para saber que no todos en el mundo se levantaban con hambre por la mañana y se acostaban igual por la noche. ¡Eran tan vitales, tan despiertos!

En unas pocas semanas, Tagiri se topó con el problema significativo. Después de observar a unas docenas de muchachas tonteando, sabía que todas las chicas de Ikoto tonteaban más o menos de la misma forma. Después de observar unas pocas docenas

de castigos, amenazas, peleas y caricias entre los niños, se dio cuenta de que había visto todas las variantes de castigos, amenazas, peleas y caricias que podría ver. Aún no se había encontrado ningún medio para que los ordenadores de Tempovisión reconocieran la conducta humana inusitada e impredecible. Ya había sido bastante difícil programarlos para que reconocieran el movimiento humano; en los primeros días, los vigilantes del pasado habían tenido que observar interminables paisajes y bandadas de aves y grupos de lagartos y ratones antes de poder ver unas cuantas interacciones humanas.

Tagiri encontró su propia solución: una solución minoritaria, pero los que la observaban no se sorprendieron de que fuera una de las que emprendían esta ruta. Donde la mayoría de los vigilantes del pasado recurrían a aproximaciones estadísticas en su investigación, llevando la cuenta de distintas conductas y escribiendo luego trabajos sobre pautas culturales, Tagiri tomó el camino contrario, y empezó por seguir a un individuo desde el principio hasta el final de su vida. No buscaba pautas, sino historias.

Ah —dijeron sus observadores—. Será una biógrafa, son sus vidas, no sus culturas, lo que estudiará para nosotros.

Entonces su investigación dio un giro que sus superiores solo habían visto en contadas ocasiones anteriormente. Tagiri ya había retrocedido seis generaciones en la familia de su madre cuando abandonó su estrategia biográfica y, en vez de seguir a cada persona desde el nacimiento hasta la muerte, empezó a seguir a mujeres concretas hacia atrás, desde la muerte hasta el nacimiento.

Tagiri empezó a hacer esto con una anciana llamada Amami, estableciendo su tempovisor para que mantuviera puntos de observación cambiantes que siguieran a Amami atrás en el tiempo. Eso significaba que excepto cuando interrumpía su programa, Tagiri era incapaz de encontrar sentido a las conversaciones de la mujer. Y en vez de causa y efecto desplegándose en la pauta lineal normal, buscaba constantemente el efecto primero, y luego descubría la causa. En su vejez Amami caminaba con una pronunciada cojera; sólo después de seguirla hacia atrás en el tiempo descubrió Tagiri el origen de la cojera, cuando una Amami mucho más joven yacía sangrando en su camastro. Después pareció arrastrarse hacia atrás apartándose del camastro hasta que se desencogió y se puso en pie para enfrentarse a su marido, que parecía apartar bruscamente su bastón de su cuerpo una y otra vez.

¿Y por qué la había golpeado? Unos cuantos minutos de retroceso le dieron la respuesta: Amami había sido violada por dos fornidos hombres de la cercana aldea de Lotuko cuando iba a por agua. Pero su marido no podía aceptar la idea de que se tratara de una violación, pues eso habría significado que era incapaz de proteger a su esposa; eso habría requerido que él emprendiera algún tipo de venganza, lo que habría puesto en peligro la frágil paz entre Lotuko y Dongotona en el valle del Koss.

Así que, por el bien de su tribu y para proteger su propio ego, tuvo que interpretar la historia de su llorosa esposa como mentira y asumir que de hecho se había comportado como una prostituta. La golpeaba para que le entregara el dinero que había cobrado, aunque para Tagiri estaba claro que sabía que no había ningún dinero, que su amada esposa no era ninguna prostituta, que de hecho estaba siendo injusto. El obvio sentido de la vergüenza del marido por lo que hacía no parecía suavizar las cosas para ella. Era más brutal que ningún otro hombre que Tagiri hubiera visto en la aldea... innecesariamente, y continuó golpeándola con el bastón hasta mucho después de que ella gritara y suplicara y confesara todos los pecados jamás cometidos en el mundo. Como la castigaba no porque creyera en la justicia de su acción sino para así convencer a los vecinos de que creía que su esposa se lo merecía, se le fue la mano. Se le fue la mano, y luego tuvo que ver a Amami cojeando durante el resto de su vida.

Si alguna vez pidió perdón, o lo dio a entender siquiera, fue algo que Tagiri no llegó a ver. Había hecho lo que un hombre tenía que hacer para mantener su reputación en Ikoto. ¿Cómo iba a lamentar eso? Amami podía cojear, pero tenía un marido honorable cuyo prestigio no había menguado un ápice. No importaba que incluso la semana anterior a la muerte de Amami, algunos de los niños pequeños de la aldea todavía la siguieran, burlándose de ella con las palabras que habían aprendido de la hornada anterior de niños:

—¡Putas de Lotuko!

Cuanto más empezaba Tagiri a preocuparse e identificarse con la gente de Ikoto, más comenzaba a vivir en el flujo temporal de atrás hacia adelante. Cuando contemplaba las acciones de otras personas, dentro y fuera del tempovisor, en vez de esperar a ver los resultados de las acciones, esperaba ver las causas. Para ella el mundo no era un futuro potencial esperando su manipulación; para ella, era un conjunto irrevocable de resultados, y todo lo que podía encontrarse eran las causas irrevocables que conducían al momento presente.

Sus superiores advirtieron esto con gran curiosidad, pues aquellos novicios que habían experimentado con el flujo temporal hacia atrás en el pasado normalmente renunciaban muy pronto a seguir, ya que resultaba sumamente desorientador. Pero Tagiri no renunció. Volvía atrás y atrás en el tiempo, recorriendo la vida de las ancianas hasta el vientre de sus madres, y luego siguiendo a éstas, una y otra vez, encontrando la causa de todo.

Por ello se permitió que su período de noviciado se extendiera más allá de aquellos inseguros meses cuando aún adquiría soltura en el manejo del tempovisor y encontraba su camino en el problema significativo. En vez de darle una misión en alguno de los proyectos en curso, le permitieron continuar explorando su propio pasado. No dejaba de ser una decisión muy práctica, naturalmente, pues al ser una

buscadora de historias en vez de una buscadora de pautas no encajaba en ninguno de los proyectos en marcha. A los buscadores de historias normalmente se les permitía seguir sus propios deseos. Sin embargo, la continuada observación hacia atrás de Tagiri la convertía no en una novicia inusitada, sino única. Sus superiores sentían curiosidad por ver adonde la conduciría su trabajo y qué escribiría.

No eran como Tagiri. Ella se habría observado a sí misma para descubrir, no adonde la llevaría su peculiar investigación, sino de dónde procedía.

Si se lo hubieran preguntado, habría pensado un instante y se lo habría dicho, pues era y siempre había sido extraordinariamente consciente de sí misma. «Fue el divorcio de mis padres», habría dicho. Le habían parecido perfectamente felices toda su vida; entonces, cuando Tagiri cumplió catorce años, se enteró de que iban a divorciarse y, de repente, toda aquella infancia idílica resultó ser una mentira, pues sus padres habían estado fingiendo todos aquellos años en una terrible y sañuda competición por la supremacía en el hogar. Había sido invisible para Tagiri porque sus padres ocultaban su pernicioso competitividad incluso el uno al otro, incluso a sí mismos, pero cuando nombraron al padre jefe de la Restauración de Sudán, lo que suponía situarlo dos niveles por encima de la madre en la misma organización, el odio por los logros mutuos emergió finalmente, desnudo y brutal.

Sólo entonces pudo Tagiri pensar en las crípticas conversaciones mantenidas durante los desayunos o las cenas, cuando sus padres se felicitaban mutuamente por diversos éxitos. En ese momento, perdida la ingenuidad, Tagiri recordaba sus palabras y advertía que habían estado clavando cuchillos en el orgullo del otro. Y así, en la cúspide de su infancia, súbitamente volvió a experimentar toda su vida hasta entonces, sólo que en sentido inverso, con el resultado claro en su mente, pensando hacia atrás y hacia atrás, descubriendo las auténticas causas de todo. Así había sido su vida desde entonces, mucho antes de que pensara en usar sus títulos universitarios de etnología y lenguas muertas para ingresar en Vigilancia del Pasado.

No le preguntaron por qué su flujo temporal corría hacia atrás, y ella no se lo dijo. Aunque se sentía vagamente incómoda porque aún no le habían encomendado ninguna misión, Tagiri también se alegraba, pues estaba jugando al juego más grande de su vida, resolviendo rompecabezas tras rompecabezas. ¿No se había casado muy mayor la hija de Ama-mi? ¿Y no se había casado a su vez la hija de ésta demasiado joven y con un hombre que era mucho más testarudo y egoísta que el amable pero complaciente esposo de su madre? Cada mujer rechazaba las decisiones de la generación anterior, sin comprender nunca los motivos que regían la vida de su madre. Felicidad para una generación, miseria para la siguiente. Todo se remontaba hasta una violación y una paliza injusta a una mujer triste. Tagiri había oído cada una de las reverberaciones antes de dar por fin con la campana; había sentido todas las olas antes de acabar por descubrir la piedra lanzada a la laguna. Igual que había

hecho en su propia infancia.

Todos los signos indicaban que seguiría una carrera extraña e intrigante. A su expediente personal le adjudicaron el raro status de una etiqueta plateada, lo que indicaba a cualquiera que tuviera autoridad para reasignarla que la dejaran en paz o la animaran a continuar con lo que estuviera haciendo. Mientras tanto, sin que ella lo supiera, se le asignaría un monitor permanente para seguir todo su trabajo. De este modo, si se daba el caso (como a veces sucedía con los extraños) de que nunca publicara, tras su muerte podría hacerse un informe sobre el trabajo de su vida, por si tenía algún valor. Sólo cinco personas tenían una etiqueta plateada en sus expedientes cuando Tagiri consiguió este estatus. Y Tagiri era la más extraña de todas.

Su vida podría haber continuado de esa forma, pues no permitía que nada externo interfiriera en el camino que ella seguía de modo natural. Pero al segundo año de su investigación personal, se topó con un acontecimiento en la aldea de Ikoto que la apartó de un sendero y la lanzó a otro, con consecuencias que cambiarían el mundo. Retrocedía a través de la vida de una mujer llamada Diko. Más que ninguna otra mujer que hubiera estudiado, Diko se había ganado el corazón de Tagiri pues, yendo hacia atrás desde el día de su muerte, había percibido en ella un aire de tristeza que la hacía parecer una figura de tragedia. Los que la rodeaban lo sentían también: la trataban con gran reverencia y a menudo le pedían consejo, incluso los hombres, aunque no era una de las profetisas y no ejecutaba más ritos sacerdotales que cualquier otro dongotona.

La tristeza permanecía, año a año, retrocediendo hasta su época de joven esposa, hasta que por fin dio paso a otra cosa: miedo, ira, incluso llanto. «Estoy cerca — pensó Tagiri—. Descubriré el dolor en la raíz de su tristeza.» ¿Se trataba también de alguna acción de su esposo? Resultaba difícil de creer, pues contrariamente al marido de Amami, el de Diko era un hombre amable y tranquilo, que disfrutaba de la posición de respeto que su esposa ostentaba en la aldea y nunca parecía buscar ningún honor para sí. No era un hombre orgulloso ni brutal. Y parecían, en sus momentos más íntimos, estar verdaderamente enamorados. Fuera lo que fuese lo que causó la tristeza de Diko, su marido era un consuelo para ella.

Entonces la ira de Diko se desvaneció y sólo quedó miedo. Toda la aldea se puso patas arriba, buscando, recorriendo los matorrales, el bosque y las orillas de los ríos en busca de algo que habían perdido. Alguien, más bien, pues no había posesiones entre los dongotonas que mereciera la pena buscar con tanto ahínco, si se perdían... Sólo los seres humanos tenían tanto valor, pues sólo ellos eran irremplazables.

Y entonces, de repente, la búsqueda se desinició y por primera vez Tagiri pudo ver a Diko tal como podría haber sido: sonriente, riendo, cantando, el rostro lleno de auténtico placer ante la vida que los dioses le habían concedido. Pues allí, en la casa

de Diko, Tagiri descubrió por primera vez la pérdida que la había sumido en una tristeza tan profunda durante toda su vida: un niño de ocho años, listo y avispado y feliz. Ella le llamaba Acho y le hablaba constantemente, pues era su compañero en el trabajo y en los juegos. Tagiri había visto madres buenas y madres malas en su paso a través de generaciones, pero nunca un deleite tal de una madre con su hijo, y de un hijo con su madre. El niño también amaba a su padre y aprendía de él todas las cosas de los hombres, como debía ser, pero el marido de Diko no era tan hablador como su esposa y su hijo primogénito, y por eso observaba y escuchaba; disfrutaba viéndolos juntos, y sólo ocasionalmente se unía a sus actividades.

Tal vez fue porque Tagiri había escrutado con tanto suspense a lo largo de tantas semanas, buscando la causa de la tristeza de Diko, o quizá porque había llegado a admirar y amar tanto a Diko durante su largo trato con ella. El caso es que no pudo hacer lo que había hecho antes y continuar sencillamente avanzando hacia atrás, hasta el momento en que Acho surgía del vientre de su madre, hasta el hogar infantil de Diko y su propio nacimiento. La desaparición de Acho había tenido demasiados ecos, no sólo en la vida de su madre, sino en las vidas de todos los miembros de la aldea, para que Tagiri dejara sin resolver el misterio de su desaparición. Diko nunca supo lo que sucedió a su hijo, pero Tagiri tenía los medios para averiguarlo. Y además, aunque eso significara cambiar de dirección y buscar hacia adelante en el tiempo durante una temporada, buscando no a una mujer, sino a un niño, seguía siendo parte de su investigación hacia atrás. Encontraría qué se llevó a Acho y causó la interminable pena de Diko.

Había hipopótamos en las aguas del Koss en aquellos días, aunque era raro encontrarlos tan río arriba. Tagiri temía ver lo que los aldeanos suponían: al pobre Acho destrozado y ahogado en las mandíbulas de un hosco hipopótamo. Pero no fue un hipopótamo. Fue un hombre. Un hombre extraño, que hablaba una lengua que Acho no había oído jamás, aunque Tagiri la reconoció de inmediato como árabe. La piel clara y la barba del hombre, su túnica y su turbante, todo resultó intrigante para el semidesnudo Acho, que había visto sólo a gente con la piel marrón oscura, excepto cuando un grupo de dinkas negriazules fue a cazar cerca del río. ¿Cómo era posible una criatura así? Al contrario que los otros niños, Acho no era de los que se daban la vuelta y huían. Así, cuando el hombre sonrió y le habló en su incomprensible jerigonza (Tagiri sabía que estaba diciendo: «Ven aquí, pequeño, no te haré daño»), Acho se quedó quieto e incluso sonrió.

Entonces el hombre le golpeó con su bastón y lo derribó inconsciente al suelo. Por un momento pareció preocupado por si había matado al niño, pero se tranquilizó al descubrir que Acho respiraba todavía. Entonces el árabe colocó al niño inconsciente en posición fetal, lo metió dentro de un saco, que se cargó al hombro y lo llevó hasta la orilla del río, donde se le unieron otros dos compañeros, también con

sacos repletos.

Un esclavista, advirtió Tagiri de inmediato. Creía que no habían llegado tan lejos. Normalmente compraban sus esclavos a los dinkas en el Nilo Blanco, y los cazadores de esclavos dinkas sabían que no era conveniente internarse en las montañas en grupos tan pequeños. Su método era atacar una aldea, matar a todos los hombres y llevarse a los niños pequeños y las mujeres bonitas para venderlos, dejando sólo a las mujeres viejas para llorar por ellos. La mayoría de los negreros musulmanes preferían comprar los esclavos en vez de secuestrarlos ellos mismos. Estos hombres habían roto la pauta. En las antiguas sociedades de mercado que casi destruyeron el mundo, pensó Tagiri, estos hombres habrían sido considerados empresarios vigorosos e innovadores que trataban de sacar un poco más de beneficio eliminando a los intermediarios dinka.

Tagiri pretendía reemprender su observación hacia atrás, regresando a la vida de la madre de Acho, pero descubrió que no podía hacerlo. El ordenador estaba emplazado para encontrar nuevos puntos de observación que siguieran los movimientos de Acho, y Tagiri no extendió la mano para dar la orden que habría regresado al programa anterior. En cambio, observó y observó, avanzando en el tiempo para ver, no qué causaba todo aquello, sino adonde conducía. Qué le sucedería a aquel inteligente y maravilloso hijo que tanto amaba Diko.

Lo que sucedió al principio fue que estuvo a punto de encontrar la libertad... o la muerte. Los negreros fueron tan estúpidos que capturaron sus esclavos remontando el río, aunque no había forma de regresar excepto pasando cerca de las mismas aldeas donde ya habían secuestrado a los niños. En una aldea situada corriente abajo, algunos guerreros lotuko los emboscaron. Los otros dos árabes murieron, y como sus sacos contenían los únicos niños que los aldeanos lotuko buscaban (los suyos propios) permitieron escapar al hombre que llevaba a Acho a la espalda.

El negrero acabó por encontrar el camino hasta la aldea donde dos de sus esclavos negros le aguardaban con camellos. Tras atar al animal el saco que contenía a Acho, los miembros supervivientes de la partida se pusieron en marcha de inmediato. Para indignación de Tagiri, el hombre ni siquiera abrió el saco para ver si el niño seguía vivo.

Y así continuó el viaje Nilo abajo, hasta el mercado de esclavos de Jarrón. El negrero abría el saco que contenía a Acho sólo una vez al día, para verter un poco de agua en la boca del niño. El resto del tiempo el niño cabalgaba en la oscuridad, el cuerpo encogido en posición fetal. Era valiente, pues no lloró nunca, y después de que en varias ocasiones su captor diera repetidas patadas al saco con brutalidad, Acho dejó de suplicar. En cambio, lo soportó todo en silencio, los ojos brillando de miedo. El saco olía ya sin duda a orina y como, al igual que sucedía con la mayoría de los niños de Ikoto, las entrañas de Acho siempre estaban sueltas por la disentería, con

toda seguridad apestaba también a heces fecales. Pero todo eso también se secó en el desierto, y como no le daban nada de comer, la suciedad al menos no se renovó. Naturalmente, no iban a permitir que el muchacho saliera del saco para aliviar su vejiga y sus intestinos: podría haber escapado, y el negrero estaba decidido a conseguir algún beneficio de un viaje que había costado la vida a sus dos compañeros. En Jarrón, no resultó ninguna sorpresa que Acho no pudiera caminar durante un día entero. Las palizas, profusamente aplicadas, y una comida de gachas de sorgo pronto le pusieron en pie, y en cuestión de un par de días fue vendido por un precio que, en la economía de Jarrón, hizo rico por un tiempo a su captor.

Tagiri siguió a Acho Nilo abajo, en barco y camello, hasta que finalmente fue vendido en El Cairo. Mejor alimentado entonces, mejor lavado y con un aspecto bastante exótico en la populosa ciudad árabe-africana que era el centro cultural del Islam en aquellos días, Acho alcanzó un precio excelente y se unió a la casa de un rico mercader. Rápidamente aprendió árabe y su amo descubrió su brillante mente y se encargó de que recibiera educación. Con el tiempo se convirtió en el factótum de la casa, atendiendo todo mientras el amo estaba fuera en sus múltiples viajes. Cuando el amo murió, su hijo mayor heredó a Acho junto con el resto de los bienes y confió todavía más en él, hasta que Acho tuvo en la práctica el control de todo el negocio. Lo dirigió de forma muy lucrativa, expandiéndose a nuevos mercados y nuevos artículos hasta que la fortuna de la familia se convirtió en una de las mayores de El Cairo. Y cuando Acho murió, la familia lo lloró sinceramente y le dio un honorable funeral, para tratarse de un esclavo.

Sin embargo, lo que Tagiri no podía olvidar era que a través de todo esto, durante cada hora de cada día de cada año de esclavitud, la cara de Acho nunca perdió aquella expresión de nostalgia no olvidada, de pesar, de desesperación. La expresión que decía soy un extraño aquí, odio este lugar, odio mi vida. La expresión que le decía a Tagiri que Acho lloraba por su madre tan profundamente como ella lloraba por él.

Fue entonces cuando Tagiri abandonó su búsqueda hacia atrás a lo largo del pasado de su propia familia y se dedicó a lo que consideraba sería el proyecto de su vida: la esclavitud. Hasta aquel momento, todos los buscadores de historias en Vigilancia del Pasado habían dedicado sus carreras a grabar las historias de grandes, o al menos influyentes, hombres y mujeres del pretérito. Pero Tagiri estudiaría a los esclavos, no a los propietarios; buscaría a través de la historia, no para registrar las decisiones de los poderosos, sino para encontrar las historias de aquellos que habían perdido toda capacidad de elección. Para recordar a la gente olvidada, a aquellos cuyos sueños eran asesinados y cuyos cuerpos eran robados de sí mismos, de manera que ni siquiera contaban como artífices de sus propias biografías. Aquellos cuyos rostros mostraban que nunca olvidaban, ni por un instante, que no se pertenecían a sí mismos y que por eso no había ninguna posible alegría duradera en sus vidas.

Por todas partes encontraba esa expresión en los rostros. Sí, a veces había desafío..., pero los desafiantes eran siempre apartados para recibir un trato especial, y los que no morían entonces acababan adoptando por la fuerza la expresión de desesperación que mostraban los rostros de los otros. Era la expresión de los esclavos, y lo que Tagiri descubrió fue que, para un número enorme de seres humanos en casi todas las etapas de la historia, ése fue el único rostro que pudieron mostrar jamás al mundo.

Tagiri tenía treinta años, y llevaba unos ocho trabajando en su proyecto de esclavitud, con una docena de vigilantes del pasado más tradicionales trabajando a sus órdenes junto a dos de los buscadores de historias, cuando su carrera dio el giro definitivo que la condujo a Colón y deshacer la historia. Aunque nunca salió de Juba, la ciudad donde estaba emplazado su laboratorio de Vigilancia del Pasado, el tempovisor podía alcanzar cualquier lugar de la superficie de la Tierra. Y cuando el TruSite II fue introducido para sustituir a los ya caducos tempovisores, empezó a poder explorar a fondo, pues se había dotado a las nuevas máquinas de un rudimentario sistema de traducción de antiguos idiomas, de modo que no tenía que aprender cada uno de ellos para comprender lo que sucedía en las escenas que veía.

Tagiri se acercaba con frecuencia a la estación TruSite de uno de sus buscadores de historias, un joven llamado Hassan. No se había molestado en observar mucho su estación cuando utilizaba el tempovisor, porque no comprendía ninguno de los lenguajes antillanos que él reconstruía laboriosamente por analogía con otros lenguajes caribes y arahuacos. Sin embargo, había programado al TruSite para captar el sentido principal del dialecto arahuaco que hablaba la tribu en concreto que estaba observando.

—Es una aldea de montaña —le explicó él en cuanto advirtió que ella le estaba observando—. Mucho más templada que las aldeas cercanas a la costa... un tipo distinto de agricultura.

—¿Y el momento?

—Estoy viendo las vidas que fueron interrumpidas por los españoles. Sólo faltan semanas para que una expedición llegue por fin a la montaña para tomarlos como esclavos. Los españoles necesitan desesperadamente mano de obra en la costa.

—¿Las plantaciones crecen?

—En absoluto —contestó Hassan—. De hecho, están menguando. Pero los españoles no son muy buenos manteniendo con vida a sus esclavos indios.

—¿Lo intentan siquiera?

—La mayoría sí. La actitud de asesinato por deporte está presente, por supuesto, porque los españoles tienen poder absoluto y para algunos ese poder tiene que ser probado hasta el límite. Pero, por lo general, los sacerdotes tienen el control de la

situación y están tratando de impedir que los esclavos mueran.

«Sacerdotes al control —pensó Tagiri—, y sin embargo la esclavitud no cambia.» Pero aunque eso siempre le parecía amargo, sabía que no tenía sentido recordarle a Hassan la ironía implícita: ¿no trabajaba con ella en el proyecto sobre la esclavitud?

—Los habitantes de Ankuash son plenamente conscientes de lo que está pasando. Ya han comprendido que son los últimos indios que quedan sin esclavizar. Han tratado de mantenerse ocultos, sin encender hogueras y asegurándose de que los españoles no los vean, pero hay muchos arahuacos y caribes en las llanuras que conservan una mínima libertad colaborando con los conquistadores. Ellos recuerdan a los ankuash. Así que habrá una expedición, pronto, y lo saben. ¿Ves?

Lo que Tagiri veía era un anciano y una mujer de mediana edad sentados en el suelo, uno a cada lado de una pequeña hoguera donde un recipiente con agua desprendía vapor. Sonrió ante la nueva tecnología: poder ver el vapor en el holograma era sorprendente; casi le pareció ser capaz de olerlo.

—Agua de tabaco —dijo Hassan.

—¿Beben la solución de nicotina? Hassan asintió.

—He visto este tipo de cosas antes.

—¿No se comportan de manera descuidada? No parece una hoguera sin humo.

—El TruSite debe de estar aumentando el humo en el holograma, así que puede que haya menos de lo que vemos —dijo Hassan—. Pero con humo o sin él, no hay forma de hervir el agua de tabaco sin fuego, y en este punto están casi desesperados. Prefieren arriesgarse a que vean el humo a continuar otro día más sin noticias de los dioses.

—Así que beben...

—Beben y sueñan.

—¿No confían más en los sueños que proceden de sí mismos? —preguntó Tagiri.

—Sabes que la mayoría de los sueños no significa nada. Esperan que sus pesadillas no signifiquen nada... sueños de miedo en vez de sueños de verdad. Usan el agua de tabaco para que los dioses les digan la verdad. En otros lugares cercanos, los arahuacos y los caribes habrían ofrecido un sacrificio humano, o se habrían desangrado como hacen los mayas. Pero esta aldea no tiene tradición de sacrificios y nunca los copiaron de sus vecinos. Son un residuo de una tradición diferente, creo. Similar a algunas tribus del Alto Amazonas. No necesitan la muerte o la sangre para hablar con los dioses.

El hombre y la mujer hundieron sus pipas en el agua y luego sorbieron el líquido como si lo hicieran a través de una pajita.

La mujer se atragantó; según todos los indicios, el anciano era inmune al líquido. La mujer empezó a parecer muy mareada, pero el hombre la obligó a beber más.

—La mujer se llama Putukam... el nombre significa «perro salvaje» —dijo

Hassan—. Es famosa por sus visiones, pero no ha usado mucho el agua de tabaco antes.

—Ya veo por qué no —dijo Tagiri, pues en ese instante Putukam empezaba a vomitar. Durante un par de minutos el anciano trató de ayudarla, pero poco después también él se puso a vomitar; sus descargas se mezclaron y fluyeron en las cenizas de la hoguera.

—Por otro lado, Baiku es un curandero, así que utiliza más las drogas. Constantemente, en realidad. Así que puede enviar su espíritu al cuerpo de la persona enferma y averiguar qué va mal. El agua de tabaco es su favorita. Naturalmente, sigue haciéndole vomitar. Hace vomitar a todo el mundo.

—Eso le convierte en un buen candidato para el cáncer de estómago.

—Si viviera lo suficiente.

—¿Les hablan los dioses?

Hassan se encogió de hombros.

—Adelantemos un poco para ver.

Manipuló la pantalla unos instantes. Putukam y Baiku podrían haber dormido durante horas, pero para los vigilantes del pasado sólo pasaron segundos. Cada vez que se movían, el TruSite frenaba un poco automáticamente; Hassan sólo devolvió la velocidad a la normalidad cuando quedó claro que los movimientos eran signos de despertar, no las sacudidas normales del sueño. Conectó el sonido, y como Tagiri estaba presente, usó el traductor informático en vez de escuchar directamente las voces de los nativos.

—He soñado —dijo Putukam.

—Y yo —respondió Baiku.

—Déjame escuchar el sueño curador—dijo Putukam.

—No hay nada curador en él —dijo él, el rostro grave y triste.

—¿Todos esclavos?

—Todos excepto los benditos que son asesinados o mueren por las enfermedades.

—¿Y luego?

—Todos muertos.

—Ésta es nuestra curación, pues —dijo Putukam—. Morir. Habría sido mejor que nos capturasen los caribes. Mejor que nos hubieran sacado el corazón y se hubieran comido nuestros hígados. Entonces al menos seríamos una ofrenda a algún dios.

—¿Cuál fue tu sueño?

—Mi sueño fue una locura. Mi sueño no tuvo ninguna verdad.

—El soñador no sabe —dijo Baiku. Ella suspiró.

—Pensarás que soy una pobre soñadora y que los dioses odian mi alma. Soñé con un hombre y una mujer que nos observaban. Eran ya adultos, y sin embargo supe en el sueño que son cuarenta generaciones más jóvenes que nosotros. Tagiri interrumpió.

—Alto—dijo. Hassan obedeció.

—¿Ha sido correcta la traducción? Hassan hizo retroceder un poco al TruSite y pasó de nuevo lo visto, esta vez sin la rutina de traducción. Escuchó las palabras nativas, dos veces.

—La traducción es bastante acertada —dijo—. Las palabras que empleó y fueron traducidas por «hombre» y «mujer» proceden de un lenguaje anterior, y creo que puede haber sustratos que podrían indicar que significan «hombre-héroe» y «mujer-héroe». Menos que dioses, pero más que humanos. Pero utilizan a menudo esas palabras para hablar de sí mismos, como opuestos a la gente de otras tribus.

—Hassan, no te estoy preguntando por la etimología. Te pregunto por el significado de lo que ha dicho. Él la miro, aturdido.

—¿No crees que parece como si nos hubiera visto? —Pero eso es absurdo.

—Cuarenta generaciones. ¿No es el tiempo exacto? Un hombre y una mujer, observando.

—De todos los sueños posibles, ¿no puede haber sueños del futuro? —preguntó Hassan—. Y puesto que Vigilancia del Pasado ha recorrido ya tan concienzudamente todas las eras de la historia, ¿no es probable que un observador acabe siendo testigo de la narración de un sueño que parece referirse al propio observador?

—Probabilidad de coincidencia —dijo ella. Conocía ese principio, por supuesto.

Lo había estudiado a fondo en las últimas etapas de formación. Pero había algo más. Sí. Cuando Hassan mostró la escena por tercera vez, a Tagiri le pareció que cuando Putukam hablaba de su sueño su mirada se volvía hacia la dirección desde donde Hassan y Tagiri estaban observando, los ojos enfocados como si pudiera verlos de verdad, o al menos algún atisbo de ellos.

—Puede ser desorientador, ¿verdad? —le sonrió Hassan.

—Muestra el resto —pidió Tagiri. Claro que era desorientador, pero no menos que la sonrisa de Hassan. Ninguno de sus subordinados le habría sonreído así jamás, con un comentario tan personal. Y no es que Hassan fuera impertinente. Más bien, era tan sólo... amistoso, sí, eso era.

Puso de nuevo el TruSite por delante de lo que habían visto ya.

—Soñé que me observaban tres veces —decía Putukam—, y la mujer parecía saber que yo podía verla.

Hassan dio un manotazo al botón de pausa.

—No hay más Dioses que Alá —murmuró en árabe—, y Mahoma es su profeta.

Tagiri sabía que a veces, cuando un musulmán habla así, es porque tiene demasiado respeto para maldecir de la forma en que lo haría un cristiano.

—¿Probabilidad de coincidencia? —murmuró—. Estaba pensando que parecía que ella podía vernos.

—Si vuelvo y contemplamos de nuevo la escena, serán cuatro veces, no tres —

dijo Hassan.

—Pero fueron tres veces cuando la oímos decir por primera vez el número. Eso nunca cambiará.

—El TruSite no tiene ningún efecto sobre el pasado. No puede ser detectado allí.

—¿Y cómo lo sabemos?

—Porque es imposible.

—En teoría.

—Y porque no lo ha sido nunca.

—Hasta ahora.

—¿Quieres creer que ella nos vio de verdad en su sueño de nicotina?

Tagiri se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía.

—Si nos vio, Hassan, continuemos y veamos qué significa para ella.

Lenta, casi tímidamente, Hassan soltó el botón para que el TruSite continuara explorando la escena.

—Esto es profecía, pues —decía Baiku—. ¿Quién sabe qué maravillas traerán los dioses dentro de cuarenta generaciones?

—Siempre he pensado que el tiempo se movía en grandes círculos, como si todos nosotros hubiéramos sido tejidos en la misma gran cesta de la vida, cada generación otra anilla alrededor del borde —dijo Putukam—. ¿Pero cuándo en los grandes círculos hubo jamás un horror tan grande como estos monstruos blancos del mar? Así que la cesta está rota, el tiempo está roto y todo el mundo cae de la cesta al suelo.

—¿Qué hay del hombre y la mujer que nos observan?

—Nada —dijo Putukam—. Nos observaban. Estaban interesados.

—¿Nos ven ahora?

—Vieron todo el sufrimiento de tu sueño —dijo Putukam—. Estuvieron interesados.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que estaban tristes.

—Pero... ¿eran blancos, entonces? ¿Veían a la gente sufrir y no se preocupaban, como los hombres blancos?

—Eran oscuros. La mujer es muy negra. Nunca he visto una persona de piel tan negra.

—¿Entonces por qué no impiden que los hombres blancos nos conviertan en esclavos?

—Tal vez no pueden —dijo Putukam.

—Si no pueden salvarnos, ¿entonces por qué nos miran, a menos que sean monstruos que disfrutan con el sufrimiento de los demás?

—Apágalo —le dijo Tagiri a Hassan.

El detuvo de nuevo la imagen y la miró, sorprendido. Vio algo en su rostro que la

hizo extender la mano y tocarle el brazo.

—Tagiri —dijo amablemente—, de todas las personas que han observado el pasado, tú eres la única que nunca, ni por un solo instante, ha olvidado la compasión.

—Ella tiene que comprender —murmuró Tagiri—. La ayudaría si pudiera.

—¿Cómo puede comprender algo así? Aunque realmente nos viera, de algún modo, en un sueño verdadero, no alcanzaría a entender las limitaciones de lo que podemos hacer. Para ella, la habilidad de ver así en el pasado sería el poder de los dioses. Por supuesto que pensará que podemos hacer algo, y decidimos simplemente no hacerlo. Pero tú y yo sabemos que no podemos y que no tenemos elección.

—La visión de los dioses sin el poder de los dioses —dijo Tagiri—. Qué don tan terrible.

—Un don glorioso —dijo Hassan—. Sabes que las historias que hemos extraído del proyecto de la esclavitud han despertado gran interés y compasión en el mundo que nos rodea. No se puede cambiar el pasado, pero has cambiado el presente y estas personas ya no son olvidadas. La gente de nuestra época las aprecia más que a los antiguos héroes. Les has dado la única ayuda que está en tu mano ofrecer. Ya no son olvidados. Su sufrimiento se ve.

—No es suficiente —dijo Tagiri.

—Es todo lo que puedes hacer, por tanto es suficiente.

—Estoy preparada ya —dijo Tagiri—. Puedes enseñarme el resto.

—Tal vez deberíamos esperar.

Ella extendió la mano y pulsó el botón para reemprender la visión.

Putukam y Baiku recogieron la tierra donde su vómito había formado un charco de barro. La arrojaron al agua de tabaco. La hoguera se había apagado ya, no brotaba vapor ninguno, y sin embargo colocaron sus caras sobre el agua como si quisieran oler el vapor de la tierra y el vómito y el tabaco.

Putukam empezó un cántico.

—De mi cuerpo, de la tierra, del agua espiritual yo...

El TruSite II se detuvo automáticamente.

—No puede traducir la palabra —dijo Hassan—. Ni yo tampoco. No se emplea normalmente. Usan fragmentos de idiomas más antiguos en sus hechicerías. Esto puede estar relacionado con una raíz del idioma antiguo que significa dar forma, como cuando se hace algo con barro. Así que está diciendo «yo os formo», o algo relacionado con eso.

—Continúa —dijo Tagiri.

El cántico de Putukam empezó de nuevo.

—De mi cuerpo, de la tierra, del agua espiritual yo os formo, oh hijos de cuarenta generaciones que me miráis desde dentro de mi sueño. Veis nuestro sufrimiento y el de todas las otras aldeas. Veis los monstruos blancos que nos convierten en esclavos y

nos asesinan. Veis cómo los dioses envían plagas para salvar a los benditos y dejan sólo a los malditos para que soporten este terrible castigo. ¡Hablad con los dioses, oh, hijos de cuarenta generaciones que me miráis desde dentro de mi sueño! ¡Enseñadles piedad! ¡Haced que envíen una plaga que nos lleve a todos y deje la tierra vacía para los monstruos blancos, de forma que nos busquen de costa a costa y no nos encuentren a ninguno, ni siquiera a los caribes comedores de humanos! ¡Dejad que la tierra esté vacía excepto por nuestros cadáveres, y que muramos con honor como seres libres! ¡Hablad a los dioses por nosotros, oh, hombre, oh, mujer!

Y así continuó. Baiku entonaba el cántico cuando Putukam se debilitaba. Pronto otros habitantes de la aldea se congregaron y se unieron esporádicamente a ellos en la canción, sobre todo cuando entonaban los nombres de aquellos a quienes rezaban: Hijos de Cuarenta Generaciones Que Nos Miráis Desde Dentro Del Sueño De Putukam.

Todavía estaban cantando cuando los españoles, conducidos por dos avergonzados guías indios, aparecieron en el sendero, con los mosquetes, lanzas y espadas preparados. La gente no ofreció ninguna resistencia. Continuaron cantando, incluso después de haber sido apresados, incluso después de que los ancianos, entre ellos Baiku, fueran atravesados por las espadas o empalados con las lanzas. Incluso cuando las muchachas eran violadas, lo único que se oía era el cántico, la oración, el conjuro, hasta que finalmente el comandante español, enervado, se acercó a Putukam y le clavó la espada en la base de la garganta, justo por encima del lugar donde se unen las clavículas. Putukam murió emitiendo un grito ahogado y el cántico finalizó. Para ella, como para Baiku, la oración había sido respondida. No era una esclava cuando murió.

Muertos todos los aldeanos, Tagiri extendió la mano, pero Hassan se adelantó y detuvo la imagen.

Tagiri temblaba, pero fingió no sentir tan fuertes emociones.

—He visto cosas terribles antes —dijo—. Pero esta vez me vieron. Nos vieron.

—O eso parece.

—Ella vio, Hassan.

—Eso parece.

Sus palabras admitían que ella podía tener razón.

—Algo de nuestra época, de ahora mismo, fue visible para ella en su sueño. Tal vez aún éramos visibles cuando despertó. Me pareció que nos estaba mirando. No creo que nos viera hasta después de despertar del sueño, y sin embargo comprendió que yo sabía que podía vernos. No puede ser casualidad.

—Si es verdad —dijo Hassan—, ¿entonces por qué nadie ha visto antes a los otros observadores de TruSite II?

—Tal vez sólo somos visibles a aquellos que necesitan desesperadamente vernos.

—Es imposible. Nos enseñaron eso desde el principio.

—No —dijo Tagiri—. ¿Recuerdas el curso de historia de Vigilancia del Pasado? Los teóricos no estaban seguros, ¿verdad? Sólo años de observación los convencieron de que su teoría era cierta... pero en los primeros días se hablaba mucho de una sacudida temporal.

—Entonces prestabas más atención en clase que yo.

—Sacudida temporal —repitió ella—. ¿No ves lo peligroso que es esto?

—Si es verdad, si realmente nos vieron, entonces no puede ser peligroso porque, después de todo, nada cambió como resultado de ello.

—Nada parecería cambiar —dijo ella—, porque entonces viviríamos en una versión del presente creada por el nuevo pasado. ¿Quién sabe cuántos cambios, grandes y pequeños, podríamos haber hecho, sin saberlo porque el cambio hizo que nuestro presente fuera distinto y no pudiéramos recordar que fuera de otra manera?

—No podemos haber cambiado nada —dijo Hassan—. O la historia habría cambiado, e incluso si Vigilancia del Pasado siguiera existiendo, sin duda las circunstancias en que decidimos estar aquí juntos y observar esta aldea nunca habrían sido las mismas, y por tanto el cambio que hicimos en el pasado habría deshecho nuestra propia creación de ese cambio, y por tanto no podría suceder. Ella no nos vio.

—Conozco tan bien como tú el argumento circular, Hassan. Pero este caso concreto demuestra que es falso. No puedes negar que ella nos vio. No puedes llamarlo coincidencia. No cuando vio que yo era negra.

Él sonrió.

—Si los demonios de su época son blancos, entonces tal vez necesitara inventar un dios tan negro como tú.

—También vio que éramos dos, que la observamos tres veces, que yo sabía que podía vernos. Incluso acertó nuestra época con gran aproximación. Ella vio y comprendió. Nosotros cambiamos el pasado.

Hassan se encogió de hombros.

—Lo sé —dijo. Entonces se enderezó en su asiento, otra vez alerta, pues había encontrado un argumento—. Eso no significa que la circularidad sea falsa. Los españoles se comportaron exactamente igual de lo que lo habrían hecho de todas formas, así que cualquier cambio que se produjera porque ella nos vio observarla no creó ninguna diferencia en el futuro, ya que ella y todos los suyos murieron pronto. Tal vez sea el único caso en que el TruSite II tiene un efecto rebote. Cuando no puede crear ninguna diferencia. Así que el pasado sigue a salvo de nuestra intervención. Lo que significa que también nosotros estamos a salvo.

Tagiri no se molestó en señalar que aunque los españoles hubieran matado o esclavizado a todo el mundo, eso no cambiaba el hecho de que a causa de lo que

Putukam vio en su sueño, la gente cantaba una oración cuando fueron capturados. Eso tuvo que tener un efecto sobre los españoles. Una situación tan extraña tuvo que cambiar sus vidas, aunque fuera mínimamente. Ningún cambio en el pasado dejaría de tener algún tipo de reverberación. Era el ala de la mariposa, como enseñaban en el colegio: ¿quién sabía si una tormenta en el Atlántico Norte no habría sido provocada, muy lejos en la cadena de causa y efecto, por el movimiento del ala de una mariposa en China? Pero no tenía sentido discutir esto con Hassan. Que creyera en la seguridad mientras pudiera. Ya nada era seguro; pero los observadores tampoco carecían de poder.

—Ella me vio —dijo Tagiri—. Su desesperación la hizo creer que yo era un dios. Y su sufrimiento me hace desear que hubiera tenido razón. Tener el poder de ayudar a esa gente... Hassan, si pudo sentirnos, eso significa que estamos enviando algo hacia atrás. Y si enviamos algo, cualquier cosa, entonces tal vez podamos hacer algo que sirva de ayuda.

—¿Cómo podríamos salvar esa aldea? —dijo Hassan—. Aunque fuera posible viajar hacia atrás en el tiempo, ¿qué haríamos? ¿Dirigir un ejército vengador para destruir a los españoles que llegaron allí? ¿Qué conseguiría eso? Más tarde vendrían más españoles, o ingleses, o habitantes de cualquier otra nación conquistadora de Europa. Y mientras tanto, nuestra propia época habría sido destruida. Deshecha por nuestra propia intervención. No puedes cambiar grandes hechos históricos cambiando sólo un acontecimiento diminuto. Las fuerzas de la historia continuarían de todas formas.

—Querido Hassan, ahora me dices que la historia es una fuerza tan inexorable que no podemos alterar su marcha hacia adelante. Sin embargo, hace un momento me decías que cualquier cambio, por pequeño que fuera, alteraría tanto la historia que desharía nuestra propia época. Explícame por qué esto no es una contradicción.

—Lo es, pero eso no significa que sea falso. La historia es un sistema caótico. Los detalles pueden cambiar interminablemente, pero la forma general sigue siendo constante. Haz un pequeño cambio en el pasado, y eso cambia tantos detalles suficientes en el presente que no habríamos venido juntos a este lugar concreto a ver esta escena concreta. Y sin embargo los grandes movimientos de la historia quedarían intactos.

—Ninguno de nosotros es matemático —dijo Tagiri—. Sólo estamos jugando a la lógica. El hecho es que Putukam nos vio, a ti y a mí. Hay algún tipo de envío desde nuestra época al pasado. Eso lo cambia todo, y pronto los matemáticos descubrirán explicaciones más verdaderas para el funcionamiento de nuestras máquinas del tiempo; entonces veremos qué es posible y qué no lo es. Y si resulta que podemos alcanzar el pasado, de forma deliberada y con un propósito, entonces lo haremos, tú y yo.

—¿Y por qué?

—Porque ella nos vio a nosotros. Porque ella... nos dio forma.

—Rezó para que enviáramos una plaga que eliminara a todos los indios antes de que llegaran los europeos. ¿De verdad vas a tomarte eso en serio?

—Si vamos a ser dioses, entonces creo que tenemos un deber que cumplir con soluciones mejores que las de la gente que nos reza.

—Pero no vamos a ser dioses —dijo Hassan.

—Pareces seguro de eso.

—Porque estoy seguro de que la gente de nuestro tiempo no recibirá con agrado la idea de que nuestro mundo se deshaga para aliviar el sufrimiento de un pequeño grupo de personas muertas hace siglos.

—La palabra no es deshacer —dijo Tagiri—. Sino rehacer.

—Estás aún más loca que los cristianos. Creen que la muerte de un hombre y su sufrimiento mereció la pena porque salvo a toda la humanidad. Pero tú estás dispuesta a sacrificar a la mitad de las personas que han vivido jamás, sólo para salvar a una aldea.

Ella se le quedó mirando.

—Tienes razón —dijo—. Por una aldea no merecería la pena.

Y se marchó.

Era real, lo sabía. El TruSite II había llegado al pasado, y los observadores eran de algún modo visibles por los observados, si sabían dónde mirar, si estaban ansiosos por ver. ¿Qué deberían hacer entonces? Sabía que habría gente que querría cerrar toda la Vigilancia del Pasado para evitar el riesgo de contaminar la historia con resultados impredecibles y posiblemente devastadores en el presente. Y habría otros que confiarían complacientes en las paradojas, creyendo que Vigilancia podría ser vista por gente del pasado sólo en circunstancias donde sin duda no se podría afectar al futuro. Una reacción temerosa desmedida o la negligencia indolente, ninguna de las dos actitudes era apropiada. Hassan y ella habían cambiado el pasado, y el cambio que introdujeron había, de hecho, modificado el presente. Quizá no había cambiado todas las generaciones intermedias desde entonces, pero sin duda los había cambiado a Hassan y a ella. Ninguno de ellos pensaría, haría o diría nada que hubieran pensado, hecho o dicho sin haber oído la oración de Putukam. Habían cambiado el pasado, y el pasado había cambiado el futuro. Las paradojas no lo detenían. La gente de esta época dorada podía hacer más que observar, grabar y recordar.

Si así era, ¿qué había entonces de todo el sufrimiento que había visto a lo largo de todos estos años? ¿Podría haber algún medio de aliviarlo? Y si se podía cambiar, ¿cómo podría ella negarse? La habían formado. Era superstición, no significaba nada, y sin embargo no pudo comer esa noche, no pudo dormir pensando en esa oración cantada.

Tagiri se levantó de su esterilla y consultó la hora. Pasada la medianoche, y no podía dormir. Vigilancia del Pasado permitía a sus trabajadores, dondequiera que viviesen, hacerlo a la manera nativa, y la ciudad de Juba así lo había decidido, en la medida de lo posible. Así que ella dormía sobre juncos tejidos en una choza de frágiles paredes refrescada sólo por el viento. Pero esta noche soplaba la brisa, y la choza estaba fresca, así que no fue el calor lo que la despertó. Fue la oración de la aldea de Ankuash.

Se puso una túnica y se dirigió al laboratorio, donde otro turno también trabajaba hasta tarde: no había horas fijas de trabajo para la gente que jugaba de aquella forma con el fluir del tiempo. Le dijo a su TruSite que le mostrara de nuevo Ankuash, pero después de unos segundos no pudo soportarlo y cambió a otra escena. Colón, desembarcando en la costa de La Española. El naufragio de la *Santa María*. El fuerte que construyó para albergar a la tripulación que no pudo llevarse de regreso. Era triste ver de nuevo cómo la tripulación intentaba convertir en esclavos a los aldeanos, quienes simplemente escaparon; el secuestro de las jovencitas, las violaciones en masa hasta que las niñas murieron.

Entonces los indios de varias tribus empezaron a contraatacar. No era la guerra ritual para traer a casa víctimas que sacrificar. Ni tampoco una partida de guerra típica de los caribes. Era una nueva clase de guerra, una guerra punitiva. O tal vez no era tan nueva, advirtió Tagiri. Estas escenas, vistas muy a menudo, habían sido traducidas por completo y parecía que los nativos ya tenían un nombre para la guerra de aniquilación. La llamaban la «guerra de la aldea del hombre blanco de la estrella». La tripulación se despertó por la mañana y encontró los trozos de los cuerpos de sus centinelas diseminados por todo el fuerte y quinientos soldados indios ataviados con todo su esplendor dentro de la empalizada. Naturalmente, se rindieron.

Sin embargo, los indios no prepararon a sus cautivos para sacrificarlos. No tenían ninguna intención de convertir en dioses a aquellos miserables violadores, ladrones y asesinos antes de que murieran. No hubo ninguna declaración formularia de «Es como mi amado hijo» cuando cada marino español fué tomado bajo custodia.

No habría ningún sacrificio, pero seguiría habiendo sangre y dolor. La muerte, cuando llegó, fue un dulce alivio. Tagiri sabía que había quienes se solazaban con esta escena, pues fue una de las pocas victorias de los indios sobre los españoles, una de las primeras victorias de la gente oscura sobre los arrogantes blancos. Pero ella no tenía estómago para verla entera; no sentía ninguna alegría ante la tortura y la masacre, aunque las víctimas fueran monstruosos criminales que habían torturado y masacrado a su vez. Tagiri comprendía muy bien que en las mentes de los españoles sus víctimas no eran humanas. «Es nuestra naturaleza —pensó— que cuando queremos disfrutar siendo crueles, debemos transformar a nuestra víctima en una

bestia o un dios.» Los marinos españoles convirtieron a los indios en animales; lo único que los indios demostraron, con su amarga venganza, fue que eran capaces de efectuar una transformación idéntica.

Además, no había nada en esa escena que le mostrara lo que quería ver. De modo que envió al TruSite al camarote de Colón en la *Niña*, donde escribía su carta al rey de Aragón y la reina de Castilla. Hablaba de enormes riquezas en oro y especias, maderas raras, bestias exóticas, vastos reinos nuevos que ser convertidos a la fe de Cristo y muchísimos esclavos. Tagiri lo había contemplado antes, por supuesto, aunque sólo fuera para maravillarse de la ironía de que Colón no viera ninguna contradicción entre prometer a sus soberanos al mismo tiempo esclavos y futuros cristianos entre la misma población. Esa noche, sin embargo, Tagiri halló otra cosa más de la que maravillarse. Sabía de sobras que Colón no había encontrado ninguna gran cantidad de oro, no mucho más de lo que habría encontrado en cualquier pueblecito español donde la familia más rica habría poseído unas cuantas bagatelas. No había comprendido casi nada de lo que los indios le habían dicho, aunque se convenció a sí mismo de que entendía que le decían que había más oro tierra adentro. ¿Tierra adentro? Señalaban al oeste, al otro lado del Caribe, pero Colón no tenía forma de saberlo. No había visto ningún atisbo de las vastas riquezas de los incas o los mexicas: éstas no serían contempladas por los europeos hasta más de veinte años después, y cuando el oro por fin empezara a correr, Colón estaría muerto. Sin embargo, mientras le observaba escribir, se daba la vuelta y luego volvía a contemplarlo, pensó: «No está mintiendo. Sabe que el oro está allí.

Está seguro, aunque nunca lo ha visto y no lo verá en toda su vida.

Así es cómo volvió hacia el oeste los ojos de toda Europa, advirtió Tagiri. Por la fuerza de su inquebrantable fe. Si los reyes de España hubieran tomado su decisión solamente sobre la base de las pruebas que Colón traía consigo, no habría habido nuevos viajes. ¿Dónde estaban las especias? ¿Dónde estaba el oro?

Sus primeros descubrimientos no habían pagado siquiera los costes de su expedición. ¿Quién cambiaría buen dinero por dinero falso?

Sin pruebas reales, Colón hizo aquellas extravagantes afirmaciones. Había encontrado Cipango; Cathay y las Islas de las Especias estaban cerca. Todo falso, o Colón habría traído un cargamento que lo demostrara. Sin embargo, cualquiera que lo mirara, que lo oyera, que lo conociera, reconocería que aquel hombre no estaba mintiendo, que creía en el fondo de su alma en las cosas que decía. Con la fuerza de un testigo tan imponente como aquél, se financiaron nuevas expediciones, nuevas flotas se hicieron a la mar; grandes civilizaciones cayeron, y el oro y la plata de un continente se dirigieron hacia el este mientras millones de personas morían víctimas de las plagas y los supervivientes veían indefensos cómo los extranjeros llegaban a gobernar su tierra para siempre.

Todo porque no se podía dudar de Colón cuando hablaba de cosas que no había visto.

Tagiri puso la grabación de la escena de Ankuash, del momento en que Putukam hablaba de su sueño. «Nos vio a Hassan y a mí —pensó—. Y Colón vio el oro. De algún modo vio el oro aunque se encontraba a décadas en el futuro. Nosotros, con nuestras máquinas, podemos ver sólo el pasado. Pero de algún modo este marino genovés y esta hechicera india vieron lo que nadie puede ver, y tenían razón aunque no había forma, ninguna forma sensata, ninguna forma lógica, de que pudieran tenerla.»

Eran las cuatro de la madrugada cuando Tagiri llegó a la puerta de la cabaña de Hassan. Si daba una palmada o lo llamaba, despertaría a los demás. Así que entró y descubrió que también él estaba despierto.

—Sabías que vendría —dijo.

—Si me hubiera atrevido —contestó él—, habría ido a verte yo.

—Puede hacerse —dijo ella, de inmediato—. Podemos cambiarlo. Podemos detener... algo. Algo terrible, podemos hacer que desaparezca. Podemos volver atrás y hacerlo mejor.

Él no dijo nada. Esperó.

—Sé lo que estás pensando, Hassan. También podríamos empeorarlo.

—¿Crees que no le he estado dando vueltas en la cabeza toda la noche? —dijo Hassan—. Una y otra vez. Mira el mundo que nos rodea, Tagiri. La humanidad está por fin en paz. No hay plagas, ningún niño muere de hambre o vive sin aprender. El mundo está curado. Eso no fue inevitable. Podría haber acabado mucho peor. ¿Qué cambio podríamos hacer en el pasado que mereciera correr el riesgo de crear una historia sin esta resurrección del mundo?

—Te diré qué cambio merecería la pena. El mundo no necesitaría resucitar si no lo hubieran matado.

—¿Imaginas que hay algún cambio posible para mejorar la naturaleza humana? ¿Deshacer la rivalidad de las naciones? ¿Enseñar a la gente que compartir es mejor que acumular?

—¿Ha cambiado la naturaleza humana incluso ahora? —dijo Tagiri—. Creo que no. Seguimos sintiendo tanta avaricia, tanta ansia de poder, tanto orgullo y furia como siempre. La única diferencia es que ahora conocemos las consecuencias y las tememos. Nos controlamos. Por fin nos hemos vuelto civilizados.

—¿Así que piensas que podemos civilizar a nuestros antepasados?

—Creo que si podemos encontrar algún modo de hacerlo, alguna forma segura de impedir que el mundo se haga pedazos como se hizo, entonces debemos hacerlo. Bucear en el pasado e impedir la enfermedad es mejor que llevar al paciente al borde

de la muerte y lentamente devolverle la salud. Crear un mundo donde los destructores no triunfaran.

—Si te conozco en algo, Tagiri, no habrías venido aquí esta noche si no supieras ya cuál debe ser el cambio.

—Colón —dijo ella.

—¿Un marino? ¿Él causó la destrucción el mundo?

—No había nada inevitable en su viaje hacia poniente en la época en que lo realizó. Los portugueses estaban a punto de descubrir una ruta al Oriente. Nadie imaginaba un continente desconocido. Los más sabios sabían que el mundo era grande, y creían que un océano el doble de grande que el Pacífico se extendía entre España y China. Hasta que dispusieron de un barco que consideraron capaz de cruzar un océano semejante no navegaron hacia el oeste. Aunque los portugueses se toparan con la costa del Brasil, no habría beneficios. Era una tierra seca y poco poblada. La habrían ignorado igual que ignoraron África y no la colonizaron durante cuatro largos siglos después de explorar su costa.

—Has estado estudiando.

—He estado pensando —respondió ella—. Estudié todo esto hace años. Fue porque Colón llegó a América, con su inexorable fe en haber encontrado el Oriente. Toparse simplemente con la masa continental no significaba nada: los noruegos lo hicieron, ¿y qué consiguió eso? Incluso un desembarco casual, por parte de cualquier otro, en Cuba o en la zona más oriental de Brasil no habría significado más que los desembarcos en Vinlandia o en la costa de Guinea. Los otros marineros siguieron a Colón sólo por sus informes de incontables riquezas que nunca fueron verdad hasta después de su muerte. ¿No lo ves? No fue el hecho de que alguien navegara hacia el oeste lo que llevó a la conquista europea de América y del mundo. Fue porque Colón lo hizo.

—¿Un hombre, entonces, fue responsable de la devastación de nuestro planeta?

—Por supuesto que no —dijo Tagiri—. No estoy hablando de responsabilidad moral, sino de causa. Europa ya era Europa. Colón no la hizo así. Pero fue el saqueo de América lo que financió las terribles guerras religiosas y dinásticas que asolaron el continente europeo durante generaciones. Si Europa no hubiera tomado posesión de América, ¿habría impuesto su cultura en el mundo? Si hubiera sido dominado por el Islam o gobernado por la burocracia china, ¿se habría destruido a sí mismo como lo hizo en un mundo donde cada nación trataba de ser tan europea como fuera posible?

—Claro que sí —dijo Hassan—. Los europeos no inventaron el saqueo.

—No, inventaron las máquinas que lo convirtieron en tan enloquecedoramente eficiente. Las máquinas que sorbieron el petróleo del suelo y nos permitieron esparcir el hambre y la guerra a través de océanos y continentes hasta que nueve décimas partes de la humanidad encontraron la muerte.

—Así que Colón es responsable de la era de la tecnología.

—¿No ves, Hassan, que no le echo la culpa a nadie?

—Lo sé, Tagiri.

—Voy a buscar el lugar donde el cambio más pequeño, más simple, podría salvar al mundo del máximo sufrimiento. Eso haría que se perdieran las menos culturas posibles, menos gente sería esclavizada, menos especies se extinguirían, menos recursos se agotarían. Todo se centra en el punto en que Colón regresa a Europa con sus historias de oro, esclavos y naciones que convertir en súbditos cristianos del rey y la reina.

—¿Entonces estarías dispuesta a matar a Colón?

Tagiri se estremeció.

—No —dijo—. ¿Quién dice que podamos viajar físicamente al pasado de forma que lo hiciera posible? De todas formas, no necesitamos matarlo. Sólo tenemos que apartarlo de su plan para navegar hacia poniente. Tenemos que encontrar qué es posible antes de decidir cómo hacerlo. Y asesinar... nunca estaría de acuerdo con eso. Colón no era ningún monstruo. Todos lo sabemos, sobre todo desde que el tempovisor nos mostró la verdad acerca de él. Sus vicios eran los vicios de su época y cultura, pero sus virtudes trascendían el escenario de su vida. Fue un gran hombre. No tengo ningún deseo de deshacer la vida de un gran hombre.

Hassan asintió, lentamente.

—Digamos lo siguiente: Si conociéramos que es posible apartar a Colón de su viaje, y si después de mucha investigación estuviéramos seguros de que apartarlo detendría de verdad la terrible maldición del mundo desde esa época en adelante, entonces merecería la pena deshacer esta edad de curación sobre la firme posibilidad de hacerla innecesaria.

—Sí —dijo Tagiri.

—Encontrar respuestas a esas preguntas podría ser el trabajo de varias vidas.

—Puede que sí. O puede que no.

—E incluso aunque estuviéramos muy seguros, podríamos estar equivocados, y el mundo podría acabar peor que ahora.

—Con una diferencia —dijo Tagiri—. Si detenemos a Colón podemos estar seguros de que Putukam y Baiku nunca morirían bajo las espadas españolas.

—En eso te doy la razón —repuso Hassan—. Averigüemos si es posible y deseable hacerlo. Averigüemos si la gente de nuestra propia época está de acuerdo en que merece la pena, que es justo hacerlo. Y si lo están, entonces te secundaré cuando se haga.

Sus palabras estaban llenas de confianza, y sin embargo ella sintió un vértigo que la mareaba, como si se encontrara al borde de un gran precipicio y el suelo acabara de moverse bajo sus pies. ¿Qué tipo de arrogancia tenía para imaginar siquiera ahondar

en el pasado y hacer cambios? «¿Quién soy yo —pensó—, si me atrevo a responder a oraciones que tenían como destinatarios a los dioses?»

Sin embargo, sabía aunque lo dudara que ya había tomado una decisión. Los europeos habían tenido su futuro, habían cumplido sus más ambiciosos sueños, y era su futuro el que se había convertido en el oscuro pasado de su mundo, las consecuencias de sus decisiones las que entonces estaban siendo eliminadas de la Tierra.

«Los sueños europeos condujeron a esto —se dijo—, un mundo profundamente herido y convaleciente, con un millar de años de curación por delante, con tantas cosas irremediablemente perdidas que sólo serán recuperadas en las holocintas de Vigilancia del Pasado. Así, si está en mi poder deshacer sus sueños, dar futuro a otra gente, ¿quién puede decir que me equivoco? ¿Cómo podría ser peor?»

Cristóbal Colón (Christopher Columbus, como lo llamaban los ingleses, Cristoforo Colombo, como fue bautizado en Genova) no descubriría América después de todo si ella conseguía encontrar un medio de impedirselo. La oración de la aldea de Ankuash sería contestada.

Y al contestar a esa oración, su propia sed sería saciada. Nunca podría satisfacer el ansia sin esperanza de los rostros de todos los esclavos de todas las épocas. Nunca podría borrar la tristeza del rostro de su anciana antepasada Diko y su hijo, Acho, que una vez fue un niño alegre. Nunca recuperaría las vidas y los cuerpos de los esclavos. Pero sí podía hacer esto, y al hacerlo, la carga que se había acumulando en su interior a lo largo de todos estos años sería finalmente aliviada. Sabría que había hecho todo lo que era posible por sanar el pasado.

A la mañana siguiente, Tagiri y Hassan informaron de lo que había sucedido. Durante semanas los líderes más importantes de Vigilancia del Pasado y también muchos líderes externos vinieron a ver la holocinta, a discutir sus posibles significados. Escucharon a Tagiri y Hassan mientras atendían a sus preguntas y proponían sus planes. Al final, dieron su consentimiento a un nuevo proyecto para explorar lo que podría significar la visión de Putukam. Lo llamaron el Proyecto Colón, tanto porque parecía el mismo tipo de viaje alocado e imposible en el que Colón se había embarcado en 1492 como porque el proyecto podría conducir a deshacer su gran logro.

Tagiri mantuvo en marcha la investigación sobre la esclavitud, por supuesto, pero junto a Hassan se lanzó también al nuevo proyecto con un nuevo equipo de trabajadores. Hassan dirigía el grupo que estudiaba la historia para ver si detener a Colón tendría el efecto que deseaban, y descubrir si algún otro cambio podría ser más deseable o más fácilmente puesto en práctica. Tagiri dividió sus horas de trabajo entre el proyecto de la esclavitud y la coordinación de una docena de físicos e ingenieros que intentaban averiguar exactamente las consecuencias de una sacudida temporal, y

cómo alterar las máquinas del tiempo para aumentar el efecto lo suficiente para permitir la alteración del pasado.

Poco después de iniciada su colaboración, Tagiri y Hassan se casaron y tuvieron una hija y un hijo. Llamaron a la niña Diko y Acho al niño. Ambos crecieron fuertes y sabios, inmersos en el amor de sus padres y el Proyecto Colón desde su infancia. Acho creció y se convirtió en piloto. Surcó la superficie de la Tierra como un pájaro, rápido y libre. Diko no se apartó tanto de casa. Aprendió los lenguajes, las herramientas, las historias inherentes al trabajo de sus padres, y se quedó junto a ellos. Tagiri miraba a su marido, a sus hijos, y más de una vez pensaba: «¿Y si algún extranjero de un lugar lejano viniera y me robara a mi hijo y lo convirtiera en esclavo y nunca volviera a verlo? ¿Y si un ejército de un lugar ignoto viniera y asesinara a mi esposo y violara a mi hija? ¿Y si, en algún otro lugar, gente feliz nos observara mientras todo eso sucedía, y no hiciera nada para ayudarnos, por temor a poner en peligro su propia felicidad? ¿Qué pensaría de ellos? ¿Qué clase de personas serían?»

3

ESCLAVOS



A veces Diko consideraba que había crecido con Cristóbal Colón, que era su tío, su abuelo, su hermano mayor. Siempre estaba presente en el trabajo de su madre, y las escenas de su vida se proyectaban una y otra vez como telón de fondo.

Uno de sus primeros recuerdos era de Colón dando órdenes a sus hombres para capturar a varios indios y llevarlos a España como esclavos. Diko era tan niña que en realidad no comprendía el significado de lo que estaba pasando. Sin embargo, sí sabía que la gente del holovisor no era real, así que cuando su madre dijo con profunda y amarga rabia: «Te detendré», Diko pensó que le estaba hablando a ella y se echó a llorar.

—No, no —la consoló su madre, meciéndola—. No hablaba contigo, sino con el hombre del holovisor.

—No puede oírte —contestó Diko.

—Lo hará algún día.

—Papá dice que murió hace cien años.

—Más que eso, mi Diko.

—¿Por qué estás tan enfadada con él? ¿Es malo?

—Vivió en una mala época. Fue un buen hombre en una mala época.

Diko no podía comprender las sutilezas morales de esto. La única lección que aprendió de aquel hecho fue que de algún modo la gente del holovisor era real

después de todo, y que el hombre llamado por igual Cristóforo Colombo, Cristóbal Colón y Christopher Columbus era muy, muy importante para su madre.

También se volvió importante para Diko. Siempre estaba en algún rincón de su mente. Lo vio jugando cuando era niño. Lo vio discutiendo interminablemente con sacerdotes en España. Lo vio arrodillarse ante el rey de Aragón y la reina de Castilla. Lo vio intentando en vano hablar a los indios en latín, genovés, español y portugués. Lo vio visitando a su hijo en un monasterio de La Rábida.

Cuando tenía cinco años, Diko le preguntó a su madre:

—¿Por qué su hijo no vive con él?

—¿Con quién?

—Con Cristóforo —dijo Diko—. ¿Por qué vive ese niño pequeño en el monasterio?

—Porque Colón no tiene esposa.

—Lo sé. Ella murió.

—Así, mientras él intenta que el rey y la reina le permitan hacer su viaje hacia el oeste, su hijo tiene que quedarse en algún sitio seguro, donde pueda recibir una educación.

—Pero Cristóforo tiene otra esposa todo el tiempo —añadió Diko.

—Una esposa no —corrigió su madre.

—Duermen juntos.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Has estado pasando el holovisor mientras yo no estaba aquí?

—Tú estás siempre aquí, mamá.

—Ésa no es respuesta, niña meticona. ¿Qué has estado viendo?

—Cristóforo tiene otro niño con su nueva esposa —dijo Diko—. Ése nunca va a vivir al monasterio.

—Eso es porque Colón no está casado con la madre del nuevo bebé.

—¿Por qué no?

—Diko, tú tienes cinco años y yo estoy muy ocupada. ¿Es una emergencia tan grande que tengo que explicarte todo esto ahora mismo?

Diko sabía que eso significaba que tendría que preguntárselo a su padre. Muy bien. Su padre no pasaba en casa tanto tiempo como su madre, pero, cuando estaba, respondía todas sus preguntas y nunca la hacía esperar hasta que creciera.

Esa misma tarde, Diko se sentó en un taburete junto a su madre, ayudándola a aplastar las habichuelas para preparar la salsa que sería la cena. Mientras removía las habichuelas machacadas con todo el vigor y todo el cuidado que era posible, se le ocurrió otra pregunta.

—Si tú murieras, mamá, ¿me enviaría papá a un monasterio?

—No —contestó su madre.

—¿Por qué no?

—No me voy a morir, no hasta que tú misma seas una viejecita.

—Pero si lo hicieras.

—No somos cristianos ni vivimos en el siglo quince. No enviamos a nuestros hijos a monasterios para que los eduquen.

—Debe de haberse sentido muy solo —insistió Diko.

—¿Quién?

—El hijo de Cristóforo en el monasterio.

—Seguro que tienes razón —dijo su madre.

—¿Se sentía también Cristóforo solo? ¿Sin su niño?

—Supongo que sí. Algunas personas se sienten muy solas sin sus hijos. Aunque estén rodeadas de otras personas todo el tiempo, echan de menos a sus pequeños. Aun cuando sus hijos crecen y se vuelven grandes, echan de menos a los pequeños que nunca volverán a ver.

Diko sonrió.

—¿Echas de menos cómo era a los dos años?

—Sí.

—¿Era graciosa?

—La verdad es que eras una lata —le dijo su madre—. siempre metiéndote en todo, sin descansar jamás. Eras una niña imposible. Tu padre y yo apenas podíamos hacer nada excepto cuidarte.

¿Y eso no era gracioso? —preguntó Diko. Se sentía un poco decepcionada.

Te conservamos, ¿no? Debiste ser al menos un poquito graciosa. No viertas las habichuelas de esa forma, o acabaremos comiéndonos las paredes para la cena.

—Papá las aplasta mejor que tú —dijo Diko.

—Qué amable por tu parte.

—Pero en el trabajo, tú eres la jefa de papá.

Su madre suspiró.

—Tu padre y yo trabajamos juntos.

—Tú eres la cabeza del proyecto. Lo dice todo el mundo.

—Sí, eso es verdad.

—Si tú eres la cabeza, ¿papá es el codo o algo así?

—Papá es las manos y los pies, los ojos y el corazón.

Diko empezó a reírse.

—¿Seguro que papá no es el estómago?

—Yo creo que la tripita de tu padre es bonita.

—Bueno, menos mal que papá no es el culo del proyecto.

—Ya basta, Diko —dijo su madre—. Ten un poco de respeto. Ya no eres tan pequeña para que ese tipo de cosas sea gracioso.

—Si no es gracioso, ¿qué es?

—Desagradable.

—Voy a ser desagradable toda la vida —rebató Diko, desafiante.

—No tengo duda de ello.

—Voy a detener a Cristóforo.

Su madre la miró sorprendida.

—Ése es mi trabajo, si es que puede hacerse.

—Serás demasiado vieja —contestó Diko—. Voy a crecer y detenerlo por ti.

Su madre no discutió.

Para cuando Diko cumplió diez años, se pasaba todas las tardes en el laboratorio, aprendiendo a usar el viejo tempovisor. Técnicamente, se suponía que no debía usarlo, pero toda la instalación de Ileret estaba dedicada entonces al proyecto de su madre, y por eso era la actitud de su madre hacia las reglas lo que prevalecía. Esto significaba que todo el mundo seguía con todo rigor el método científico, pero la línea limítrofe entre el trabajo y el hogar no se observaba con mucho cuidado. Los niños y parientes estaban frecuentemente cerca, y mientras se mantuvieran callados, a nadie le importaba. No es que hubiera ningún secreto que guardar. Además, ya nadie utilizaba los anticuados tempovisores excepto para reproducir antiguas grabaciones, así que Diko no interfería en el trabajo de nadie. Todo el mundo sabía que era cuidadosa. Así que nadie comentaba el hecho de que una niña sin autorización y a medio educar estuviera metiendo la nariz en el pasado sin que nadie la supervisara.

Al principio, su padre configuró el tempovisor que Diko empleaba para que sólo reprodujera imágenes previamente grabadas. Diko pronto se cansó de que el tempovisor tuviera una perspectiva tan restringida. Siempre anhelaba ver las cosas desde otro ángulo.

Justo antes de cumplir doce años, descubrió un método para sortear el fútil intento de su padre por bloquear su acceso pleno. No fue particularmente hábil; el ordenador de su padre le alertó de lo que había hecho, y él fue a verla antes de que pasara una hora.

—Así que quieres seguir contemplando el pasado.

—No me gustan las imágenes grabadas por otra gente —dijo Diko—. Nunca les interesa lo que me interesa a mí.

—Lo que vamos a decidir ahora mismo —prosiguió su padre— es si te prohibimos observar el pasado por completo o si te damos la libertad que quieres.

Diko se sintió súbitamente enferma.

—No me lo prohibas —pidió—. Me quedaré con las viejas imágenes, pero no me obligues a dejarlo.

—Sé que toda la gente que observas está muerta. Pero eso no significa que tengas derecho a espiarla sólo por curiosidad.

—¿No trata de eso Vigilancia del Pasado? —le preguntó Diko.

—No —contestó su padre—. Curiosidad sí, pero no curiosidad personal. Somos científicos.

—Yo también seré científica.

—Observamos las vidas de la gente para averiguar por qué hicieron lo que hicieron.

—Yo también.

—Verás cosas terribles. Cosas feas. Cosas muy privadas. Cosas preocupantes.

—Ya las he visto.

—A eso me refiero —confirmó su padre—. Si piensas que las cosas que te hemos permitido ver hasta ahora eran feas, privadas o preocupantes, ¿qué harás cuando veas cosas que lo sean de verdad?

—Feo, Privado y Preocupante. Parece una firma de abogados —dijo Diko.

—Si vas a tener los privilegios de un científico, entonces tienes que actuar como un científico.

—¿Y eso significa...?

—Quiero informes diarios sobre los lugares y épocas que observas. Quiero informes semanales de lo que has estado examinando y lo que has aprendido. Debes mantener un diario como todo el mundo. Y si ves algo preocupante, habla conmigo o con tu madre.

Diko sonrió.

—Ya entiendo. De lo feo y privado me encargo yo sola, pero lo preocupante lo discuto con los Ancianos.

—Eres la luz de mi vida —dijo su padre—. Pero creo que no te grité lo suficiente cuando eras pequeña para que sirva ya de algo.

—Entregaré todos los informes que me pidas —concedió ella—. Pero tienes que prometerme que los leerás.

—Siguiendo exactamente el mismo criterio que con los informes de cualquier otra persona. Así que será mejor que no me muestres trabajos mediocres.

Diko exploró, informó y empezó a anhelar las entrevistas semanales con su padre referidas al trabajo que hacía. Sólo gradualmente se dio cuenta de lo infantiles y elementales que eran aquellos primeros informes, cómo rozaba la superficie de temas resueltos mucho antes por observadores adultos; se maravillaba de que su padre nunca le hubiera insinuado de que no estaba en la vanguardia de la ciencia. Él siempre escuchaba con respeto, y en cuestión de unos pocos años Diko empezó a merecerlo.

Fue el viejo Cristóforo Colombo, nada menos, quien la apartó del tempovisor y la condujo al mucho más sensible TruSite. Ella nunca lo había olvidado, porque sus padres siempre lo tenían presente, pero sus primeras exploraciones con el tempovisor

nunca estuvieron relacionadas con él. ¿Por qué iban a estarlo? Diko había sido testigo de prácticamente cada momento de la existencia de Colón en las viejas grabaciones que sus padres contemplaron de forma más o menos continuada durante la casi totalidad de sus vidas adultas. Lo que la llevó de regreso a Colón fue la pregunta que ella misma planteó: ¿cuándo toman las grandes figuras de la historia las decisiones que las ponen en el camino de la grandeza? Eliminó de su estudio todas las personas que simplemente eran arrastradas a la fama; eran quienes se debatían contra grandes obstáculos y nunca cedían quienes la intrigaban. Algunos eran monstruos y otros eran nobles; algunos eran oportunistas que servían a sus propios fines y otros eran altruistas; algunos de sus logros se desmoronaban casi de inmediato, y otros cambiaban el mundo de forma tal que tenía reverberaciones que alcanzaban al presente. Para Diko, eso apenas importaba. Buscaba el momento de la decisión y, después de haber escrito informes sobre varias docenas de grandes figuras, se le ocurrió que en todas sus observaciones de Cristóforo nunca se había sentado a estudiarlo de forma lineal, viendo cuál fue la causa por la que el hijo de un ambicioso tejedor genovés se hizo a la mar y acabó con todos los antiguos mapas del mundo.

Sin duda Cristóforo era uno de los grandes, lo aprobaran sus padres o no. ¿Pero cuándo fue tomada la decisión? ¿Cuándo dio el primer paso que le convirtió en uno de los hombres más famosos de la historia?

Le pareció encontrar la respuesta en 1459, cuando la rivalidad entre las dos grandes casas de Genova, los Fieschi y los Adorno, llegaba a su punto crítico. Ese año un hombre llamado Domenico Colombo era tejedor, seguidor del partido Fieschi, antiguo guardián de la Puerta Olivella, y padre de un niño pelirrojo que tenía dentro de sí el poder de cambiar el mundo.

Cristóforo tenía ocho años la última vez que Pietro Fregoso fue a visitar a su padre. Cristóforo conocía el nombre del hombre, pero también sabía que en la casa de Domenico Colombo, Pietro Fregoso era mencionado siempre por el título que le había sido arrebatado por el partido Adorno: el Dux. Pietro Fregoso había decidido hacer un intento firme para recuperar el poder, y como el padre de Cristóforo era uno de los más fieros partidarios de la causa Fieschi, no resulta demasiado sorprendente que Pietro eligiera honrar a la casa Colombo celebrando allí una reunión secreta.

Pietro llegó por la mañana, acompañado solamente por un par de hombres: tenía que moverse sin despertar sospechas por la ciudad, o los Adorno sabrían que estaba planeando algo. Cristóforo vio a su padre arrodillarse y besar el anillo de Pietro. Su madre, que estaba de pie en la puerta situada entre el telar y la habitación principal, murmuró entre dientes algo sobre el Papa. Pero Pietro era el Dux de Genova, o más bien el antiguo Dux. Nadie le llamaba Papa.

—¿Qué has dicho, mamá?

—Nada. Entra aquí.

Cristóforo fue arrastrado al taller, donde los telares de los oficiales se movían y agitaban cuando los aprendices pasaban el hilo de un sitio a otro o se arrastraban por debajo para doblar la tela que el oficial estaba tejiendo. Cristóforo tenía una vaga conciencia de que su padre esperaba que ocupara su lugar como aprendiz en el taller de algún otro miembro del gremio de tejedores. No le agradaba la idea. La vida de aprendiz representaba trabajo monótono y sin significado, y las burlas de los oficiales se convertían en serio tormento cuando su padre y su madre no estaban delante. En el taller de otro tejedor, Cristóforo sabía que no tendría la posición de protegido de que gozaba allí, donde su padre era el amo.

Pronto su madre perdió interés en Cristóforo y el niño se escabulló hasta la puerta para observar las idas y venidas en la habitación principal, donde las piezas de paño habían sido retiradas de la mesa de exposición y los grandes carretes de hilo recogidos se habían dispuesto a modo de sillas. Varios hombres más habían entrado en los últimos minutos. Iba a ser una reunión. Cristóforo comprendió que Pietro Fregoso celebraba un consejo de guerra, y en la casa de su padre.

Al principio fue a los grandes hombres a quienes Cristóforo observó. Iban vestidos con las ropas más deslumbrantes y extravagantes que había visto jamás. Ninguno de los clientes de su padre entraba en la tienda vestido así, pero algunas de las ropas estaban hechas con la más fina tela de la casa. Cristóforo reconoció el rico brocado que llevaba un caballero como una tela que había sido fabricada no hacía ni un mes por Cario, el mejor de los oficiales. La había recogido Tito, que siempre vestía un uniforme verde. Sólo entonces comprendió Cristóforo que cuando Tito venía a comprar no lo hacía para sí mismo, sino para su amo. Tito no era un cliente, pues. Simplemente hacía lo que le enviaban a hacer. Sin embargo, su padre le trataba como a un amigo, aunque era un criado.

Esto puso a Cristóforo a pensar en la forma en que su padre trataba a sus amigos. Las bromas, el afecto despreocupado, el vino compartido, las historias. Su padre y sus amigos hablaban mirándose a los ojos.

Su padre siempre decía que su mejor amigo era el Dux: Pietro Fregoso. Sin embargo, ese día Cristóforo descubrió que aquello no era cierto; pues su padre no bromeaba, no mostraba ninguna despreocupación en sus modales, no contaba ninguna historia, y el vino que servía era para los caballeros a la mesa, no para sí mismo. Su padre se quedaba en un rincón de la habitación, esperando a ver si alguien necesitaba más vino, sirviéndolo inmediatamente si así era. Y Pietro no incluía a su padre cuando miraba a los ojos de los hombres congregados alrededor de la mesa. No, Pietro no era amigo de su padre; según todas las apariencias, Domenico Colombo era un criado de Pietro.

Eso hizo que Cristóforo se sintiera un poco mal por dentro, pues sabía que su

padre se enorgullecía de tener a Pietro por amigo. Cristóforo observaba la reunión: miraba los graciosos movimientos de los ricos, escuchaba la elegancia de su lenguaje. Algunas palabras ni siquiera las comprendía, y sin embargo sabía que eran genovesas y no latín o griego. «Naturalmente mi padre no tiene nada que decir a estos hombres pensó—. Habla otro idioma.» Eran extranjeros igual que los extraños hombres que Cristóforo vio en los muelles un día, los que eran de Provenza.

«¿Cómo aprendieron estos caballeros a hablar así? —se preguntó—. ¿Cómo aprendieron a decir palabras que nunca se hablan en nuestra casa o en la calle? ¿Cómo pueden esas palabras pertenecer al idioma de Genova, y sin embargo ninguno de los genoveses comunes conocerlas? ¿No es una ciudad? ¿No son estos hombres Fieschi como lo es mi padre? Los bravucones Adorno que volcaban los carros Fieschi en el mercado... mi padre habla más como ellos que como estos caballeros que supuestamente eran de su propio partido.

»Hay más diferencia entre los caballeros y los comerciantes como mi padre que entre los Adorno y los Fieschi. Sin embargo, los Fieschi y los Adorno a menudo llegan a las manos, y hay historias de asesinatos. ¿Por qué no hay peleas entre los comerciantes y los caballeros?»

Sólo una vez incluyó Pietro Fregoso a su padre en la conversación.

—¡Me impacienta perder tanto tiempo, nuestro tiempo! —dijo—. Mirad a nuestro Domenico. —Señaló hacia el padre de Cristóforo, que avanzó como un tabernero al que han llamado—. Hace siete años era guardián de la Puerta Olivella. Ahora tiene una casa que es la mitad de la que tenía antes; y sólo tres oficiales en vez de seis. ¿Por qué? Porque ese supuesto Dux desvía todos los negocios para los tejedores Adorno. ¡Porque yo carezco de poder y no puedo proteger a mis amigos!

—No es cuestión del amparo de los Adorno, mi señor —dijo uno de los caballeros—. Toda la ciudad es más pobre con el turco en Constantinopla, los musulmanes acosándonos en Khíos y los piratas catalanes que atacan osadamente nuestros puertos y saquean las casas cercanas a la costa.

—¡Eso quería decir exactamente! —exclamó el Dux—. Los extranjeros pusieron a ese títere en el poder... ¿Qué les importa cómo sufre Genova? Es hora de restaurar el verdadero gobierno genovés. No consentiré ninguna contradicción.

Uno de los caballeros habló en voz baja en medio del silencio que siguió a las palabras de Pietro.

—No estamos preparados —dijo—. Pagaremos en preciosa sangre cualquier ataque alocado que hagamos ahora.

Pietro Fregoso lo miró con frialdad.

—Vaya. ¿Yo digo que no consentiré ninguna contradicción, y me contradices? ¿De parte de quién estás, De Portobello?

—De la vuestra hasta la muerte, mi señor —dijo el hombre—. Pero jamás

castigasteis a hombre alguno por deciros lo que creía como verdad.

—Ni te castigaré ahora. Mientras pueda contar con que estás de mi lado.

De Portobello se puso en pie.

—Delante vuestro, mi señor, o detrás, o dondequiera que haya de colocarme para protegeros cuando amenace el peligro.

Al oírlo, el padre de Cristóforo dio un paso al frente.

—¡Yo también permaneceré junto a vos, mi señor! —exclamó—. ¡Todo aquel que levante una mano contra vos deberá derribar primero a Domenico Colombo!

Cristóforo vio cómo reaccionaban los demás. Aunque habían asentido cuando De Portobello hizo su promesa de lealtad, sólo bajaron la vista en silencio cuando su padre habló. Algunos de ellos enrojecieron. ¿De ira? ¿De vergüenza? Cristóforo no estaba seguro de que quisieran oír la promesa de su padre. ¿Era porque sólo un caballero podía combatir lo bastante bien para proteger al legítimo Dux? ¿O era porque su padre no debería haber sido tan osado para hablar en medio de tan poderosa compañía?

Fuera cual fuese la razón, Cristóforo observó que el silencio había golpeado a su padre como un mazo. Pareció consumirse mientras se replegaba contra la pared. Sólo cuando su humillación fue completa volvió a hablar Pietro.

—Nuestro éxito depende de que todos los Fieschi luchen con coraje y lealtad. — Sus palabras eran amables, pero llegaban demasiado tarde para aliviar los sentimientos de Domenico. No suponían una honorable aceptación de la oferta del tejedor, sino un consuelo, como un hombre que acaricia a un perro leal.

«Mi padre no les importa —pensó Cristóforo—. Se reúnen en su casa porque deben mantener la reunión en secreto, pero él no significa nada para ellos.»

La reunión terminó poco después; la decisión fue atacar dos días más tarde. En cuanto los caballeros se marcharon y Domenico cerró la puerta, la madre de Cristóforo avanzó y se plantó ante su marido.

—¿Qué pretendes, idiota? ¡Si alguien quiere dañar al legítimo Dux, tendrán que derribar a Domenico Colombo primero! ¡Qué tontería! ¿Cuándo te convertiste en soldado? ¿Dónde está tu bella espada? ¿Cuántos duelos has librado? ¿O piensas que esto será una riña de taberna y sólo tendrás que hacer entrechocar las cabezas de un par de borrachos para ganar la batalla? ¿Es que no te importan nada tus hijos que planeas dejarlos sin padre?

—Soy un hombre de honor —dijo Domenico.

Cristóforo se preguntó: «¿Cuál es el honor de mi padre si sus mejores amigos desprecian la oferta de su vida?»

—Tu honor pondrá a tus hijos en la calle vestidos de harapos.

—Mi honor me convirtió en guardián de la Puerta Olivella durante cuatro años. Entonces te gustaba vivir en una hermosa casa, ¿verdad?

—Esa época se acabó —dijo la madre—. Correrá la sangre, y no será sangre Adorno.

—No estés tan segura de eso —contestó Domenico. Y corrió escaleras arriba. La madre estalló en lágrimas de ira y frustración. La discusión se había terminado.

Pero Cristóforo no se dio por satisfecho. Esperó a que su madre se calmara retirando de la mesa los ovillos y colocando de nuevo las telas, para que los clientes pudieran verlos y estuvieran limpios. Cuando juzgó que podía hablar sin que le gritaran, dijo:

—¿Cómo aprenden los caballeros a serlo?

Ella le miró.

—Nacen así —contestó—. Dios los convirtió en caballeros.

—¿Pero por qué no podemos nosotros aprender a hablar como lo hacen ellos? —preguntó Cristóforo—. Creo que no sería difícil.

Cristóforo imitó la refinada voz del caballero De Portobello, diciendo:

—Jamás castigasteis a hombre alguno por deciros lo que creía como verdad.

Su madre se le acercó y le abofeteó en la cara. Dolió, y aunque hacía tiempo que Cristóforo había dejado de llorar cuando lo castigaban, la sorpresa de la acción, más que el golpe, fue lo que hizo que se le saltaran las lágrimas.

—¡Que no te vuelva a oír dándote aires así otra vez, Cristóforo! —gritó ella—. ¿Eres demasiado bueno para tu padre? ¿Piensas que zarandearte como un ganso hará que te crezcan plumas?

Lleno de furia, Cristóforo le gritó a su vez.

—Mi padre es tan bueno como cualquiera de ellos. ¿Por qué no puede su hijo aprender a ser un caballero?

Ella estuvo a punto de volver a abofetearlo por haberse atrevido a replicarle. Pero se contuvo y acabó por escuchar lo que le había dicho su hijo.

—Tu padre es tan bueno como cualquiera de ellos —contestó—. ¡Mejor!

Cristóforo indicó las hermosas telas esparcidas sobre la mesa.

—Ahí hay tela. ¿Por qué no puede mi padre vestir como un caballero? ¿Por qué no puede hablar como ellos lo hacen y vestir como ellos? ¡Entonces el Dux sí que le honraría!

—El Dux se reiría de él —dijo la madre—. Y lo haría todo el mundo. Y si él intentara seguir actuando como un caballero, uno de ellos vendría y atravesaría con su espada el corazón de tu padre, por atreverse a comportarse como un advenedizo.

—¿Por qué se reirían de él si no se ríen de otros hombres que visten y hablan como ellos lo hacen?

—Porque son caballeros de verdad, y tu padre no lo es.

—Pero si no es la ropa ni el lenguaje... ¿Hay algo en su sangre? No parecen más fuertes que mi padre. Tenían brazos débiles; y la mayoría eran gordos.

—Tu padre es más fuerte que ellos, desde luego. Pero ellos tienen espadas.

—¡Pues que compre una espada!

—¿Quién le vendería una espada a un tejedor? —le preguntó riendo la madre—. ¿Y qué haría tu padre con ella? No ha empuñado una espada en toda su la vida. ¡Se cortaría sus propios dedos!

—No si practicara —alegó Cristóforo—. No si aprendiera.

—No es la espada lo que hace al caballero. Los caballeros nacen siendo hijos de caballeros, eso es todo. El padre de tu padre no lo era, y por eso él no lo es.

Cristóforo reflexionó sobre esto un instante.

—¿No descendemos todos de Noé, después del diluvio? ¿Por qué son caballeros los hijos de una familia, y los hijos de la familia de mi padre no? Dios nos creó a todos.

La madre se rió amargamente.

—Oh, ¿eso es lo que te enseñan los curas? Bueno, entonces deberías verlos inclinarse y hacerles reverencias a los nobles mientras se mean en el resto de nosotros. Ellos piensan que a Dios le gustan más los caballeros, pero Jesucristo no actuó así. ¡No le importaban nada!

—¿Entonces qué derecho tienen a despreciar a mi padre? —demandó Cristóforo, y contra su voluntad sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Ella le observó un momento, como decidiendo si decirle la verdad o no.

—El oro y la tierra —dijo.

Cristóforo no comprendió.

—Tienen oro en sus cofres del tesoro —prosiguió la madre—, y su propia tierra. Eso es lo que los convierte en caballeros. Si nosotros tuviéramos grandes extensiones de tierra en el campo o un cofre lleno de oro en el desván, entonces tu padre sería un caballero y nadie se reiría de ti si intentaras hablar como ellos hacen y vistieras ropas hechas de esto. —Apoyó el extremo de un rollo de tela contra el pecho del niño—. Serías un lindo caballero, mi Cristóforo.

Entonces soltó el tejido y se rió sin parar.

Finalmente, Cristóforo salió de la habitación.

«Oro —pensó—. Si mi padre tuviera oro, todos esos otros hombres lo escucharían. Bien, pues... le conseguiré oro.»

Uno de los hombres de la reunión debía de ser un traidor, o tal vez alguno habló descuidadamente, cerca de donde un criado traicionero escuchaba, pero de algún modo los Adorno se enteraron de los planes de los Fieschi; y cuando Pietro y sus dos guardaespaldas aparecieron junto a las torres cilíndricas de la Puerta de Sant'Andrea, donde el encuentro iba a tener lugar, fueron emboscados por una docena de hombres de los Adorno. Derribaron a Pietro de su caballo y le golpearon la cabeza con una maza. Le dieron por muerto y escaparon.

Los gritos se oían en la casa Colombo tan claramente como si todo hubiera sucedido en la mansión de al lado, lo que casi era exacto, pues vivían apenas a cien metros de la Puerta de Sant'Andrea. Oyeron los primeros gritos de los hombres y la voz de Pietro que gritaba:

—¡Fieschi! ¡A mí, Fieschi!

De inmediato, el padre de Cristóforo cogió su pesado bastón de su lugar junto a la chimenea y corrió a la calle. La madre llegó demasiado tarde a la puerta para detenerlo. Gritando y llorando, reunió a los niños y los aprendices en la parte trasera de la casa mientras los oficiales montaban guardia delante. En la oscuridad, oyeron el tumulto y los gritos. Luego se oyeron los lamentos de Pietro, pues no lo habían matado de inmediato y en su agonía aullaba pidiendo ayuda en la noche.

—Loco —susurró la madre—. Chillar así es como decir a los Adorno que no lo han matado. Volverán y acabarán con él.

—¿Matarán a papá? —preguntó Cristóforo.

Los niños más pequeños empezaron a llorar.

—No —contestó la madre, pero Cristóforo se dio cuenta de que no estaba segura.

Tal vez ella percibió su escepticismo.

—Todos locos —dijo—. Todos los hombres están locos. Luchar por quién gobierna Genova... ¿qué importa eso? ¡El turco está en Constantinopla! ¡Los paganos tienen el Santo Sepulcro en Jerusalén! ¿El nombre de Cristo ya no se pronuncia en Egipto, y como niños pequeños se pelean por quién se sienta en una bonita silla y se proclama Dux de Genova? ¿Qué es el honor de Pietro Fregoso comparado con el honor de Jesucristo? ¿Qué es poseer el palacio del Dux cuando la tierra donde la Santa Virgen caminó por su jardín, donde se le apareció el ángel, está en manos de perros circuncisos? ¡Si quieren matar a alguien, que liberen Jerusalén! ¡Que liberen Constantinopla! ¡Que viertan sangre para redimir el nombre del Hijo de Dios!

—Yo lucharé por eso —dijo Cristóforo.

—¡No luches! —gimió una de sus hermanas—. Te matarán.

—Yo los mataré primero.

—Eres muy pequeño, Cristóforo —dijo su hermana.

—No lo seré siempre.

—Callad —ordenó la madre—. Todo esto son tonterías. El hijo de un tejedor no va a las Cruzadas.

—¿Por qué no? —dijo Cristóforo—. ¿Rechazaría Cristo mi espada?

—¿Qué espada? —preguntó la madre, despectiva.

—Algún día tendré una espada. ¡Seré un caballero!

—¿Cómo, sino tienes oro?

—¡Conseguiré oro!

—¿En Genova? ¿Como tejedor? Mientras vivas, serás el hijo de Domenico

Colombo. Nadie te dará oro y nadie te llamará caballero. Ahora cállate o te pellizcaré el brazo.

Era una amenaza en toda regla, y los niños sabían obedecer cuando su madre la pronunciaba.

Un par de horas más tarde, el padre llegó a casa. El oficial casi no lo dejó entrar cuando llamó. Sólo cuando gritó angustiado: «¡Mi señor ha muerto! ¡Dejadme entrar!», abrieron la puerta. Entró tambaleándose justo cuando los niños corrían detrás de la madre hacia la habitación delantera. Venía cubierto de sangre. La madre gritó y lo abrazó y luego le buscó las heridas.

—No es sangre mía —dijo él, angustiado—. ¡Es la sangre de mi Dux! ¡Pietro Fregoso ha muerto! ¡Los cobardes lo emboscaron, lo tiraron del caballo y le golpearon la cabeza con una maza!

—¿Por qué estás cubierto con su sangre, Nico?

—Lo llevé a las puertas del palacio del Dux. ¡Lo llevé al lugar donde tenía que estar!

—¿Por qué has hecho eso, idiota?

—¡Porque él me lo dijo! Me acerqué a él, estaba gritando y cubierto de sangre y dije: «Dejadme llevaros a vuestro físico, dejadme llevaros a vuestra casa, dejadme encontrar a quienes os hicieron esto y los mataré por vos.» Y él me contestó: «¡Domenico, llévame al palacio! ¡Ahí es donde debería morir el Dux, en el palacio, como mi padre!» Así que lo llevé hasta allí, en mis propios brazos, ¡y no me importó que los Adorno nos vieran! ¡Lo llevé allí y murió en mis brazos! ¡Fui su verdadero amigo!

—¡Si te vieron con él, te encontrarán y te matarán!

—¿Qué importa? ¡El Dux ha muerto!

—A mí sí que me importa —dijo la madre—. Quítate esas ropas.

Se volvió hacia los oficiales y empezó a dar órdenes.

—Tú, lleva a los niños a la parte trasera de la casa. Tú, que los aprendices saquen agua y la calienten para preparar un baño. Tú, cuando le quites las ropas, quémalas.

Los otros niños obedecieron al oficial y corrieron a la parte trasera de la casa, pero Cristóforo no. Vio cómo su madre desnudaba a su padre, cubriéndole de besos y maldiciones sin cesar. Cristóforo no abandonó la habitación ni siquiera después de que lo condujera al patio para bañarlo, ni siquiera cuando el hedor de las ropas ensangrentadas al ser quemadas inundó la casa. Cristóforo estaba de guardia, protegiendo la puerta.

O eso decían todas las viejas interpretaciones de aquella noche. Colón estaba de guardia, para mantener a su familia a salvo. Pero Diko sabía que no era eso lo que pasaba por la mente del muchacho. No, estaba tomando su decisión. Estaba

emplazando ante sí los términos de su futura grandeza. Sería un caballero. Reyes y reinas lo tratarían con respeto. Tendría oro. Conquistaría reinos en nombre de Cristo.

Incluso entonces, debió de saber que para conseguir todo aquello tendría que abandonar Genova. Como había dicho su madre: mientras viviera en aquella ciudad, sería el hijo de Domenico el tejedor. A partir de la mañana siguiente dirigió su vida hacia la consecución de sus nuevos objetivos. Empezó a estudiar (idiomas, historia), con tanto vigor que los monjes que le enseñaban lo comentaron:

—Ha capturado el espíritu de la erudición —decían. Pero Diko sabía que no le interesaba el aprendizaje *per se*. Quería conocer idiomas para viajar por todo el mundo. Tenía que conocer historia para saber qué había en el mundo cuando se aventurara en él.

Y tenía que aprender a navegar. A cada oportunidad que se le planteaba, Cristóforo se iba a los muelles; a escuchar a los marinos, a hacerles preguntas, a aprender todo lo que hacían. Más tarde se concentró en los oficiales de derrota. Les sobornaba con vino cuando podía permitirselo o simplemente demandaba respuestas cuando no podía hacerlo. Con el paso del tiempo consiguió embarcar en una nave, y luego en otra; no rechazó ninguna oportunidad de zarpar y hacía todos los trabajos que le pedían, para que todos supieran que el hijo de un tejedor pretendía aprenderlo todo sobre la mar.

Diko hizo su informe sobre Cristóforo Colombo, sobre el momento en que tomó su decisión. Como siempre, su padre lo alabó, criticando sólo puntos menores. Pero ella sabía a esas alturas que sus alabanzas podían ocultar serias críticas. Cuando lo desafió para que las expresara, él no quiso decirle cuáles eran.

—Ya he dicho que el informe era bueno. Ahora déjame en paz.

—Hay algo mal y no quieres decírmelo.

—Es un informe bien escrito. No tiene nada mal, excepto los puntos que ya te he dicho.

—Entonces no estás de acuerdo con mi conclusión. No crees que eso fue lo que hizo a Cristóforo decidir ser grande.

—¿Decidir ser grande? —preguntó su padre—. Sí, creo que casi con toda seguridad ése es el momento de su vida en que tomó esa decisión.

—¿Entonces qué es lo que está mal?—gritó ella.

—¡Nada! —replicó él.

—¡No soy una niña!

Él la miró, consternado.

—¿No?

—¡Me estás llevando la corriente y ya estoy harta!

—Muy bien —dijo él—. Tu informe es excelente y observador. Sin duda Colón decidió en la noche que has marcado, y por las razones que has expuesto, que

buscaría oro y grandeza y la gloria de Dios. Todo eso está muy bien. Pero no hay ningún atisbo en tu informe que nos indique por qué y cómo decidió que conseguiría esos objetivos navegando hacia poniente en el Atlántico.

Fue algo que la golpeó tan brutalmente como el bofetón de la madre de Cristóforo, y le provocó las mismas lágrimas en los ojos, aunque no hubo ninguna agresión física.

—Lo siento —dijo el padre—. Dijiste que ya no eras una niña.

—No lo soy. Y te equivocas.

—¿Me equivoco?

—Mi proyecto es encontrar cuándo se tomó la decisión de ser grande y eso es lo que descubrí. Tu proyecto y el de mamá es descubrir cuándo Colón decidió dirigirse hacia poniente.

Su padre la miró sorprendido.

—Bueno, sí, supongo que sí. Sin duda es algo que necesitamos saber.

—Entonces no hay nada malo en el informe para mi proyecto sólo porque no contesta la pregunta que os ha estado inquietando a vosotros en el vuestro.

—Tienes razón.

—¡Lo sé!

—Bueno, también yo lo sé ahora. Retiro la crítica. Tu informe es completo y aceptable y lo acepto. Enhorabuena.

Pero ella no se marchó.

—Diko, estoy trabajando.

—Lo encontraré por vosotros —dijo.

—¿Encontrar qué?

—Lo que causó que Cristóforo navegara hacia poniente.

—Termina tu propio proyecto, Diko.

—¿Crees que no puedo?

—He estudiado las grabaciones de la vida de Colón, igual que tu madre, igual que incontables eruditos y científicos. ¿Crees que encontrarás lo que ninguno de ellos ha encontrado?

—Sí.

—Bueno —concluyó el padre—. Creo que hemos aislado tu decisión de ser grande.

Le sonrió, una sonrisita picara. Diko supuso que se estaba burlando de ella. Pero no le importaba. Él podía pensar que estaba bromeando, pero ella haría que su broma se volviera real. ¿Que habían contemplado las viejas grabaciones del tempovisor sobre la vida de Colón una y otra vez, junto con incontables personas más? Muy bien, pues, Diko dejaría de contemplar grabaciones. Iría y miraría directamente su vida, y no con el tempovisor. El TruSite II sería su herramienta. No pidió permiso, ni

tampoco ayuda. Simplemente buscó una máquina que no se utilizaba por la noche y ajustó el horario de trabajo de su vida para que encajara con las horas en que podía utilizar la máquina. Algunos se preguntaban si realmente debería emplear los aparatos más modernos: después de todo, no era miembro de Vigilancia del Pasado. Su formación era, en el mejor de los casos, irregular. No era más que la hija de los observadores, y sin embargo empleaba una máquina a la que normalmente se accedía después de años de estudio.

No obstante, aquellos que albergaban dudas, al ver la decisión en su rostro, al ver lo duro que trabajaba y lo rápidamente que aprendió a utilizar la máquina, pronto perdieron cualquier deseo de poner en duda su derecho. A algunos se les ocurrió que después de todo seguía la tradición. Ibas al colegio a aprender una profesión que era distinta a la de tus padres, pero si el objetivo era entrar en el negocio familiar, lo aprendías desde la infancia. Diko era una vigilante como cualquier otra y, según todas las indicaciones, de las buenas.

Y los que al principio se habían planteado cuestionarla o incluso detenerla, acabaron por advertir a las autoridades de que había una novicia que merecía la pena observar. Se inició un registro, donde se observaba todo lo que hacía Diko.

Y pronto tuvo una etiqueta plateada en su expediente: Dejemos que vaya adonde quiera.

4

KEMAL



La *Santa María* se hundió en un arrecife de la costa norte de La Española, debido a la intrepidez de Colón para navegar de noche y el descuido del timonel. Pero la *Niña* y la *Pinta* no se hundieron; regresaron a casa para informar a Europa de las vastas tierras que los esperaban al oeste. Desencadenaron así un flujo continuo de emigrantes, conquistadores y exploradores que no se detendría en quinientos años. Si había que detener a Colón, la *Niña* y la *Pinta* no podían regresar a España.

El hombre que las hundió fue Kemal Akyazi y el camino que le llevó al proyecto de Tagiri para cambiar la historia fue largo y extraño.

Kemal Akyazi se crió a pocos kilómetros de las ruinas de Troya; desde su hogar de la infancia en Kumkale se divisaban las aguas de los Dardanelos, el estrecho que comunica el Mar Negro con el Egeo. Muchas guerras se habían librado en ambos lados del estrecho, una de las cuales produjo la gran epopeya de Hornero: *La Ilíada*.

La presión de la historia tuvo una extraña influencia en Kemal cuando era niño. Aprendió todos los relatos del lugar, por supuesto, pero también sabía que éstos eran griegos; y que el sitio pertenecía al mundo egeo griego. Kemal era turco; sus antepasados no habían llegado a los Dardanelos hasta el siglo quince. Sentía que este lugar era poderoso, pero no le pertenecía. Por tanto, *La Ilíada* no era la historia que hablaba a su corazón. Más bien era la historia de Heinrich Schliemann, el explorador alemán que, en una época en que se consideraba a Troya como una simple leyenda,

un mito, una ficción, estaba seguro no sólo de que Troya era real, sino de que conseguiría encontrarla. A pesar de todas las burlas, montó una expedición, la localizó y la desenterró. Las antiguas leyendas resultaron ser ciertas.

En su adolescencia, Kemal pensaba que la mayor tragedia de su vida era que Vigilancia del Pasado estuviera utilizando máquinas para ver a través de los milenios de historia humana. No habría más Schliemanns, estudiando, reflexionando y haciendo hipótesis, hasta que encontraran algún artefacto, alguna antigua ciudad perdida y en ruinas, algún resto de una leyenda convertida de nuevo en verdad. Por eso Kemal no sintió ningún interés en unirse a Vigilancia del Pasado, aunque ellos trataron de reclutarlo cuando ingresó en la universidad. No era la historia sino la exploración y el descubrimiento lo que ansiaba; ¿qué gloria había en encontrar la verdad a través de una máquina?

Así, después de un intento frustrado con la física, estudió para convertirse en meteorólogo. A los dieciocho años, inmerso por completo en el estudio del clima y el tiempo atmosférico, se topó de nuevo con los hallazgos de Vigilancia del Pasado. Los meteorólogos ya no tenían que depender sólo de unos pocos siglos de mediciones climatológicas y evidencias fósiles fragmentarias para determinar pautas de largo alcance, ahora disponían de pruebas precisas de las pautas de las tormentas de millones de años. De hecho, en los primeros años de Vigilancia del Pasado, los aparatos del TruSite I eran tan rudimentarios que los humanos no resultaban visibles. Era como una fotografía con tomas a intervalos prefijados, donde la gente no permanece en un mismo sitio el tiempo suficiente para estar en más de un solo fotograma de la película, lo que los hace invisibles. Así, en aquellos días, Vigilancia del Pasado grababa el clima de tiempos pretéritos, las pautas de erosión, las erupciones volcánicas, las edades de hielo, los cambios climáticos.

Todos esos datos constituían los cimientos donde se apoyaba el control y la predicción climatológicos. Los meteorólogos observaban el desarrollo de las pautas y, sin interrumpir el flujo general, provocaban diminutos cambios que impedían que una zona se quedara por completo sin lluvia durante una época de sequía, o sin sol durante una estación húmeda. Habían cogido por los cuernos al implacable toro del clima. En aquellos días el gran proyecto era determinar la manera de generar un cambio más importante que llevara una pauta firme de leves lluvias a las regiones desérticas del mundo, para restaurar las praderas y sábanas que antaño existían allí. Ése era el trabajo del que Kemal quería formar parte.

Sin embargo, no podía librarse de la sombra de Troya, del recuerdo de Schliemann. Incluso cuando estudiaba los cambios climáticos referidos al final de las edades de hielo, su mente continuaba conjurando imágenes de civilizaciones perdidas, lugares legendarios que esperaban a que un nuevo Schliemann los recuperara.

Su proyecto de licenciatura en meteorología fue parte del esfuerzo por decidir cómo podía explotarse el Mar Rojo para desarrollar lluvias continuadas que regaran el Sudán y Arabia central; el objetivo inmediato de Kemal fue estudiar la diferencia entre las pautas climáticas durante la última la Edad de Hielo, cuando el Mar Rojo casi había desaparecido, y el presente, donde el mismo mar estaba en su punto más alto. Repasó una y otra vez las burdas grabaciones antiguas de Vigilancia del Pasado, recopilando datos sobre el nivel del mar y las precipitaciones en puntos escogidos de tierra adentro. El viejo TruSite I era, siendo generoso, impreciso, pero aun así lo bastante bueno para contar las tormentas.

Una y otra vez Kemal repasaba las fluctuaciones del Mar Rojo, viendo cómo el nivel medio del mar se alzaba hacia el final de la Edad de Hielo. Siempre se detenía, por supuesto, en el brusco salto en el nivel del mar que marcaba la nueva unión del Mar Rojo y el Océano Índico. Después de eso, el Mar Rojo era inútil para sus propósitos, ya que su nivel estaba ligado al del gran océano.

El eco de Schliemann dentro de la mente de Kemal le hizo pensar qué inundación debió ser.

Qué inundación. La Edad de Hielo había concentrado tanta agua en glaciares y casquetes polares que el nivel del mar de todo el mundo cayó. Finalmente alcanzó un punto tan bajo que surgieron puentes de tierra en el mar. En el norte del Pacífico, el estrecho de Bering pasó a ser una lengua de tierra que permitió a los antepasados de los indios cruzar a pie el trayecto hacia su nueva tierra. Las islas Británicas y Flandes se unieron. Los Dardanelos se cerraron y el Mar Negro se convirtió en un lago salado. El Golfo Pérsico desapareció y dio paso a una gran llanura cortada por el Eufrates. Y el Bab al Mandab, el estrecho en la desembocadura del Mar Rojo, se convirtió en un puente de tierra.

Pero un puente de tierra es también una presa. A medida que el planeta se calentó, los glaciares empezaron a liberar su agua acumulada. Llovió copiosamente por todas partes; los ríos se hincharon y los mares subieron de nivel. Los grandes ríos que fluían hacia el sur de Europa, seca casi en su totalidad durante el punto álgido de la glaciación, se convirtieron en enormes torrentes. El Ródano, el Po, el Striuma y el Danubio vertieron tanta agua en el Mediterráneo y el Mar Negro que su nivel se alzó casi al mismo ritmo que el del gran océano mundial.

Sin embargo, el Mar Rojo no tenía grandes ríos. Era, en términos geológicos, un mar nuevo, formado por hendiduras entre la nueva llanura arábiga y la antigua africana, lo que significaba que se elevaban cadenas montañosas en ambas costas. Muchos ríos y arroyos fluían desde ellas hasta el Mar Rojo, pero ninguno llevaba mucha agua comparado con los ríos que inundaban vastas llanuras y transportaban el deshielo de los glaciares del norte. Así, aunque el mar Rojo creció de forma gradual durante esta época, lo hizo en mucho menor medida que el gran océano mundial. Su

nivel de agua respondía a las pautas climáticas locales inmediatas más que al clima global. Hasta que un día el océano Indico se alzó tanto que las olas empezaron a rebasar el Bab al Mandab. El agua cortó nuevos canales en las praderas. A lo largo de un periodo de varios años la filtración creció, creando una serie de grandes lagos con régimen de mareas en la llanura Hanish. Y un día, hacía unos catorce mil años, la corriente creó un canal tan profundo que no se secó con la marea baja. El agua siguió fluyendo por él, cortando más y más profundamente el canal, hasta que los lagos se llenaron y rebosaron. Con el peso del Océano Índico detrás, el agua se desparramó sobre la cuenca del Mar Rojo en una vasta riada que lo puso en unas horas al nivel del océano mundial.

«Esto no es sólo la línea limítrofe entre datos de nivel de agua útiles e inútiles, — pensó Kemal—. Esto es un cataclismo, uno de los raros momentos en que un solo acontecimiento cambia una enorme área en un periodo de tiempo tan corto que los humanos no lo advierten. Y, para empezar, este cataclismo sucedió en una época en que los humanos estaban allí.» No era sólo posible, sino también probable que alguien viera la riada... De hecho, era posible que hubiera matado a muchos, pues la zona sur del Mar Rojo estuvo compuesta por rica sabana y marisma hasta que el océano irrumpió, y sin duda los humanos de catorce mil años antes habrían cazado allí, habrían recogido frutas y semillas. Alguna partida de caza debía de haber visto, desde los picos de las montañas Dehalak, las grandes murallas de agua que recorrían la llanura, rompiendo y separándose alrededor de las pendientes de las Dehalak, convirtiéndolas en islas.

Una partida de caza semejante habría sabido que sus familias habían muerto por efecto del agua. ¿Qué habrían pensado? Sin duda que algún dios estaba enfadado con ellos. Que el mundo había sido destruido, sepultado bajo el mar. Y si sobrevivieron, si encontraron un camino hasta la costa eritrea después de que las grandes olas se apaciguaran en el nuevo y más profundo mar, contarían la historia a cualquiera que quisiera escuchar. Y durante unos cuantos años llevarían a sus oyentes al borde del agua, les mostrarían las copas de los árboles asomando apenas sobre la superficie del mar y les contarían historias de todos aquellos que habían muerto cubiertos por las aguas.

«Noé —pensó Kemal—. El inmortal Utnahpistim, el superviviente del Diluvio al que visitó Gilgamesh. El Ziusudra de la historia del diluvio sumerio.» La Atlántida. Las historias fueron creídas. Las historias fueron recordadas. Con el tiempo quienes las contaban olvidaron dónde había sucedido: trasladaron de modo natural los hechos a lugares que conocían. Pero recordaron lo esencial. ¿Qué decía la historia del diluvio de Noé? No sólo lluvia, no, no fue una inundación causada únicamente por la lluvia. Las «fuentes de las grandes profundidades» se abrieron. Ninguna riada local de la llanura mesopotámica haría que esa imagen formara parte de la historia. Pero la gran

muralla de agua del Océano Indico, tras años de lluvia incesante... eso sí que llevaría esas palabras a los labios de los narradores, generación tras generación, durante diez mil años, hasta que pudieron ser escritas.

Y en cuanto a la Atlántida, todo el mundo estaba seguro de haberla descubierto hacía años. Santorini, Thios, la isla egea que estalló. Pero las historias más antiguas de la Atlántida no decían nada de que la hubiera destruido un volcán. Sólo decían que la gran civilización se hundió en el mar. La suposición era que visitantes posteriores llegaron a Santorini y, al ver agua donde antes había una ciudad-isla, asumieron que se había hundido al no saber nada de la erupción volcánica. A Kemal, sin embargo, esto le parecía una exageración, comparado con la forma que habría tenido para la gente de la Atlántida, en algún lugar de la llanura Massawa, cuando el Mar Rojo pareció alzarse en su lecho, envolviendo la ciudad. ¡Eso sí que sería hundirse en el mar! Ninguna explosión, sólo agua. Y si la ciudad se encontraba en las marismas de lo que era en la época de Kemal el canal Massawa, el agua habría venido no solamente del sureste, sino también del nordeste y del norte, envolviendo las montañas Dehalak, convirtiéndolas en islas y engullendo las marismas y la ciudad consigo.

La Atlántida. No estaba más allá de las Columnas de Hércules, pero Platón tenía razón al asociar la ciudad con un estrecho. Platón, o quienquiera que le contase la historia, simplemente sustituyó el Bab al Mandab por el mayor estrecho que conocía. El relato bien podría haberle llegado a través de Fenicia, donde los marinos mediterráneos habrían hecho que la historia encajara con el mar que conocían. La aprendieron de los egipcios, tal vez, o de comerciantes nómadas de las tierras árabes, o quizá ya era algo latente en las antiguas culturas *¿el mundo*; y «dentro del estrecho de Mandab» se habría convertido en «dentro de las Columnas de Hércules», y entonces, como el Mediterráneo no era lo bastante extraño y exótico, el emplazamiento fue trasladado más allá de ese estrecho.

Todas estas suposiciones se le ocurrieron a Kemal con la absoluta seguridad de que eran ciertas, o casi ciertas. Se alegró ante la perspectiva que ofrecían: todavía quedaba una antigua civilización por descubrir.

Pero si estaba allí, ¿por qué no la había descubierto Vigilancia del Pasado? La respuesta era bastante sencilla. El pasado era enorme, y aunque el TruSite I había sido utilizado para recopilar información climatológica, las nuevas máquinas que eran lo bastante precisas como para seguir a seres humanos concretos nunca habían sido empleadas para examinar océanos donde no vivía nadie. Sí, el tempovisor había explorado el Estrecho de Bering y el Canal de la Mancha, pero fue para seguir migraciones bien conocidas. No hubo ninguna migración similar en el Mar Rojo. Vigilancia del Pasado simplemente no había sintonizado nunca sus precisas máquinas para ver lo que hubo bajo las aguas del Mar Rojo en los siglos finales de la última

Edad de Hielo. Y nunca lo harían, a menos que alguien les diera una razón de peso.

Kemal conocía la burocracia lo suficiente como para saber que él, un estudiante de meteorología, difícilmente sería tomado en serio si presentaba a Vigilancia del Pasado una teoría acerca de la Atlántida, sobre todo una teoría que la situaba en el Mar Rojo nada menos, y catorce mil años atrás, mucho antes de que surgieran civilizaciones en Sumeria o Egipto, y mucho menos en China o el valle del Indo o entre los pantanos de Tehuantepec.

Sin embargo, Kemal también sabía que ese emplazamiento habría sido adecuado para que una civilización creciera en la tierra pantanosa del Canal Massawa. Aunque no había ríos suficientes desembocando en el Mar Rojo para llenarlo al mismo ritmo que el océano mundial, seguía habiendo ríos. Por ejemplo, el Zula, que todavía tenía agua incluso hoy, y que antaño cubría toda la llanura Massawa y desembocaba en el Mar Rojo, cerca de Mersa Mubarek. Y, a causa de las distintas pautas de lluvia de esa época, había un río grande y constante que procedía de la llanura Assahara. En la época de Kemal no era más que un valle seco por debajo del nivel del mar, pero entonces habría sido un lago de agua fresca alimentado por muchos arroyos y que se desbordaba por su punto más bajo en el canal Massawa. El río serpenteaba a lo largo de la lisa llanura Massawa, donde algunos afluentes se unían al Zula y otros se perdían hacia el este y el norte para formar varias desembocaduras en el Mar Rojo.

Así, fuentes de agua constantes alimentaban la zona. En la estación de las lluvias al menos el Zula traería nuevo limo para abonar el suelo, y en todas las estaciones los serpenteantes ríos de las llanuras habrían proporcionado un medio de transporte a través de las marismas. El clima era también cálido, con luz de sobra y una larga estación de siembras. Todas las civilizaciones primarias se habían desarrollado en un lugar así. No había ningún motivo para que una de ellas no lo hubiera hecho entonces.

Sí, era seis o siete mil años demasiado pronto. ¿Pero no era posible que la destrucción de la Atlántida hubiera convencido a los supervivientes de que los dioses no querían que los seres humanos se congregaran en ciudades? ¿No había atisbos de tendencia anticivilización en muchas de las antiguas religiones de Oriente Medio? ¿Qué era la historia de Caín y Abel, sino una expresión metafórica de la maldad del habitante de la ciudad, el granjero, el asesino de su hermano que es juzgado indigno por los dioses porque no lleva una vida trashumante con sus ovejas? ¿No podían aquellas historias haber circulado ampliamente en aquellos tiempos? Eso explicaría por qué los supervivientes de la Atlántida no habían comenzado inmediatamente a reconstruir su civilización en otro lugar: sabían que los dioses lo prohibían, que si construían de nuevo su ciudad serían destruidos de nuevo. Así que recordaron las historias de su glorioso pasado, y al mismo tiempo condenaron a sus antepasados y advirtieron a todo el mundo que conocían contra el peligro de unirse para construir

una ciudad. Eso habría hecho que la gente anhelara un lugar así y lo temiera al mismo tiempo.

Hasta la aparición de Nimrod, un constructor de torres, un creador de Babel que desafió a la antigua religión, la vieja prohibición no sería superada y se alzaría otra ciudad, en otro valle fluvial muy lejos en el tiempo y el espacio de la Atlántida, pero recordando las viejas costumbres que habían sido memorizadas en las historias y, en lo posible, repitiéndolas. Construiremos una torre tan alta que no pueda ser cubierta por las aguas. ¿No enlazaba el *Génesis* el diluvio con Babel de esa misma forma, junto con la inflexible desaprobación de los nómadas hacia la ciudad? Ésta fue la historia que sobrevivió en Mesopotamia, el relato del comienzo de la vida urbana allí, pero con claros recuerdos de una civilización más antigua que había sido destruida en una inundación.

Una civilización más antigua. La edad dorada. Los gigantes que una vez recorrieron la Tierra. ¿Por qué no podrían todas aquellas historias estar recordando la primera civilización humana, el lugar donde fue inventada la ciudad? Atlántida, la ciudad de la llanura Massawa.

¿Pero cómo demostrarlo sin emplear el tempovisor? ¿Y cómo conseguir acceso a una de esas máquinas sin convencer primero a Vigilancia del Pasado de que la Atlántida estaba realmente en el Mar Rojo? Era un pez que se mordía la cola.

Hasta que pensó: «¿Por qué se forman en primer lugar las grandes ciudades? Porque hay obras públicas que hacer y requieren más de unas pocas personas que las realicen.» Kemal no estaba seguro de qué formas habrían tomado las obras públicas, pero sin duda habrían hecho algo que cambiara la superficie de la Tierra lo bastante para que las viejas grabaciones del TruSite I lo mostraran, aunque no se las pudiera advertir a menos que alguien las estuviera buscando.

Así, arriesgando su título, Kemal hizo a un lado el trabajo al que le habían asignado y empezó a estudiar las viejas grabaciones del TruSite I. Se concentró en el último siglo antes de que el Mar Rojo se inundara: no había ninguna razón para suponer que la civilización hubiera durado mucho antes de ser destruida. Y en unos pocos meses recopiló datos que eran irrefutables. No había diques y presas para impedir la riada: ese tipo de estructura habría sido lo bastante grande para que nadie lo hubiera pasado por alto en la primera ojeada. En cambio, había al parecer montones aislados de lodo y tierra que crecían entre las temporadas de las lluvias, sobre todo en los años más secos, cuando los ríos eran menos caudalosos que de costumbre. Para personas dedicadas a buscar sólo pautas climáticas, aquellos montones aleatorios y sin estructura no significarían nada. Pero para Kemal fueron muy obvios: en las aguas poco profundas, los atlantes construían canales para que sus botes pudieran continuar avanzando para comerciar de un sitio a otro. Los montones de tierra eran simplemente los vertederos del lodo que sacaban del agua. Ninguno de

los botes aparecía en el TruSite I, pero desde que Kemal supo dónde buscar empezó a captar atisbos de casas de junco. Cada año, cuando llegaban las riadas, las casas desaparecían, así que sólo eran visibles durante un instante o dos en el TruSite I: frágiles estructuras de barro y junco que debían ser barridas cada estación y reconstruidas de nuevo cuando las aguas retrocedían. Pero estaban allí, rodeadas por los montículos que marcaban los canales. Platón tenía razón una vez más: la Atlántida creció alrededor de sus canales. Pero la Atlántida eran las personas y sus botes; los edificios eran barridos y reconstruidos cada año.

Cuando Kemal presentó sus hallazgos a Vigilancia del Pasado no tenía aún veinte años de edad, pero sus pruebas fueron tan impresionantes que le entregaron de inmediato no un tempovisor, sino la aún más nueva máquina TruSite II para que mirara bajo las aguas del Mar Rojo en el canal Massawa durante los cien años anteriores a la inundación. Descubrieron que Kemal estaba gloriosa, espectacularmente en lo cierto. En una época en que otros humanos estaban todavía formando partidas de caza y recolectando bayas, los atlantes plantaban amaranto y ballico, melones y grano en el rico aluvión de los ríos, y llevaban comida en cestas y en botes de junco de un lugar a otro. Lo único que Kemal había pasado por alto era que los edificios no eran casas, sino silos flotantes para el almacenaje de grano. Los atlantes dormían al raso durante la estación seca, y en la estación de las lluvias lo hacían en sus diminutos botes de junco.

Kemal entró en Vigilancia del Pasado y lo hicieron jefe del nuevo Proyecto Atlántida. Al principio le encantó el trabajo, porque, como Schliemann, podía buscar los orígenes de grandes eventos. Más importante fue cuando encontró a Noé, aunque tenía un nombre distinto: Yewesweder se llamaba cuando era niño, naveg al convertirse en adulto. En su prueba de masculinidad, este Yewesweder, alto ya para su edad, hizo el peligroso viaje al puente de tierra del Bab al Mandab para ver el «Mar de las Olas». Lo vio, sí, pero también vio que este brazo del Océano Índico estaba sólo a unos pocos metros por debajo del nivel del recodo que marcaba la antigua línea costera del Mar Rojo antes de la última edad de hielo. Yewesweder no sabía nada de edades de hielo, pero sí que el nivel del banco de arena estaba a cientos de metros por encima de la llanura donde el «Mar Salado» (el retazo del Mar Rojo) se elevaba lentamente. El Mar de las Olas cortaba ya un canal que durante las tormentas lanzaba agua salada a varios lagos, desbordándose ocasionalmente y enviando un río de agua de mar al Mar Rojo. Pronto (en la próxima tormenta, o en la siguiente), el Mar de las Olas se abriría paso y todo un océano caería encima de la Atlántida.

Yewesweder decidió que se había ganado su nombre de hombre, naveg, el día en que hizo este descubrimiento, y de inmediato regresó a casa. Se había casado con una mujer de la tribu que vivía en el Bab al Mandab, y con gran dificultad ella le siguió hasta que no le quedó más remedio que llevarla a casa consigo. Cuando alcanzó la

tierra de los derku, como los atlantes se llamaban a sí mismos, se enteró de que lo que le había parecido tan claro en las orillas del Mar de las Olas era tomado por una mentira disparatada por los ancianos de su clan, y de todos los clanes. ¿Una gran inundación? Tenían una inundación cada año, y simplemente la evitaban con sus botes. Si la inundación de naveg se producía, la evitarían también.

Pero naveg sabía que no sería posible. Así que empezó a experimentar con troncos atados juntos, y en cuestión de pocos años aprendió a construir una balsa con forma de caja y casa incluida que podría soportar las presiones de la inundación en la que sólo él creía. Otros advirtieron después de las riadas normales de la estación que esta caja estanca de madera seca era un barco superior. Al final, la mitad del grano y las bayas de su clan acabó almacenada en su arca. Otros clanes también construyeron barcos de madera, pero sin seguir las especificaciones exactas de naveg en lo referente a fuerza y resistencia al agua. Mientras tanto naveg era ridiculizado y amenazado por sus constantes advertencias de que toda la tierra quedaría cubierta por las aguas.

Cuando llegó la inundación, naveg lo supo con la necesaria antelación: el primer torrente en abrirse paso a través del Bab al Mandab hizo que el Mar Salado se elevara rápidamente, acumulándose en los canales del pueblo de los derku durante varias horas antes de que la presión del océano estallara, enviando una muralla de agua de docenas de metros de altura que barrió toda la cuenca del Mar Rojo. Para cuando la riada alcanzó el barco de Noé, la nave estaba preparada, con una carga de semillas y alimentos, junto con sus dos esposas, sus hijos pequeños, los tres esclavos que le habían ayudado a construirlo y las familias de los esclavos. Fueron sacudidos inmisericordemente por las turbulentas olas y el arca a menudo fue cubierta por el agua, pero aguantó, y al final llegaron a detenerse no lejos de Gibeil, en el extremo sur de la península del Sinaí.

Se dedicaron a labores de cultivo durante un breve espacio de tiempo en el valle de El Qa', a la sombra de las montañas del Sinaí, contándole a todos los que llegaban la historia del diluvio enviado por Dios para destruir a los indignos derku, y cómo este puñado de gente se había salvado sólo porque Dios había mostrado a naveg lo que pretendía hacer. Sin embargo, con el tiempo, naveg se convirtió en pastor transhumante, difundiendo su historia allá donde iba. Como esperaba Kemal, la historia de naveg, con su interpretación antiurbana, tuvo enorme influencia a la hora de impedir que la gente se congregara en grandes comunidades que pudieran convertirse en ciudades.

También había tina fuerte oposición a los sacrificios humanos en esta historia, pues el propio padre de naveg había sido sacrificado al dios cocodrilo de los derku cuando se encontraba en su prueba de madurez, y naveg creía que el motivo principal de que el poderoso dios de las tormentas y los mares hubiera destruido a los derku era

su práctica de ofrecer víctimas vivas al gran cocodrilo que habían creado para representar a su dios cada año después de la estación de las crecidas. En cierto modo esta relación entre los sacrificios humanos y la construcción de ciudades fue desgraciada, porque cuando se volvió a habitar en ciudades muchas generaciones más tarde, a cargo de herejes que rechazaban la antigua sabiduría de naveg, los sacrificios humanos vinieron formando parte integrante del paquete. Pero a la larga naveg se salió con la suya, pues incluso aquellas sociedades que ofrecían sacrificios humanos a sus dioses sintieron que hacían algo oscuro y peligroso, y con el paso del tiempo los sacrificios humanos fueron considerados primero bárbaros y luego una atrocidad inenarrable en todas las tierras que fueron alcanzadas por la historia de naveg.

Kemal había encontrado la Atlántida; había encontrado el origen de Noé y Utnapishtim y Ziusudra. Su sueño de la infancia se había cumplido; había representado el papel de Schliemann y protagonizado el mayor de los descubrimientos. Lo que ahora le quedaba por delante era trabajo burocrático.

Se retiró del proyecto, pero no de Vigilancia del Pasado. Al principio simplemente picoteó en todos aquellos trabajos que esporádicamente empezaba; sobre todo se concentró en formar una familia. Pero poco a poco, a medida que sus hijos crecían, sus esfuerzos inconexos tomaron forma y se hicieron más intensos. Había encontrado un proyecto aún mayor: descubrir por qué surgió la primera civilización. En lo que a él se refería, todas las culturas del mundo antiguo después de la Atlántida dependían de aquella primera civilización. La idea de la ciudad estaba ya en los egipcios, los sumerios, los pueblos del Indo e incluso los chinos, porque la historia de la Edad Dorada de la Atlántida se había extendido por todas Panes.

La única civilización que creció de la nada, sin la leyenda de la Atlántida, estaba en las Américas, donde la historia de naveg no había llegado, excepto en las historias contadas por los pocos marinos que cruzaron la barrera del océano. El puente de tierra hacia América llevaba diez generaciones sepultado por las aguas antes de que la llanura del Mar Rojo fuera inundada a su vez. Pasaron diez mil años después de la Atlántida antes de que la civilización se alzara allí, entre los olmecas de las tierras pantanosas de las costas sur del Golfo de México. El nuevo proyecto de Kemal era estudiar las diferencias entre olmecas y atlantes y, al ver qué elementos tenían en común, determinar qué era en realidad la civilización: por qué surgía, en qué consistía y cómo los seres humanos se adaptaban a renunciar a la tribu y vivir en la ciudad.

Tenía poco más de treinta años cuando comenzó su proyecto Origen. Tenía casi cuarenta cuando las noticias del proyecto Colón le alcanzaron y acudió a Tagiri para ofrecerle todo lo que había aprendido hasta la fecha.

Juba era una de aquellas molestas ciudades donde los lugareños trataban de fingir que nunca habían oído hablar de Europa. El Nilo Rail llevó a Kemal a una estación

tan moderna como cualquier otra, pero cuando bajó del tren se encontró en una ciudad de chozas de paja y cercas de barro, con caminos de tierra, niños desnudos corriendo y adultos apenas mejor vestidos. Si la intención era hacer que el visitante pensara que había retrocedido en el tiempo hasta el África primitiva, por un momento funcionaba. Las casas abiertas difícilmente podían tener aire acondicionado, y dondequiera que estuvieran situados su estación energética y sus colectores solares, Kemal no los vería. Y, sin embargo, sabía que estaban en alguna parte, y no muy lejos, igual que el sistema de purificación de agua y las antenas parabólicas. Sabía que estos niños desnudos iban a una escuela limpia y moderna y usaban los equipos informáticos más sofisticados. Sabía que las jóvenes de pechos desnudos y los jóvenes vestidos de cuero iban a algún lugar por la noche a ver los últimos vídeos, o a no verlos; a bailar, o a no bailar, la misma nueva música que estaba de moda en Recife, Madras y Semarang. Por encima de todo, sabía que en alguna parte (probablemente bajo tierra) estaba una de las principales instalaciones de Vigilancia del Pasado, que además albergaba el Proyecto Esclavitud y el Proyecto Colón.

¿Entonces por qué fingir? ¿Por qué convertir la vida en un perpetuo museo de una época en que la existencia era desagradable, brutal y breve? Kemal amaba el pasado tanto como cualquiera de sus coetáneos, pero no tenía ningún deseo de habitar en él, y a veces pensaba que era un poco enfermizo que toda aquella gente rechazara su propia época y criara a sus hijos como hombres primitivos. Pensó en cómo habría sido crecer como un turco primitivo, bebiendo leche de yegua fermentada o, peor, sangre de caballo, mientras habitaba un *yurt* y practicaba con la espada hasta ser capaz de cortar la cabeza de un hombre de un solo tajo, desde el caballo. ¿Quién querría vivir en tiempos tan terribles? Estudiarlos, sí. Recordar los grandes logros. Pero no vivir como esa gente. Los ciudadanos de Juba de doscientos años antes se habían deshecho de las chozas de paja y habían construido viviendas de estilo europeo tan rápidamente como les había sido posible. Ellos sabían. La gente que había tenido que vivir en chozas de paja no lamentaba dejarlas atrás.

Con todo, a pesar de la mascarada, eran visibles unas cuantas concesiones a la vida moderna. Por ejemplo, mientras esperaba en el pórtico de la estación de Juba, una joven llegó conduciendo una pequeña furgoneta.

—¿Kemal?—preguntó.

Él asintió.

—Soy Diko —dijo ella—. Tagiri es mi madre. ¡Lance la bolsa y vámonos!

El arrojó la bolsa a la pequeña zona de carga y luego se sentó junto a ella en el asiento delantero. Era una suerte que ese tipo de furgoneta, diseñada para trayectos cortos, no superara los treinta kilómetros por hora. De lo contrario estaba seguro de que se habría puesto a vomitar en un santiamén. Por la forma en que esa loca jovencita conducía por la desvencijada carretera.

—Mi madre no para de decir que tendríamos que pavimentar estas carreteras —dijo Diko—, pero entonces llega alguien y dice que el pavimento caliente quemará los pies de los niños y la idea se rechaza.

—Podrían llevar zapatos —sugirió Kemal. Hablaba simple con toda la claridad posible, pero aún no dominaba el idioma, y sus labios se atascaban cada vez que la furgoneta saltaba de bache en bache.

—Oh, bueno, parecerían tontos, completamente desnudos y con zapatillas puestas —rió ella.

Kemal se abstuvo de decir que ya parecían bastante tontos entonces.

Simplemente le acusarían de imperialismo cultural, aunque no era su cultura a la que se refería. Aquella gente, al parecer, vivía feliz del modo en que lo hacía. Aquellos a quienes les gustaba sin duda se mudaban a Jartún o Entebbe o Addis Abeba, que eran modernas y exageradas. Y tenía cierto sentido que la gente de Vigilancia del Pasado viviera en el pasado además de observarlo.

Se preguntó vagamente si usarían papel higiénico o puñados de hierba.

Para su alivio, la choza de paja donde Diko se detuvo era sólo el camuflaje de un ascensor que conducía a un hotel totalmente moderno. Diko insistió en llevarle la bolsa mientras le acompañaba a su habitación. El hotel subterráneo había sido excavado en la falda de un macizo rocoso que asomaba al Nilo, así que todas las habitaciones tenían ventanas y porches. Había aire acondicionado, agua corriente y un ordenador en la habitación.

—¿Todo bien? —preguntó Diko.

—Pensaba que iba a vivir en una choza de paja y aliviarme entre los juncos —dijo Kemal.

Ella se mostró abatida.

—Mi padre dijo que deberíamos ofrecerle la experiencia local completa, pero mi madre pensó que no la querría.

—Tu madre tenía razón. Sólo estaba bromeando. Esta habitación es excelente.

—Su viaje ha sido largo —dijo Diko—. Los Ancianos están ansiosos por hablar con usted, pero a menos que prefiera lo contrario, esperarán hasta mañana.

—Mañana será excelente —dijo Kemal.

Fijaron una hora. Kemal llamó al servicio de habitaciones y descubrió que disponía de un menú internacional estándar en vez de puré de gusanos y boñiga de vaca picante, o lo que fuera que hubiese en la cocina local.

A la mañana siguiente se encontró a la sombra de un gran árbol, sentado en una mecedora y rodeado de una docena de personas que estaban sentadas o en cuclillas sobre esteras.

—No puedo sentirme cómodo teniendo la única silla —dijo.

—Te dije que querría una estera —comentó Hassan.

—No —dijo Kemal—. No quiero una estera. Pero pensé que se sentirían más cómodos...

—Es nuestra costumbre —contestó Tagiri—. Cuando trabajamos con nuestras máquinas, nos sentamos en sillas. Pero esto no es trabajo. Es diversión. El gran Kemal pidió vernos. Nunca soñamos que estaría interesado en nuestros proyectos.

Kemal odiaba que le llamaran «el gran Kemal». Para él, ése era Kemal Atatürk, quien reconstruyó la nación turca tras la debacle del imperio otomano siglos atrás. Pero estaba cansado de dar ese discurso, y, además, le pareció que podría haber una chispa de ironía en la forma en que Tagiri lo dijo. Era hora de acabar con las pretensiones.

—No me interesan sus proyectos —dijo—. Sin embargo, parece que están ustedes capturando la atención de un número creciente de gente fuera de Vigilancia del Pasado. Por lo que he oído, están pensando en dar pasos que tendrían consecuencias de largo alcance, y sin embargo parecen basar sus decisiones sobre... información incompleta.

—Así que ha venido a corregirnos —dijo Hassan, enrojeciendo.

—He venido a decirles lo que sé y lo que pienso. No les pedí que convirtieran esto en una reunión pública. Habría preferido hablar con usted y con Tagiri a solas. O, si lo prefieren, me marcharé y dejaré que continúen en la ignorancia. Les he ofrecido lo que sé, y no veo ninguna necesidad de fingir que somos iguales en esos casos. Estoy seguro de que hay muchas cosas que ustedes conocen y yo no... pero yo no estoy intentando construir una máquina para cambiar el pasado, y por tanto no hay ninguna urgencia en aliviar mi ignorancia.

Tagiri se echó a reír.

—Es una de las glorias de Vigilancia, que quienes dirigen los proyectos importantes no usen la acicalada charla de los burócratas. —Se inclinó hacia adelante—. Atáquenos, Kemal. No nos avergüenza descubrir que podemos estar equivocados.

—Empecemos con la esclavitud —dijo Kemal—. Después de todo, es su especialidad. He leído alguna de las blandas y compasivas biografías y los estudios analíticos que han surgido de su proyecto, y tengo la impresión de que si pudiera encontraría a la persona que ideó la esclavitud y la detendría, para que ningún ser humano hubiera sido comprado o vendido en este planeta. ¿Tengo razón?

—¿Está diciendo que la esclavitud no fue un mal redomado? —preguntó Tagiri.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo. Porque están mirando la esclavitud desde el punto equivocado... desde el presente, cuando la hemos abolido. Pero en el principio, cuando empezó, ¿no se les ha ocurrido que era infinitamente mejor que aquello a lo que sustituyó?

La capa de cortés interés de Tagiri estaba claramente desapareciendo.

—He leído sus observaciones sobre el origen de la esclavitud.

—Pero no le impresionan.

—Es natural, cuando se hace un gran descubrimiento, asumir que tiene implicaciones más amplias de las que en realidad tiene. Pero no hay ningún motivo para pensar que la esclavitud humana se originó exclusivamente en la Atlántida, como sustituto de los sacrificios humanos.

—Sin embargo, yo nunca he dicho eso —replicó Kemal—. Mis oponentes dijeron que yo lo había dicho, pero pensaba que habría leído usted con más atención.

Hassan intervino, tratando de mostrarse suave y convincente a la vez.

—Me parece que esto está convirtiéndose en algo demasiado personal. ¿Ha venido hasta aquí, Kemal, para decirnos que somos estúpidos? Podría haberlo hecho por correo.

—No. He venido a que Tagiri me diga que tengo una necesidad patológica de pensar que la Atlántida es la causa de todo.

Kemal se levantó de la silla, se dio la vuelta, la cogió y la arrojó.

—¡Denme una estera! ¡Dejen que me sienta con ustedes y les cuente lo que sé! Si después quieren rechazarlo, adelante. ¡Pero no me hagan perder el tiempo ni el suyo defendiéndose o atacándome!

Hassan se levantó. Por un momento Kemal se preguntó si iba a golpearle. Pero entonces Hassan se agachó, recogió su esterilla del suelo y se la ofreció.

—Bien —dijo—. Hablemos.

Kemal tendió la estera y se sentó. Hassan compartió la esterilla de su hija, en la segunda fila.

—La esclavitud. La gente ha sido esclavizada de muchas maneras. Los siervos estaban esclavizados a la tierra. Las tribus nómadas adoptaban ocasionalmente a cautivos o extranjeros y los convertían en miembros de segunda clase de la tribu, sin libertad para marcharse. La caballería se originó como una especie de mafia dignificada, a veces incluso como un negocio de protección, y en cuanto aceptabas a un señor estabas bajo su mando. En algunas culturas, los reyes depuestos eran mantenidos en cautividad, donde tenían hijos, y nietos, y tataranietos también cautivos, sin hacerles daño nunca, pero sin derecho a marcharse. Poblaciones enteras han sido conquistadas y obligadas a trabajar para señores extranjeros, pagando tributos insufribles a sus amos. Los saqueadores y los piratas demandaban rescate por sus rehenes. Las personas hambrientas se han plegado al servicio. Los prisioneros han sido obligados a trabajos involuntarios. Esos tipos de sumisión han aparecido en muchas culturas humanas. Pero nada de eso es esclavitud.

—Según la definición exacta, así es —dijo Tagiri.

—La esclavitud consiste en convertir un ser humano en propiedad. Cuando una persona puede comprar y vender, no sólo el trabajo de alguien, sino su cuerpo, e incluso los hijos que tuviera. Propiedad heredable, generación tras generación. —

Kemal los miró, contempló la frialdad todavía visible en sus rostros—. Sé que todos lo saben. Pero lo que parece que no advierten es que la esclavitud no fue inevitable. Fue inventada, en un momento y un lugar específicos. Sabemos cuándo y dónde fue convertida en propiedad la primera persona. Sucedió en la Atlántida, cuando una mujer tuvo la idea de poner a trabajar a los cautivos que iban a ser sacrificados, y entonces, cuando el más valioso estaba a punto de serlo, pagó a los ancianos de su tribu para librarlo permanentemente del ara de las víctimas.

—Eso no es exactamente esclavitud —dijo Tagiri.

—Fue el principio. La práctica se extendió rápidamente, hasta que se convirtió en la razón principal para saquear a otras tribus. Los derku comenzaron a comprar directamente cautivos a los saqueadores. Y empezaron a intercambiar esclavos entre sí y finalmente a comprarlos y venderlos.

—Vaya logro —dijo Tagiri.

—El hecho de que los esclavos hicieran el trabajo de los ciudadanos excavando los canales y plantando y atendiendo las cosechas está en la base de la ciudad. La esclavitud fue el motivo por el que pudieron permitirse el tiempo libre para desarrollar lo que entendemos por civilización. La esclavitud les resultó tan beneficiosa que los hombres santos de los derku no tardaron en descubrir que el dios dragón ya no quería sacrificios humanos, al menos durante un tiempo. Eso significó que todos sus cautivos pudieran ser convertidos en esclavos y puestos a trabajar. No fue ningún accidente que cuando la gran inundación destruyó a los derku, la práctica de la esclavitud no muriera con ellos. Las culturas cercanas ya la habían emprendido, porque funcionaba. Fue la única manera descubierta hasta entonces de encontrar utilidad al trabajo de los extranjeros. Todos los otros ejemplos de esclavitud genuina que hemos encontrado pueden remontarse a aquella mujer derku, Nedz-Nagaya, cuando pagó para impedir que un cautivo útil fuera arrojado al cocodrilo.

—Construyámosle un monumento —dijo Tagiri. Estaba muy enfadada.

—El concepto de comprar y vender personas fue inventado sólo entre los derku —dijo Kemal.

—No tenía que haber sido inventado en ninguna parte —respondió Tagiri—. El hecho de que Agafna construyera la primera rueda no significa que alguien más no hubiera construido otra más tarde.

—Al contrario. Sabemos que la esclavitud, el comercio con seres humanos, no fue descubierto en el único lugar donde los derku no tuvieron influencia —dijo Kemal. Hizo una pausa.

—América —repuso Diko.

—América —dijo Kemal—. Y en el lugar donde las personas no se concebían como propiedad, ¿qué tenían?

—Había muchos lazos de esclavitud en América —dijo Tagiri.

—De otras clases. Pero los humanos como propiedad, los humanos como valor monetario... no los hubo allí. Y ésa es una de las cosas que más le agradan de su idea de detener a Colón. Preservar el único lugar de la Tierra donde la esclavitud no se desarrolló nunca. ¿Tengo razón?

—Ése no es el objetivo principal de investigar a Colón —dijo Tagiri.

—Creo que deben revisar su trabajo —dijo Kemal—. Porque la esclavitud fue un sustituto directo del sacrificio humano. ¿Me está diciendo que prefiere la tortura y el asesinato de cautivos, como lo practicaban los mayas, los iroqueses y los caribes? ¿Le parece eso más civilizado? Después de todo, esas muertes se ofrecían a los dioses.

—Nunca me hará creer que hubo un intercambio equilibrado, esclavitud por sacrificio humano.

—No me importa si lo cree o no. Admita la posibilidad. Admita que hay algunas cosas peores que la esclavitud. Admita que tal vez nuestro conjunto de valores es tan arbitrario como los de otras culturas y que trata de revisar la historia para hacer que sus valores triunfen en el pasado además de en el presente y en el futuro...

—Imperialismo cultural —dijo Hassan—. Kemal, es raro que pase una semana sin que tengamos esa discusión entre nosotros. Y si propusiéramos retroceder en el tiempo e impedir que esa mujer derku inventara la esclavitud, su argumento sería válido. Pero no tratamos de hacer nada por el estilo. ¡Kemal, no estamos seguros de que queramos hacer nada! Sólo tratamos de averiguar lo que es posible.

—Es tan ridículo que causa risa. Sabían desde el principio que iban a por Colón. Que iban a detenerlo. Y, sin embargo, parecen olvidar que junto con el mal que los europeos llevaron al mundo, también despreciarán lo bueno. Medicina útil. Agricultura productiva. Agua limpia. Energía barata. La industria que nos proporciona el placer de tener esta reunión. Y no se atrevan a decirme que todos los dioses de nuestro mundo moderno habrían sido inventados de todas formas. Nada es inevitable. Están renunciando a demasiado.

Tagiri se cubrió el rostro con las manos.

—Lo sé —dijo.

Kemal esperaba oposición. ¿No le había estado mirando con mala cara todo el tiempo? Se quedó sin habla por un instante.

Tagiri retiró las manos de su rostro, pero continuó mirando su regazo.

—Todo cambio tendría un coste. Y sin embargo, no cambiar nada también lo tiene. Pero no es decisión mía. Pondremos todos nuestros argumentos ante el mundo. —Alzó la cara para mirar a Kemal—. Para usted es fácil estar seguro de que no deberíamos hacerlo. No ha visto sus rostros. Es usted un científico.

Kemal tuvo que reírse.

—No soy un científico, Tagiri. Sólo soy otro como usted... alguien a quien a veces se le mete una idea en la cabeza y no puede librarse de ella.

—Está bien —dijo Tagiri—. No puedo dejarlo estar. De algún modo, cuando acabemos con toda nuestra investigación, si tenemos una máquina que nos permita tocar el pasado, habrá algo que podamos hacer y merezca la pena, algo que responderá al... ansia... de una anciana que soñó.

—Se refiere a la oración —dijo Kemal.

—Sí —respondió ella, desafiante—. La oración. Hay algo que podemos hacer para mejorar las cosas. De algún modo.

—Veo entonces que no estamos hablando de ciencia.

—No, Kemal, y nunca he dicho que así fuera. —Ella sonrió con tristeza—. Fui formada, ya ve. Se me dio la carga de contemplar el pasado como si fuera una artista. Ver si se le podía dar una nueva forma. Una forma mejor. Si no se puede, entonces no haré nada. Pero si se puede...

Kemal no esperaba tanta franqueza. Esperaba encontrarse con un grupo de gente dedicada a una loca obsesión. Pero lo que encontraba en cambio era dedicación, sí, pero ninguna obsesión, y por tanto ninguna locura.

—Una forma mejor —dijo—. Eso lo reduce todo a tres preguntas. Primera, si la forma es mejor o no... una pregunta que es imposible de contestar excepto con el corazón, pero al menos tiene usted el sentido de no confiar en sus propios deseos. Y la segunda pregunta es si resulta técnicamente posible... si podemos diseñar una máquina que cambie el pasado. Eso es cosa de los físicos y matemáticos e ingenieros.

—¿Y la tercera pregunta? —dijo Hassan.

—Si se puede determinar exactamente qué cambio o cambios deben hacerse para conseguir exactamente el resultado que desean. Quiero decir: qué van a hacer, ¿enviar un abortivo al pasado y echarlo en el vino de la madre de Colón?

—No —respondió Tagiri—. Tratamos de salvar vidas, no de asesinar a un gran hombre.

—Además —dijo Hassan—, como usted mismo ha dicho, no queremos detener a Colón si al hacerlo empeoramos el mundo. Es la parte más complicada de todo el problema: ¿cómo podemos suponer qué habría pasado si Colón no hubiera descubierto América? Eso es algo que el TruSite II no puede mostrarnos todavía, lo que podría haber sucedido.

Kemal contempló a las personas que se habían congregado allí, y advirtió que se había equivocado por completo con ellos. Estaban más decididos que él a no cometer ninguna tontería.

—Es un problema interesante —dijo.

—E imposible —repuso Hassan—. No sé si esto le hará feliz, Kemal, pero nos ha ofrecido nuestra única esperanza.

—¿Cómo es eso?

—Su análisis de naveg. Si hay alguien que fue como Colón en toda la historia, ése

fue él. Cambió la historia por pura fuerza de voluntad. El único motivo por el que se construyó su arca fue por su firme determinación. Luego, como su barco lo transportó durante el Diluvio, se convirtió en una figura de leyenda. Y como su padre fue víctima del breve retorno de los derku a los sacrificios humanos justo antes del Diluvio, le contó a todo el que quisiera escuchar que las ciudades eran malas, que los sacrificios humanos eran un crimen imperdonable, que Dios había destruido un mundo a causa de sus pecados.

—Si también le hubiera dicho a la gente que la esclavitud era mala... —dijo Diko.

—Les dijo lo contrario —contestó Kemal—. Era un ejemplo viviente de lo beneficiosa que podía ser la esclavitud. Porque conservó a su lado toda su vida a los tres esclavos que le construyeron el barco, y todos los que llegaron a conocer al gran naveg vieron cómo su grandeza dependía de la propiedad de esos tres hombres. —Se volvió hacia Hassan—. No veo cómo el ejemplo de naveg pudiera inspirarles algún tipo de esperanza.

—Porque un hombre, solo, reformó el mundo —respondió Hassan—. Y usted vio exactamente dónde se encaminó hacia esos cambios. Descubrió el momento en que se encontró a la orilla del nuevo canal que estaba siendo abierto en el Bab al Mandab, contempló el trazo de la antigua costa y advirtió lo que iba a suceder.

—Fue fácil de encontrar —dijo Kemal—. Se dirigió inmediatamente a casa, y le explicó a su esposa exactamente lo que había pensado y cuándo lo había hecho.

—Sí, bueno, eso es sin duda más claro que nada de lo que hayamos encontrado con Colón. Pero nos da la esperanza de que podamos encontrar ese momento. El acontecimiento, el pensamiento que le hizo volverse hacia el oeste. Diko encontró el momento en que decidió ser un gran hombre. Pero no hemos encontrado el punto en que se volvió tan inflexiblemente monomaniaco en lo de viajar hacia el oeste. Sin embargo, a causa de naveg, todavía tenemos esperanza de hallarlo algún día.

—Pero si lo he descubierto ya, padre —dijo Diko.

Todos se volvieron hacia ella. Diko pareció cohibirse.

—O al menos creo que lo he hecho. Pero es muy extraño. Estuve trabajando en ello anoche. Es tan tonto, ¿no? Pensé que sería magnífico si lo encontrara mientras... mientras Kemal estaba aquí. Y entonces lo hice. Creo.

Nadie dijo nada durante un largo instante. Hasta que Kemal se puso en pie y dijo:

—¿A qué estamos esperando aquí? ¡Enseñanoslo!

5

VISIÓN



Ser incluido en el convoy de Spinola a Flandes era más de lo que Cristóforo podía haber esperado. Ciertamente, era el tipo de oportunidad para la que se había preparado durante toda su vida hasta entonces, suplicando que cualquier barco le llevara hasta conocer la costa de Liguria mejor de lo que conocía los bultos de su propio colchón. ¿Y no había convertido su viaje «de observación» a Khíos en un éxito comercial? No es que hubiera vuelto rico, por supuesto, pero había empezado con muy poco y había comerciado con resina hasta volver a casa con la bolsa llena... y luego tuvo la suficiente inteligencia como para entregar gran parte, públicamente, a la Iglesia. Y lo hizo en nombre de Nicolás Spinola.

Spinola le mandó llamar, naturalmente, y Cristóforo fue la viva imagen de la gratitud.

—Sé que no me encargasteis ningún deber en Khíos, mi señor, pero sin embargo fuisteis vos quien me permitió unirme al viaje, y sin costes. No merecía la pena ofrecerlos las pequeñas sumas que logré ganar en Khíos: dais más a vuestros criados cuando van al mercado para comprar la comida del día para vuestra casa. —Ambos sabían que era una exageración ridícula—. Pero cuando las di a Cristo, no pude fingir que el dinero, por escaso que fuera, procedía de mí, cuando lo hacía por completo de vuestra amabilidad.

Spinola se echó a reír.

—Sois muy bueno en esto —dijo—. Practicad un poco más, para que no parezca memorizado, y os prometo que discursos como éste os labrarán una fortuna.

Cristóforo pensó que eso quería decir que había fracasado, hasta que Spinola le invitó a tomar parte en un convoy comercial a Flandes e Inglaterra. Cinco naves, navegando juntas para mayor seguridad, y una de ellas transportando un cargamento que el propio Cristóforo se encargaría de comercializar. Era una gran responsabilidad, una buena porción de la fortuna de Spinola, pero Cristóforo se había preparado bien. Lo que no había hecho en persona lo había visto hacer a otros prestando especial atención a los detalles. Sabía cómo supervisar la estiba de un barco y cómo conseguir lo que deseaba sin crearse enemigos. Sabía cómo hablar al capitán, cómo permanecer al mismo tiempo distante y sin embargo afable con los hombres, cómo juzgar por el viento y el cielo y el mar cuánto avanzarían. Aunque había realizado pocos trabajos de marinero, sabía cuáles eran esas labores, por haberlas observado, y sabía cuándo se hacían bien. De joven, cuando no recelaban de que pudiera meterlos en problemas, los marineros le habían dejado mirarlos trabajar. Incluso había aprendido a nadar, cosa que la mayoría de los marineros jamás se molestaban en hacer, porque pensaba de niño que eso era uno de los requisitos de la vida en el mar. Para cuando el barco zarpó, Cristóforo se sintió completamente al control.

Incluso le llamaban «signor Colombo». Eso no había sucedido muchas veces antes. A su padre sólo rara vez le llamaban «signor», a pesar del hecho de que en los últimos años las ganancias de Cristóforo habían permitido que Domenico Colombo prosperara, ampliara el taller de tejidos, tejiera ropas más finas, cabalgara un caballo como un noble y comprara unas cuantas casas fuera de las murallas de la ciudad para poder jugar al terrateniente. Así que el título no era ciertamente adecuado para alguien de la cuna de Cristóforo. Sin embargo, en este viaje, no sólo los marineros sino también el capitán lo llamaron por el título de cortesía. Aunque este respeto básico era un signo de lo lejos que había llegado, pero no era tan importante como tener la confianza de los Spinola. El viaje no fue fácil, ni siquiera al principio. Los mares no estaban inquietos, pero tampoco plácidos. Cristóforo advirtió con secreta diversión que era el único de los agentes comerciales que no se mareaba. En cambio, pasaba el tiempo como en todos sus viajes: repasando las cartas con el navegante o conversando con el capitán, sonsacándoles toda la información que conocían, en busca de todo cuanto pudieran enseñarle. Aunque sabía que su destino se encontraba al este, también era consciente de que algún día tendría un barco, una flota, que podría necesitar navegar a través de todos los mares conocidos. Conocía Liguria; el viaje a Khíos, su primera travesía en mar abierto, la primera vez que perdió tierra de vista, la primera vez que confió en la navegación y sus cálculos, le ofreció un atisbo de los mares del este. Pronto vería el oeste, atravesaría el estrecho de Gibraltar, viraría hacia el norte, costeando Portugal, cruzaría el golfo de Vizcaya... nombres que

sólo había oído cuando alardeaban de los marineros. Los caballeros (los otros caballeros) podrían vomitar por todo el Mediterráneo, pero Cristóforo aprovecharía cada momento para prepararse, hasta que por fin estuviera listo para ser el siervo en las manos de Dios que...

No se atrevía a pensar en ello, o Dios conocería la horrible presunción, el mortal orgullo que ocultaba dentro de su corazón.

No es que Dios no lo supiera ya, por supuesto. Pero al menos sabía también que Cristóforo hacía todo lo posible para no dejar que su orgullo lo poseyera. «Hágase Vuestra voluntad, oh, Señor, mas no la mía. Si soy el que ha de liderar vuestros triunfantes ejércitos y navios en una poderosa cruzada para liberar Constantinopla, expulsar a los musulmanes de Europa, y una vez más alzar el estandarte cristiano en Jerusalén, así sea. Pero si no, haré cualquier tarea que tengáis a bien ofrecerme, grande o humilde. Estaré preparado. Soy vuestro fiel servidor.

»Qué hipócrita soy —pensó Cristóforo—. Fingir que mis motivos son puros. Puse el dinero conseguido en Khíos en la bolsa del obispo... pero lo utilicé para promover mi relación con Nicolás Spinola. E incluso así, no fue todo el dinero. Llevo encima buena parte de él; un caballero ha de tener las ropas adecuadas o la gente no lo llamará «signor». Y mucho más fue a manos de mi padre, para que comprara caballos y vistiera a mi madre como una dama. No puede decirse que sea la perfecta ofrenda de fe. ¿Quiero convertirme en rico e influyente para servir a Dios? ¿O sirvo a Dios con la esperanza de que eso me convierta en rico e influyente?»

Ésas eran las dudas que le asaltaban, entre sus sueños y planes. Sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo sonsacando información al capitán y el piloto o estudiando las cartas o contemplando las costas ante las que pasaban, haciendo sus propios mapas y cálculos, como si fuera el primero en ver aquellos lugares.

—Hay cartas de sobra de la costa andaluza —dijo el piloto.

—Lo sé —contestó Cristóforo—. Pero aprendo más cartografiándolas yo mismo de lo que aprendería estudiándolas. Y tengo las cartas para contrastarlas con mis propios mapas. La verdad era que todas las cartas estaban llenas de errores. O eso o algún poder sobrenatural había movido los cabos y golfos, las playas y los promontorios de la costa ibérica, pues de vez en cuando asomaba una cala que no aparecía en ninguna carta.

—¿Hicieron estas cartas los piratas? —le preguntó al capitán un día—. Parecen diseñadas para asegurar que un corsario pueda zarpar de la costa y plantarnos batalla sin advertencia.

El capitán se echó a reír.

—Son cartas moras, o eso he oído. Y los copistas no son siempre perfectos. De vez en cuando se les pasa un detalle. ¿Qué saben ellos, sentados ante sus mesas, lejos de ningún mar? Normalmente seguimos las cartas y aprendemos dónde están los

fallos. Si recorriéramos estas costas todo el tiempo, como hacen los españoles, raramente necesitaríamos las cartas. Y ellos no están dispuestos a corregirlas, pues no tienen ningún deseo de ayudar a los barcos de otras naciones a navegar con seguridad por estos pagos. Cada nación guarda sus cartas. Así que continuad con vuestros mapas, signor Colombo. Algún día puede que tengan valor para Genova. Si este viaje es un éxito, habrá otros.

No había ningún motivo para pensar que no lo sería, hasta que dos días después, cuando habían atravesado el estrecho de Gibraltar, alguien dio un grito:

—¡Velas! ¡Corsarios!

Cristóforo corrió a cubierta, donde poco después las velas se hicieron visibles. Por su aspecto, los piratas no eran moros. Y no temían a los cinco barcos mercantes que navegaban juntos. ¿Por qué iban a hacerlo? Los piratas tenían cinco naves propias.

—No me gusta esto —dijo el capitán.

—Estamos igualados, ¿no? —preguntó Cristóforo.

—No precisamente —contestó el capitán—. Nos frena la carga, a ellos no. Conocen estas aguas, y nosotros no. Y están acostumbrados a la lucha. ¿Qué tenemos nosotros? Caballeros con espadas y marineros aterrorizados de batallar en mar abierto.

—Sin embargo, Dios luchará del lado de los justos.

El capitán le dirigió una amarga mirada.

—No creo que seamos más justos que otros a quienes han cortado la garganta ya. No, los dejaremos atrás si podemos, y si no, se lo haremos pagar tan caro que renunciarán a nosotros y nos dejarán en paz. ¿Sois bueno en la batalla?

—No mucho —dijo Cristóforo. No serviría de nada prometer más de lo que podría dar. El capitán merecía saber con quién podía contar y con quién no—. Llevo la espada para infundir respeto.

—Bien, esos piratas sólo respetarán la hoja si está tinta en sangre. ¿Tenéis buen brazo para lanzar?

—He lanzado piedras, de niño —dijo Cristóforo.

—Con eso me basta. Si las cosas se ponen mal, ésa será nuestra última esperanza: tenemos vasijas llenas de aceite. Les prenderemos fuego y las lanzaremos a los barcos piratas. No podrán combatirnos si sus cubiertas están ardiendo.

—Para eso tendrán que estar terriblemente cerca, ¿no?

—Como dije, sólo usaremos esas vasijas si las cosas se ponen feas.

—¿Qué impedirá que las llamas se esparzan a nuestros propios barcos, si los suyos salen ardiendo?

El capitán le miró fríamente.

—Como dije, queremos que nuestra flota sea una conquista sin valor para ellos.

—Miró de nuevo las velas corsarias, que estaban muy lejos, mar adentro—. Quieren aislarnos contra la costa. Si podemos llegar al cabo de San Vicente donde podamos virar al norte, los perderemos. Hasta entonces intentarán interceptarnos cuando tratemos de romper su bloqueo, o hacernos embarrancar en la costa.

—Entonces tratemos ya de romper el bloqueo —dijo Cristóforo—. Mantengámonos lo más lejos posible de la costa.

El capitán suspiró.

—Es lo más sabio, amigo mío, pero los marineros no lo permitirán. No les gusta perder de vista la tierra si hay pelea.

—¿Por qué no?

—Porque no saben nadar. Su mejor esperanza es agarrarse a algún pecio, si las cosas nos salen mal.

—Pero si no perdemos de vista la costa, ¿cómo podremos salir con bien?

—No es buen momento para esperar que los marinos sean racionales —dijo el capitán—. Y una cosa es segura: no se puede llevar a los marineros a donde no quieren ir.

—No se amotinarán.

—Si piensan que iban a ahogarse por mi causa, llevarían este barco a tierra y dejarían el cargamento para los piratas. Mejor que ahogarse, o ser vendidos como esclavos.

Cristóforo no había advertido esto. No había sucedido en ninguno de sus viajes anteriores, y los marineros no hablaban de ello cuando estaban en Genova. No, entonces eran todo valor, estaban llenos de lucha. Y la idea de que el capitán no los llevara a donde quisiera... Cristóforo reflexionó sobre aquello mientras los corsarios los perseguían, apretándolos cada vez más contra la costa.

—Franceses —dijo el piloto.

En cuanto oyó la palabra, un marinero cercano dijo:

—Coullon.

Cristóforo se sorprendió por el nombre. En Genova había oído suficiente francés, a pesar de la hostilidad de los genoveses hacia una nación que más de una vez había saqueado a sus muelles y tratado de incendiar la ciudad, para saber que *coullon* era la versión gala del apellido de su propia familia: Colombo, o en latín, Columbus.

Pero el marinero que lo dijo no era francés, y no parecía tener idea de que el nombre significara algo para Cristóforo.

—Podría ser Coullon —dijo el piloto—. Por lo osado que es, bien podría ser el mismo diablo... aunque ya dicen que Coullon lo es.

—¡Y todo el mundo sabe que el diablo es francés! —comentó un marinero.

Todos los que pudieron oírle se echaron a reír, pero había poca alegría real en aquello. Y el capitán le enseñó a Cristóforo dónde estaban las vasijas de fuego, una

vez que el grumete del barco las llenó.

—Aseguraos de que conserváis el fuego en vuestras manos —le dijo—. Ésa será vuestra espada, signor Colombo, y os respetarán.

¿Estaba jugando con ellos el pirata Coullon? ¿Por eso los dejó permanecer tan lejos de su alcance hasta que el cabo de San Vicente estuvo tentadoramente a la vista? Sin duda entonces Coullon no tendría problemas para cerrar la trampa, cortándoles el paso antes de que pudieran virar hacia el norte, tras rodear el cabo, y salir al Atlántico abierto.

Ya no había esperanza de coordinar la defensa de la flota. Cada capitán tenía que encontrar su propio camino a la victoria. El del barco de Cristóforo advirtió de inmediato que si continuaban con su rumbo actual embarrancarían o lo abordarían casi enseguida.

—¡Virad! —gritó—. ¡A sotavento!

Era una estrategia atrevida, pero los marineros la comprendieron, y los otros barcos, al ver lo que hacía el viejo ballenero de Cristóforo, lo imitaron. Tendrían que pasar entre los corsarios, pero si lo hacían bien acabarían con el mar abierto por delante, los piratas detrás y el viento de su parte. Pero Coullon no era ningún idiota, e hizo virar sus naves a tiempo de lanzar garfios de abordaje a los mercantes genoveses cuando pasaron por su vera.

Mientras los piratas tensaban las cuerdas mano sobre mano, forzando a los barcos a acercarse, Cristóforo advirtió que el capitán tenía razón: su tripulación tendría poca esperanza en una lucha. Sí, plantarían batalla lo mejor posible, sabiendo que sus vidas estaban en juego. Pero había desesperación en todos los ojos y se encogían visiblemente ante el derramamiento de sangre que se acercaba. Oyó a un rudo marinero decirle al grumete:

—Reza para que mueras.

No era algo alentador, ni tampoco lo era la obvia ansiedad por parte de los piratas.

Cristóforo extendió la mano, cogió la mecha, prendió dos de las vasijas, y luego, sujetándolas con fuerza aunque chamuscaron su jubón, se encaramó al castillo de proa, desde donde podía alcanzar con facilidad el barco corsario más cercano.

—¡Capitán! —exclamó—. ¿Ahora? El capitán no le oyó: había demasiados gritos en la popa. No importaba. Cristóforo sabía que la situación era desesperada, y cuanto más se acercaran los corsarios, más probable era que las llamas envolvieran ambos barcos. Lanzó la vasija. Su brazo era fuerte, su puntería buena, o al menos aceptable. La vasija se hizo añicos en la cubierta corsaria, desparramando llamas como una tina de brillante tinte naranja sobre la madera. En unos instantes trepó hasta las velas. Por primera vez, los piratas dejaron de reír y aullar. Entonces tiraron con más fuerza de los cabos de atraque, y Cristóforo advirtió que con su nave ardiendo su única esperanza era apoderarse del bajel mercante.

Al volverse, vio que otro corsario, igualmente abarloado con un barco genovés, estaba tan cerca que también podía recibir un poco de la misma medicina. Su puntería no fue tan buena: la vasija cayó al mar, inofensiva. Pero el grumete del barco encendía ya las vasijas y se las iba tendiendo, y Cristóforo consiguió colocar dos en la cubierta del barco insignia corsario y otro par en la cubierta del barco pirata que se disponía a abordar el suyo.

—Signor Spinola —dijo—, perdonadme por perder vuestro cargamento.

Pero sabía que el signor Spinola no oiría sus oraciones. Y lo que entonces estaba en juego no era su carrera, sino su vida. «Querido Dios —dijo en silencio—, ¿voy a ser vuestro servidor o no? Os ofrezco mi vida, si la salváis ahora. Liberaré Constantinopla.»

—El Hagia Sofía oirá una vez más la música de la santa misa —murmuró—. Sólo salvadme, mi Señor.

—¿Éste es el momento de su decisión? —preguntó Kemal.

—No, claro que no —respondió Diko—. Sólo quería que viera lo que estuve haciendo. Esta escena se ha mostrado un millar de veces, por supuesto. Colón contra Colón, la llamaron, ya que el pirata y él tenían el mismo apellido. Pero todas las grabaciones eran de los días del tempovisor, ¿no? Así que veíamos que sus labios se movían, pero en el caos de la batalla no había ninguna esperanza de entender lo que decía. Hablaba en voz demasiado baja, sus labios apenas se despegaban. Y esto no molestó a nadie, porque, después de todo, ¿qué importa cómo rece un hombre en mitad de la batalla?

—Pero esto importa, supongo —dijo Hassan—. ¿El Hagia Sofía?

—El altar más sagrado de Constantinopla. Quizás el templo cristiano más hermoso del mundo, en aquellos días anteriores a la construcción de la Capilla Sixtina. Y cuando Colón reza a Dios para que le salve la vida, ¿qué jura? Una cruzada al este. Descubrí esto hace varios días, y me ha mantenido despierta noche tras noche. Todo el mundo ha buscado el origen de su viaje hacia el oeste más atrás, en Khíos, tal vez, o en Genova. Pero ya ha partido definitivamente de Genova. Nunca regresará. Y sólo le falta una semana para iniciar su estancia en Lisboa, donde está claro que ya había vuelto sus ojos hacia poniente de forma irrevocable. Y sin embargo aquí, en este momento, jura liberar Constantinopla.

—Increíble —dijo Kemal.

—Así que ya ve, supe que fuera lo que fuese lo que le hizo obsesionarse con el viaje hacia el oeste, con las Indias, debió haber sucedido entre este momento a bordo de este barco cuyas velas están ya ardiendo y su llegada a Lisboa una semana después.

—Excelente —dijo Hassan—. Buen trabajo, Diko. Esto lo acota todo

considerablemente.

—Padre, lo descubrí hace días. Os dije que había encontrado el momento de la decisión, no la semana.

—Entonces muéstranoslo —dijo Tagiri.

—Tengo miedo de hacerlo.

—¿Porqué?

—Porque es imposible. Porque... porque por lo que puedo decir, Dios le habla.

—Muéstranoslo —dijo Kemal—. Siempre he querido oír la voz de Dios. Todos se rieron. Excepto Diko.

—Está a punto de hacerlo—dijo. Dejaron de reír.

Los piratas los abordaron, y con ellos vino el fuego a saltar de vela en vela. Todos comprendieron que aunque logran de algún modo rechazar a los piratas, ambos barcos estaban condenados. Los marineros que no estaban ya enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo empezaron a arrojar al agua barriles y portezuelas de escotilla, y varios consiguieron lanzarse al mar por el lado contrario del navio pirata. Cristóforo vio al capitán que se negaba a abandonar la nave: luchaba como un valiente, su espada bailaba. Y entonces la espada dejó de estar allí, a través del humo que barría la cubierta Cristóforo ya no lo distinguió.

Los marinos saltaban al agua, en busca de los trozos de madera que flotaban. Cristóforo vio a un marinero que empujaba a otro de una portezuela; vio a otro sumergirse al no haber encontrado nada a lo que agarrarse. El único motivo por el que los piratas no habían alcanzado ya a Cristóforo era que estaban ocupados tratando de soltar los mástiles ardientes del barco genovés antes de que el fuego se extendiera por la cubierta. Parecía que iban a conseguirlo, y a quedarse con el cargamento a expensas de los genoveses. Era intolerable. Los genoveses caerían de todas formas, pero Cristóforo tenía en sus manos asegurarse de que los piratas también fracasaran.

Tras coger otras dos vasijas ardiendo, lanzó una a la cubierta de su propia nave, y la segunda aún más lejos, de forma que la popa pronto quedó cubierta por las llamas. Los piratas gritaron de furia (los que no lo hacían de dolor o terror) y sus ojos no tardaron en encontrar a Cristóforo y al grumete en el castillo de proa.

—Creo que es hora de que saltemos al agua —dijo Cristóforo.

—No sé nadar —confesó el grumete.

—Yo sí —replicó Cristóforo. Pero primero arrancó la portezuela de la escotilla de proa, la arrastró hasta la borda y la arrojó. Luego, cogiendo al muchacho de la mano, saltó al agua cuando ya los piratas corrían hacia ellos.

El grumete en efecto no sabía nadar y Cristóforo necesitó un esfuerzo considerable para auparlo a la portezuela. Pero cuando el muchacho estuvo a salvo en lo alto del pecio flotante, se calmó.

Cristóforo trató de acomodar su propio peso en la diminuta balsa, pero eso hizo que se ladeara peligrosamente bajo el agua. El grumete se dejó llevar por el pánico. Así que Cristóforo volvió a zambullirse. Había al menos cinco leguas hasta la costa... seis, más probablemente. Cristóforo era buen nadador, pero no tanto. Necesitaba aferrarse a algo que ayudara a soportar su peso para poder descansar de vez en cuando, y si no podía ser esta portezuela, tendría que dejarla y encontrar otra cosa.

—¡Escucha, grumete! —gritó—. ¡La costa está por allí! —señaló.

¿Entendía el muchacho? Sus ojos estaban desorbitados, pero al menos miraba a Cristóforo mientras hablaba.

—Rema con las manos. ¡Hacia allí!

Pero el grumete permaneció allí, aterrado, y luego miró la nave en llamas.

Era demasiado agotador mantener el equilibrio en el agua mientras trataba de comunicarse con el muchacho. Le había salvado la vida, era el momento de dedicarse a salvar la suya propia.

Lo que finalmente encontró, mientras nadaba hacia la costa invisible, fue un remo flotando. No era una balsa y no lo sostenía por completo fuera del agua, pero montándose a horcajadas sobre él y manteniendo la pala bajo su pecho y su rostro pudo descansar un poco cuando sus brazos se agotaron. Pronto dejó atrás el humo de los incendios, y luego el fragor de los gritos, aunque no sabía si ya no oía aquel horrible ruido porque se había alejado nadando o porque todos se habían ahogado. No miró hacia atrás; no vio los cascos en llamas sumergirse bajo las aguas. Ya había olvidado las naves y su misión comercial. En lo único que pensaba entonces era en mover las manos y piernas, debatiéndose entre las olas del Atlántico hacia la lejana orilla.

A veces Cristóforo se convencía de que una corriente lo alejaba de la costa y se lo llevaría no importaba lo que hiciera. Se sentía dolorido, sus brazos y piernas estaban agotados y no podían moverse más, y sin embargo seguían haciéndolo, aunque débilmente ya, y por fin, por fin vio que estaba mucho más cerca de la orilla que antes. Eso le dio suficiente esperanza para continuar, aunque el dolor de sus articulaciones le hacía sentir que el mar lo estaba desmembrando.

Ya oía el choque de las olas contra la orilla, ya veía arbustos y pequeñas dunas. Y entonces una ola rompió a su alrededor y divisó la playa. Siguió nadando, trató de ponerse en pie. No lo consiguió. En cambio, se hundió en el agua, sólo que ahora ya había perdido el remo y por un momento se sumergió. Se le ocurrió que sería una estupidez ahogarse tan cerca de la orilla después de haber nadado tanto sólo porque sus piernas estaban demasiado cansadas para sostenerlo.

Cristóforo decidió no hacer la tontería de morir en aquel momento, aunque la idea de rendirse y descansar tuvo un atractivo momentáneo. En cambio, empujó el fondo con los pies, y como el agua, después de todo, no era profunda, su cabeza se

alzó sobre la superficie y logró volver a respirar. Medio nadando medio caminando, se obligó a llegar a la orilla y luego se arrastró hasta alcanzar arena seca. Tampoco entonces se detuvo: un último esfuerzo racional de su mente le dijo que debía rebasar la línea de la marea alta, indicada por las algas y los palos resecos a muchos metros por delante. Se arrastró, reptó, finalmente llegó a la línea y la rebasó; entonces se desplomó en la arena, inconsciente.

Fue la marea alta lo que le despertó, cuando varias de las olas más grandes empezaron a lanzar chorros de agua por encima de la línea de pleamar, haciéndole cosquillas en los pies y luego en los muslos. Se despertó sediento, y cuando trató de moverse descubrió que todos sus músculos le ardían de dolor. ¿Se había roto de algún modo brazos y piernas? No, advirtió rápidamente. Simplemente había extraído de ellos más trabajo del que habían sido diseñados para ofrecer, y lo pagaba con dolor.

Pero el dolor no iba a hacer que se quedara a morir en la playa. Se levantó a cuatro patas y se arrastró hasta llegar a los primeros arbustos. Entonces buscó algún signo de agua que pudiera beber. Tan cerca de la orilla era casi pedir demasiado, ¿pero cómo podría recuperar sus fuerzas sin nada que beber? El sol se ponía. Pronto estaría demasiado oscuro para poder ver, y aunque la noche lo refrescaría, bien podría helarlo y, débil como estaba, eso podría matarlo.

—Oh, Dios —susurró, los labios agrietados—. Agua.

Diko detuvo la grabación.

—Todos saben lo que sucede aquí, ¿verdad?

—Una mujer del pueblo de Lagos le encuentra —dijo Kemal—. Lo cuidan hasta que se recupera y luego se marcha a Lisboa.

—Hemos visto esto en el tempovisor un millar de veces —repuso Hassan—. O al menos miles de personas lo han visto una vez.

—Exactamente. Lo habéis visto en el tempovisor —respondió Diko. Se acercó a una de las antiguas máquinas, conservada sólo para reproducir viejas grabaciones. Hizo pasar el fragmento a toda velocidad; como si fuera una marioneta cómica, Colón miraba en una dirección y luego permanecía un rato tirado en el suelo, quizá rezando, hasta que se volvía a arrodillar, se persignaba y decía: «Del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.» Fue en esa postura como lo encontró la mujer de Lagos (María Luisa, hija de Simón el Gordo, para ser exactos). También como si fuera una marioneta en la reproducción veloz del tempovisor, corrió hacia el pueblo en busca de ayuda.

—¿Es esto lo que todos habéis visto? —preguntó Diko.

Lo era.

—Obviamente, no sucede nada. Así que ¿quién se habría molestado en volver a mirar esto con el TruSite II? Pero eso es lo que yo hice, y esto es lo que vi.

Regresó al aparato y continuó la reproducción. Todos vieron a Colón buscar agua, volviendo lentamente la cabeza, dolorido y agotado. Pero entonces, para su sorpresa, oyeron una voz muy baja.

—Cristóforo Colombo —dijo la voz.

Una figura, luego dos, titilaron en la oscuridad ante Colón. Entonces, mientras el marino miraba en esa dirección, todos observaron que no estaba buscando agua, sino contemplando la imagen que se formaba ante él en el aire.

—Cristóbal Colón. Coullon. Colombus —continuó la voz, pronunciando su nombre en un idioma tras otro. Era apenas audible. Y la imagen nunca llegaba a adquirir claridad.

—Tan tenue —murmuró Hassan—. El tempovisor nunca podría haberlo detectado. Como humo o vapor. Una leve vibración del aire.

—¿Qué estamos viendo? —demandó Kemal.

—Callaos y escuchad —dijo Tagiri, impaciente—. ¿Qué conclusión puede alcanzarse antes de ver los datos?

Guardaron silencio. Observaron y escucharon.

La visión se convirtió en dos hombres que brillaban con un leve nimbo a su alrededor. Y en el hombro del más pequeño de los dos había una paloma. No podía haber duda alguna en la mente de ningún hombre medieval, sobre todo uno que hubiera leído tanto como Cristóforo, de lo que representaba aquella visión: la Santísima Trinidad. Casi pronunció sus nombres en voz alta. Pero ellos hablaban, llamándolo por su nombre en idiomas que nunca había oído antes.

Entonces, finalmente:

—Colón, eres mi fiel servidor.

«Sí, lo soy con todo mi corazón.»

—Has vuelto tu corazón hacia Oriente, para liberar Constantinopla del turco.

«Mi oración, mi promesa fue oída.»

—He visto tu fe y tu valor, y por eso te he salvado la vida hoy. Tengo una gran obra para ti. Pero no es a Constantinopla donde debes llevar la cruz.

«¿A Jerusalén, entonces?»

—Ni es Jerusalén, ni ninguna otra nación tocada por las aguas del Mediterráneo. Te salvé la vida para que pudieras llevar la cruz a tierras situadas mucho más al este, tan al este que sólo pueden ser alcanzadas navegando el Atlántico hacia poniente.

Cristóforo apenas pudo comprender lo que le decían. Tampoco podía soportar mirarlos. ¿Qué hombre mortal tenía derecho a mirar directamente al rostro del Salvador resucitado, mucho menos al Todopoderoso o a la paloma del Espíritu Santo? No importaba que esto fuera sólo una visión; no podía continuar mirando. Bajó la cabeza hasta la arena para no verlos, pero siguió escuchando con toda su atención.

—Hay grandes reinos allí, ricos en oro y poderosos en ejércitos. Nunca han oído el nombre de mi Hijo Unigénito y mueren sin el bautismo. Es mi voluntad que les lleves la salvación y traigas las riquezas de esas tierras.

Cristóforo oyó estas palabras y el corazón le ardió. Dios le había visto, Dios había reparado en él, y se le encomendaba una misión mucho más grande que la simple liberación de una antigua capital cristiana. Tierras tan lejanas al este que debía navegar hacia poniente para alcanzarlas. Oro. Salvación.

—Tu nombre será grande. Los reyes te nombrarán virrey, y serás el gobernador del océano. Reinos caerán a tus pies, y millones de vidas que serán salvadas te llamarán bendito. Navega hacia poniente, Colombus, hijo mío, un viaje fácilmente al alcance de vuestros navios. Los vientos del sur os llevarán al oeste, y luego los vientos del norte os devolverán fácilmente a Europa. Que el nombre de Cristo sea oído en esas naciones, y salvarás tu alma junto con la de ellos. Haz el solemne juramento de que emprenderás ese viaje, y después de muchos obstáculos tendrás éxito. Pero no rompas este juramento, o los hombres de Sodoma lo tendrán mejor que tú en el día del juicio. Ninguna misión más grande se ha encomendado a mortal alguno que la que te doy. Sean cuales fueren los honores que recibas en la Tierra se multiplicarán por mil en el cielo. Pero si fracasas, las consecuencias para ti y toda la cristiandad serán terribles más allá de tu imaginación. Ahora haz el juramento, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Colón se arrodilló.

—Del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo —murmuró.

—Te he enviado una mujer para que te cuide y te devuelva la salud. Cuando hayas recuperado fuerzas, debes comenzar tu misión en mi nombre. No le digas a nadie lo que he hablado contigo: no es mi voluntad que perezcas como los profetas de la antigüedad, y si dices que te he hablado los sacerdotes sin duda te quemarán como hereje. Debes persuadir a los demás para que te ayuden a realizar este gran viaje por su propio bien, y no porque yo lo haya ordenado. No me importa si lo hacen por oro o por amor hacia mí, mientras cumplan esta misión. Cúmplela tú. Tú. Ejecuta mi misión.

La imagen se fue desvaneciendo, y desapareció. Casi llorando de cansancio y gloriosa esperanza, Cristóforo (no, a partir de entonces era Colombus^[1], su nombre en latín, el idioma de la Iglesia) esperó en la arena. Y, como había prometido la visión, en cuestión de minutos llegó una mujer y, al verle, inmediatamente corrió en busca de ayuda.

Antes de que cayera la noche, los fuertes brazos de los pescadores lo llevaron al pueblo de Lagos, donde amables manos acercaron vino a sus labios y le quitaron las ropas cubiertas de sal y arena y le bañaron. «Así soy nuevamente bautizado .—pensó Colón—, nacido de nuevo a la misión de la Santísima Trinidad.»

No comentó nada de lo que había acaecido en la playa, pero su mente se agitaba ya con ideas sobre lo que tenía que hacer. Los grandes reinos de Oriente... inmediatamente pensó en las historias de Marco Polo, las Indias, Cathay, Cipango. Sólo que para alcanzarlas no navegaría hacia el este, ni al sur a lo largo de la costa de África como hacían los portugueses. No, navegaría hacia poniente. ¿Pero cómo conseguiría un navio? No en Genova. No después de que el barco que le habían confiado se hubiera hundido. Además, los barcos genoveses no eran lo bastante rápidos, y eran torpes en las aguas abiertas del océano.

Dios lo había traído a las costas portuguesas, y los portugueses eran los grandes marinos, los atrevidos exploradores del mundo. ¿No sería virrey de reyes? Encontraría un medio de encontrar el apoyo del rey de Portugal. Y si no, otro rey, o algún otro hombre que no fuera rey. Tendría éxito, pues Dios estaba con él.

Diko detuvo la grabación.

—¿Queréis verla otra vez?

—Querremos verla muchas veces —dijo Tagiri—. Pero no en este momento.

—Ése no era Dios —comentó Kemal.

—Espero que no —dijo Hassan—. No me gustó ver la Trinidad cristiana. La encontré... decepcionante.

—Muestre esto en cualquier lugar del mundo árabe y los disturbios no cesarán hasta que todas las instalaciones de Vigilancia del Pasado a su alcance hayan sido destruidas —dijo Kemal.

—Como decía usted, Kemal —repuso Tagiri—, no era Dios. Porque esa visión no fue visible sólo para Colón. Todas las otras grandes visiones de la historia han sido completamente subjetivas. Hemos visto ésta, pero no con el temporizador.

Sólo el TruSite II fue capaz de detectarla, y ya sabemos que el TruSite II puede hacer que la gente del pasado vea a aquellos que están observando.

—¿Uno de nosotros? ¿El mensaje fue enviado por Vigilancia? —preguntó Kemal, enfadado ya por la idea de que uno de ellos jugará con la historia.

—Uno de nosotros no —dijo Diko—. Nosotros vivimos en el mundo donde Colón navegó hacia poniente e hizo que Europa destruyera o dominara toda América. En las horas pasadas desde que vi esto, he advertido una cosa: esta visión creó nuestro tiempo. Ya sabemos que el viaje de Colón lo cambió todo. No sólo porque alcanzó las Indias Occidentales, sino porque cuando regresó estaba lleno de historias absolutamente creíbles de cosas que no había visto. De oro, de grandes reinos. Y ahora sabemos por qué. Navegó hacia el oeste siguiendo las órdenes de Dios, y Dios

le había dicho que encontrara esas cosas. Así que tuvo que informar de su hallazgo, tuvo que creer que el oro y los grandes reinos iban a ser encontrados, aunque no tuviera ninguna prueba, porque Dios le había dicho que estaban allí.

—Si no es uno de nosotros, ¿entonces quién lo hizo? —preguntó Hassan.

Kemal se rió desagradablemente.

—Fue uno de nosotros, obviamente. O, más bien, uno de ustedes.

—¿Está diciendo que creamos esto como un truco? —dijo Tagiri.

—En absoluto. Pero miren a su alrededor. Ustedes son la gente de Vigilancia que está dispuesta a alcanzar el pasado y mejorar las cosas. Así que digamos que en otra versión de la historia, otro grupo dentro de una iteración previa de Vigilancia descubrió que podían cambiar el pasado, y lo hicieron. Digamos que decidieron que el acontecimiento más terrible de su historia fue la última cruzada, la liderada por el hijo de un tejedor genovés. ¿Por qué no? En esa historia, Colón dirigió su implacable ambición hacia el objetivo que tenía justo antes de esta visión. Llega a la orilla e interpreta su supervivencia como un favor de Dios. Persigue la cruzada para liberar Constantinopla con el mismo celo, la misma inflexibilidad que le hemos visto en su otra misión. Con el tiempo, dirige un ejército en una guerra sangrienta contra el turco. ¿Y si gana? ¿Y si destruye a los turcos seljuk, y luego sigue hacia todas las tierras musulmanas, causando matanzas y destrucción a la manera europea normal? La gran civilización musulmana podría resultar destruida, y con ella quién sabe qué grandes tesoros de conocimiento. ¿Y si la cruzada de Colón fuera vista como el peor acontecimiento en toda la historia... y la gente de Vigilancia del Pasado decidiera, como ustedes, que deben mejorar las cosas? El resultado es nuestra historia. La devastación de las Américas. Y el mundo dominado por Europa de igual forma.

Los demás lo miraron, incapaces de decir nada.

—¿Quién dice que el cambio que esta gente efectuó no acabó con peores resultados que los acontecimientos que trataban de evitar? —Kemal les sonrió con malicia—. La arrogancia de aquellos que desean jugar a ser Dios. Y eso es exactamente lo que hicieron, ¿no? Jugaron a ser Dios. O la Trinidad, para ser exactos. La paloma fue un buen detalle. Sí, por supuesto, observen esta escena un millar de veces. Y cada vez que vean a esos pobres actores fingiendo ser la Trinidad, engañando a Colón para que se aparte de su cruzada y se embarque en un viaje al oeste que devastó un mundo, espero que se vean a ustedes mismos. Fue gente como ustedes la que causó todo ese sufrimiento.

Hassan dio un paso hacia Kemal, pero Tagiri se interpuso entre ambos.

—Puede que tenga razón, Kemal. Y puede que no. Para empezar, no creo que su propósito fuera apartar a Colón de su cruzada. Para eso, lo único que habrían necesitado es ordenarle que abandonara la idea. Y dijeron que si fracasaba, las consecuencias serían terribles para la cristiandad. Eso está muy lejos de tratar de

deshacer la conquista cristiana del mundo musulmán.

—Podrían haber estado mintiendo fácilmente —contestó Pernal—. Podrían haberle dicho lo que pensaban que necesitaba oír para hacer que actuara como querían.

—Quizá —dijo Tagiri—. Pero creo que hacían otra cosa. Había algo más que habría sucedido si Colón no hubiera recibido esta visión. Y debemos averiguar qué fue.

—¿Cómo podemos averiguar lo que podría haber sucedido? —preguntó Diko.

Tagiri sonrió desagradablemente a Kemal.

—Conozco a un hombre de inagotable persistencia, gran sabiduría y rápido juicio. Es el hombre adecuado para encargarse del proyecto de determinar lo que esta visión pretendía evitar, o lo que pretendía conseguir. Por algún motivo la gente de ese otro futuro decidió enviar a Colón al oeste. Alguien debe liderar el proyecto de averiguar por qué. Y usted, Kemal, no está haciendo nada productivo, ¿verdad? Sus grandes días han pasado ya, y ahora sólo va por ahí diciendo a la gente que sus sueños no merecen la pena.

Por un momento pareció que Kemal iba a golpearla, tan cruel había sido la valoración que había hecho de él. Pero no alzó la mano, y tras un largo instante se volvió y abandonó la habitación.

—¿Está bien, madre? —preguntó Diko.

—Más concretamente: ¿Nos creará problemas? —dijo Hassan.

—Creo que liderará el proyecto de averiguar qué habría sucedido —contestó Tagiri—. Creo que el problema se apropiará de él y no lo soltará y acabará trabajando con nosotros.

—Oh, vaya —murmuró alguien secamente, y todos se echaron a reír.

—Kemal como enemigo es formidable, pero como amigo es irremplazable —dijo Tagiri—. Encontró la Atlántida cuando nadie creía que fuera necesario hacerlo, ¿no? Encontró el gran Diluvio. Encontró a Yewesweder. Si alguien puede, él descubrirá cómo podría haber sido la historia, o al menos un escenario plausible. Y todos nos alegraremos de trabajar con él.

Sonrió.

—Los locos somos testarudos e irracionales e imposibles de tratar, pero hay cierta raza de víctima voluntaria que elige trabajar con nosotros de todas formas.

Los otros se rieron, pero pocos pensaban que Kemal se pareciera en algo a su querida Tagiri.

—Y creo que todos hemos pasado por alto uno de los puntos más importantes del gran descubrimiento de Diko. Sí, Diko, grande. —Tagiri miró en derredor—. ¿Podéis ver lo que es?

—Por supuesto —dijo Hassan—. Ver la pequeña actuación de esos actores

fingiendo ser la Trinidad nos hizo saber una cosa más allá de toda duda: podemos alcanzar el pasado. Si ellos consiguieron enviar una visión, una visión deliberadamente controlada, entonces también nosotros podemos.

—Y tal vez —dijo Tagiri—, tal vez podamos hacerlo mejor.

6

EVIDENCIA



Según el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas, Xpiyacoc y Xmucane engendraron a dos hijos, llamados Un Hunahpu y Siete Hunahpu. Un Hunahpu creció hasta hacerse un nombre, se casó y su esposa Xbaquiyalo dio a luz dos hijos: Un Mono y Un Artesano. Siete Hunahpu nunca creció; antes de que pudiera convertirse en hombre, su hermano y él fueron sacrificados en el campo de pelota donde perdieron ante Una y Siete Muertes. Entonces la cabeza de Un Hunahpu fue colgada de una calabacera, que nunca antes había dado fruto. Y cuando lo dio, el fruto pareció una cabeza, y la cabeza de Un Hunahpu llegó a parecerse al fruto, así que fueron lo mismo.

Entonces una joven virgen llamada Mujer Sangre llegó al templo de los sacrificios para ver el árbol, y le habló a la cabeza de Un Hunahpu, y la cabeza de Un Hunahpu le habló a ella. Cuando tocó el hueso de su cabeza, su semilla se le quedó en la mano, y pronto concibió un hijo. Siete Hunahpu consintió en esto, y fue también el padre de lo que llenaba su vientre.

Mujer Sangre se negó a decirle a su padre cómo había llegado el niño a su vientre, ya que estaba prohibido ir a la calabacera donde estaba colgada la cabeza de Un Hunahpu. Indignado porque había concebido un bastardo, su padre la envió a ser sacrificada. Pero para salvar su vida, ella les dijo a los Guardianes Militares de la Estera, que iban a matarla, que el niño procedía de la cabeza de Un Hunahpu.

Entonces ellos no quisieron matarla, pero tenían que llevar su corazón a su padre, Recogedor de Sangre. Así que Mujer Sangre lo engañó llenando un cuenco con la roja savia del árbol crotón, que cuajó hasta parecer un corazón humano. Todos los dioses de Xibalba fueron engañados por el corazón falso.

Mujer Sangre fue a la casa de la viuda de Un Hunahpu, Xbaquiyalo, para parir a su hijo. Cuando el niño nació, fueron dos niños, dos varones, a quienes llamó Hunahpu y Xbalanque. A Xbaquiyalo no le gustaba el ruido que hacían los bebés y los expulsó de la casa. Sus hijos, Un Mono y Un Artesano, no tenían ningún deseo de nuevos hermanos, así que los metieron en un hormiguero. Como los bebés no murieron allí, los hermanos mayores los echaron a unas zarzas, pero sobrevivieron. El odio entre los hermanos mayores y los hermanos más jóvenes continuó a lo largo de los años, mientras los bebés se convertían en hombres.

Los hermanos mayores eran flautistas, cantantes, artistas, hacedores y conoedores. Por encima de todo, eran conoedores. Cuando nacieron sus hermanos sabían exactamente quiénes y qué eran y en qué se convertirían, pero por celos no se lo dijeron a nadie. Así que fue de justicia cuando Hunahpu y Xbalanque valiéndose de un engaño los hicieron trepar a un árbol y los dejaron allí, donde los dos hermanos mayores se convirtieron en monos y nunca volvieron a pisar el suelo. Entonces Hunahpu y Xbalanque, grandes guerreros y jugadores de pelota, fueron a competir en la lucha entre sus padres, Un y Siete Hunahpu, y los dioses de Xibalba.

Al final del juego, Xbalanque se vio obligado a sacrificar a su hermano Hunahpu. Envolvió el corazón de su hermano en una hoja, y entonces bailó solo en el campo de pelota hasta que gritó el nombre de su hermano y Hunahpu se levantó de entre los muertos y ocupó su lugar junto a él. Al ver esto, sus dos oponentes en el juego, los grandes señores Una y Siete Muertes, demandaron a su vez ser sacrificados. Así que Hunahpu y Xbalanque arrancaron el corazón de Una Muerte; pero éste no se levantó de entre los muertos. Al ver esto, Siete Muertes se aterrorizó y suplicó que lo eximieran de su sacrificio. Así, con vergüenza, su corazón fue arrancado sin coraje y sin consentimiento. Y fue así cómo Hunahpu y Xbalanque vengaron a sus padres, Uno y Siete Hunahpu, y quebrantaron el gran poder de los señores de Xibalba.

Así se dice en el *Popol Vuh*.

Cuando Dolores de Cristo Matamoro tuvo su tercer hijo, recordó sus estudios de cultura maya de cuando fue educada allá en Tekax, en el Yucatán, y como no estaba segura de quién era el padre del niño, lo llamó Hunahpu. Si hubiera tenido otro hijo, sin duda lo habría llamado Xbalanque, pero, cuando Hunahpu era todavía un bebé, Dolores resbaló en el andén de la estación de San Andrés Tuxtla y el tren la mató.

Hunahpu Matamoro no tenía en realidad nada de ella, excepto el nombre que le dio, y quizá fue eso lo que produjo su obsesión por el pasado de su pueblo. Sus hermanos mayores se convirtieron en hombres corrientes de San Andrés Tuxtla:

Pedro se hizo policía y José María sacerdote. Pero Hunahpu estudió la historia de los mayas, de los mexica, de los toltecas, de los zapotecas, de los olmecas, las grandes naciones de Mesoamérica, y cuando al segundo intento alcanzó la calificación necesaria, fue admitido en Vigilancia del Pasado e inició sus estudios.

Éste fue su proyecto desde el principio: averiguar qué habría sido de Mesoamérica si los españoles no hubieran llegado. Contrariamente a Tagiri, cuyo expediente tenía una etiqueta plateada que indicaba que había que consentir sus rarezas, Hunahpu encontró resistencia a cada paso.

—Vigilancia observa el pasado —le decían una y otra vez—. No especulamos sobre lo que podría haber ocurrido si el pasado no hubiera sucedido tal como fue. No hay forma de probarlo, y no tendría valor ni aunque lo hicieras bien.

Pero a pesar de la resistencia, Hunahpu continuó. Ningún equipo de colaboradores creció a su alrededor. De hecho, pertenecía a otro equipo que estudiaba las culturas zapotecas de la costa norte del istmo de Tehuantepec en los años anteriores a la llegada de los españoles. Fue asignado a ese equipo porque era el proyecto en marcha que más se acercaba a los intereses de Hunahpu. Sus supervisores eran bien conscientes de que pasaba al menos tanto tiempo en su labor especulativa como en las observaciones que contribuirían a obtener conocimientos reales. Fueron pacientes. Esperaban que se librara de su obsesión de tratar de conocer lo incognoscible si lo dejaban. Mientras su trabajo en el Proyecto Zapoteca fuera aceptable... y aunque a duras penas así era.

Entonces llegó la noticia del descubrimiento de la Intervención. Una Vigilancia de otro futuro había enviado una visión a Colón, lo apartó de su sueño de dirigir una cruzada para liberar Constantinopla y acabó por llevarlo a América. Era sorprendente; para un indio como Hunahpu resultaba atroz. ¡Cómo se atrevían! Pues supo de inmediato qué era lo que habían intentado evitar los Intervencionistas, y no se trataba de la conquista cristiana del Islam.

Los rumores empezaron a circular unas semanas más tarde, y la repetición los hizo creíbles. El gran Kemal iniciaba un nuevo proyecto. Por primera vez, Vigilancia del Pasado trataría de extrapolar desde el pasado lo que habría sucedido en el futuro si un acontecimiento concreto no hubiera ocurrido. ¿Por qué ponen en marcha un proyecto para estudiar esto?, se preguntó Hunahpu. Sabía que podía responder en un momento a todas las cuestiones de Kemal. Sabía que si alguien del nuevo proyecto leyera uno solo de los estudios que había escrito y enviado a las redes, advertiría que la respuesta estaba delante de sus narices, que la obra estaba ya hecha y que se trataba únicamente de aplicar unos cuantos años de trabajo para solventar los detalles.

Hunahpu esperaba que Kemal le escribiera, o que uno de los supervisores de Vigilancia le recomendase que echara un vistazo a sus investigaciones, o incluso (como debía suceder inevitablemente) que Hunahpu fuera reasignado al proyecto de

Kemal. Pero tal reasignación no se produjo, la carta no llegó, y los superiores de Hunahpu parecieron no darse cuenta de que el ayudante más valioso de Kemal sería ese lento joven maya que había trabajado sin ganas en su tedioso proyecto de recopilación de datos.

Fue entonces cuando Hunahpu comprendió que no sólo se enfrentaba a la resistencia de los demás, sino también a su desdén. Su trabajo era tan despreciado que nadie lo consideraba siquiera, ningún rumor había circulado al respecto, y cuando miró descubrió que ninguno de los estudios que había enviado a las redes había sido descargado y leído, ni uno de ellos, ni una sola vez.

Pero no era propio de Hunahpu desesperarse. En cambio, redobló obstinadamente sus esfuerzos, sabiendo que la única forma de superar la barrera de desdén era producir un cuerpo de pruebas tan convincente que Kemal se viera obligado a respetarlo. Y si tenía que hacerlo, Hunahpu le llevaría esa prueba directamente a Kemal, sorteando todos los canales regulares, como Kemal había acudido a Tagiri en aquel encuentro ya legendario. Por supuesto, había una diferencia. Kemal lo había hecho siendo un hombre famoso, con logros conocidos, así que fue recibido con cortesía aunque su mensaje no fuera bienvenido. Hunahpu no tenía ningún logro, o al menos ninguno que fuera reconocido por nadie, y por eso era improbable que Kemal estuviera dispuesto a verlo o examinar su trabajo. Sin embargo, esto no lo detuvo. Hunahpu continuó, reunía pacientemente pruebas y escribía cuidadosos análisis de lo que había encontrado, aborreciendo cada momento que tenía que pasar grabando los detalles de la construcción de barcos en las costas zapotecas entre los años 1510 y 1524.

Sus hermanos mayores, el policía y el sacerdote, que no eran bastardos y por tanto siempre lo miraban por encima del hombro, se preocuparon por él. Fueron a verlo a la estación de Vigilancia en San Andrés Tuxtla, donde se le permitió a Hunahpu que usara una sala de conferencias para recibirlos, ya que no había intimidad en su cubículo.

—Nunca estás en casa —dijo el policía—. Te llamo y nunca contestas.

—Estoy trabajando —respondió Hunahpu.

—No tienes buen aspecto —dijo el sacerdote—. Y cuando hablamos de ti con tu supervisora, nos dice que no eres muy productivo. Siempre trabajando en tus propios proyectos inútiles.

—¿Le habéis preguntado a mi supervisora por mí? —dijo Hunahpu. No estaba seguro de si se sentía molesto por la intrusión o agradecido de que sus hermanos se hubieran preocupado lo suficiente como para preguntar por él.

—Bueno, la verdad es que nos llamó ella —contestó el policía, que siempre decía la verdad aunque fuera un poco embarazosa—. Quería ver si podíamos animarte a abandonar tu loca obsesión con el futuro perdido de los indios. Hunahpu los miró con

tristeza.

—No puedo.

—Eso pensábamos —dijo el sacerdote—. Pero cuando te echen de Vigilancia del Pasado, ¿qué harás? ¿Para qué estás cualificado?

—No creas que ninguno de nosotros tiene dinero para ayudarte —dijo el policía apesadumbrado—. O darte de comer más que unas pocas veces a la semana, aunque lo haremos, por nuestra madre.

—Gracias —contestó Hunahpu—. Me habéis ayudado a clarificar mis ideas.

Se levantaron para marcharse. El policía, que era mayor y no le había pegado tanto de niño como el cura, se detuvo en la puerta. Su cara estaba tiznada de pesar.

—No vas a cambiar nada, ¿verdad?

—Sí —dijo Hunahpu—. Voy a darme prisa y a terminar más pronto. Antes de que me echen de Vigilancia.

El policía sacudió la cabeza.

—¿Por qué tienes que ser tan... indio?

Durante un instante, Hunahpu no entendió la pregunta.

—Porque lo soy.

—Y nosotros también, Hunahpu.

—¿Vosotros? ¿José María y Pedro?

—Nuestros nombres son españoles, sí.

—Y vuestras venas están rebajadas con sangre española, y vivís con trabajos españoles en ciudades españolas.

—¿Rebajadas? —preguntó el policía—. Nuestras venas son...

—Fuera quien fuese mi padre —dijo Hunahpu—, era maya, como mamá.

El rostro del policía se ensombreció.

—Veo que no deseas ser mi hermano.

—Estoy orgulloso de ser tu hermano —dijo Hunahpu, consternado por cómo habían sido interpretadas sus palabras—. No tengo nada contra vosotros. Pero tengo que saber qué habría sido de mi pueblo, nuestro pueblo, sin los españoles.

El sacerdote volvió a aparecer en la puerta, detrás del policía.

—Habrían torturado, se habrían automutilado y habrían ofrecido sangrientos sacrificios humanos, y jamás habrían oído el nombre de Cristo.

—Gracias por preocuparos lo suficiente para venir a verme —dijo Hunahpu—. Estaré bien.

—Ven a mi casa a cenar —invitó el policía.

—Gracias. Cualquiera día lo haré.

Cuando sus hermanos se marcharon, Hunahpu se volvió hacia su ordenador y dirigió un mensaje a Kemal. No había ninguna oportunidad de que éste lo leyera: había demasiados miles de personas en la red de Vigilancia para que un hombre como

Kemal prestara atención a lo que acabaría siendo el mensaje de tercera fila de un gris recopilador de datos del Proyecto Zapoteca. Sin embargo tenía que establecer contacto, de algún modo, o su trabajo quedaría en nada. Así que escribió el mensaje más provocativo que se le ocurrió y lo envió a todo el mundo relacionado con el Proyecto Colón, esperando que alguno de ellos le echara una mirada a un *e-mail* de tercera fila y se sintiera lo suficientemente intrigado para llevar sus palabras hasta Kemal.

Éste fue su mensaje:

Kemal: Colón fue elegido porque era el hombre más grande de su época, el hombre que acabó con el Islam. Fue enviado al oeste para impedir la peor calamidad de la historia de la humanidad: la conquista tlaxcalana de Europa. Puedo demostrarlo. Mis estudios han sido enviados e ignorados, igual que lo habrían sido los suyos si no hubiera encontrado evidencias de la Atlántida en las viejas grabaciones meteorológicas del TruSite I. NO HAY grabaciones de la conquista tlaxcalana de Europa, pero la prueba sigue allí. Hable conmigo y ahórrese años de trabajo. Ignóreme y me marcharé.

Hunahpu Matamoros

Colón no estaba orgulloso del motivo por el que se había casado con Felipa. Desde el momento en que llegó supo que como mercader extranjero en Lisboa no tendría ninguna posibilidad de conseguir su objetivo. Había una colonia de mercaderes genoveses en la capital portuguesa, y Colón inmediatamente se relacionó con sus negocios. En el invierno de 1476 se unió a un convoy con destino a Flandes, a Inglaterra y, luego, a Islandia. Había pasado menos de un año desde que zarpara en un viaje similar lleno de esperanzas y expectativas; cuando por fin se hallaba en aquellos puertos, apenas lograba concentrarse en los negocios que lo llevaron allí. ¿Qué bien obtendría de participar en el comercio entre las ciudades de Europa? Dios tenía un trabajo superior para él. El resultado fue que, aunque ganó un poco de dinero en esos viajes, no se hizo notar. Sólo en Islandia, donde oyó las historias de los marineros que hablaban de tierras no muy al oeste que antiguamente habían albergado florecientes colonias de los hombres del norte, aprendió algo que le pareció útil, pero incluso así no pudo dejar de recordar que Dios le había dicho que empleara una ruta por el sur para navegar hacia poniente y que regresara por el norte. Esas tierras que los islandeses conocían no eran los grandes reinos de Oriente, eso estaba claro.

De algún modo tenía que organizar una expedición para explorar el océano hacia el oeste. Varios de sus viajes comerciales lo llevaron a las Azores y Madeira; los portugueses nunca dejarían que un extranjero llegara más allá de ese punto,

internándose en aguas africanas, pero sí les permitían llegar a Madeira y comprar oro y marfil, o a las Azores para comprar víveres a precios enormemente inflados. Colón sabía por sus contactos en aquellos lugares que las grandes expediciones atravesaban Madeira cada pocos meses, con destino a África. Y que África no conducía a ningún sitio útil, pero ansiaba las flotas. De algún modo tenía que hacerse con el mando de una de ellas, dirigiéndose al oeste en vez de al sur. Sin embargo, ¿qué esperanza tenía de conseguirlo?

Al menos en Genova su padre tenía lazos de lealtad con los Fieschi, que habían resultado una conexión explotable. En Portugal, toda navegación, toda expedición estaba bajo el control directo del rey. La única forma de conseguir navios, marinos y dinero para un viaje de exploración era atrayendo al rey, y como genovés y como plebeyo había escasas posibilidades de eso.

Como no había nacido con ningún lazo de sangre en Portugal, sólo restaba un modo de conseguirlo. Y el matrimonio con una familia bien relacionada, cuando no tenía fortuna ni perspectiva de ello, era en efecto un proyecto difícil. Necesitaba una familia que rozara la nobleza y que no estuviera en ascenso. Una familia en ascenso buscaría mejorar su situación casándose con nobles; una familia hundida, sobre todo una rama menor con hijas poco agraciadas y pequeña fortuna, podría mirar a un aventurero extranjero como Colón con... bueno, no favor exactamente, pero al menos con tolerancia. O quizá con resignación.

Bien fuera porque había estado a punto de morir en el océano o porque Dios deseaba que tuviera un aspecto más distinguido, el pelo rojo de Colón rápidamente se fue volviendo blanco. Como aún era joven de rostro y vigoroso de cuerpo, el cabello canoso hacía que muchas cabezas se volvieran a su paso. Cada vez que no estaba en viaje de negocios, intentando progresar en un comercio que siempre se inclinaba en favor de los nativos portugueses, tenía el detalle de asistir a la iglesia de Todos los Santos, donde acudían, fuertemente custodiadas, para oír misa, tomar la comunión y confesarse, las damas casaderas de las familias que no eran lo suficientemente ricas para tener sacerdote en casa.

Fue allí donde vio a Felipa, o más bien se aseguró de que ella le viera a él. Había hecho discretas averiguaciones sobre varias damas jóvenes, y se había enterado de muchas cosas prometedoras acerca de ella. Su padre, el gobernador Perestrello, había sido un hombre de cierta distinción e influencia con una leve reclamación de nobleza que nadie le rebatió en vida porque fue uno de los jóvenes marinos entrenados por el príncipe Enrique el Navegante que había destacado en la conquista de Madeira. Como recompensa, le hicieron gobernador de la pequeña isla de Porto Santo, un lugar casi carente de agua y de escaso valor excepto por el prestigio que daba en Lisboa. Había muerto, pero no había sido olvidado, y el hombre que se casara con su hija tendría ocasión de conocer a marinos y entablar contactos en la corte que podrían

acabar conduciéndole a presencia del rey.

El hermano de Felipa era aún gobernador de la isla, y la madre, Doña Moniz, regía en la familia (incluyendo al hermano) con mano de hierro. Era a ella, y no a Felipa, a quien Colón tenía que impresionar; pero primero tenía que llamar la atención de la muchacha. No fue difícil. La historia de cómo Colón llegó nadando a la costa después de la famosa batalla entre los mercaderes genoveses y el pirata francés Coullon se contaba a menudo. Colón se aseguró de negar cualquier heroísmo por su parte.

—Todo lo que hice fue lanzar vasijas e incendiar las naves, incluyendo la mía propia. Hombres más valientes y mejores que yo combatieron y murieron. Y luego... me puse a nadar. Si los tiburones hubieran considerado que yo era un bocado apetecible no estaría aquí. ¿Es esto ser un héroe?

Pero sabía que ese tipo de desprecio de sí mismo en una sociedad tan dada a los alardes era exactamente la pose que debía adoptar. A la gente le encantaba oír los fanfarroneos de los muchachos locales, porque quería que fueran grandes; pero el extranjero debía negar que tenía una virtud destacada... eso era lo que le ganaría el aprecio de los lugareños.

Funcionó bastante bien. Felipa había oído hablar de él, y en la iglesia la pilló mirándole y la saludó con una inclinación de cabeza. Ella se ruborizó y se dio la vuelta. Una chica bastante simple. Su padre era guerrero y su madre tenía la constitución de una fortaleza: la hija tenía la fiereza del padre y el formidable grosor de la madre. Sin embargo, había en su sonrisa un destello de gracia y humor cuando volvió a mirarlo, una vez pasado el sonrojo obligatorio. Sabía que estaban jugando, y no le importaba. Después de todo, no era mala perspectiva, y si el hombre que la cortejaba era un genovés ambicioso que quería utilizar las conexiones de su familia, ¿qué diferencia había con las hijas de familias más afortunadas que eran cortejadas por señores ambiciosos que querían usar su dinero? Una mujer de rango difícilmente podía esperar casarse por sus propias virtudes: eso sólo tenía un efecto menor en el precio de pedida, mientras fuera virgen, y ese haber familiar, al menos, había sido bien protegido.

Las miradas en la iglesia llevaron a una invitación a la casa Perestrello, donde Doña Moniz le recibió cinco veces antes de acceder a permitirle ver a Felipa, y aun así sólo después de que el matrimonio hubiera sido acordado. Se estableció que Colón tendría que renunciar a la práctica mercantil: sus viajes ya no podrían ser tan obviamente comerciales, y su hermano Bartolomé, que había venido desde Genova, se convertiría en propietario de la tienda de cartas de navegación que Colón había abierto. Cristóbal sólo sería un caballero que ocasionalmente se pasaría a aconsejar a su hermano mercader. Eso le vino bien tanto a Colón como a Bartolomé.

Por fin Colón conoció a Felipa, y poco después se casaron. Doña Moniz sabía

perfectamente bien lo que era este aventurero genovés, después de todo, o eso pensaba, y estaba segura de que en cuanto hubiera ganado acceso a la sociedad de la corte empezaría inmediatamente a establecer relaciones con damas más hermosas y más ricas, apuntando a conexiones cada vez más ventajosas. Había visto este tipo de hombre mil veces antes, y lo tenía muy claro.

Por eso, justo antes de la boda, sorprendió a todo el mundo anunciando que su hijo, el gobernador de Porto Santo, había invitado a Felipa y su flamante marido a irse a vivir con ellos a la isla. Y la misma Doña Moniz los acompañaría, por supuesto, ya que no había motivos para que se quedara en Lisboa cuando su querida hija Felipa y su precioso hijo el gobernador (toda su familia, no importaban las otras hijas casadas) estaban a cientos de millas de distancia en el Océano Atlántico. Además, las islas de Madeira tenían un clima más cálido y sano.

Felipa pensó que era una idea maravillosa, por supuesto (siempre le había gustado la isla), pero para sorpresa de Doña Moniz, Colón también aceptó la invitación con entusiasmo. Consiguió ocultar la gracia que le causaba la obvia incomodidad de su suegra. Si él quería ir, entonces el plan debía tener algún error... Colón sabía que eso era lo que ella pensaba. Pero era porque Doña Moniz no tenía idea de lo que Colón deseaba. Estaba al servicio de Dios, y aunque con el tiempo tendría que acabar presentándose en la corte para conseguir la aprobación para su viaje al oeste, pasarían años antes de que estuviera preparado para presentar su caso. Necesitaba experiencia; necesitaba mapas y libros; necesitaba tiempo para pensar y planear. La pobre Doña Moniz no advertía que Porto Santo le había puesto directamente en la ruta de navegación de las expediciones portuguesas a lo largo de la costa africana. Todas recalaban en Madeira, y allí Colón podría aprender mucho sobre cómo liderar expediciones, cómo cartografiar territorios inexplorados, cómo navegar largas distancias en mares desconocidos.

El viejo Perestrello, el difunto padre de Felipa, había conservado una pequeña pero interesante biblioteca en Porto Santo, y Colón tendría acceso a ella. Así, si conseguía aprender algunas de las habilidades portuguesas en las artes de navegación, si Dios le conducía a información oculta en sus estudios sobre las viejas escrituras, podría aprender algo esperanzador para su futuro viaje al oeste.

Para Felipa el viaje fue brutal. Nunca se había mareado antes, y para cuando llegaron a Porto Santo, Doña Moniz estaba segura de que ella y Colón habían concebido ya un hijo. En efecto, nueve meses más tarde nació Diego. Felipa tardó mucho tiempo en recuperarse del embarazo y el parto, pero en cuanto se sintió lo bastante fuerte se dedicó al niño. Su madre observaba todo esto con cierto disgusto, ya que había criadas para ese tipo de cosas, pero no podía quejarse, pues pronto quedó claro que Diego era todo cuanto Felipa tenía: su marido no parecía querer su compañía. De hecho, parecía ansioso por marcharse de la isla a la menor ocasión,

aunque no para ir a la corte. En cambio, no dejaba de suplicar oportunidades para embarcar en ruta hacia la costa africana.

Cuando más suplicaba, menos probable parecía que consiguiera una oportunidad. Después de todo, era genovés, y a más de un capitán se le ocurrió pensar que Colón podría haberse casado con una familia marinera como parte de un plan para conocer la costa africana y luego regresar a Genova y hacer que navios italianos entraran en competencia con los portugueses. Eso sería intolerable, por supuesto. Así que nunca se cuestionó que Colón consiguiera lo que realmente quería.

Al ver a su marido tan frustrado, Felipa empezó a presionar a su madre para que hiciera algo por su Cristováo. Ama el mar, decía Felipa. Sueña con grandes viajes. ¿No puedes hacer algo por él?

Así que Doña Moniz llevó a su yerno a la biblioteca de su difunto esposo y abrió para él las cajas de cartas y mapas, los anaqueles de preciosos libros. La gratitud de Colón fue palpable. Por primera vez se le ocurrió que quizás era sincero: que sentía poco interés por la costa africana, que era la navegación lo que le inspiraba, surcar los mares por el propio placer de hacerlo.

Colón empezó a pasar casi todo el tiempo escrutando libros y cartas. Naturalmente no había ninguna sobre el océano occidental, pues nadie que hubiera navegado más allá de las Azores, las Canarias o las islas de Cabo Verde había regresado jamás. Sin embargo, Colón aprendió que los viajeros portugueses habían rechazado aferrarse a la costa de África. En cambio, se internaban en el mar, usando vientos mejores y aguas más profundas hasta que sus instrumentos les decían que habían navegado tan al sur como el último viaje realizado. Entonces navegaban hacia tierra, hacia el este, esperando que esta vez estuvieran más al sur de la punta más meridional de África, para así encontrar una ruta que los condujera por el este hasta la India. Fue esa navegación en profundidad lo que llevó por primera vez a los marinos portugueses a Madeira y luego a las islas de Cabo Verde. Algunos aventureros de la época habían imaginado que podría haber cadenas de islas extendiéndose al oeste, y habían navegado hacia allí para verlas, pero tales viajes siempre terminaron en decepción o tragedia, y nadie creía ya que hubiera más islas al oeste o al sur.

Pero Colón no desdeñaba los registros de viejos rumores que antaño habían impulsado a los marinos a buscar esas islas occidentales. Devoró los rumores de un marinero muerto empujado a las orillas de las Azores o las Canarias o las islas de Cabo Verde, con un mapa empapado cosido en sus ropas que mostraba la existencia de islas alcanzadas antes de que su barco se hundiera, las historias de troncos flotantes de especies desconocidas de árboles, de bandadas de raras aves muy lejos al sur o al oeste, de cadáveres de hombres ahogados con caras más redondas de las vistas en Europa, oscuras y sin embargo no tan negras como las de los africanos. Todo aquello databa de una época anterior, y Colón sabía que representaban las

ilusiones de una breve era. Pero sabía también lo que ninguno de ellos podía saber: que Dios pretendía que él alcanzara los grandes reinos de Oriente navegando hacia poniente, lo que significaba que tal vez esos rumores no eran meros deseos, sino la verdad.

No obstante, aunque lo fueran, no convencerían a aquellos que tendrían que decidir financiar una expedición al oeste. Persuadir al rey significaba persuadir primero a los hombres doctos de su corte, y eso requeriría pruebas de peso, no habladurías de marineros. Para ese fin el verdadero tesoro de Porto Santo eran los libros, pues a Perestrello le encantaba estudiar geografía y tenía traducciones latinas de Ptolomeo.

Para Colón, Ptolomeo no fue un gran consuelo: decía que desde la punta más occidental de Europa hasta la punta más oriental de Asia había ciento ochenta grados, la mitad de la circunferencia de la Tierra. Tal viaje a través del océano descubierto sería inútil. Ningún barco podría llevar bastantes suministros o mantenerlos frescos lo suficiente para cubrir ni siquiera una cuarta parte de esa distancia.

Sin embargo, Dios le había dicho que podría alcanzar el oriente navegando hacia poniente. Por tanto Ptolomeo debía estar equivocado, y no sólo levemente. Debía estar drástica, inequívocamente en un error. Y Colón tenía que encontrar un modo de demostrarlo, para que un rey le permitiera llevar sus naves hacia occidente para cumplir la voluntad de Dios.

Sería más simple, decía en sus oraciones silenciosas a la Santísima Trinidad, si enviarais un ángel para decírselo al rey de Portugal. ¿Por qué me elegisteis? Nadie me escuchará.

Pero Dios no le respondía. Por eso Colón seguía pensando y estudiando y tratando de calcular cómo demostrar lo que sabía debía ser verdad y sin embargo nadie había imaginado: que el mundo era mucho, mucho más pequeño, y el oeste y el este debían estar mucho más cerca de lo que los antiguos creían. Y como las únicas autoridades que los eruditos aceptarían eran los libros escritos por los antiguos, Colón tendría que encontrar, en alguna parte, escritores clásicos que hubieran descubierto lo que sabía que tenía que ser la verdad sobre el tamaño del mundo. Halló algunas ideas útiles en el *Imago Mundi* del cardenal d'Ailly, un compendio de obras de escritores antiguos, donde aprendió que Marino de Tiro había estimado que la gran masa de tierra del mundo no era de 180 grados, sino de 225, dejando que el océano ocupara solamente los 135 grados restantes. Eso seguía siendo demasiado lejos, pero resultaba prometedor. No importaba que Ptolomeo hubiera vivido y escrito después de Marino de Tiro, que hubiera examinado sus cálculos y los hubiera refutado. Marino ofrecía una imagen del mundo que le ayudaba a construir su caso para navegar hacia poniente y por eso era la mejor autoridad. También había algunas referencias valiosas de Aristóteles, Séneca y Plinio.

Entonces advirtió que esos escritores antiguos no conocían los descubrimientos realizados por Marco Polo en su viaje a Cathay. Añadir 28 grados de tierra para sus hallazgos, y luego otros 30 grados para compensar la distancia entre Cathay y la isla-nación de Cipango, y sólo quedaban 77 grados de océano por cruzar. Luego restar otros 9 grados al empezar su viaje en las Canarias, las islas suroccidentales que parecían el punto de partida más propicio para el tipo de viaje que Dios le había encomendado, y la flota de Colón sólo tendría que cruzar 68 grados de océano.

Seguía estando demasiado lejos. Pero sin duda había errores en las medidas de Marco Polo, en los cálculos de los antiguos. ¡Resta otros 8 grados, redúcelos sólo a 60! Sin embargo, seguía estando a una distancia imposible. Un sexto de la circunferencia de la Tierra entre las Canarias y Cipango, y sin embargo eso continuaba significando un viaje de más de tres mil millas sin un puerto donde recalar. Por mucho que los interpretara o retorciera, Colón no podía hacer que los escritos de los antiguos apoyaran lo que sabía era verdad: que era cuestión de días o como máximo de semanas navegar desde Europa a los grandes reinos de Oriente. Tenía que haber más información. Otro escritor, tal vez. O algún hecho que hubiera pasado por alto. Algo que persuadiera a los eruditos de Lisboa para que respetaran su petición y recomendaran al rey Juan que diera a Colón el mando de una expedición.

Mientras tanto, Felipa se sentía obviamente ignorada y frustrada. Colón era vagamente consciente de que quería más de su tiempo y pensamientos, pero no podía concentrarse en las nimiedades que a ella le interesaban, no cuando Dios le había encargado una tarea de tan hercúleas dimensiones. No se había casado con ella para jugar a las casitas, y así se lo dijo. Tenía grandes obras que realizar. Pero no pudo explicar qué era esa gran obra, ni quién se la había encomendado, porque tenía prohibido decirlo. Así que vio cómo Felipa se sentía cada vez más herida mientras él se iba impacientando más y más ante su obvio deseo de compañía.

A Felipa la habían advertido innumerables veces de que los hombres eran exigentes e infieles, y estaba preparada para eso. ¿Pero qué ocurría con su esposo? Era la única dama disponible, y Diego debería tener un hermano o una hermana, pero Colón apenas parecía desearla.

—No se preocupa más que por las cartas y los mapas y los libros antiguos —se quejaba a su madre—. Eso y reunirse con pilotos y navegantes que hayan tenido o puedan tener acceso al rey.

Al principio Doña Moniz le aconsejó ser paciente, pues la insaciable lujuria de los hombres acabaría por derrotar la aparente indiferencia de Colón. Pero cuando eso no sucedió, tuvo que dar su consentimiento para que se mudaran del aislado Porto Santo a una casa que la familia poseía en Funchal, la ciudad más grande de la isla mayor de las Madeira. La teoría era que si Colón lograba satisfacer su ansia de mar, podría entonces volcar su atención hacia Felipa.

En cambio, se volvió aún más devotamente al mar, hasta que se convirtió en uno de los hombres más conocidos del puerto de Funchal. Ningún barco arribaba sin que Colón encontrara pronto acceso a bordo. Se hacía amigo de capitanes y navegantes, se fijaba en las cantidades de suministros cargadas y cuánto esperaban durar. De hecho, lo observaba todo.

—Si es un espía —le dijo a Doña Moniz uno de los capitanes que había sido amigo de su difunto esposo Perestrello— es bastante torpe, pues reúne información de manera abierta y ansiosa. Creo que simplemente ama el mar y desearía haber nacido portugués para poder unirse a las grandes expediciones.

—Pero no nació portugués, y por tanto no puede —respondió Doña Moniz—. ¿Por qué no se contenta? Tiene una buena vida con mi hija, o la tendría a poco que le prestara atención.

El viejo marino se echó a reír.

—Cuando a un hombre se le mete el mar en la sangre, ¿qué tiene una mujer que ofrecerle? ¿Qué es un niño? El viento es su mujer, los pájaros sus hijos. ¿Por qué lo mantenéis aquí en estas islas? Está rodeado por el mar constantemente, y sin embargo no puede navegar con libertad. Es genovés y por eso no podrá navegar a las nuevas aguas africanas. ¿Pero por qué no dejarle... no ayudarle a unirse a los viajes mercantes a otros lugares?

—Veo que en efecto os gusta este hombre de pelo blanco que hace que mi hija se sienta como una viuda.

—¿Una viuda? Medio viuda, tal vez. Pues hay tres tipos de hombres en el mundo: los vivos, los muertos y los marinos. Tendríais que recordarlo. Vuestro marido fue uno de ellos.

—Pero renunció al mar y se quedó en casa.

—Y murió —dijo el caballero, con brutal candor—. Vuestra Felipa tiene un hijo, ¿no? Pues entonces dejad que su marido vaya a ganarse la fortuna que transmitirá algún día a ese nieto vuestro. Está claro que al retenerlo aquí lo estáis matando.

Y así, dos años después de llegar a las islas de Madeira, Doña Moniz sugirió por fin que era hora de regresar a Lisboa. Colón empaquetó los libros y cartas de su suegro y se preparó ansiosamente para el viaje. Sin embargo, sabía mientras lo hacía que para Felipa había mucha menos esperanza. El viaje hasta Porto Santo había sido terrible para ella, incluso lleno de ilusión por su nuevo matrimonio como lo fue entonces. En esta ocasión no estaría embarazada... pero también había desesperado de hallar la felicidad con Colón. Lo que lo hacía todo más insoportable era que cuanto más se distanciaba él, más lo amaba ella. Lo oía hablar con otros hombres y su voz, su pasión, sus modales la cautivaban; lo veía estudiando libros que ella apenas podía comprender y se maravillaba por la brillantez de su mente. Escribía en los márgenes de los libros: ¡se atrevía a añadir sus palabras a las palabras de los antiguos! Habitaba

en un mundo en el que ella nunca podría entrar, y sin embargo lo deseaba. Llévame contigo a esos extraños lugares, le decía en silencio. Pero el silencio con el que él le contestaba no estaba lleno de ansiedad, y si lo estaba era una ansiedad que no la incluía a ella ni al pequeño Diego. Así que sabía que el viaje de regreso a Lisboa no la acercaría a su marido, ni la alejaría. Nunca lo alcanzaría, en realidad. Tenía su hijo, pero cuanto más anhelaba al hombre, más se le escapaba, más se apartaba; y sin embargo, si no intentaba alcanzarlo, la ignoraría por completo; no había ningún camino que pudiera llevarla a la felicidad.

Colón lo veía en ella. No estaba tan ciego a sus necesidades como ella suponía. Simplemente, no tenía tiempo para hacerla feliz. Si se contentara con compartir su cama y con estar con él cada vez que se cansaba de estudiar, podría haberle dado algo. Pero demandaba mucho más: ¡que estuviera interesado (no, encantado) en todas las tonterías infantiles que hacía el incomprensible Diego! Que se preocupara por el chismorreo de las mujeres, que admirara su costura, que le importaran los tejidos que había elegido para su nueva túnica, que actuara contra un sirviente que se comportaba de forma perezosa e impertinente. Él sabía que si se interesaba por todas esas cosas la haría feliz..., pero también la animaría a distraerlo aún más con esas tonterías, y Colón simplemente no tenía tiempo para ello. Así que se apartaba, sin intención de herirla y al mismo tiempo haciéndolo, porque tenía que encontrar un medio de conseguir lo que Dios le había encargado.

Durante el viaje de regreso a Portugal, Felipa no se mareó tanto, pero permaneció en cama de todas formas, mirando absorta las paredes de su diminuto camarote. Ya nunca se recuperaría de esta enfermedad del corazón. Incluso en Lisboa, donde Doña Moniz esperaba que sus viejas amigas la alegraran, Felipa sólo consentía en salir de vez en cuando. En cambio, se dedicaba al pequeño Diego y pasaba el resto de su tiempo deambulando como un fantasma por su propia casa. Cuando Colón estaba de viaje o haciendo negocios en la ciudad, recorría las estancias como buscándolo; cuando estaba allí, se pasaba días acumulando valor para tratar de enzarzarlo en una conversación. Si él escuchaba amablemente o le pedía con cortesía que lo dejara solo para poder concentrarse en su trabajo, el final era el mismo. Felipa se iba a la cama y lloraba, pues no formaba parte de su vida en absoluto, y no conocía ningún medio para entrar en ella, y por eso lo amaba tanto más desesperadamente, y sabía con más seguridad que era algún defecto en ella lo que hacía que su marido no pudiera amarla.

La peor agonía era cuando la llevaba a alguna representación musical o a misa, o a cenar en la corte, pues Felipa sabía que el único motivo por el que él era aceptado entre los aristócratas de Lisboa era porque estaba casado con ella. La necesitaba en aquellas ocasiones y los dos tenían que actuar como si fueran marido y mujer. Mientras tanto ella apenas podía evitar las lágrimas y gritarle a todo el mundo que su esposo no la amaba, que dormía con ella quizás una vez a la semana, dos veces al

mes, y que incluso eso era sin genuino afecto. Si se hubiera permitido un estallido semejante, se habría sorprendido por la reacción de las otras mujeres: no de que tuviera tal relación con su marido, sino de que se extrañara de ello. Era casi la misma situación que la mayoría de ellas sufrían con sus esposos. Hombres y mujeres vivían en mundos separados; sólo se encontraban en la cama para engendrar herederos y en ocasiones públicas para aumentar su estatus en el mundo. ¿Por qué estaba tan molesta con eso? ¿Por qué no se limitaba a vivir como ellas lo hacían, una vida agradable de tranquilidad entre otras mujeres, atendiendo ocasionalmente a sus hijos y confiando siempre en los criados para que las cosas fueran más fáciles?

La respuesta, por supuesto, era que ninguno de sus esposos era Cristovão. Ninguno de ellos ardía con su fuego interno. Ninguno de ellos tenía una pasión tan profunda en el corazón para atraer a una mujer, aunque ese profundo pozo interior la ahogara y de él nunca manara nada, nada que pudiera nutirla o saciar la sed de su amor.

Y Colón, por su parte, veía en Felipa cómo los años de matrimonio la envejecían, cómo sus labios se volvían hacia abajo en una mueca permanente, cómo pasaba cada vez más tiempo en cama con enfermedades sin nombre, y sabía que de algún modo él era la causa, que la estaba lastimando, y que no había nada que pudiera hacer al respecto, no si iba a cumplir su misión en esta vida.

Casi en cuanto regresó a Lisboa, Colón encontró el libro que estaba buscando. Los trabajos de un geógrafo árabe llamado Alfragano habían sido traducidos al latín, y Colón halló en ellos la herramienta perfecta para reducir aquellos últimos 60 grados a una distancia razonable. Si los cálculos de Alfragano se consideraban en millas romanas, entonces los 60 grados de distancia entre las Canarias y Cipango se reducirían a sólo dos mil millas náuticas en las latitudes que habría que navegar.

Con vientos favorables, que Dios sin duda le proporcionaría, el viaje podría hacerse en ocho días; dos semanas como máximo.

Ya tenía sus pruebas en términos que los eruditos podrían comprender. No se plantaría ante ellos con sólo su fe en una visión de la que no podía hablarles. Ya tenía a los antiguos de su lado, y no importaba que uno de ellos fuera musulmán, podría defender el caso de su expedición.

Por fin su matrimonio con Felipa dio sus frutos. Colón utilizó todos los contactos que había hecho y consiguió una oportunidad para presentar sus ideas en la corte. Se presentó atrevidamente ante el rey Juan, sabiendo que Dios ablandaría su corazón y le haría comprender que era Su santa voluntad que organizara esa expedición con Colón a la cabeza. Extendió sus mapas, con todos sus cálculos, mostrando a Cipango fácilmente al alcance, y Cathay a un breve viaje más allá. Los eruditos escucharon; el rey escuchó. Hicieron preguntas. Mencionaron las antiguas autoridades que contradecían la visión del tamaño de la Tierra y la proporción de tierra y agua que

tenía Colón, y el genovés les respondió con paciencia y confianza.

—Ésta es la verdad —dijo. Hasta que uno de ellos replicó:

—¿Cómo sabéis que Marino tiene razón y Ptolomeo está equivocado?

Colón respondió:

—Porque si Ptolomeo tuviera razón este viaje sería imposible. Pero no es imposible, tendrá éxito, y por eso sé que Ptolomeo está equivocado.

Mientras lo decía, comprendió que la respuesta no lograría persuadirlos. Supo, al ver sus corteses movimientos de cabeza, sus miradas de soslayo al rey, que su consejo sería contrario. «Bueno —pensó—, he hecho cuanto he podido. Ahora está en manos de Dios.» Agradeció al rey su amabilidad, reafirmó su certeza de que la expedición cubriría a Portugal de gloria y la convertiría en el mayor reino de Europa, y acercaría a la cristiandad a infinitas almas, y se marchó.

Interpretó como signo alentador el que, mientras esperaba la respuesta del rey, le dieran permiso para unirse a una expedición comercial a la costa africana. No era un viaje de exploración, así que no se colocó ante sus ojos ningún gran secreto de la corona portuguesa. Con todo, era un signo de confianza y favor que le permitieran navegar hasta la fortaleza de Sao Jorge en La Mina. «El rey me está preparando para dirigir una expedición dejando que me familiarice con los grandes logros de la navegación portuguesa», pensó.

A su regreso aguardó ansiosamente la respuesta del rey, con la esperanza de que cualquier día le entregaran las naves, la tripulación y los suministros que necesitaba.

El rey dijo que no.

Colón quedó desolado. Durante días apenas comió o durmió. No sabía qué pensar. ¿No era éste el plan de Dios? ¿No le decía Dios a los reyes y príncipes lo que tenían que hacer? ¿Cómo podía entonces el rey Juan haberle rechazado?

«Fue por algo que hice mal. No tendría que haber pasado tanto tiempo tratando de demostrar que el viaje era posible; tendría que haber tratado de ayudar al rey a captar la visión de por qué el viaje era deseable, necesario. Por qué Dios quería que tuviera éxito. Actué a lo loco. Me preparé de modo insuficiente. Fui indigno.» Todas las explicaciones que se le ocurrían le hundían en una espiral de desesperación.

Al ver sufrir a Colón, Felipa comprendió que en la única ocasión en que le había proporcionado a su marido lo que él deseaba le había fallado. Necesitaba un contacto en la corte y la influencia del nombre de su familia no era suficiente. ¿Para qué, entonces, estaba casado con ella? Era una intolerable carga para él. No tenía nada que pudiera desear, necesitar o amar. Cuando le llevó a Diego para intentar animarlo, él rechazó al niño de cinco años tan bruscamente que el chiquillo lloró durante una hora y se negó a acercarse de nuevo a su padre. Fue el final. Felipa supo entonces que Colón la odiaba y que merecía su odio, pues no le había dado nada de lo que quería.

Se metió en la cama, volvió el rostro hacia la pared y pronto estuvo efectivamente

tan enferma como decía.

En sus últimos días, Colón se volvió más solícito hacia ella de lo que Felipa jamás hubiera deseado. Pero ella sabía en el fondo de su corazón que esto no significaba que la amara. Más bien estaba cumpliendo con su deber, y cuando le habló de cuánto lamentaba su largo descuido, ella supo que lo decía no porque deseara que viviera para poder hacerlo mejor en el futuro, sino porque quería su perdón para que su conciencia pudiera ser libre cuando por fin su muerte lo liberara también en todos los otros sentidos.

—Conseguirás la grandeza Cristovao, de un modo u otro —dijo ella.

—Y tú estarás a mi lado para verlo, mi Felipa.

Ella quiso creerlo, o más bien quiso creer que él en efecto lo deseaba, pero no se engañó a sí misma.

—Sólo te pido esta promesa: Diego lo heredará todo de ti.

—Todo —dijo Colón.

—Ningún otro hijo. Ningún otro heredero.

—Lo prometo.

Poco después, murió. Colón sostuvo la mano de Diego durante el cortejo fúnebre hasta la tumba familiar, y mientras caminaban, uno al lado del otro, cogió de pronto a su hijo en brazos y dijo:

—Eres todo lo que me queda de ella. Traté a tu madre injustamente, Diego, y también a ti, y no puedo prometer hacerlo mejor en el futuro. Pero le hice una promesa y te la hago a ti. Todo lo que posea jamás, todo lo que consiga, cada título, cada propiedad, cada honor, cada fragmento de fama, serán tuyos.

Diego escuchó esto y recordó. Su padre le amaba después de todo. Y su padre había amado a su madre también. Y algún día, si su padre se convertía en un gran hombre, Diego sería grande como él. Se preguntó si eso significaba que algún día poseerían una isla, como la abuela. Se preguntó si eso significaba que algún día navegaría en un barco. Se preguntó si eso significaba que algún día se presentaría ante reyes. Se preguntó si eso significaba que su padre le dejaría entonces y nunca volvería a verlo.

La primavera siguiente, Colón abandonó Portugal y cruzó la frontera española. Llevó a Diego al monasterio franciscano de La Rábida, cerca de Palos.

—Unos padres franciscanos me enseñaron en Genova —le dijo a su hijo—. Aprende bien, hazte sabio, cristiano y caballero. Y yo entre tanto me encargaré de servir a Dios y labrar una fortuna.

Colón lo dejó allí, pero lo visitaba de vez en cuando, y en sus cartas al prior, el padre Juan Pérez, nunca dejaba de mencionar a Diego y preguntar por él. Diego sabía que era más de lo que muchos hijos tenían de sus padres. Y una pequeña parte de su gran padre era muchísimo más que el amor y la atención de muchos hombres

menores. O eso se decía a sí mismo para ahorrarse la humillación de las lágrimas durante la soledad de aquellos primeros meses.

Colón se dirigió a la corte de España, donde presentaría una versión mucho más cuidadosamente refinada de los mismos cálculos improbables que habían fracasado en Portugal. Esta vez, sin embargo, insistiría. Todo lo que Felipa había sufrido, todo lo que Diego estaba sufriendo entonces, privado de su familia y a cargo de extraños en un lugar desconocido, quedaría justificado. Pues al final Colón tendría éxito, y el triunfo merecería el precio. No fracasaría, estaba seguro de ello. Porque aunque no tenía ninguna prueba, sabía que tenía razón.

—No tengo ninguna prueba —dijo Hunahpu—, pero sé que tengo razón.

La mujer al otro lado de la línea parecía joven. Demasiado joven para ser influyente, sin duda, y sin embargo era la única que había respondido a su mensaje, y por eso tendría que hablarle como si contara, pues ¿qué otra opción tenía?

—¿Cómo sabe que tiene razón sin pruebas?— preguntó ella amablemente.

—No he dicho que no tuviera pruebas. Sólo que jamás podrá verificarse lo que habría sucedido.

—Bastante cierto.

—Lo único que pido es una oportunidad de presentar mis pruebas a Kemal.

—No puedo garantizarle eso. Pero puede venir a Juba y presentármelas a mí.

¡Ir a Juba! Como si tuviera un presupuesto ilimitado para viajar, él, que estaba a punto de ser despedido de Vigilancia del Pasado.

—Me temo que tal viaje estaría muy por encima de mis posibilidades.

—Naturalmente, lo pagaremos —dijo ella—, y podrá quedarse aquí como invitado nuestro.

Eso le sorprendió. ¿Cómo podía alguien tan joven tener autoridad para prometerle eso?

—¿Quién me dijo que era?

—Diko.

Entonces recordó el nombre; ¿por qué no había hecho antes la conexión? Aunque estaba decidido a contribuir al proyecto de Kemal, no era éste quien habían descubierto la Intervención.

—¿Es la Diko que...?

—Sí.

—¿Ha leído mis trabajos? ¿Los que he estado enviando y...?

—¿Y a los que nadie ha prestado la menor atención? Sí.

—¿Y me cree?

—Tengo preguntas que hacerle.

—¿Y si le satisfacen mis respuestas?

—Entonces me sorprenderé mucho —dijo ella—. Todo el mundo sabe que el imperio azteca estaba al borde del colapso cuando Cortés llegó en 1519. Todo el mundo sabe también que no había ninguna posibilidad de que la tecnología mesoamericana rivalizara con la europea. Sus especulaciones sobre una conquista mesoamericana de Europa son irresponsables y absurdas.

—Y sin embargo, me ha llamado usted.

—Creo que no hay que dejar ninguna piedra sin remover. Usted es una piedra sin mover y por eso...

—Me está removiendo.

—¿Vendrá?

—Sí —contestó él. Una leve esperanza era mejor que ninguna esperanza en absoluto.

—Envíe copias de todos los archivos pertinentes de antemano, para que pueda examinarlos en mi propio ordenador.

—La mayoría está ya dentro del sistema de Vigilancia.

—Entonces envíeme la bibliografía. ¿Cuándo puede venir? Necesito solicitar un permiso de ausencia en su nombre para que pueda consultar con nosotros.

—¿Puede hacer eso?

—Puedo solicitarlo.

—Mañana.

—No puedo tenerlo todo leído para mañana. La semana que viene. El martes. Pero envíeme todos los archivos y las listas que necesito inmediatamente.

—¿Y usted solicitará mi permiso... cuando envíe los archivos?

—No, lo solicitaré en los próximos quince minutos. Me alegro de haber hablado con usted. Espero que no sea un lunático.

—No lo soy. También me alegro de haber hablado con usted.

Ella cortó la comunicación.

Una hora más tarde, su supervisora fue a verlo.

—¿Qué has estado haciendo? —demandó.

—Lo de siempre.

—Estaba escribiendo una recomendación para que te enviaran a otra línea de trabajo —dijo ella—. Entonces llega esto. Una petición del Proyecto Colón para que te presentes allí la semana próxima. He de concederte un permiso de ausencia.

—Sería más barato que me despidiera —contestó él—, pero me resultará más difícil ayudarlos en Juba si pierdo mi acceso al sistema informático de Vigilancia del Pasado.

Ella le miró con consternación apenas velada.

—¿Me estás diciendo que después de todo no eres un loco testarudo y engreído que pierde el tiempo?

—No garantizo nada. Puede que ésa acabe siendo la lista de epítetos en la que todos estén de acuerdo.

—Sin duda. Pero tienes tu permiso y podrás quedarte con nosotros hasta que esto se acabe.

—Espero que merezca la pena.

—Seguro —dijo ella—. Tu salario durante el permiso saldrá del presupuesto de ellos. —Le sonrió—. Me gustas, ¿sabes? Pero creo que no tienes clara la visión de lo que es Vigilancia del Pasado.

—No la tengo —dijo Hunahpu—. Quiero cambiarla.

—Buena suerte. Si resulta que eres un genio después de todo, recuerda que ni por un momento creí en ti.

—No se preocupe —dijo él con una sonrisa—. No lo olvidaré.

LO QUE PODRÍA HABER SIDO



Diko se encontró con Hunahpu en la estación de Juba. Fue fácil de reconocer, ya que era pequeño, de piel marrón clara y rasgos mayas. Se le veía plácido, allí de pie en el andén, tranquilo, mientras contemplaba lentamente la multitud. A Diko le sorprendió lo joven que parecía, aunque era consciente de que los indios de piel suave a menudo parecían jóvenes a ojos acostumbrados al físico de otras razas. Y, sobre todo en alguien de aspecto tan juvenil, resultaba sorprendente que no hubiera ningún atisbo de tensión en su rostro. Como si hubiera venido a este lugar un millar de veces antes. Como si estuviese observando un viejo panorama familiar, para ver cómo había cambiado, o no lo había hecho, en los años transcurridos desde su marcha. ¿Quién podría imaginar, al mirarlo, que su carrera estaba en juego, que nunca había viajado en toda su vida más allá de Ciudad de México, que estaba a punto de hacer una presentación que podría cambiar el curso de la historia? Diko le envidió aquella paz interior que le permitía tratar con la vida tan... tan firmemente.

Se acercó a él. Hunahpu la miró, sin que ni una sombra de expectación o de alivio en su rostro le delatara, aunque debió de reconocerla, debía de haber buscado su foto en los archivos de Vigilancia antes de ir hasta allí.

—Soy Diko —dijo ella, extendiendo ambas manos.

Él las sostuvo brevemente.

—Soy Hunahpu. Ha sido muy amable al venir a recibirme.

—No hay señales en las calles y soy mejor conductora que los taxistas. Bueno, tal vez no, pero cobro menos.

Él no sonrió. «Un tipo frío», pensó Diko.

—¿Tiene alguna maleta? —preguntó.

Él sacudió la cabeza.

—Sólo esto. —Hizo un gesto para indicar la pequeña bolsa que llevaba al hombro. ¿Era posible que sólo trajera una muda de ropa? Pero claro, viajaba de un clima tropical a otro, y no necesitaría útiles de afeitar (ser barbilampiño era parte de lo que hacía que los indios parecieran más jóvenes), y en cuanto a los papeles, habrían sido transmitidos electrónicamente. No obstante, la mayoría de la gente llevaba muchas más cosas cuando viajaba. Quizá se sabían inseguros y necesitaban rodearse de objetos familiares, o sentir que tenían muchas opciones cada día cuando se vestían, para no tener que verse tan asustados o sentirse tan faltos de poder. Obviamente, ése no era el caso de Hunahpu. Al parecer nunca sentía miedo alguno, o tal vez nunca se consideraba a sí mismo un extraño. «Qué notable sería —pensó Diko— sentirse en casa en cualquier lugar. Ojalá tuviera yo ese don.» Para su sorpresa, descubrió que lo admiraba aunque se sentía repelida por su frialdad.

Viajaron en silencio hasta el hotel. Él no hizo ningún comentario sobre su alojamiento.

—Bien —dijo ella—, supongo que querrá descansar para recuperarse del *jet lag*. El mejor consejo es dormir unas tres horas o así, y luego levantarse y comer inmediatamente.

—No tendré *jet lag* —contestó él—. Dormí en el avión. Y en el tren.

¿Durmió? ¿Camino de la entrevista más importante de su vida?

—Bueno, entonces querrá comer.

—Lo hice en el tren.

—Bueno, pues... ¿Cuánto tiempo necesitará antes de que empecemos?

—Puedo empezar ahora mismo —dijo. Se quitó la bolsa del hombro y la dejó sobre la cama. Había economía de movimientos en la forma en que lo hizo. No la arrojó con descuido ni la colocó con atención. En cambio, se movió de forma tan natural que pareció que la bolsa hubiera acudido hasta la cama por propia voluntad.

Diko se estremeció. No sabía por qué. Entonces advirtió que era por Hunahpu, por la forma en que estaba allí de pie sin nada en las manos, sin nada en el hombro, sin nada a lo que sujetarse o aferrarse. Había soltado el único accesorio que llevaba, y sin embargo parecía tan relajado y tranquilo como siempre. Eso la hizo sentir lo que experimentaba cada vez que alguien se acercaba demasiado al borde de un precipicio, una especie de horror empático. Nunca podría haber hecho eso. En un lugar extraño, sola, habría tenido que agarrarse a algo familiar. Un cuaderno. Una bolsa. Incluso un brazalete o un anillo o un reloj con los que pudiera jugar. Pero ese hombre...

parecía completamente tranquilo sin nada. Estaba segura de que podría quitarse las ropas y deambular desnudo por la vida sin mostrar signos de vulnerabilidad. Su perfecto autocontrol era irritante.

—¿Cómo lo hace? —preguntó, incapaz de detenerse.

—¿Hacer qué?

—Estar tan... tan tranquilo.

Él se lo pensó un instante.

—Porque no sé qué otra cosa hacer.

—Yo estaría aterrorizada. Llegar así a un lugar desconocido... Poner el trabajo de mi vida en manos extrañas.

—Sí —dijo él—. Yo también.

Ella le miró, sin entender lo que quería decir.

—¿Está asustado?

Él asintió. Pero su cara parecía tan plácida como antes, su cuerpo igual de relajado. De hecho, aunque reconocía estar aterrorizado, sus modales, su expresión irradiaban el mensaje opuesto: que estaba tranquilo, quizás un poco aburrido, pero no impaciente. Como si fuera un espectador que no estuviera interesado en los acontecimientos que iban a acontecer.

Y de repente los comentarios de la supervisora de Hunahpu empezaron a tener sentido. Había dicho que nunca parecía preocuparse por nada, ni siquiera por las cosas que más quería. Es imposible trabajar con él, pero buena suerte, había dicho. Sin embargo, no era como si Hunahpu fuera autista, incapaz de responder. Miraba lo que había a su alrededor y claramente registraba lo que veía. Era amable y prestaba atención cuando ella hablaba.

Bueno, no importaba. Era extraño, eso estaba claro. Pero había venido a exponer su tesis, y aquel momento era tan bueno como cualquier otro.

—¿Qué necesita? —preguntó—. ¿Para defender su caso? ¿Un TruSite?

—Y un terminal de red —respondió él.

—Entonces vamos a mi estación de trabajo.

—Pude convencer a Don Enrique de Guzmán —dijo Colón—. ¿Por qué únicamente los reyes son inmunes a mis argumentos?

El padre Antonio tan sólo sonrió y sacudió la cabeza.

—Cristóbal, todos los hombres educados son inmunes a vuestros argumentos. Son débiles, carecen de sentido. Tenéis en contra a todos los matemáticos y todos los antiguos que cuentan. Los reyes son inmunes a vuestros argumentos porque tienen acceso a hombres doctos que los hacen pedazos.

Colón se quedó estupefacto.

—Si creéis esto, padre Antonio, ¿entonces por qué me apoyáis? ¿Por qué soy

bienvenido aquí? ¿Por qué me ayudasteis a persuadir a don Enrique?

—No me convencieron vuestros argumentos. Me convenció la luz de Dios que hay dentro de vos. Tenéis fuego en vuestro interior. Creo que sólo Dios puede poner tal fuego en un hombre. De modo que, aunque piense que vuestros argumentos son insensatos, también creo que Dios quiere que navegéis hacia poniente, y por eso os ayudaré todo lo que pueda, porque también amo a Dios y también tengo una diminuta chispa de ese fuego dentro de mí.

Ante estas palabras, los ojos de Colón se inundaron de lágrimas. En todos sus años de estudio, en todas sus discusiones en Portugal, y más recientemente en la casa de don Enrique, nadie había mostrado signos de haber sido tocado por Dios en apoyo a su causa. Había empezado a pensar que Dios había renunciado a él y que ya no le estaba ayudando de ninguna forma. Pero al oír las palabras del padre Antonio (que era, después de todo, un hombre muy sabio a quien respetaban los eruditos de toda Europa), Colón confirmó que Dios estaba, en efecto, tocando los corazones de hombres buenos para hacerles creer en la misión que le había encomendado.

—Padre Antonio, si no supiera lo que sé, tampoco yo habría creído en mis argumentos —dijo Colón.

—Basta —dijo el padre Pérez—. No volváis a decir eso.

Colón lo miró, sorprendido.

—¿A qué os referís?

—Aquí en La Rábida, tras las puertas cerradas, podéis decir esas cosas y nosotros comprenderemos. Pero a partir de ahora no debéis mostrar a nadie la más leve señal de que es posible dudar de vuestros argumentos.

—Es posible dudar de ellos —dijo el padre Antonio.

—Pero Colón nunca debe dar signos de que sabe que es posible hacerlo. ¿No comprendéis? Si es voluntad de Dios que este viaje se produzca, entonces debéis inspirar confianza en los demás. Eso es lo que proporcionará vuestra victoria, Colón. No la razón, no los argumentos, sino la fe, el coraje, la persistencia, la certeza. Los que estén tocados por el Espíritu de Dios creerán en vos a cualquier precio. ¿Pero cuántos habrá presentes? ¿Cuántos de esos hombres ha habido?

—Contando con vos y con el padre Antonio, dos.

—¿Veis? No conseguiréis la victoria con la fuerza de vuestros argumentos, pues son realmente débiles. Y el Espíritu de Dios no abrumará a todos los que se crucen en vuestro camino, porque Dios no actúa de esa forma. ¿Qué tenéis a vuestro favor, Cristóbal?

—Vuestra amistad —respondió de inmediato.

—Y vuestra completa y absoluta fe —dijo el padre Pérez—. ¿Tengo razón, padre Antonio?

El aludido asintió.

—Comprendo lo que quiere decir. Aquellos que son débiles de fe adoptarán la fe de aquellos que son fuertes. Vuestra confianza debe ser absoluta; entonces los otros podrán aferrarse a vuestra fe y se dejarán llevar.

—Así pues —dijo el padre Pérez—, nunca debéis mostrar duda. Nunca mostréis siquiera la posibilidad de duda.

—Muy bien —dijo Colón—. Puedo hacer eso.

—Y dejad siempre la impresión de que sabéis mucho más de lo que decís.

Colón no dijo nada, pues no podía decir al padre Pérez que su declaración era verdad.

—Eso significa que nunca, nunca digáis a nadie: «Éstos son mis argumentos, os he contado todo lo que sé.» Si os hacen preguntas directas, responded como si sólo fuerais a dejar escapar una brizna de vuestro conocimiento. Actuad como si ellos debieran saber ya tanto como vos y os decepciona que no lo hagan. Actuad como si todo el mundo debiera saber las cosas que vos sabéis y desesperáis de enseñar a los no iniciados.

—Lo que estáis describiendo suena a arrogancia —dijo Colón.

—Es más que arrogancia —rió el padre Antonio—. Es arrogancia erudita. Creedme, Cristóbal, así es exactamente cómo ellos os tratarán.

—Cierto —dijo Colón, recordando la actitud de los consejeros del rey Juan allá en Lisboa.

—Y una cosa más, Cristóbal —dijo el padre Pérez—. Sois bueno con las mujeres.

Colón alzó una ceja. No era el tipo de argumento que esperara oír de un prior franciscano.

—No hablo de seducción, aunque estoy seguro de que podríais dominar esas artes si no lo hacéis ya. Hablo de la forma en que os miran. La forma en que os prestan atención. Eso también es una herramienta, pues vivimos en una época en que Castilla está regida por una mujer. Una verdadera reina gobernante, y no sólo consorte. ¿Creéis que Dios deja esas cosas al azar? Ella os mirará como las mujeres miran a los hombres y os juzgará del mismo modo..., no por la fuerza de vuestros argumentos, ni por vuestra astucia o valor en la batalla, sino por la fuerza de vuestro carácter, la intensidad de vuestra pasión, la fuerza de vuestra alma, la compasión y... sobre todo, vuestra conversación.

—No comprendo cómo utilizaré este supuesto don —dijo Colón. Estaba pensando en su esposa, y en lo mal que la había tratado... y sin embargo cuánto lo había amado ella a pesar de todo—. No podéis estar sugiriendo que busque algún tipo de audiencia privada con la reina Isabel.

—¡En absoluto! —exclamó el padre Pérez, horrorizado—. ¿Creéis que sugeriría traición? No, os reuniréis con ella públicamente... por eso os ha mandado llamar. Mi posición como confesor de la reina me ha permitido enviarle cartas hablando de vos,

y quizás eso ayudó a picar su interés. Don Luis le escribió, ofreciendo contribuir con cuatro mil ducados a vuestra empresa. Don Enrique quería montar la empresa él mismo. Todas estas cosas han hecho que a sus ojos seáis una figura intrigante.

—Pero lo que recibiréis es una audiencia real —dijo el padre Antonio—. En presencia de la reina de Castilla y su esposo, el rey de Aragón.

—Sin embargo, os digo que debéis pensar en que se trata de una audiencia con la reina sola —replicó el padre Pérez—, y debéis hablarle como a una mujer, como se habla con las mujeres, y no con los hombres. Será tentador para vos hacer como hacen la mayoría de los cortesanos y embajadores y dirigiros al rey. Ella odia eso, Cristóbal. No traiciono el secreto de confesión cuando os lo digo. La tratan como si no estuviera allí, y sin embargo su reino es el doble de grande que el del rey. Aun más, es su reino el que es una nación marinera que asoma al oeste, al Atlántico. Así que cuando habléis, dirigios a ambos, por supuesto, no os atreváis a ofender al rey. Pero en todo lo que digáis, mirad primero a la reina. Habladle a ella. Explicadle. Persuadidla. Recordad que la cantidad que estáis pidiendo no es grande. ¿Unos pocos navios? Eso no arruinará el tesoro. En su poder está el daros esos barcos aunque su marido os desprecie. Y como es una mujer, está en su poder creer en vos y confiar en vos y garantizaros vuestra Petición aunque todos los hombres sabios de España estén en contra. ¿Me comprendéis?

—Sólo tengo a una persona a quien persuadir —dijo Colón—, y es la reina.

—Lo único que tenéis que hacer con los eruditos es ignorarlos. Lo único que tenéis que hacer es no decirles nunca, nunca: «Esto es todo lo que tengo, éstas son todas mis pruebas.» Si admitís eso, harán pedazos vuestros argumentos y ni siquiera la reina Isabel podrá contra su certeza. Pero si no lo hacéis, su informe parecerá mucho más débil. Dejará espacio para la interpretación.

»Ellos se enfurecerán con vos, por supuesto, y tratarán de destruiros, pero son hombres honrados y tendrán que dejar abierta una pequeña puerta a la duda, unas cuantas frases molestas que admitan la posibilidad de que, aunque crean que estáis equivocado, no pueden estar absolutamente seguros.

—¿Y eso será suficiente?

—¿Quién sabe? —dijo el padre Pérez—. Puede que sí.

«Cuando Dios me encomendó esta tarea —pensó Colón—, creí que me abriría el camino. En cambio, encuentro que esta débil oportunidad es lo único que puedo esperar.»

—Persuadid a la reina —dijo el padre Pérez.

—Si puedo —contestó Colón.

—Es buena cosa que seáis viudo. Sé que es una crueldad decirlo, pero si la reina supiera que estáis casado, su interés en vos se reduciría.

—Ella está casada —dijo Colón—. ¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir que cuando un hombre está casado, ya no es tan fascinante para las mujeres. Ni siquiera para las mujeres casadas. ¡Sobre todo para las mujeres casadas, ya que consideran que saben cómo son los maridos!

—Los hombres, por otro lado, no se dejan preocupar por esta aberración —añadió el padre Antonio—. Juzgando por mis confesiones, al menos, diría que a los hombres les fascinan más las mujeres casadas que las solteras.

—Entonces la reina y yo estamos destinados a fascinarnos mutuamente —dijo Colón secamente.

—Eso creo —respondió el padre Pérez con una sonrisa— pero vuestra amistad será pura, y los hijos de vuestra unión serán carabelas con el viento del este en la popa.

—Fe para las mujeres, pruebas para los hombres —dijo el padre Antonio—. ¿Significa eso que el cristianismo es para las mujeres?

—Digamos más bien que el cristianismo es para los fieles, y por eso hay más cristianos verdaderos entre las mujeres que entre los hombres.

—Pero sin comprensión no puede haber fe —dijo el padre Antonio—, y por eso queda en el terreno de los hombres.

—Está la comprensión de la razón, en la que los hombres destacan, y la comprensión de la compasión, en la que las mujeres son muy superiores. ¿Qué pensáis que da paso a la fe?

Colón los dejó discutiendo sobre el tema y terminó sus preparativos para el viaje a Córdoba, donde los reyes habían establecido su corte mientras continuaban su guerra más o menos permanente contra los moros. Toda aquella charla sobre lo que las mujeres quieren y necesitan y admiran era ridícula, lo sabía... ¿qué podían saber de las mujeres unos sacerdotes célibes? Pero claro, Colón había estado casado y no sabía nada sobre ellas, y el padre Pérez y el padre Antonio habían oído las confesiones de muchas mujeres. Así que tal vez sabían.

«Felipa creía en mí —pensó Colón—. No le daba ninguna importancia, pero ahora comprendo que la necesitaba, que dependía de ella para eso. Creyó en mí aunque no comprendía mis argumentos. Tal vez el padre Pérez tiene razón y las mujeres pueden ver más allá de lo superficial y comprender el meollo más profundo de la verdad. Quizá Felipa veía la misión que la Santísima Trinidad puso en mi corazón, y eso la hizo apoyarme a pesar de todo. Quizá la reina Isabel lo verá también, y como es una mujer en un lugar normalmente reservado a los hombres, podrá volver el curso del destino para permitirme cumplir la misión de Dios.»

A medida que oscurecía, Colón se fue sintiendo más solitario, y por primera vez que pudiera recordar, echó de menos a Felipa y quiso tenerla a su lado. «Nunca comprendí lo que me diste —le dijo, aunque dudaba que pudiera oírlo. ¿Pero por qué no podía? Si los santos pueden oír las oraciones, ¿por qué no las esposas?—. Y si ella

no me escucha ya (¿por qué iba a hacerlo?), sé que estará escuchando las oraciones de Diego.»

Con este pensamiento recorrió el monasterio iluminado por las antorchas hasta que llegó a la pequeña celda donde dormía Diego. Colón lo cogió en brazos y lo llevó a su propia habitación, a su cama más grande, y allí se acostó, con su hijo acurrucado. «Estoy aquí con Diego —dijo en silencio—

¿Me ves, Felipa? ¿Me oyes? Ahora te comprendo un poco—le dijo a su esposa muerta—. Ahora conozco la grandeza del regalo que me diste. Gracias. Y si tienes alguna influencia en el cielo, toca el corazón de la reina Isabel. Deja que ella vea en mí lo que tú viste. Deja que me ame una décima parte de lo que tú lo hiciste y tendré mis barcos y Dios llevará la cruz a los reinos de Oriente.»

Diego se agitó, y Colón le susurró:

—Sigue durmiendo, hijo mío. Sigue durmiendo.

Diego se acurrucó contra él, y no se despertó.

Hunahpu caminaba con Diko por las calles de Juba como si pensara que los niños desnudos y las chozas de paja fueran la forma más natural de vivir; ella nunca había visto un visitante de fuera de la ciudad que no hiciera comentarios, que no formulara preguntas. Algunos pretendían aparentar indiferencia, y preguntaban si la paja utilizada para las chozas era local o importada, o alguna otra tontería que realmente fuera una forma de dar rodeos para decir: ¿De verdad viven ustedes así? Pero Hunahpu no parecía pensar nada de eso, aunque ella advertía que sus ojos lo abarcaban todo.

Dentro de Vigilancia del Pasado, naturalmente, todo sería familiar, y cuando llegaron a su estación Hunahpu inmediatamente se sentó ante su terminal y empezó a recuperar archivos. No había pedido permiso, pero ¿por qué habría de hacerlo? Si estaba allí para enseñarle a ella algo, ¿por qué debería solicitar el uso de lo que ella obviamente pretendía que utilizara? No estaba siendo descortés. De hecho, había dicho que estaba aterrado. ¿Podría ser esta tranquilidad, esta impasibilidad la forma en que trataba con el miedo? ¡Tal vez si se relajara de verdad, parecería más tenso! Riendo, bromeando, mostrando emociones, reaccionando. Quizá sólo parecía completamente en paz cuando sentía temor.

—¿Cuánto sabe ya? —preguntó—. No quiero desperdiciar tiempo exponiendo un material con el que ya está familiarizada.

—Sé que los mexica llegaron a su cima imperial con la conquista de Ahuitzotl. Eso demostró esencialmente los límites prácticos del imperio mesoamericano. Las tierras conquistadas estaban tan lejos que Moctezuma II tuvo que reconquistarlas, y aun así siguieron sin permanecer en su poder.

—¿Y sabe por qué ésos fueron los límites?

—Por el transporte —dijo ella—. Estaba demasiado lejos, era demasiado difícil abastecer a un ejército. La mayor hazaña de los guerreros aztecas fue hacer la conexión con Soconusco, en la costa del Pacífico. Y eso sólo funcionó porque no sacrificaron a sus víctimas en Soconusco, sino que comerciaron con los nativos. Fue más una alianza que una conquista.

—Ésos fueron los límites en el espacio —replicó Hunahpu—. ¿Qué hay de los límites sociales y económicos?

Ella sintió como si la estuvieran examinando. Pero él tenía razón: si probaba primero sus conocimientos, sabría hasta qué grado podía profundizar en lo que importaba, los nuevos hallazgos que responderían a la gran pregunta de por qué la Intervención había encomendado a Colón la misión de navegar hacia el oeste.

—Económicamente, el culto mexica de los sacrificios era contraproducente. Mientras seguían conquistando nuevas tierras, tomaban tantos cautivos de la guerra que el territorio cercano podía mantener una fuerza de trabajo suficiente para proporcionar comida. Pero en cuanto empezaron a volver de las batallas con veinte o treinta cautivos en vez de con dos o tres mil, se enfrentaron a un dilema. Si realizaban sus sacrificios en los territorios cercanos que ya controlaban, la producción de alimento bajaría. Pero si dejaban a esos hombres en los campos, tendrían que reducir sus sacrificios, lo que significaría aún menos poder en la batalla, aún menos favor del dios del estado... ¿cómo se llamaba?

—Huitzilopochtli —dijo Hunahpu.

—Bueno, decidieron aumentar los sacrificios. Como una especie de prueba de fe. Así que la producción cayó y hubo hambre. Y los pueblos que gobernaban se inquietaron más y más por los sacrificios, aunque todos creían en la religión, porque en los viejos tiempos, antes de los mexica con su culto a Witsil.. Huitzil...

—Huitzilopochtli.

—Sólo había unos pocos sacrificios cada vez, comparativamente hablando. Tras la guerra ceremonial, o incluso después de la guerra de la estrella. Y después de los juegos de pelota. Los mexica, con sus prolíficos sacrificios, eran nuevos. La gente odiaba eso. Las familias estaban siendo destrozadas y, como se sacrificaba a tanta gente, ya no parecía haber ningún honor sagrado en ello.

—¿Y dentro de la cultura mexica?

—El estado se desarrolló porque proporcionaba movilidad social. Si te distinguías en la guerra, ascendías. Las clases comerciantes podían comprar su estatuto de nobleza. Se podía progresar. Pero eso terminó inmediatamente después de Ahuitzotl, cuando Moctezuma acabó virtualmente con toda posibilidad de comprar con dinero el ascenso social, y cuando el fracaso de una guerra tras otra indicó que había pocas posibilidades de ascender a través del valor demostrado en batalla. Moctezuma se encontró en un punto muerto, y eso fue desastroso, ya que toda la estructura

económica y social mexica dependía de la expansión y la movilidad social.

Hunahpu asintió.

—Bien —dijo Diko—, ¿en qué está en desacuerdo de todo esto?

—No estoy en desacuerdo con nada.

—Pero la conclusión que se obtiene de todo esto es que incluso sin Cortés, el imperio azteca se habría derrumbado en cuestión de años.

—De meses, en realidad —dijo Hunahpu—. Los más valiosos pueblos indios aliados de Cortés fueron los pueblos de Tlaxcala. Fueron los que ya habían roto la maquinaria militar mexica. Ahuitzotl y Moctezuma lanzaron ejército tras ejército contra ellos, pero siempre conservaron su territorio. Para los mexica fue una humillación, porque Tlaxcala estaba al este de Tenochtitlán, completamente rodeado por el imperio mexica. Y todos los otros pueblos, los que aún se resistían a los mexica y los que estaban siendo reducidos a cenizas bajo su gobierno, empezaron a ver en Tlaxcala la esperanza de su liberación.

—Sí, he leído su trabajo al respecto.

—Es como el imperio persa después de los caldeos. La caída de los mexica no tenía por qué implicar la de toda la estructura imperial. Los tlaxcalanos habrían actuado y se habrían apropiado de ella.

—Es un resultado posible —dijo Diko.

—No —corrigió Hunahpu—. Es el único resultado posible. Algo que ya estaba en marcha.

—Ahora llegamos a las pruebas, me temo.

Él asintió.

—Mire.

Se volvió hacia el TruSite II y empezó a recuperar escenas cortas. Obviamente se había preparado con mucho cuidado, pues pasaba de una escena a otra casi con la rapidez de una película.

—Aquí está Chocla —dijo, y le mostró breves imágenes de la reunión del hombre con el rey tlaxcalano y con otros hombres en otros contextos; luego nombró a otro embajador tlaxcalano y le mostró lo que estaba haciendo.

La imagen se reveló rápidamente. Los tlaxcalanos eran bien conscientes de la inquietud de los pueblos sometidos y de las clases guerreras y comerciantes dentro del territorio mexica. La situación era propicia para un golpe de estado o una revolución, y lo que sucediera primero sin duda conllevaría lo segundo. Los tlaxcalanos se estaban reuniendo con líderes de todos los grupos, forjando alianzas, preparándose.

—Los tlaxcalanos estaban preparados. Si Cortés no hubiera llegado para desbaratar sus planes, habrían intervenido para apoderarse de todo el imperio mexica. Estaban preparando que todas las naciones sometidas de importancia se rebelaran a la

vez y apoyaran a Tlaxcala a causa de su enorme prestigio. Al mismo tiempo, iban a dar un golpe para derribar a Moctezuma, lo que rompería la triple alianza cuando Texcozo y Tacuba abandonaran Tenochtitlán y se unieran a una nueva alianza de gobierno con Tlaxcala.

—Sí —dijo Diko—. Creo que eso está claro. Creo que tiene usted razón. Eso es lo que planeaban.

—Y habría funcionado —dijo Hunahpu—. Así que toda esta charla de que el imperio azteca estaba a punto de caer no tiene sentido. Habría sido sustituido por un imperio más nuevo, más fuerte, más vigoroso. Y, he de señalar, tan viciosamente dedicado a los sacrificios humanos como el mexica. La única diferencia entre ellos era el nombre del dios: en vez de Huitzilopochtli, los tlaxcalanos cometían sus masacres en nombre de Camaxtli.

—Todo esto es muy convincente —dijo Diko—. ¿Pero qué diferencia hay? Los mismos límites que se aplican a los mexica se aplicarían también a los pueblos de Tlaxcala. Los límites de transporte. La imposibilidad de mantener un programa sistemático de sacrificios e intensa agricultura al mismo tiempo.

—Los tlaxcalanos no eran los mexica.

—¿Y eso significa...?

—En su desesperada pugna por sobrevivir ante un enemigo implacable y poderoso (una pugna que los mexica nunca habían conocido, debo añadir), los tlaxcalanos abandonaron la fatalista visión de la historia que había lastrado a los mexica, los toltecas y los mayas antes que ellos. Buscaban un cambio, y el cambio tenía que producirse.

A estas alturas, empezaba a hacerse tarde y otras personas, terminada su jornada de trabajo, comenzaron a acercarse para ver la presentación de Hunahpu. Diko advirtió que el miedo le había abandonado y que se volvía apasionado y animoso. Se preguntó si era así cómo había comenzado el mito del indio estoico: la respuesta cultural al miedo entre los indios parecía impasibilidad a los europeos.

Hunahpu empezó a efectuar otra ronda de breves escenas que mostraban a mensajeros del rey de Tlaxcala, pero en este caso no acudían a disidentes mexicas o a naciones sometidas.

—Es bien sabido que los taráscanos al oeste y al norte de Tenochtitlán habían desarrollado recientemente bronce auténtico y estaban experimentando con otros metales y aleaciones —dijo Hunahpu—. Lo que nadie parece haber advertido es que los mexica eran completamente inconscientes de esto, pero Tlaxcala estaba muy al tanto. Y no van a tratar sólo de comprar el bronce. Van a tratar de coproducirlo. Están negociando una alianza y llevar a los herreros taráscanos a Tlaxcala. Sin duda tendrán éxito, y eso significa que tendrán armas devastadoras y terribles que ninguna otra nación de la zona posee.

—¿Crearía una gran diferencia el bronce? —preguntó uno de los espectadores—. Quiero decir que las hachas de pedernal de los mexica podían decapitar a un caballo de un golpe, no se puede decir que no tuvieran ya armas devastadoras.

—Una flecha con punta de bronce es más liviana y puede volar más lejos y con más precisión que una con punta de piedra. Una espada de bronce puede taladrar la armadura acolchada que resistía las puntas y las hojas de pedernal. Es una gran diferencia. Y no se habría acabado con el bronce. Los taráscanos eran serios en su trabajo con muchos metales diferentes. Estaban empezando a trabajar con el hierro.

—No —dijeron varios a la vez.

—Sé lo que dice todo el mundo, pero es cierto.

Mostró una escena donde un metalúrgico tarascano trabajaba con hierro más o menos puro.

—Eso no funcionará —dijo un curioso—. No está lo suficientemente caliente.

—¿Duda que encontrará un medio de hacer que su fuego sea más intenso? —preguntó Hunahpu—. Esta imagen es de la época en que Cortés se abría ya paso hacia Tenochtitlán. Por eso el trabajo con el hierro no llegó a nada. No se recordó porque no había tenido éxito cuando la conquista española. Lo descubrí porque soy el único que pensó que merecía la pena tratar de buscarlo. Pero los taráscanos estaban a punto de trabajar con hierro.

—¿Y entonces la edad de bronce mesoamericana habría durado menos de diez años? —preguntó alguien.

—No hay ninguna ley que diga que el bronce tiene que llegar antes que el hierro, o que el hierro tenga que esperar siglos tras el descubrimiento del bronce —dijo Hunahpu.

—El hierro no es la pólvora —señaló Diko—. ¿O nos va a mostrar a los taráscanos trabajando con ella?

—Mi razonamiento no es que alcanzaran la tecnología europea en unos pocos años... creo que eso sería imposible. Lo que estoy diciendo es que al aliarse con los taráscanos y controlarlos, los tlaxcalanos habrían tenido armas que les darían una ventaja devastadora sobre todas las otras naciones cercanas. Causarían tanto miedo que esas naciones, una vez conquistadas, podrían permanecer bajo su dominio más tiempo, podrían enviar libremente a los taráscanos el tributo que los mexica tenían que conseguir por medio de un ejército. Los lazos de sometimiento habrían aumentado y con ellos la estabilidad del imperio.

—Posiblemente —dijo Diko.

—Probablemente —incidió Hunahpu—. Y está también esto: los tlaxcalanos dominaban ya Huexotzingo y Cholula... pequeñas ciudades cercanas, pero eso nos da una idea de su imperio. ¿Y qué hicieron? Interfirieron en la política interna de sus estados sometidos hasta un grado con el que nunca soñaron los mexica. No estaban

obteniendo sólo tributos y víctimas para sus sacrificios, estaban estableciendo un gobierno centralizado con rígido control sobre los gobiernos de las naciones conquistadas. Un verdadero imperio políticamente unificado, en vez de una red dispersa de tributos. Ésta es la innovación que hizo tan poderosos a los asirios, y que fue copiada después por todos los imperios de éxito. Los tlaxcalanos han hecho por fin el mismo descubrimiento dos mil años más tarde. Pero piensen en lo que hizo por los asirios e imaginen ahora lo que hará para Tlaxcala.

—Muy bien —dijo Diko—. Déjeme llamar a mis padres.

—Pero no he acabado todavía.

—Atendí su presentación para ver si merecía la pena invertir tiempo con usted. Lo merece. Obviamente, estaban sucediendo muchas más cosas en Mesoamérica de lo que nadie ha pensado, porque todo el mundo estaba estudiando a los mexica y nadie buscaba estados sucesores. Su investigación es claramente productiva, y gente con mucha más autoridad que yo tendrá que ver esto.

De repente, el ánimo y el entusiasmo de Hunahpu desaparecieron, y se volvió de nuevo tranquilo y estoico. Diko pensó: eso significa que otra vez tiene miedo.

—No se preocupe —dijo—. Estarán tan interesados como yo.

Él asintió.

—¿Cuándo será, pues?

—Mañana, espero. Vaya a su habitación, duerma. El restaurante del hotel le atenderá, aunque dudo que tengan gran cosa en comida mexicana, así que espero que se contente con la cocina internacional estándar. Le llamaré por la mañana para explicarle nuestro plan de trabajo.

—¿Qué hay de Kemal?

—Creo que no querrá perderselo.

—Porque ni siquiera he llegado al tema del transporte.

—Mañana —dijo Diko.

Los otros se marchaban ya, aunque algunos se retrasaban, esperando una oportunidad para hablar con Hunahpu cara a cara. Diko se volvió hacia ellos.

—Dejémoslo dormir. Todos estáis invitados a la presentación de mañana, ¿así que para qué hacer que diga cosas esta noche que contará mañana a todo el mundo?

Le sorprendió oír a Hunahpu reír. No lo había oído hacerlo antes, y se volvió hacia él.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Pensé que cuando me interrumpió fue porque no me creía y estaba siendo amable con promesas de reuniones con Tagiri y Hassan y Kemal.

—¿Por qué piensa eso, cuando le dije que consideraba que era importante? —A Diko le ofendía que él pensara que estaba mintiendo.

—Porque nunca antes he conocido a nadie que hiciera lo de usted. Detener una

presentación que considerara importante.

Ella no comprendía.

—Diko —dijo él—, la mayoría de la gente sólo quiere saber algo que sus superiores no saben. Saber las cosas primero. ¿Aquí tiene la oportunidad de oírlo todo antes y lo detiene? ¿Espera? Y no sólo eso: ¿promete a otros que están por debajo de su jerarquía que pueden estar también presentes?

—Así es como funcionamos en Vigilancia del Pasado. La verdad seguirá siendo verdad mañana, y todo el mundo que necesite saberla tiene el mismo derecho.

—Así son las cosas en Juba —la corrigió Hunahpu—. O tal vez así funcionan las cosas en la casa de Tagiri. Pero en el resto del mundo, la información es una moneda, y la gente está ansiosa por adquirirla y tiene cuidado de cómo la gasta.

—Bueno, supongo que entonces nos hemos sorprendido mutuamente.

—¿La he sorprendido yo?

—Es bastante hablador —dijo ella.

—Con mis amigos.

Ella aceptó el cumplido con una sonrisa. La que él devolvió fue cálida y aún más valiosa, por ser tan rara.

Santángel supo desde el momento en que Colón empezó a hablar que no iba a tratarse del típico cortesano que suplicaba unas prebendas. Para empezar, no había ningún atisbo de fanfarronería, de jactancia en el hombre. Su cara parecía más joven de lo que sugerían sus ondulantes cabellos blancos, lo que le proporcionaba un aspecto sin edad, como de duende. Sin embargo, lo que cautivaban eran sus modales. Hablaba en voz baja, de forma que la corte entera tuvo que guardar silencio para permitir que los reyes lo escucharan. Y aunque miraba por igual a Fernando e Isabel, Santángel advirtió de inmediato que este hombre sabía quién era a quien tenía que contentar, y no era Fernando.

Fernando no albergaba ningún sueño de cruzada; trabajaba para conquistar Granada porque era suelo español, y su sueño era una España única y unida. Sabía que no se conseguiría en un momento. Trazaba sus planes con paciencia. No tenía que abrumar a Castilla; era suficiente haberse casado con Isabel, sabiendo que en sus hijos las coronas se unirían para siempre. Mientras tanto le daba a ella mayor libertad de acción en su reino con tal de que los movimientos militares quedaran bajo su sola dirección. Mostraba la misma paciencia en la guerra con Granada, sin arriesgar jamás sus ejércitos en batallas a todo o nada. Prefería asediar, amagar, maniobrar, subvertir, confundir al enemigo, que sabía que pretendía destruirlos pero nunca encontraba el momento para plantar sus tropas y detenerlo. Expulsaría a los moros de España, pero lo haría sin destruir a España en el proceso.

Isabel, sin embargo, era más cristiana que española. Se unió a la guerra contra

Granada porque quería que el territorio quedara bajo la ley cristiana. Hacía tiempo que presionaba para conseguir la purificación de España expulsando a todos los no cristianos; la impacientaba el hecho de que Fernando no la dejara expulsar a los judíos hasta que los moros fueran derrotados.

—Un infiel cada vez —decía él, y ella consentía, pero se impacientaba con la espera, sentía la presencia de los no cristianos en España como una piedra en su zapato.

Así que cuando este Colón empezó a hablar de grandes reinos e imperios al este, donde el nombre de Cristo nunca había sido pronunciado en voz alta, sino que vivía solamente como un sueño en los corazones de aquellos que ansiaban el bien, Santángel supo que esas palabras quemarían como una llama el corazón de Isabel aunque dejaran dormido a Fernando. Cuando Colón empezó a decir que aquellas naciones paganas eran responsabilidad especial de España, «pues estamos más cercanos a ellos que cualquier otra nación cristiana excepto Portugal, y los portugueses se han propuesto el viaje más largo posible en vez del más corto, rodeando África en vez de internarse al oeste por el estrecho océano que nos separa de millones de almas que se unirán bajo los estandartes de la España cristiana», la reina empezó a mirarlo con embeleso, sin parpadear.

Santángel no se sorprendió cuando Fernando se excusó y dejó que su esposa continuara sola la entrevista. Sabía que el rey asignaría inmediatamente consejeros para que examinaran a Colón por él, y el proceso no sería sencillo. Pero este Colón... Al oírlo, Santángel no podía sino creer que si alguien podía tener éxito en esa loca empresa, era ese hombre. Era un mal momento para tratar de montar una expedición exploradora. España estaba en guerra; todos los recursos del reino iban dirigidos a expulsar a los moros de Andalucía. ¿Cómo podía la reina financiar un viaje semejante? Santángel recordaba bien la furia en los ojos del rey cuando escuchó las cartas de Don Enrique, el duque de Sidonia, y de Don Luis de la Cerda, el duque de Medina.

—Si tienen dinero que pueden arriesgarse a hundir en el Atlántico con viajes inútiles, ¿por qué no nos lo han dado ya a nosotros para expulsar al moro de su propia puerta? —preguntó.

Isabel era también una soberana práctica, que nunca dejaba que los deseos personales interfirieran en las necesidades de su reino ni lastraran sus recursos. Sin embargo, veía el asunto de forma diferente. Veía que aquellos dos nobles creían en ese genovés que había fracasado ya en la corte del rey de Portugal. Había recibido la carta del padre Juan Pérez, su confesor, asegurando que Colón era un hombre honrado que no pedía más que la oportunidad de demostrar sus creencias, con su propia vida si era necesario. Así que le había invitado a Córdoba, una decisión que Fernando soportó con paciencia, y ahora le escuchaba.

Santángel observaba, actuando como agente del rey, para informarle de todo cuanto dijera Colón. Conocía ya la mitad de su informe: no podemos permitirnos costear tal expedición en este momento. Como tesorero del rey Fernando y principal recaudador de impuestos, Santángel sabía que era su deber ser absolutamente honesto y preciso, para que el rey supiera exactamente lo que España podía permitirse y lo que no. Santángel era el que había explicado al rey por qué no debería enfadarse con los duques de Medina y Sidonia.

—Están pagando todos los impuestos que pueden año sí y año también. Esta expedición sólo se produciría una vez, y sería un gran sacrificio para ellos. Debemos considerarlo no una prueba de que están engañando a la corona, sino como una prueba de que en efecto creen en este Colón. Ya destinan a los gastos de guerra tanto como cualquier otro noble, y usar este asunto como pretexto para extraer más de ellos sólo los convertiría en nuestros enemigos e incomodaría también a los otros nobles.

El rey Fernando olvidó la idea, naturalmente, porque confiaba en el juicio de Santángel en cuestiones fiscales.

En ese momento Santángel observaba y escuchaba mientras Colón exponía a la reina sus sueños y esperanzas. ¿Qué es lo que pide en realidad?, se preguntó en silencio. Hasta que transcurrieron tres horas de audiencia, Colón no tocó por fin ese punto.

—No más de tres o cuatro naves... podrían ser carabelas, a fin de cuentas —dijo—. No se trata de una expedición militar. Sólo vamos a marcar el camino. Cuando regresemos con el oro, las joyas y las especias de Oriente, entonces los sacerdotes podrán ir en grandes flotas, con soldados para protegerlos de los celosos infieles. Podrán extenderse por Cipango y Cathay, las islas de las especias y la India, donde millones de seres oirán el dulce nombre de Jesucristo y suplicarán el bautismo. Se convertirán en vuestros súbditos, y os mirarán siempre como aquella que les llevó la alegre nueva de la Resurrección, que les reveló sus pecados para que pudieran arrepentirse. Y con el oro y la plata, con las riquezas del Oriente a vuestra disposición, no habrá más problemas para financiar una pequeña guerra contra los moros de España. Podréis reunir grandes ejércitos y liberar Constantinopla. Podréis convertir de nuevo al Mediterráneo en un mar cristiano. Podréis visitar la tumba donde yació el cuerpo del Salvador, podréis arrodillaros y rezar en los jardines de Getsemaní, podréis alzar una vez más la cruz sobre la ciudad santa de Jerusalén, sobre Belén, la ciudad de David, sobre Nazaret, donde Jesús creció al cuidado del carpintero y la Santísima Virgen.

Escucharlo era como música. Y cada vez que Santángel empezaba a pensar que no eran más que adulaciones, que este hombre, como la mayoría de los hombres, sólo buscaba su propio beneficio, recordaba: Colón pretendía poner en peligro su vida, navegando con la flota. Colón no pedía ningún título, ninguna preferencia, ninguna

riqueza hasta y a menos que regresara con éxito de su viaje. Eso daba a sus apasionados argumentos un soniquete de sinceridad desconocido en la corte. «Puede que esté loco —pensó Santángel—, pero es honrado. Honrado y listo. Nunca alza la voz. Nunca pontifica, nunca arenga. En cambio, habla como si esto fuera una conversación entre un hermano y una hermana. Siempre es respetuoso, pero también íntimo. Habla con fuerza masculina, pero nunca como si pensara que ella es su inferior en cuestiones de pensamiento o comprensión... un error fatal en el que muchos hombres han caído a lo largo de los años al hablar con Isabel.»

Por fin la audiencia terminó. Isabel, siempre cuidadosa, no prometió nada, pero Santángel notó que sus ojos brillaban.

—Habla de nuevo —dijo ella. «Creo que no —pensó Santángel—. Creo que Fernando querrá reducir al mínimo el contacto directo entre su esposa y este genovés. Pero ella no le olvidará, y aunque en este momento el tesoro no pueda permitirse nada aparte de la guerra, si Colón es lo suficientemente paciente y no hace ninguna estupidez, creo que Isabel encontrará un medio de darle una oportunidad.»

¿Una oportunidad para qué? ¿Para morir en el mar, perdido con tres carabelas y todas sus tripulaciones, de hambre o de sed o hecho pedazos por alguna tormenta o engullido en un remolino?

Colón fue despedido. Isabel, cansada pero feliz, se acomodó en su trono, luego llamó a Quintanilla y al cardenal Mendoza, que habían esperado también a lo largo de toda la audiencia.

Para sorpresa de Santángel, también lo llamó a él.

—¿Qué pensáis de este nombre?

Quintanilla, siempre el primero en hablar y el último en tener algo valioso que decir, simplemente se encogió de hombros.

—¿Quién puede decir si su plan tiene algún mérito? El cardenal Mendoza, el hombre al que algunos llamaban «el tercer rey», sonrió.

—Habla bien, majestad, y ha navegado con los portugueses y ha sido recibido por su rey —dijo—. Pero harán falta muchos exámenes antes de que sepamos si sus ideas tienen algún mérito. Creo que su idea de la distancia entre España y Cathay, navegando hacia poniente, es un craso error.

Entonces ella miró a Santángel. Esto lo aterrizó. No había ganado su puesto de confianza por hablar en presencia de otros. No era un orador. Más bien actuaba. El rey confiaba en él porque cuando prometía que podría recaudar una suma de dinero, lo hacía; cuando prometía que podían permitirse llevar a cabo una campaña, los fondos aparecían.

—¿Qué sé yo de tales asuntos, majestad? —preguntó—. Navegar hacia poniente... ¿qué sé de eso?

—¿Qué le diréis a mi esposo? —preguntó ella, con cierta burla, pues por supuesto

él era un claro observador, no un espía.

—Que el plan de Colón no es tan caro como un asedio, pero más caro que nada que podamos permitirnos en este momento.

Ella se volvió hacia Quintanilla.

—¿Y Castilla tampoco puede permitírselo?

—En este momento, majestad, sería difícil. No imposible, pero si fracasara Castilla quedaría en ridículo a los ojos de los otros.

No hacía falta decir que por «los otros» se refería a Fernando y sus consejeros. Santángel sabía que Isabel tenía siempre cuidado de mantener el respeto hacia su marido y los hombres a quien éste escuchaba, pues si se ganaba reputación de alocada, para él sería cosa fácil intervenir y quitarle el poder en Castilla, con poca resistencia por parte de los nobles castellanos. Sólo su reputación de sabiduría «masculina» le permitía a Isabel seguir siendo un fuerte punto de unión para los castellanos, que a su vez le daban a ella una medida de independencia respecto a su esposo.

—Y sin embargo —dijo—, ¿por qué nos hizo Dios reina, si no para traer a sus hijos a la Cruz?

El cardenal Mendoza asintió.

—Si las ideas de Colón tienen mérito, entonces cumplirlas merecerá cualquier sacrificio, majestad. Mantengámoslo aquí en la corte para que pueda ser examinado, para que sus ideas pueden ser discutidas y comparadas con el conocimiento que tenemos de los antiguos. Creo que no hay prisa. Cathay seguirá todavía allí dentro de un mes o dos, o de un año.

Isabel reflexionó unos instantes.

—Ese hombre no tiene posesiones —dijo—. Si lo retenemos aquí, deberemos unirlo a la corte. —Miró a Quintanilla—. Debe permitírsele que viva como un caballero.

Él asintió.

—Ya le di una pequeña suma para que viviera mientras esperaba esta audiencia.

—Quince mil maravedíes de mi propio bolsillo —dijo la reina.

—¿Eso es para un año, majestad?

—Si requiere más de un año, volveremos a hablar del tema.

Hizo un gesto con la mano y desvió la mirada. Quintanilla se marchó. El cardenal Mendoza también se excusó y salió. Santángel se volvió para imitarlo, pero ella lo llamó.

—Luis —dijo.

—Majestad.

Esperó hasta que el cardenal Mendoza terminó de marcharse.

—Qué extraordinario que el cardenal Mendoza decidiera escuchar todo lo que ese

Colón tenía que decir.

—Es un hombre notable —dijo Santángel.

—¿Quién? ¿Colón o Mendoza?

Como el propio Santángel no estaba seguro, no tenía ninguna respuesta preparada.

—Lo habéis escuchado, Luis Santángel, y sois un hombre obstinado. ¿Qué pensáis de él?

—Creo que es un hombre honrado. Aparte de eso, ¿quién puede saberlo? Océanos, barcos de vela y reinos al este... no sé nada de eso.

—Pero sabéis cómo juzgar cuándo un hombre es honrado.

—No ha venido a robar los cofres reales —dijo Santángel—. Y sentía cada palabra que os ha dicho hoy. De eso estoy seguro, majestad.

—Yo también —dijo la reina—. Espero que pueda defender su caso ante los eruditos.

Santángel asintió. Y entonces, contra su mejor juicio, añadió un osado comentario.

—Los eruditos no lo saben todo, majestad.

Ella alzó las cejas. Luego sonrió.

—También os ha ganado a vos, ¿verdad?

Santángel se ruborizó.

—Como decía... creo que es un hombre honrado.

—Los hombres honrados tampoco lo saben todo.

—En mi línea de trabajo, majestad, he llegado a considerar que un hombre honrado es una preciosa rareza, mientras que los eruditos abundan.

—¿Y eso es lo que le diréis a mi esposo?

—Vuestro esposo —dijo él con cuidado— no me hará las mismas preguntas que vos.

—Entonces acabará sabiendo menos de lo que debería saber, ¿no creéis?

Era lo máximo que la reina Isabel podía decir para admitir abiertamente la rivalidad entre las dos coronas de España, a pesar de la cuidadosa armonía de su matrimonio. No valdría para nada que Santángel se comprometiera en una pregunta tan peligrosa.

—No soy capaz de imaginar qué deben saber los soberanos.

—Ni yo tampoco —dijo la reina en voz baja. Apartó la mirada, mientras un aire de melancolía cruzaba su rostro—. No será bueno para mí verlo demasiado a menudo —murmuró. Entonces, como si recordara que Santángel estaba allí, lo despidió con un gesto.

Él se marchó de inmediato, pero las palabras de la reina permanecieron fijas en su mente. No será bueno verlo demasiado a menudo. Así que Colón la había

impresionado más de lo que imaginaba. Bueno, eso era algo que el rey no tenía necesidad de saber. No había ningún motivo para decirle al soberano algo que acabaría con el pobre genovés muerto en una noche oscura con un cuchillo entre las costillas. Santángel le diría al rey Fernando sólo lo que éste preguntara: ¿merecía la pena invertir en la idea de Colón? Y a eso, Santángel respondería sinceramente que en ese momento era más de lo que la corona podía permitirse, pero que dentro de algún tiempo, cuando la guerra hubiera concluido con éxito, podría ser factible e incluso deseable, si se juzgaba que tenía alguna posibilidad de éxito.

Y mientras tanto, no había necesidad de preocuparse por la última observación de la reina. Era una mujer cristiana y una reina astuta. No pondría en peligro su puesto en la eternidad o en el trono por un breve capricho con este genovés de pelo blanco; ni Colón parecía tan loco para buscar una loca aventura donde convertirse en favorito. Sin embargo, Santángel se preguntaba si en el fondo de la mente de Colón no habría una leve esperanza de ganar más que la mera aprobación de la reina.

Bueno, ¿qué importancia tenía? No llegaría a nada. Si Santángel era un juez de hombres, estaba seguro de que el cardenal Mendoza había dejado la corte esa noche decidido a que el examen de Colón fuera un infierno. Los argumentos del pobre hombre acabarían hechos pedazos; después de que los eruditos terminaran con él, sin duda marcharía de Córdoba avergonzado.

«Lástima —pensó Santángel—. Había empezado bien.»

Y entonces pensó: «Quiero que tenga éxito. Quiero que consiga sus navios y realice su viaje. ¿Qué me ha hecho? ¿Por qué debería importarme? Colón me ha seducido igual que ha seducido a la reina.»

Se estremeció ante su propia fragilidad. Creía que era más fuerte.

Para Hunahpu quedó claro desde el principio que a Kemal le molestaba tener que perder el tiempo escuchando a aquel joven mexicano desconocido. Se mostró distante e impaciente. Pero Tagiri y Hassan fueron bastante agradables, y cuando Hunahpu miró a Diko advirtió que estaba completamente tranquila; su sonrisa fue cálida y alentadora. Quizá Kemal era siempre así. «Bueno, no importa —pensó Hunahpu—. Lo que importa es la verdad.» Y Hunahpu la tenía, o al menos más verdad de lo que nadie había logrado recopilar todavía respecto a esos asuntos.

Tardó una hora en exponer todo lo que le había mostrado a Diko en la mitad de tiempo, sobre todo porque al principio Kemal no paraba de interrumpirlo, desafiando sus declaraciones. Pero a medida que fue pasando el tiempo, cuando quedó claro que todo lo que cuestionaba Kemal era resuelto mediante pruebas que Hunahpu pretendía incluir un poco más tarde en su presentación, la hostilidad empezó a menguar y se le permitió continuar con menos preguntas.

Había alcanzado el punto al que había llegado con Diko, y como para recalcar ese

hecho ella acercó su silla a la zona de visión del TruSite II. Los otros que habían observado el día anterior también mostraron más atención.

—Les he mostrado que los taráscanos tenían la tecnología para establecer un imperio más dominante que el mexicana, y los tlaxcalanos buscaban esa tecnología. Su pugna por la supervivencia los había vuelto más abiertos a la novedad... lo vimos un poco después, por supuesto, cuando se aliaron con Cortés. Pero esto no fue todo. Los zapotecas de la costa norte del istmo de Tehuantepec también estaban desarrollando una nueva tecnología.

De repente el TruSite II empezó a mostrar la construcción de unos barcos. Hunahpu les enseñó la canoa habitual de los tainos y caribes de las islas del este y luego las diferencias con los nuevos barcos que estaban construyendo los zapotecas.

—Timones —dijo, y todos observaron que la caña del timón estaba siendo transformada en un aparato más eficaz—. Y ahora, miren cómo hacen los barcos más grandes.

En efecto, los zapotecas estaban consiguiendo una capacidad de transporte mayor de lo que sería posible con una canoa tallada a partir de un solo árbol. Al principio consistía en amplias planchas montadas sobre los costados de la canoa que se extendían hacia afuera, pero esto hacía que el bote fuera inseguro, fácil de volcar. Una solución mejor fue dar forma a un segundo árbol en extensión vertical a los lados de la canoa, sujeto al casco por el uso de agujeros abiertos en los lados. Para que fuera estanco al agua cubrían las superficies de savia antes de unir las, creando una especie de engrudo que las sujetaba.

—Ingenioso —dijo Kemal.

—Duplica la capacidad de los barcos. Pero los frena también.... tienden a encallarse. Pero lo que importa es que han aprendido a unir la madera y hacerla resistente al agua. La construcción con un solo árbol se ha acabado. Sólo es cuestión de tiempo antes de que las Canoas originales de un árbol se conviertan en la quilla, y se usen tablas para crear un casco más ancho.

—Cuestión de tiempo —dijo Kemal—. Pero no se ve cómo lo hacen.

—Carecen de las herramientas adecuadas —dijo Hunahpu—. Cuando Tlaxcala se apodere del imperio azteca, el bronce de los taráscanos será de los zapotecas y podrán hacer bordas más eficaces y con superficies más lisas y dignas de confianza. Lo importante es que cuando crean una innovación, ésta se extiende rápidamente. Y los zapotecas también viven bajo la presión de los aztecas. Tienen que encontrar provisiones porque los ejércitos mexicanos los han expulsado de sus territorios. En esta tierra pantanosa, la agricultura es siempre precaria. Miren hacia dónde navegan.

Les mostró los torpes y burdos barcos zapotecas transportando grandes cargamentos desde Veracruz y el Yucatán.

—Por lentos que sean estos barcos, llevan la suficiente carga en cada viaje para

permitir que éstos sean beneficiosos. Han navegado lo suficiente hacia el norte por la costa de Veracruz para entrar en contacto con los tlaxcalanos y los taráscanos. Y aquí —la imagen cambió otra vez—, ésta es la isla de La Española. Y miren quién ha venido de visita.

Tres barcos zapotecas se acercaron a la orilla.

—Por desgracia —dijo Hunahpu—, Colón ya estaba allí.

—Pero si no hubiera estado —intervino Diko—, el alcance del imperio tlaxcalano podría haberse extendido hasta las islas.

—Exactamente.

—Ya había extensos contactos entre Mesoamérica y las islas del Caribe —dijo Kemal.

—Por supuesto —contestó Hunahpu—. La cultura taina era en realidad un residuo de saqueadores anteriores del Yucatán. Trajeron consigo el deporte de pelota, por ejemplo, y se establecieron como clase gobernante. Pero adoptaron el lenguaje arahuaco y pronto olvidaron sus orígenes, y desde luego no establecieron ninguna ruta de comercio regular. ¿Para qué? Sus barcos no podían cargar lo suficiente para que eso produjera beneficios. Sólo saquear merecía la pena, y los caribes eran los saqueadores, no los tainos, y como surgieron del sureste caribeño, Mesoamérica quedaba lejos de su alcance. Los tainos conocían Mesoamérica como una tierra fabulosa de oro y riquezas y dioses poderosos... a eso se referían cuando le hablaron a Colón de la tierra de oro que había al oeste, pero no mantenían ningún contacto regular. Estos barcos zapotecas lo habrían cambiado todo. Sobre todo a medida que se hacían más grandes y mejores. Habría sido el comienzo de una tradición marinera que habría hecho que los barcos pudieran cruzar el Atlántico.

—Muy especulativo —dijo Kemal.

—Perdóneme —intervino Diko—, ¿pero no trata de eso todo su proyecto? ¿De especulación?

Kemal la miró con mala cara.

—Lo que importa no son los detalles —dijo Hunahpu, ansioso por no enfrentarse a Kemal—. Lo que importa es que los zapotecas estaban innovando, llegaron a las islas con barcos que podían transportar cargamentos mayores y eran conocidos por los tlaxcalanos a lo largo de la costa de Veracruz. Es impensable que los tlaxcalanos no se aprovecharan de esta nueva tecnología como hicieron con el bronce de los tarascanos. Fue una época de invención e innovación en Mesoamérica, la única barrera era el ultraconservador liderazgo mexica y éste estaba condenado (todo el mundo lo sabe). Me parece obvio a partir de estas evidencias que los tlaxcalanos se habrían convertido en el imperio sucesor y, como los persas con el imperio de los caldeos, el innovador y políticamente sofisticado imperio tlaxcalano habría ampliado el imperio de los mexica.

—Ha defendido usted muy bien sus argumentos —dijo Kemal.

Hunahpu casi se permitió un suspiro de alivio.

—Pero sostiene mucho más que eso, ¿verdad? Y para eso no tiene ninguna prueba.

—El descubrimiento de Colón borró todas las otras pruebas —dijo Hunahpu—. Pero claro, la Intervención también borró la cruzada de Colón al este. Creo que estamos en el mismo terreno.

—Igualmente inestable.

—Kemal encabeza los aspectos especulativos de nuestra investigación —dijo Tagiri—, precisamente porque es profundamente escéptico al respecto. No cree que sea posible una reconstrucción precisa.

Esa idea nunca se le había ocurrido a Hunahpu: que Kemal estuviera predispuesto a rechazar todas las especulaciones. Había supuesto que su única tarea era hacer que Kemal considerara otro escenario posible, no que tuviera que persuadirle de que era posible construir un escenario después de todo.

Diko pareció advertir su consternación.

—Hunahpu —dijo—, dejemos a un lado el tema de lo que puede y no puede ser demostrado. Seguro que ha desarrollado el resto de la historia en su mente. Considerémosla tan probable como que Tlaxcala ha conquistado y unificado todo el antiguo imperio azteca, que ahora navega en los barcos zapotecas comerciando a todo lo largo y ancho, y con los tarascanos haciendo para ellos armas y herramientas de bronce. ¿Y luego qué?

Su guía le ayudó a recuperar la confianza. Tratar de convencer al gran Kemal contra su voluntad era una posibilidad demasiado remota; pero sí podía exponer sus ideas.

—Primero —dijo Hunahpu— tienen que recordar que había un problema con los mexica que los tlaxcalanos no superaron. Igual que los mexica, la práctica tlaxcalana de los sacrificios sistemáticos a su dios sediento de sangre habría acabado con el caudal humano necesario para alimentar a su población.

—¿Y entonces? ¿Cómo lo resuelve? —preguntó Kemal—. No habría venido aquí si no tuviera una respuesta.

—Tengo una posibilidad. No hay ninguna evidencia, puesto que Tlaxcala no había tenido que gobernar un imperio todavía. Pero no podrían haber tenido éxito si cometieran el mismo error que los mexica, matar a los hombres capaces de sus poblaciones sometidas. Así es como pienso que lo habrían resuelto: hay un atisbo de doctrina entre la clase sacerdotal de que su dios guerrero Camaxtli se vuelve especialmente sediento de sangre después de que haya concedido a Tlaxcala una victoria. La existencia de esta idea hace posible que los tlaxcalanos desarrollaran la práctica de sólo ofrecer grandes sacrificios en masa después de una victoria militar,

porque ése es el único momento en que Camaxtli necesita especialmente sangre. Así que si una tribu o nación se alia voluntariamente con Tlaxcala, sometiéndose a su soberanía y permitiendo que la burocracia tlaxcalana administre sus asuntos, sus hombres, en vez de ser sacrificados, se encargan de trabajar en los campos. Quizá, si demuestran ser dignos de confianza, puedan incluso unirse al ejército tlaxcalano, o luchar junto a él. Los sacrificios en masa sólo se realizan utilizando cautivos de los ejércitos que se resisten. Aparte de eso, los sacrificios en tiempo de paz permanecerían en un nivel tolerable... como lo eran antes de que los mexica se alzaran para formar el imperio azteca en primer lugar.

—Eso da a las naciones cercanas una recompensa al rendirse —dijo Hassan—. Y un motivo para no rebelarse.

—Muy similar a la forma en que el imperio romano no tuvo que ser conquistado —dijo Hunahpu—. Los romanos parecían tan irresistibles que los reyes de los países vecinos hacían al Senado romano heredero de sus tronos. Así vivían como soberanos hasta su muerte y luego sus reinos pasaban pacíficamente al sistema romano. Es la forma más barata de construir un imperio, y la mejor, ya que la guerra no causa daños en las tierras recién adquiridas.

—Bien —dijo Kemal—. Si su dios no está sediento de sangre excepto después de la victoria, se vuelven pacíficos y el dios se echa a dormir.

—Bueno, eso estaría bien —repuso Hunahpu—, pero parte de su teología era que además de necesitar sacrificios tras la victoria, a Camaxtli le gustaba la sangre. A Camaxtli le gustaba la guerra. Así que podían posponer los grandes sacrificios hasta que consiguieran una victoria, pero seguirían buscando más luchas que pudieran conducirlos a una victoria semejante. Además, los tlaxcalanos tenían el mismo sistema de movilidad social que los mexica en los días anteriores a Moctezuma. La única manera de subir dentro de su sociedad era o bien ganando un montón de dinero o destacando en batalla. Y ganar dinero sólo era posible para aquellos que controlaban el comercio. Así que habría habido una presión constante para iniciar nuevas guerras con vecinos cada vez más remotos. Creo que los tlaxcalanos, dominadores del bronce, no habrían tardado mucho en alcanzar las fronteras naturales de su nuevo imperio marino: las islas del Caribe al este, las montañas de Colombia al sur y los desiertos al norte. Las conquistas más allá de esos límites no habrían sido provechosas, bien porque no había grandes poblaciones concentradas que explotar económicamente o que ofrecer como sacrificios, o porque la resistencia habría sido demasiado fuerte cuando entraran en contacto con los incas.

—¿Así que se volvieron hacia el vacío Atlántico? Improbable —dijo Kemal.

—Estoy de acuerdo —respondió Hunahpu—. Si hubieran estado solos, creo que nunca se habrían vuelto hacia el este, no durante siglos. Pero no estaban solos. Los europeos vinieron a ellos.

—Entonces estamos donde comenzamos —dijo Kemal—. La superior civilización europea descubre a los retrasados indios y...

—No tan retrasados ahora —dijo Diko.

—¿Espadas de bronce luchando contra mosquetes? —desdeñó Kemal.

—Los mosquetes no fueron decisivos —dijo Hunahpu—. Todo el mundo lo sabe. Los europeos simplemente no pudieron llegar en número suficientemente grande para que sus armas superiores anularan la ventaja numérica de los indios.

Además, hay algo más que considerar. Los europeos no habrían llegado directamente al corazón del Caribe esta vez. El descubrimiento posterior se habría producido casi con toda certeza a cargo de los portugueses. Varios navios lusos desembarcaron o avistaron la costa de Brasil independientemente de Colón a finales de la década de 1490. Pero la tierra que vieron era yerma y estéril, y no conducía a la India como lo hacía la costa de África. Así que su exploración, en vez de tener la urgencia que Colón introdujo, habría sido ocasional e inconexa. Habrían pasado años antes de que los barcos portugueses llegaran al Caribe. Para entonces, el imperio tlaxcalano estaría ya bien establecido allí. Y los europeos, en vez de encontrar a los pacíficos tainos, se encontrarían a los feroces y hambrientos tlaxcalanos, que por entonces ya empezarían a frustrarse por el hecho de que no podían expandirse fácilmente más allá de sus fronteras establecidas alrededor de la cuenca caribeña. ¿Qué ven los tlaxcalanos? Para ellos, los europeos no son dioses venidos del este. Para ellos, los europeos son nuevas víctimas que Camaxtli ha traído, mostrándoles cómo volver al sendero de la guerra productiva. Y esos grandes barcos europeos y mosquetes no son sólo extraños milagros. Los tlaxcalanos (o sus aliados taráscanos o zapotecas) empezarían a destrozarlos inmediatamente. Probablemente sacrificarían a suficientes marineros para persuadir al carpintero y el herrero del barco de que hicieran un trato y, contrariamente a los mexica, los tlaxcalanos los mantendrían con vida y aprenderían de ellos. ¿Cuánto tiempo tardarían en tener mosquetes propios? ¿Naves de gran calado? Y mientras tanto, los europeos no saben nada del imperio tlaxcalano, porque las naves que alcanzan las aguas caribeñas son capturadas y sus tripulaciones jamás regresan a casa.

—Así que los tlaxcalanos ya no desarrollan ninguna tecnología independiente —dijo Tagiri.

—Eso es. Lo único que necesitaban era estar lo bastante avanzados para comprender la tecnología europea cuando la conocieran y tener una actitud que les permitiera explotarla. Y eso es lo que los Intervencionistas comprendieron. Tenían que hacer que los europeos descubrieran el nuevo mundo antes de que los tlaxcalanos llegaran al poder, en la época de los relativamente incompetentes y decadentes mexica.

—Eso tiene sentido —dijo Kemal, pensativo—. Permite un escenario creíble. Los

tlaxcalanos construyen barcos al estilo europeo y fabrican mosquetes, luego llegan a las costas de Europa plenamente preparados para una guerra cuyo propósito es ampliar el imperio y al mismo tiempo llevar sacrificios a los templos de Camaxtli. Supongo que la misma pauta se aplicaría también en Europa. Toda nación que se les resistiera sería masacrada, mientras que aquellas que se aliaran con los tlaxcalanos sólo tendrían que soportar un nivel tolerable de sacrificios humanos. Creo que no sería difícil imaginar a Europa fragmentándose ante esto. No creo que a los tlaxcalanos les faltaran aliados. Sobre todo si Europa hubiera sido debilitada por una larga y sangrienta cruzada.

Para Hunahpu esto sonaba a victoria. El propio Kemal había completado el escenario por él.

—Pero no funciona de todas formas —dijo Kemal.

—¿Por qué no? —preguntó Diko.

—La viruela —dijo Kemal—. La peste bubónica. El resfriado común. Eso fue el gran asesino de los indios. Por cada uno de ellos que murió por exceso de trabajo en esclavitud o por los mosquetes y las espadas españolas, un centenar murieron de enfermedad. Esas plagas todavía tendrían que producirse.

—Oh, sí —dijo Hunahpu—. Ése fue uno de los mayores problemas, y no hay manera de encontrar pruebas para lo que voy a decir. Pero sabemos cómo funcionan las enfermedades en las poblaciones humanas. Los europeos transmitieron esas enfermedades porque eran una gran población con muchos viajes y comercios y guerras... mucho contacto entre naciones, así que en lo que se refiere a organismos infecciosos, Europa era un enorme caldero donde podían cocinarse, igual que China y la India, que también tenían enfermedades indígenas. En una gran población así, las enfermedades de éxito son aquellas que evolucionan tan rápidamente que matan despacio y no son siempre fatales. Eso les da tiempo de extenderse, y deja suficiente población humana detrás para poder recuperarse y producir una nueva generación no inmune en unos pocos años. Esas enfermedades acaban por evolucionar a epidemias infantiles, recorriendo todo el arco de población, golpeando acá y allá y luego allá y después otra vez acá. Cuando llegó Colón, no había ninguna región de las Américas que tuviera un gran comunidad de población. Los viajes eran demasiado lentos y las barreras demasiado grandes. Había unas pocas enfermedades indígenas (la sífilis, que yo recuerde), pero ésta mataba de forma excepcionalmente lenta en el contexto americano. Las plagas de rápido movimiento eran imposibles porque se agotaban en una localidad y acababan con sus anfitriones humanos antes de poder ser transmitidas a una nueva localidad. Pero eso cambia con el imperio tlaxcalano.

—Los barcos zapotecas —dijo Diko.

—Eso es. El imperio está comunicado por barcos que llevan cargas y pasajeros por toda la cuenca caribeña. Ahora las plagas pueden viajar lo bastante rápido para

extenderse y volverse indígenas.

—Eso sigue sin explicar que una nueva plaga no sea devastadora —dijo Kemal—. Sólo indica que la viruela viajaría más rápido y golpearía a todo el imperio casi al mismo tiempo.

—Sí —contestó Hunahpu—. Igual que la peste bubónica devastó a Europa en el siglo catorce. Pero ahora hay una diferencia. La plaga alcanzará al imperio tlaxcalano surgida de aquellos primeros visitantes portugueses, antes de que los europeos lleguen por la fuerza. Barre todo el imperio casi con la misma devastación que tuvo en Europa. La viruela, el sarampión... tienen un efecto terrible. Pero ninguna nación europea cayó a causa de esas plagas. Ningún imperio se desmoronó, no más que Roma se desplomó a causa de las plagas de su tiempo. De hecho, la plaga tuvo el efecto de darles densidades de población más favorables. Con menos bocas que alimentar, los tlaxcalanos pueden producir ahora excedentes de alimentos. ¿Y si interpretan esas plagas como un signo de que Camaxtli quiere que vayan y conquisten más cautivos para sacrificarlos? Eso podría ser el acicate definitivo para enviarlos al este. Y cuando llegan, la viruela, el sarampión y el resfriado común son ya indígenas para los tlaxcalanos. Llegan a las costas europeas inmunizados ya a las enfermedades. Pero los europeos nunca han sido expuestos a la sífilis. Y cuando la sífilis golpeó por primera vez Europa en nuestra historia, lo hizo con saña, matando rápidamente. Sólo gradualmente se asentó para ser la lenta asesina que había sido entre los indios. ¿Y quién sabe qué otras enfermedades podrían haberse desarrollado entre los tlaxcalanos a medida que su imperio crecía? Creo que esta vez las plagas habrían funcionado a la inversa, contra los europeos y a favor de los indios.

—Posible —dijo Kemal—. Pero depende de demasiadas suposiciones.

—Todo escenario que imaginemos dependerá de suposiciones —dijo Tagiri—. Pero éste tiene una virtud única.

—¿Y cuál es?—preguntó Kemal.

—Este habría creado un futuro lo suficientemente terrible para que los Intervencionistas consideraran que merecía la pena volver atrás y borrar su propio tiempo para eliminar la fuente del desastre. Piensa lo que habría significado para la historia humana si la poderosa civilización capaz de dominar todo el mundo creyera en los sacrificios humanos. Si los cultos mesoamericanos de tortura y masacres hubieran llegado a la India, a China, África y Persia armados con rifles y conectados por ferrocarriles.

—Y por una burocracia única, poderosa, unificada y eficaz, como la romana —añadió Diko—. Las disensiones internas de Europa recorrieron un largo camino hasta conseguir que el feudalismo fuera más débil y tolerable.

—No es difícil imaginar que los Intervencionistas —continuó Tagiri—, al mirar atrás, vieran la conquista tlaxcalana de Europa como el peor y más terrible desastre

en la historia de la humanidad. Y entonces vieron la ambición, el carisma personal y el impulso de Colón como la herramienta que podrían utilizar para ponerle fin.

—¿Qué significa, entonces? —dijo Hassan—. ¿Abandonamos todo nuestro proyecto, porque detener a Colón sería peor que lo que él y aquellos que le siguieron causaron en nuestra historia?

—¿Peor? —dijo Tagiri—. ¿Quién puede decir qué es peor? ¿Tú qué dices, Kemal?

Kemal pareció triunfante.

—Digo que si Hunahpu tiene razón, cosa que no podemos demostrar aunque su hipótesis es buena, sólo sabremos una cosa: mediar con el pasado es inútil porque, como demostraron los Intervencionistas, el lío que creas es poco mejor que el lío que evitas.

—No tanto —dijo Hunahpu.

Todos se volvieron a mirarlo y él advirtió que, pillado en la discusión, había olvidado con quién estaba tratando: estaba llevando la contraria a Kemal, y delante de Tagiri y Hassan, nada menos. Miró a Diko, y vio que, lejos de estar preocupada, ella simplemente le observaba con interés, esperando oír lo que tenía que decir. Y advirtió que así era como todos ellos lo miraban, excepto Kemal, y que su ceño fruncido probablemente no era cosa personal: parecía ser su expresión permanente. Por primera vez Hunahpu advirtió que allí lo trataban como a un igual, y no se ofendían ni lo despreciaban por atreverse a hablar. Su voz era tan buena como la de cualquiera. La pura maravilla de todo aquello fue casi suficiente para hacerle callar.

—¿Bien? —preguntó Kemal.

—Creo que lo que aprendemos de esto —dijo Hunahpu— no es que no se pueda intervenir efectivamente en el pasado. Después de todo, los Intervencionistas sí que impidieron exactamente lo que pretendían. He estudiado la cultura mesoamericana mucho más que ustedes, y aunque es mi propia cultura, mi propio pueblo, puedo decirles que un mundo gobernado por los tlaxcalanos o los mexica... o incluso por los mayas, para el caso, nunca habría dado paso a los valores democráticos, tolerantes y científicos que emergieron de la cultura europea, a pesar de su ensangrentada arrogancia hacia los otros pueblos.

—No puedes decir eso —objetó Kemal—. Los europeos patrocinaron el comercio de esclavos y luego lo repudiaron gradualmente... ¿quién puede decir que los tlaxcalanos no habrían repudiado los sacrificios humanos? Los europeos conquistaban en nombre de reyes y reinas, y cinco siglos después habían despojado a esos monarcas, donde sobrevivían, de toda sombra de poder que antaño empuñaron. Los tlaxcalanos habrían evolucionado también.

—Pero fuera de las Américas, donde los europeos conquistaban, la cultura nativa sobrevivía —dijo Hunahpu—. Alterada, sí, pero aún reconocible. Creo que la

conquista tlaxcalana se habría parecido más a la conquista romana, que dejaba pocos rastros de las antiguas culturas gaélicas o iberas.

—Todo esto es irrelevante —dijo Tagiri—. No estamos escogiendo entre la historia de los Intervencionistas y la nuestra. Hagamos lo que hagamos, no podemos restaurar su historia y no querríamos hacerlo. Fuera cual fuese peor, la nuestra o la de ellos, ambas fueron ciertamente terribles.

—Y ambas condujeron a una versión de Vigilancia del Pasado —dijo Hassan—, un futuro en que fueron conscientes de su pasado y capaces de juzgarlo.

—Sí —reconoció Kemal, con el entrecejo fruncido—, ambas condujeron a una época en que entrometidos con demasiado tiempo libre en las manos decidieron retroceder en el tiempo y reformar el pasado para que coincidiera con los valores del presente. Los muertos están muertos; estudiémoslos y aprendamos de ellos.

—Y ayudémosles si podemos —dijo Tagiri, la voz cargada de emoción—. Kemal, todo lo que aprendemos de los Intervencionistas es que lo que hicieron fue insuficiente, no que fuera algo que no habría que haber intentado.

—¡Insuficiente!

—Ellos sólo pensaron en la historia que querían evitar, no en la historia que crearían. Nosotros debemos hacerlo mejor.

—¿Cómo? —preguntó Diko—. En cuanto actuemos, en cuanto cambiemos algo, correremos el riesgo de borrarlos de la historia. Así que sólo podemos hacer un cambio, como ellos.

—Ellos sólo pudieron hacer un cambio —dijo Tagiri— porque enviaron un mensaje. Pero ¿y si enviáramos un mensajero?

—¿Una persona?

—Hemos descubierto, tras cuidadosos exámenes, cuál era la tecnología de los Intervencionistas. No enviaron sólo un mensaje desde su propio tiempo, porque en cuanto empezaran a enviarlo se habrían destruido a sí mismos y al mismo instrumento que enviaba el mensaje. En cambio, enviaron un objeto atrás en el tiempo. Un proyector holográfico, con el mensaje completo dentro. Sabían exactamente dónde colocarlo y cómo ponerlo en marcha. Hemos encontrado la máquina. Funcionaba perfectamente, y entonces liberó potentes ácidos que destruyeron los circuitos y, después de aproximadamente una hora, cuando no había nadie cerca, liberó una andanada de calor que lo derritió hasta convertirlo en un trozo de chatarra y luego explotó, lanzando diminutos fragmentos fundidos a varias hectáreas a la redonda.

—No nos lo habías contado —dijo Kemal.

—El equipo que trabaja en la construcción de una máquina del tiempo lo sabe desde hace meses —dijo Tagiri—. Lo publicarán pronto. Lo que importa es lo siguiente: los Intervencionistas no sólo enviaron un mensaje, sino un objeto. Eso fue

suficiente para cambiar la historia, pero no lo bastante para modelarla de forma inteligente. Nosotros necesitamos enviar un mensajero que pueda responder a las circunstancias, que pueda no sólo crear un cambio, sino seguir introduciendo cambios nuevos. De esa forma podemos hacer algo más que evitar un camino terrible: podemos crear, deliberada y cuidadosamente, un nuevo camino que haga infinitamente mejor el resto de la historia. Considera que somos médicos del pasado. No es suficiente suministrar al paciente una inyección, una píldora. Debemos mantenerlo a nuestro cuidado durante un periodo extenso, adaptando nuestro tratamiento al curso de la enfermedad.

—¿De verdad pretendes enviar a alguien al pasado? —preguntó Kemal.

—A una persona, o a varias —respondió Tagiri—. Una persona podría enfermar o tener un accidente, podrían matarla. Enviar a varias personas redundaría en beneficio de nuestros esfuerzos.

—Entonces debo ser una de esas personas —dijo Kemal.

—¿Qué? —exclamó Hassan—. ¡Tú! ¡El que cree que no deberíamos intervenir!

—Nunca he dicho eso. Sólo dije que era estúpido intervenir cuando no teníamos forma de controlar las consecuencias. Si vais a enviar un equipo al pasado, quiero ser uno de sus miembros. Para poder asegurarme de que vaya bien. Para que pueda asegurarme de que merece la pena hacerlo.

—Creo que tienes una idea desproporcionada de tu propia capacidad de juicio —dijo Hassan, enfadado.

—Absolutamente —respondió Kemal—. Pero lo haré de todas formas.

—Si es que alguien va —intervino Tagiri—. Tenemos que examinar el escenario de Hunahpu y recopilar más pruebas. Entonces, sea cual fuere la imagen que obtengamos, debemos planear cuáles serán nuestros cambios. Mientras tanto, tenemos científicos trabajando con nuestra máquina... pero haciéndolo con confianza, porque hemos visto que un objeto físico puede ser enviado a través del tiempo. Cuando todos esos proyectos estén completos... cuando tengamos el poder de viajar en el tiempo, cuando sepamos exactamente qué es lo que intentamos conseguir, y cuando sepamos exactamente cómo pretendemos conseguirlo... entonces haremos público nuestro informe y la decisión de hacerlo será de todos. De todo el mundo.

Colón llegó a casa después de oscurecer, helado y extenuado... no por el trayecto, pues no vivía lejos, sino por las interminables preguntas y cuestiones y argumentos. Había ocasiones en que simplemente anhelaba decir: «Padre Talavera, os he dicho todo lo que se me ocurre. No tengo más respuestas. Haced vuestro informe.» Pero como le habían advertido los franciscanos de La Rábida, eso significaría el final de sus posibilidades. El informe de Talavera sería devastador y concienzudo, y no quedaría ninguna rendija por la que pudiera escapar con navios y tripulación y

suministros para un viaje.

Incluso había ocasiones en que Colón quería agarrar al paciente, metódico e inteligente sacerdote y decirle: «¿No sabéis que veo exactamente lo imposible que os parece? ¡Pero el propio Dios me dijo que debo navegar hacia poniente para alcanzar los grandes reinos de Oriente! ¡Así que mi razonamiento debe ser cierto, no porque tenga pruebas, sino porque tengo la palabra de Dios!»

Naturalmente, nunca sucumbió a esa tentación. Aunque esperaba que si le acusaban de herejía Dios intervendría y detendría a los sacerdotes antes de que lo quemaran, no quería poner a Dios a prueba en esto. Después de todo, le había dicho que no se lo contara a nadie, y por eso apenas podía esperar una intervención milagrosa si su propia impaciencia lo ponía en peligro de ir a la hoguera.

Así, los días y las semanas y los meses iban quedando atrás, y parecía que el camino que tenía por delante tendría muchos días y semanas y meses (¿por qué no años?) antes de que por fin Talavera dijera: «Parece que Colón sabe más de lo que dice, pero debemos hacer nuestro informe y acabar.» ¿Cuántos años? Colón se cansaba sólo de pensarlo. ¿Seré como Moisés? ¿Conseguiré la aprobación para dirigir la flota cuando sea tan viejo que sólo podré quedarme en la costa y verla zarpar? ¿No veré nunca la tierra prometida?

En cuanto colocó la mano sobre la puerta, ésta se abrió de golpe y Beatriz lo recibió con un abrazo sólo levemente entorpecido por su grueso vientre.

—¿Estás loca? —preguntó Colón—. Podría haber sido cualquiera, y abres la puerta sin preguntar siquiera quién es.

—Pero eras tú, ¿no? —dijo ella, besándolo.

Él extendió la mano, cerró la puerta, y luego consiguió zafarse del abrazo lo suficiente para correr el cerrojo.

—No haces ningún bien a tu propia reputación dejando que toda la calle vea que me esperas en mis aposentos y recibéndome a besos.

—¿Crees que toda la calle no lo sabe ya? ¿Sabes que incluso los niños de dos años saben ya que Beatriz lleva en su vientre al hijo de Cristóbal?

—Entonces deja que me case contigo.

—Lo dices, Cristóbal, sólo porque sabes que diré que no.

Él protestó, pero en su corazón sabía que ella tenía razón.

Había prometido a Felipa que Diego sería su único heredero, y por eso difícilmente podría casarse con Beatriz y legitimar a su hijo. Aparte de eso, estaba el razonamiento que ella usaba, y era correcto.

Lo recitó también entonces.

—No puedes echarme encima la carga de una esposa y un hijo cuando la corte se traslade a Salamanca en primavera. Además, ahora te presentas en la corte como un caballero emparentado con la nobleza y la realeza de Portugal. Eres viudo de una

mujer de alta cuna. Pero cástate conmigo, ¿y qué serás? El marido de una prima de mercaderes genoveses. Eso no te convertirá en caballero. Creo que la marquesa de Moya tampoco querrá nada contigo.

Ah, sí, su otro «asunto del corazón», la buena amiga de la reina Isabel, la marquesa. En vano le había explicado a Beatriz que Isabel era tan pía que no toleraría ninguna insinuación de que Colón tenía relaciones con su amiga. Beatriz estaba convencida de que Colón se acostaba regularmente con ella; fingía con mucho esfuerzo que no le importaba.

—La marquesa de Moya es para mí una amiga y una ayuda, porque está cerca de la reina y cree en mi causa —dijo Colón—. Pero lo único que encuentro hermoso en ella es su nombre.

—¿De Moya? —se burló Beatriz.

—Su nombre de pila —dijo Colón—. Beatriz, igual que tú. Cuando oigo pronunciar ese nombre, me llena de amor, pero sólo hacia ti. —Colocó la mano sobre su vientre—. Lamento haberte cargado con esto.

—Tu hijo no es ninguna carga para mí, Cristóbal.

—Nunca podré legitimarlo. Si gano títulos y fortuna, pertenecerán al hijo de Felipa, Diego.

—Tendrá como herencia la sangre de Colón, y mi amor y el amor que tú me diste.

—¿Y si fracaso, Beatriz? ¿Y si no hay viaje, y por tanto no hay fortuna ni títulos? ¿Qué será tu hijo entonces? El bastardo de un aventurero genovés que trató de implicar a las cabezas coronadas de Europa en un loco plan para navegar a los extremos desconocidos del mar.

—Pero no fracasarás —dijo ella, acurrucándose junto a él—. Dios está contigo.

«¿Lo está? —pensó Colón—. ¿O cuando sucumbí a tu pasión y me uní a ti en la cama me privó del favor de Dios ese pecado que ni siquiera ahora tengo la fuerza de evitar? ¿Debería repudiarte y arrepentirme de haberte amado, para recuperar su favor? ¿O debo olvidar mi juramento a Felipa y seguir el peligroso camino de casarme contigo?»

—Dios está contigo —repitió ella—. Dios te entregó a mí. Debes olvidar el matrimonio por el bien de tu gran misión, pero sin duda Dios no pretendía que fueras sacerdote, célibe y sin amor.

Ella siempre había hablado de esta forma, incluso al principio, así que entonces Colón se preguntó si Dios le había dado por fin a alguien con quien poder hablar sobre su visión en la playa cercana a Lagos. Pero no, ella no sabía nada de eso. Sin embargo, su fe en el origen divino de su misión era fuerte, y le apoyaba cuando se sentía más desanimado.

—Debes comer —pidió—. Tienes que recuperar fuerzas para tu justa con los sacerdotes.

Tenía razón, él estaba hambriento. Pero primero la besó, porque sabía que ella necesitaba creer que le importaba más que nada, más que la comida, más que su causa. Y mientras la besaba pensó: «Si tan sólo hubiera tenido este cuidado con Felipa. Si hubiera pasado el poco tiempo necesario para tranquilizarla, no habría desesperado y habría muerto tan joven, o si hubiera muerto de todas formas, su vida habría sido más feliz hasta ese día. Habría sido tan fácil, pero yo no lo sabía.

»¿Es esto lo que es Beatriz? ¿Mi oportunidad para enmendar mis errores con Felipa? ¿O simplemente un modo de cometer errores nuevos?»

No importaba. Si Dios quería castigar a Colón por su unión ilícita con Beatriz, que así fuera. Pero si aún quería que cumpliera la misión encomendada, a pesar de sus pecados y sus debilidades, entonces Colón seguiría intentando conseguirlo con todas sus fuerzas. Sus pecados no eran peores que los del rey Salomón, y mucho más livianos que los del rey David, y Dios les dio fortaleza a ambos.

La cena fue deliciosa, y después jugaron juntos en la cama y luego durmieron. Era la única felicidad de aquellos días oscuros y fríos, y se alegraba de ello, lo aprobara Dios o no.

Tagiri introdujo a Hunahpu en el Proyecto Colón, poniéndolo junto con Diko a cargo de desarrollar un plan de acción para intervenir en el pasado. Durante una hora o dos, Hunahpu se sintió reivindicado; ansiaba regresar a su antiguo puesto el tiempo suficiente para decir adiós y ver las caras de envidia de la gente que había despreciado su proyecto privado... un proyecto que ahora sería la base para la propia obra del gran Kemal. Pero la sonrisa de triunfo desapareció pronto, y luego se convirtió en temor: tendría que trabajar entre personas que estaban acostumbradas a un altísimo nivel de pensamiento, de análisis. Tendría que supervisar a gente... él, que siempre había sido imposible de supervisar. ¿Cómo podría estar a la altura? Todos le encontrarían defectos, los de arriba y los de abajo.

Diko fue quien le ayudó en aquellos primeros días, cuidando de no asumir el mando, pero asegurándose en cambio de que todas las decisiones fueran conjuntas; de que cada vez que él necesitaba su consejo incluso para saber cuáles eran las opciones darle indicaciones sólo en privado, donde nadie pudiera verlos, para que los demás no la consideraran la verdadera «cabeza» del equipo de intervención. Muy pronto Hunahpu empezó a sentir más confianza, y luego los dos lideraron juntos, a menudo discutiendo diferentes puntos de vista pero sin tomar nunca una decisión hasta que ambos estuvieran de acuerdo. A nadie más que a los propios Hunahpu y Diko les sorprendió que, después de varios meses juntos, se dieran cuenta de que su interdependencia profesional se había convertido en algo mucho más intenso y mucho más personal.

Para Hunahpu era enloquecedor trabajar con Diko todos los días, estar cada vez

más seguro de que ella le amaba tanto como la amaba él, y sin embargo ella rechazaba cualquier insinuación, cualquier propuesta, cualquier súplica de que extendieran su amistad más allá de los pasillos de Vigilancia del Pasado y pasaran a una de las chozas de paja de Juba.

—¿Por qué no? —decía él—. ¿Por qué no?

—Estoy cansada. Tenemos mucho que hacer.

Normalmente él dejaba que este tipo de respuesta le detuviera, pero no ese día, no esta vez.

—Todo va como la seda en nuestro proyecto —aseguró—. Trabajamos perfectamente juntos, y el equipo que hemos creado es eficaz y digno de confianza. Nos vamos a casa cada noche a una hora prudencial. Hay tiempo, si quieres tomarlo, para que nosotros... comamos juntos. Para que nos sentemos y hablemos como un hombre y una mujer.

—No hay tiempo para eso —respondió ella.

—¿Por qué? —demandó Hunahpu—. Estamos casi preparados, nuestro proyecto lo está. Kemal sigue trabajando en su informe sobre futuros probables, y la máquina no existe aún. Tenemos tiempo de sobra.

La tensión en el rostro de ella normalmente habría sido suficiente para hacerle callar, pero no en esta ocasión.

—Esto no tiene que hacerte infeliz. Tus padres trabajan juntos igual que nosotros, y sin embargo se casaron y tuvieron una hija.

—Sí. Pero nosotros no.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa, soy más bajito que tú? No puedo evitar que los mayas sean más pequeños que los turcodongotonas.

—Eres tonto, Hunahpu —dijo ella—. Mi padre es también más bajo que mi madre. ¿Qué clase de idiota crees que soy?

—Tan idiota que estás enamorada de mí como yo de ti y sólo por alguna loca razón te niegas a admitirlo, rechazas incluso la posibilidad de ser felices juntos.

Para su sorpresa, sus ojos se nublaron de lágrimas.

—No quiero hablar de esto.

—Pero yo sí.

—Crees que me quieres —dijo ella.

—Sé que te quiero.

—Y crees que yo te quiero.

—Eso espero.

—Y tal vez tengas razón. Pero hay algo que los dos amamos aún más.

—¿Qué?

—Esto —dijo ella, indicando la sala que los rodeaba, llena de TruSites II, tempovisores y ordenadores, mesas y sillas.

—La gente de Vigilancia ama y vive como seres humanos —respondió él.

—No me refiero a Vigilancia, Hunahpu, sino a nuestro proyecto. El proyecto Colón. Vamos a tener éxito. Vamos a montar un equipo de tres personas que retrocederán en el tiempo. Y cuando lo consigan, todo esto dejará de existir. ¿Por qué casarnos y traer un hijo al mundo para hacer que desaparezca en unos pocos años más?

—Eso no lo sabemos —dijo Hunahpu—. Los matemáticos están aún divididos. Tal vez lo que creemos al intervenir en el pasado sea una bifurcación en el tiempo, de modo que ambos futuros continúen existiendo.

—Sabes que ésa es la alternativa menos probable. Sabes que se está construyendo la máquina de acuerdo con la teoría del metatiempo. Todo lo que se envía atrás en el tiempo sale del flujo causal. Ya no puede quedar afectado por nada de lo que suceda en la corriente temporal que originalmente le dio vida, y cuando entra en el flujo temporal en un punto diferente, se convierte en un causante no causado. Cuando cambiemos el pasado, este presente desaparecerá.

—Ambas teorías pueden explicar cómo funciona la máquina —dijo Hunahpu—, así que no trates de utilizar tu educación superior en matemáticas y teoría del tiempo contra mí.

—No importa de todas formas —dijo Diko—. Pues aunque nuestro tiempo siga existiendo yo no estaré en él.

Allí estaba: la silenciosa suposición de que ella sería una de las tres personas que retrocederían en el tiempo.

—Eso es ridículo —dijo él—. ¿Una mujer alta y negra viviendo entre los tainos?

—Una mujer alta y negra con un conocimiento detallado de los acontecimientos que esperan en el futuro a los pueblos de las tribus cercanas. Creo que lo haré bastante bien.

—Tus padres no te dejarán ir.

—Mis padres harán lo que haga falta para que la misión sea un éxito —respondió ella—. Ya estoy mucho más cualificada que nadie. Tengo una salud perfecta. He estado estudiando las lenguas que necesitaré para cada aspecto de este proyecto: español, genovés, latín, dos dialectos de arahuaco, un dialecto caribe y el lenguaje ciboney que aún se usa en la aldea de Putukam porque piensan que es sagrado. ¿Quién puede rivalizar conmigo? Y conozco el plan, de dentro a fuera, y todos los razonamientos que van consigo. ¿Quién mejor que yo puede adaptar el plan si las cosas no salen como se espera? Así que iré, Hunahpu. Mis padres se opondrán al principio, pero luego se darán cuenta de que soy la mejor esperanza de éxito, y me enviarán.

Él no dijo nada. Sabía que era cierto.

Ella se rió de él.

—Hipócrita —dijo—. Has estado haciendo lo mismo que yo... has diseñado la parte mesoamericana del plan para que sólo tú puedas llevarlo a cabo.

Era verdad.

—Soy una elección tan natural como tú... más natural, porque soy maya.

—Un maya que es más de un palmo más alto que los mayas y zapotecas de la época —replicó ella.

—Hablo dos dialectos mayas, además de náhuatl, zapoteca, español, portugués y los dos dialectos taráscanos más importantes. Y todos tus argumentos se me pueden aplicar también. Además, conozco toda la tecnología que vamos a intentar introducir y las historias personales de todas las personas con las que vamos a tratar. No hay otra elección sino yo.

—Lo sé —dijo Diko—. Lo supe antes que tú. No tienes que convencerme.

—Oh.

—Eres un hipócrita —dijo ella, con cierta emoción—. Estabas dispuesto a ir tú, y a dejarme aquí. Tenías la loca idea de que nos casaríamos y tendríamos un bebé, y que yo me quedaría por si había un futuro aquí mientras tú retrocedías en el tiempo y cumplías tu destino.

—No. En realidad, nunca pensé en el matrimonio.

—¿Entonces qué, Hunahpu? ¿Escabullimos para una sórdida cita? No soy tu Beatriz, Hunahpu. Tengo trabajo que hacer. Y al contrario que los europeos y, al parecer, también que los indios, sé que aparearme con alguien sin el matrimonio es una repulsa a la comunidad, una negativa a tomar el papel adecuado dentro de la sociedad. No me aparearé como un animal, Hunahpu. Cuando me case será como un ser humano. Y no será en esta corriente temporal. Si llego a casarme, será en el pasado, porque es el único lugar donde tendré un futuro.

Él la escuchó, dolorido.

—La posibilidad de que los dos vivamos lo suficiente para encontrarnos allí es pequeña, Diko.

—Y por eso, amigo mío, rechazo todas tus invitaciones para extender nuestra amistad más allá de estas paredes. No hay futuro para nosotros.

—¿Es el futuro, es el pasado lo único que te importa? ¿No tienes un poco de espacio para el presente?

Una vez más, las lágrimas corrieron por las mejillas de Diko.

—No —dijo.

Él extendió la mano y le secó las lágrimas con los pulgares, luego lloró también.

—No amaré a nadie más que a ti —dijo.

—Eso dices ahora. Pero te libero de esa promesa y te perdono ya por el hecho de que amarás a alguien, y te casarás, y si nos encontramos allí, seremos amigos y nos alegraremos de vernos y no lamentaremos ni por un instante no haber actuado

alocadamente ahora.

—Lo lamentaremos, Diko. Al menos yo lo haré. Lo lamento ahora y lo lamentaré entonces, y siempre. Porque nadie que conozcamos en el pasado comprenderá qué y quiénes somos realmente, no como nosotros nos comprendemos ahora. Nadie en el pasado habrá compartido nuestros objetivos y habrá trabajado tan duro para ayudarnos a conseguirlos como hemos hecho el uno por el otro. Nadie te conocerá y te amará como yo. Y aunque tengas razón y no haya futuro para nosotros, yo preferiría enfrentarme al futuro que tenga con el recuerdo de saber que nos tuvimos uno al otro durante un tiempo.

—¡Entonces eres un loco romántico, como dice mi madre!

—¿Ella ha dicho eso?

—Nunca se equivoca. También dijo que nunca tendría un amigo mejor que tú.

—Tenía razón, entonces.

—Sé mi fiel amigo, Hunahpu —dijo Diko—. Nunca vuelvas a hablarme de esto. Trabaja conmigo, y cuando llegue el momento de ir al pasado, ven conmigo. Deja que nuestro matrimonio sea el trabajo que hacemos juntos, y que nuestros hijos sean el futuro que construiremos. Déjame acudir al marido que encuentre sin los recuerdos de otro marido o de otro amante. Deja que me enfrente a mi futuro con confianza en tu amistad en vez de con culpa, ya sea por rechazarte o por aceptarte. ¿Harás eso por mí?

«No —gritó Hunahpu en silencio—. Porque no es necesario, no tenemos que hacerlo, podemos ser felices ahora y seguir siéndolo en el futuro y estás equivocada, completamente equivocada al respecto.»

Excepto que si ella creía que el matrimonio o un romance la haría infeliz, entonces así sería, y por eso tenía razón (por su parte) y amarle sería una cosa mala... para ella. ¿Él la amaba o simplemente quería poseerla? ¿Se preocupaba por su felicidad o sólo quería satisfacer sus propias necesidades?

—Sí —dijo Hunahpu—. Haré eso por ti.

Fue entonces, y sólo entonces, que ella le besó, se inclinó hacia él y lo besó en los labios, no brevemente, pero tampoco con pasión. Con amor, con simple amor. Un solo beso, y luego se marchó y le dejó desolado.

NEGROS FUTUROS



El padre Talavera había escuchado todos aquellos argumentos elocuentes, metódicos, a veces desapasionados, pero sabía desde el principio que tendría que tomar la decisión final sobre Colón en persona. ¿Cuántas veces habían escuchado a Colón, y le habían acosado también, hasta cansarse todos de las mismas conversaciones interminablemente repetidas? Durante muchos años, desde que la reina le pidió que dirigiera los exámenes a las propuestas de Colón, nada había cambiado. Maldonado seguía pareciendo considerar como una afrenta la misma existencia de Colón, mientras que Deza parecía casi embelesado con el genovés. Los demás se alineaban tras uno u otro o, como el propio Talavera, permanecían neutrales.

O más bien, parecían neutrales. Simplemente se agitaban como la hierba, danzando según el viento que soplara. Cuántas veces habían acudido a él en privado y pasado largos minutos (a veces horas) explicando sus puntos de vista, que siempre se resumían en lo mismo: estaban de acuerdo con todo el mundo.

«Sólo yo soy verdaderamente neutral —pensó Talavera—. Sólo yo no me dejo manipular por ningún argumento. Sólo yo puedo escuchar a Maldonado recuperar frases de antiguas y olvidadas escrituras de lenguajes tan oscuros que posiblemente nadie los habló jamás excepto el propio escritor original... sólo yo puedo escucharlo y oír únicamente la voz de un hombre que está decidido a no permitir que la más leve

idea nueva rompa su perfecta comprensión del mundo. Sólo yo puedo escuchar a Deza pontificando sobre la inteligencia de Colón para encontrar verdades pasadas por alto por los eruditos y oír únicamente la voz de un hombre que ansiaba ser un caballero errante de los romances, campeón de una causa que es noble sólo porque él la abandera.

»Sólo yo soy neutral, porque sólo yo comprendo la absoluta estupidez de toda la conversación. ¿Cuál de todos los antiguos que citan con tanta certeza fue elevado por la mano de Dios para ver la Tierra desde un adecuado puesto de observación? ¿Cuál de ellos recibió una regla de la mano de Dios para tomar una medida exacta del diámetro de la Tierra?

»Ninguno sabía nada. El único intento serio de medición, hecho más de mil años antes, podría haber quedado desastrosamente lastrado por la más diminuta inconsistencia en las observaciones originales. Todos los argumentos del mundo no podrían cambiar el hecho de que toda lógica construida sobre suposiciones llevaría a conclusiones también supuestas.»

Naturalmente, Talavera nunca podría decirle esto a nadie. No había ascendido a su posición de confianza expresando libremente su escepticismo sobre la sabiduría de los antiguos. Al contrario: todos los que lo conocían estaban seguros de que era completamente ortodoxo. Había trabajado duro para asegurarse de que tuvieran esa opinión de él. Y en cierto modo tenían razón. Simplemente, definía la ortodoxia de forma muy distinta a los otros.

Talavera no depositaba su fe en Aristóteles o Ptolomeo. Ya sabía lo que el examen de Colón estaba demostrando con tan agónicos detalles: por cada antigua autoridad había otra autoridad contradictoria igual de antigua y (según sospechaba) igual de ignorante. Que los otros eruditos sostengan que Dios le susurró a Platón mientras escribía el *Simposium*; Talavera sabía que no. Aristóteles era sabio, pero sus ingeniosas frases no tenían por qué ser más ciertas que las opiniones de otros hombres sabios.

Talavera ponía su fe sólo en una persona: Jesucristo. Sus palabras eran las únicas que le importaban, Su causa la única causa que sacudía su alma. Todas las otras causas, todas las otras ideas, todos los otros planes o partidos o facciones o individuos, habían de ser juzgadas a la luz de cómo ayudarían o retrasarían la causa de Cristo. Talavera había comprendido al principio de su carrera en la Iglesia que los monarcas de Castilla y Aragón eran buenos para la causa de Cristo, y por eso se alineaba en su campo. Descubrieron que era un valioso servidor porque era diestro manejando los recursos de la Iglesia en su apoyo.

Su técnica era sencilla: ver qué quieren y necesitan los monarcas para apoyar su esfuerzo de hacer de España un reino cristiano, expulsando a los infieles de todo poder o influencia, y luego interpretar todos los textos pertinentes para mostrar cómo

las Escrituras, la tradición de la Iglesia y todos los antiguos escritores coincidían en el apoyo al curso que los monarcas habían decidido seguir. Lo gracioso (o, cuando estaba de otro humor, lo triste) era que nadie había advertido jamás su método. Cuando invariablemente citaba a los eruditos que apoyaban la causa de Cristo y los monarcas de España, todos asumían que por supuesto el curso que los monarcas seguían era el adecuado, no que Talavera hubiera manipulado astutamente los textos. Era como si no advirtieran que los textos podían ser manipulados.

Y sin embargo, todos manipulaban e interpretaban y transformaban las antiguas escrituras. Sin duda Maldonado lo hacía para defender sus propias y elaboradas preconcepciones, y Deza igual para atacarlas. Pero ninguno parecía saber que esto era lo que hacían. Pensaban que estaban descubriendo la verdad.

¡Cuántas veces había deseado Talavera hablarles con total desprecio! «Aquí está la única verdad que importa, quería decirles: España se halla en guerra, purificando Iberia como tierra cristiana. El rey ha dirigido esta guerra con destreza y paciencia, y vencerá, expulsando a los moros de Iberia. La reina pone ahora en movimiento lo que los ingleses hicieron sabiamente hace años: la expulsión de los judíos de su reino.» (No es que los judíos fueran peligrosos en sí mismos. Talavera no sentía ninguna simpatía hacia la fanática creencia de Torquemada en los malvados planes de los judíos. No, tenían que ser expulsados porque mientras los cristianos más débiles pudieran mirar alrededor y ver a los infieles prosperando, verlos casarse y tener hijos y vivir vidas normales y decentes, no serían firmes en su fe de que sólo en Cristo existe la felicidad. Los judíos tenían que irse, igual que los moros.)

¿Y qué quería Colón? Navegar hacia poniente. ¿Y qué? Aunque tuviera razón, ¿qué conseguiría? ¿Convertir a los paganos de una tierra remota cuando la propia España no estaba aún unida en la cristiandad? Eso sería maravilloso y merecería el esfuerzo... siempre que no interfiriera de modo alguno en la guerra contra los moros. Así, mientras los demás discutían sobre el tamaño de la Tierra y la franqueabilidad de la mar oceánica, Talavera estaba siempre sopesando asuntos mucho más importantes. ¿Qué haría la noticia de esta expedición por el prestigio de la corona? ¿Qué costaría y cómo afectaría a la guerra el desvío de fondos? Apoyar a Colón ¿haría que Castilla y Aragón se unieran más o se separaran? ¿Qué querían en realidad el rey y la reina? Si Colón era rechazado, ¿adonde iría a continuación y qué haría?

Hasta entonces, las respuestas habían sido bastante claras. El rey no pretendía gastar ni un céntimo en nada más que la guerra contra los moros, mientras que la reina quería apoyar la expedición de Colón. Eso significaba que cualquier decisión sería dividida. En el delicado equilibrio entre el rey y la reina, entre Aragón y Castilla, cualquier decisión sobre la expedición de Colón haría que uno de ellos pensara que el poder había pasado peligrosamente al otro, y los celos y la envidia aumentarían.

Por tanto, a pesar de todos los argumentos, Talavera estaba decidido a que no se alcanzara ningún veredicto hasta que la situación cambiara. Al principio fue bastante sencillo, pero a medida que pasaban los años y quedaba claro que Colón no tenía nada nuevo que ofrecer, se hacía más y más difícil mantener viva la cuestión. Por fortuna, Colón era la otra única persona implicada en el proceso que parecía comprenderlo. O, si no lo comprendía, al menos cooperaba con Talavera hasta este punto: seguía dando a entender que sabía más de lo que decía. Veladas referencias a informaciones aprendidas mientras estuvo en Lisboa o Madeira, menciones a pruebas que aún no habían sido presentadas, esto era lo que permitía a Talavera mantener la investigación abierta.

Cuando Maldonado (y Deza, por motivos opuestos) quería que obligara a Colón a colocar esos grandes secretos sobre la mesa, a zanjar el asunto de una vez por todas, Talavera siempre reconocía que sería de gran ayuda que Colón así lo hiciera, pero había que comprender que todo lo que hubiera aprendido en Portugal debía de haber sido bajo sagrado juramento. Si era sólo cuestión de miedo a las represalias portuguesas, entonces sin duda hablaría, pues era un hombre valiente y no temería nada de lo que el rey Juan pudiera hacer. Pero si era un asunto de honor, ¿cómo podían insistir en que rompiera su juramento y hablara? Eso sería lo mismo que pedir a Colón que se condenara por toda la eternidad, sólo por satisfacer su curiosidad. Por tanto, debían escuchar con atención cuanto Colón decía, con la esperanza de que, sabios eruditos como eran, acertaran a decidir qué era lo que no podía decirles abiertamente.

Y, por la gracia de Dios, Colón siguió el juego. Sin duda los otros lo habían llevado aparte, en algún momento u otro, tratando de sacarle los secretos que no quería contar. Y en todos estos largos años, Colón nunca había dado un indicio de cuál era su información secreta. Igual de importante, tampoco había dado ningún indicio de que no hubiera ninguna información secreta.

Durante mucho tiempo Talavera no había estudiado los argumentos: los había atendido al principio y no se había añadido nada importante durante años. No, lo que Talavera estudiaba era al mismísimo Colón. Al principio había asumido que era otro cortesano buscavidas, pero esa impresión desapareció rápidamente. Colón estaba decidido absoluta, fanáticamente a navegar hacia poniente, y no se le podía distraer con ninguna otra idea. Gradualmente, Talavera había comprendido que este viaje al oeste no era un fin en sí mismo. Colón tenía sueños. Colón quería conseguir algo, y este viaje al oeste era el cimiento. Pero ¿qué era lo que pretendía hacer?

Talavera se había devanado los sesos durante meses, durante años.

Por fin, la respuesta había llegado. Apartándose de su habitual cháchara erudita, Maldonado había recalcado, con cierta saña, que era egoísta por parte de Colón tratar de distraer a los monarcas de su guerra con los moros, y Colón súbitamente se dejó

llevar por la furia.

—¿Una guerra con los moros? ¿Para qué, para expulsarlos de Granada, de un pequeño rincón de esta seca península? ¡Con las riquezas de Oriente podríamos expulsar al turco de Constantinopla, y de ahí sólo habría un corto paso para el Armageddon y la liberación de Tierra Santa! ¿Y vos me decís que no debo hacer esto, porque podría interferir en la guerra contra Granada? ¡Bien podríais decirle a un matador que no estoquee al toro porque podría interferir en su esfuerzo por aplastar a un ratón!

De inmediato Colón lamentó su observación, y fue rápido en afirmar a todos que no sentía sino el mayor entusiasmo por la gran guerra contra Granada.

—Perdonadme por dejar que mi pasión gobierne mi boca —dijo—. Ni por un momento he deseado más que la victoria de los ejércitos cristianos sobre el infiel granadino.

Talavera le había perdonado inmediatamente y prohibió que se repitieran las observaciones de Colón.

—Sabemos que lo que dijisteis fue debido al celo por la causa de Cristo, deseando que pudiéramos conseguir incluso más que la victoria contra Granada, no menos.

Colón pareció realmente aliviado de oír sus palabras. Si sus observaciones hubieran sido interpretadas como deslealtad, podrían haber significado la muerte en el acto de su petición... y las consecuencias personales habrían sido igual de severas. Los demás habían asentido sabiamente. No tenían ningún deseo de denunciarlo. ¡Para empezar, no redundaría en beneficio de nadie que hubieran tardado tantos años en descubrir que Colón era un traidor!

Lo que Colón no sabía, lo que no sabía ninguno de ellos, era lo profundamente que sus palabras habían tocado el alma de Talavera. ¡Una cruzada para liberar Constantinopla! ¡Romper el poderío del turco! ¡Clavar un cuchillo en el corazón del Islam! En unas cuantas frases Colón había obligado a Talavera a ver la vida desde una nueva luz. Todos estos años los había dedicado a la causa de España por bien de Cristo, y de pronto se daba cuenta de que, comparada con la de Colón, su fe era infantil. «Colón tiene razón: si servimos a Cristo, ¿por qué perseguimos ratones cuando el gran toro de Satán corre suelto por la más grande ciudad cristiana?»

Por primera vez en años, Talavera advirtió que servir al rey y a la reina podría no ser lo mismo que servir a la causa de Cristo. Advirtió que por primera vez en su vida estaba en presencia de alguien cuya devoción por Cristo bien podría igualarse a la suya propia. «Tan grande fue mi orgullo —pensó Talavera—, que tardé todos estos años en verlo.

»Y en estos años, ¿qué he hecho? He mantenido a Colón atrapado aquí, dándole esperanzas, manteniendo abierto el debate año tras año, todo porque tomar una decisión podría debilitar la relación entre Aragón y Castilla. Sin embargo, ¿y si es

Colón, y no Fernando e Isabel, quien comprende lo que servirá mejor a la causa de Cristo? ¿Cómo se compara la purificación de España con la liberación de todas las antiguas tierras cristianas? Y con el poder del Islam roto, ¿qué impediría entonces que la Cristiandad se extendiera para cubrir el mundo?»

Si tan sólo Colón hubiera acudido a ellos con un plan de cruzada en vez de ese extraño viaje al oeste... El hombre era elocuente, enérgico, y había algo en él que impulsaba a estar de su lado. Talavera lo imaginó yendo de rey en rey, de corte en corte. Bien podría haber convencido a los monarcas de Europa para unirse en una causa común contra el turco.

En cambio, Colón parecía seguro de que la única manera de provocar tal cruzada era establecer una conexión rápida y directa con los grandes reinos de Oriente. Bien, ¿y si tenía razón? ¿Y si Dios había puesto esta visión en su mente? Sin duda, no era algo que un hombre inteligente hubiera pensado por su cuenta... el plan más racional era navegar rodeando África, como hacían los portugueses. ¿Pero no era también eso una especie de locura? ¿No eran los antiguos escritores quienes habían asumido que África se extendía hasta el polo sur, y que no había modo de rodearla? Sin embargo, los portugueses habían perseverado, bajando más y más no importaba cuán al sur navegaran, y África estaba siempre allí, extendiéndose aún más allá de lo que habían imaginado. Sin embargo, hacía un año que Dias había regresado por fin con la buena nueva: habían rodeado un cabo y encontrado que la costa se extendía al este, no al sur; y luego, después de cientos de millas, decididamente se extendía al noreste y luego al norte. Habían rodeado África. Y de pronto la irracional persistencia de los portugueses era ampliamente reconocida como racional, después de todo.

¿No podría suceder lo mismo con los irracionales planes de Colón? Sólo que en vez de un viaje de largos años, su ruta al Oriente produciría riquezas mucho más rápido. ¡Y su plan, en vez de enriquecer a un país diminuto e inútil como Portugal, acabaría consiguiendo que la Iglesia de Cristo llenara el mundo entero!

Así que ahora, en vez de pensar cómo estirar el examen a Colón, esperando a que los deseos de los monarcas se resolvieran, Talavera permanecía sentado en su austera cámara tratando de pensar cómo forzar el tema. Lo que sin duda no podía hacer era anunciar de repente, después de tantos años, sin nuevos argumentos significativos, que el comité decidía a favor de Colón. Maldonado y sus seguidores protestarían directamente a los hombres del rey y se produciría una lucha por el poder. La reina, casi con toda certeza, perdería en una pugna abierta, ya que su apoyo por parte de los señores del reino se debía en gran parte al hecho de que éstos consideraban que «pensaba como un hombre». Estar en franco desacuerdo con el rey contradiría esa idea. Así, el apoyo abierto a Colón provocaría divisiones y probablemente cancelaría el viaje.

«No —pensó Talavera—, lo único que no puedo hacer es apoyar a Colón.

¿Entonces qué puedo hacer?

»Puedo liberarlo. Puedo terminar el proceso y dejar que se marche a ver a otro rey, a otra corte.» Talavera sabía bien que los amigos de Colón habían hecho discretas averiguaciones en las cortes de Francia e Inglaterra. Una vez que los portugueses habían conseguido su hazaña de hallar una ruta africana al Oriente, podrían permitirse una pequeña expedición al oeste. Sin duda la ventaja portuguesa para comerciar con Oriente sería envidiada por otros reyes. Colón podría tener éxito en cualquier parte. Así que pasara lo que pasara, debía poner fin al examen inmediatamente.

¿Pero no podía haber también un medio de acabar con el examen y sin embargo volver las cosas para ventaja de los partidarios de Colón?

Con un plan a medio formar en la mente, Talavera envió a la reina una nota solicitando una audiencia secreta con ella para tratar del tema de Colón.

Tagiri no comprendía su propia reacción ante la noticia del éxito de los científicos que trabajaban en el viaje en el tiempo. Debería estar contenta. Debería estar alegrándose de que su gran obra pudiera ser conseguida, físicamente. Sin embargo, desde la reunión con el equipo de físicos, matemáticos e ingenieros que trabajaban en el proyecto, se había sentido molesta, enfadada, asustada. Lo opuesto de lo que esperaba.

Sí, decían, podemos enviar al pasado a una persona. Pero si lo hacemos no hay ninguna posibilidad, absolutamente ninguna, de que nuestro presente sobreviva en ninguna forma. Enviar a alguien al pasado es el fin de nosotros mismos.

Fueron muy pacientes, tratando de explicar física temporal a unos historiadores.

—Si nuestro tiempo es destruido —preguntó Hassan—, ¿entonces no destruirá eso también a la misma gente que enviemos atrás? Si ninguno de nosotros llega a nacer jamás, entonces la gente que enviemos no habrá nacido tampoco, y por tanto nunca podrán haber sido enviados.

No, explicaron los físicos, estás confundiendo causalidad con tiempo. El tiempo en sí, como fenómeno, es completamente lineal y unidireccional. Cada momento sucede sólo una vez, y pasa al siguiente momento. Nuestras memorias agarran esta forma de fluir del tiempo y en nuestras mentes las relacionamos con la causalidad. Sabemos que si A causa B, entonces A debe venir antes de B. Pero no hay nada en la física del tiempo que lo requiera. Piensa en lo que hicieron vuestros predecesores. La máquina que enviaron atrás en el tiempo fue el producto de un largo entramado causal. Esas causas eran todas reales y la máquina existió de verdad. Enviarla atrás en el tiempo no deshizo ninguno de los acontecimientos que llevaron a la creación de esa máquina. Pero en el momento en que la máquina causó que Colón tuviera su visión en la playa de Portugal, empezó a transformar el entramado causal de modo que ya no condujo al mismo lugar. Todas esas causas y efectos existieron realmente...

las que llevaron a la creación de la máquina, y las que siguieron a la introducción de la máquina en el siglo quince.

—Pero entonces están diciendo que su futuro todavía existe —protestó Hunahpu.

Eso depende de cómo definas la existencia, explicaron ellos. Como parte del entramado causal que lleva al momento presente, sí, continúan existiendo en el sentido en que toda parte de su entramado causal que condujo a la existencia de su máquina en nuestro tiempo sigue teniendo efectos en el mundo presente. Pero todo lo periférico o irrelevante a eso carece ahora por completo de efecto en nuestra corriente temporal. Y todo lo de su historia que la introducción de la máquina en la nuestra causó que no sucediera está completa e irrevocablemente perdido. No podemos volver a nuestro pasado y verlo porque no sucedió.

—Pero sucedió, porque su máquina existe. No, repitieron ellos. La causalidad puede ser recursiva, pero el tiempo no. Todo lo que la introducción de su máquina causó que no sucediera, no sucedió en el tiempo. No hay ningún momento del tiempo en que existieran esos acontecimientos. Por tanto no pueden verse o visitarse porque el *loa* temporal que ocuparon está ahora ocupado por diferentes momentos. Dos conjuntos contradictorios de acontecimientos no pueden ocupar el mismo momento: estáis confundidos porque no podéis separar causalidad de tiempo. Y es perfectamente natural, porque el tiempo es racional. La causalidad es irracional. Hemos estado jugando juegos especulativos con las matemáticas del tiempo durante siglos, pero nunca habríamos visto esta distinción entre causalidad y tiempo si no tuviéramos la máquina del futuro.

—Entonces, lo que estáis diciendo —ofreció Diko— es que la otra historia todavía existe, pero no podemos verla con nuestras máquinas.

Eso no es lo que estamos diciendo, replicaron ellos con infinita paciencia. Todo lo que no estaba causalmente conectado con la creación de esa máquina no puede decirse que haya existido jamás. Y todo lo que llevó a la creación de esa máquina y su introducción en nuestro tiempo existe sólo en el sentido en que existen los números irreales.

—Pero ellos existieron —dijo Tagiri, más apasionadamente de lo que esperaba—. Existieron.

—No —dijo el viejo Manjam, que hasta entonces había dejado que sus colegas más jóvenes tomaran la palabra—. Los matemáticos nos sentimos muy cómodos con esto: nunca hemos habitado el reino de la realidad. Pero naturalmente tu mente se rebela contra ello porque tu mente existe en el tiempo. Lo que debes comprender es que la causalidad no es real. No existe en el tiempo. El Momento A no causa realmente el Momento B en la realidad. El Momento A existe y el Momento B existe, y entre ellos están los Momentos A.a hasta A.z, y entre A.a y A.b hay desde A.aa hasta A.az. Ninguno de esos momentos toca realmente ningún otro momento. Eso es

la realidad: un conjunto infinito de momentos discretos desconectados de cualquier otro momento porque cada momento en el tiempo no tiene una dimensión lineal. Cuando la máquina fue introducida en nuestra historia, desde ese punto en adelante un nuevo conjunto infinito de momentos sustituyó por completo al antiguo conjunto infinito de momentos. No quedaron lugares-momentos de sobra para que los antiguos momentos sobrevivieran. Y como no había tiempo para ellos, no sucedieron. Pero la causalidad no es afectada por esto. No es geométrica. Tiene unas matemáticas completamente distintas, unas matemáticas que no encajan bien con conceptos como espacio y tiempo y que desde luego no encajan con nada que podamos llamar «real». No hay ningún espacio ni tiempo donde sucedieran esos acontecimientos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Hassan—. ¿Que si enviamos a alguien atrás en el tiempo, de pronto dejarán de recordar todo sobre el tiempo del que proceden, porque ese tiempo ya no existe?

—La persona que enviéis —dijo Manjam— es un acontecimiento discreto. Tendrá un cerebro, y ese cerebro contendrá recuerdos que le darán cierta información cuando acceda a ellos. Esta información causará que crea recordar una realidad entera, un mundo y una historia. Pero todo lo que existe en realidad es él y su cerebro. El entramado causal sólo incluirá aquellas conexiones causales que condujeron a la creación de su cuerpo físico, incluyendo su estado cerebral, pero toda parte de ese entramado causal que no sea parte de la nueva realidad no podrá considerarse como existente.

Tagiri se quedó de una pieza.

—No me importa si no comprendo la ciencia —dijo—. Sólo sé que la odio.

—Siempre da miedo tratar con algo que es contraintuitivo —dijo Manjam.

—En absoluto —respondió Tagiri, temblando—. No he dicho que estuviera asustada. No lo estoy. Estoy furiosa y... frustrada. Horrorizada.

—¿Horrorizada por las matemáticas del tiempo?

—Horrorizada por lo que estamos haciendo, por lo que hicieron los Intervencionistas. Supongo que siempre sentiré que en cierto modo ellos sobrevivieron. Que enviaron su máquina y continuaron con sus vidas, consolados en su miserable situación sabiendo que habían hecho algo para ayudar a sus antepasados.

—Pero eso nunca fue posible —dijo Manjam.

—Lo sé. Y por eso cuando realmente pienso en ello, los imagino enviando la máquina y en ese momento ellos más o menos... desaparecen. Una muerte limpia e indolora para todo el mundo. Pero al menos habían vivido hasta ese momento.

—Bueno, ¿cómo puede ser peor una no existencia limpia e indolora que una muerte limpia e indolora?

—No lo es. No es peor. Ni tampoco mejor para la gente en sí.

—¿Qué gente? —le preguntó Manjam, encogiéndose de hombros.

—Nosotros, Manjam. Estamos hablando de hacer esto a nosotros mismos.

—Si lo hacéis, entonces no habrá habido gente como nosotros. Los únicos aspectos de nuestro entramado causal que tendrán algún futuro o pasado serán los que estén conectados con la creación de los cuerpos físicos y los estados mentales de las personas que enviéis al pasado.

—Todo esto es tan tonto —dijo Diko—. ¿A quién le importa lo que es real y lo que no lo es? ¿No es lo que hemos querido siempre? ¿Actuar para que los terribles acontecimientos de nuestra historia nunca sucedieran en primer lugar? Y en cuanto a nuestra propia historia, las partes que se perderán, ¿a quién le importa si un matemático nos insulta llamándonos «irreales»? También dicen lo mismo sobre la raíz cuadrada de menos dos.

Todos se rieron, pero no Tagiri. No veían el pasado como lo veía ella. O más bien, no sentían el pasado. No comprendían que para ella al mirar a través del tempovisor y el TruSite II el pasado estaba vivo y era real. El hecho de que la gente estuviera muerta no significaba que no siguieran siendo parte del presente, porque ella podía volver atrás y recuperarlos. Verlos, oírlos. Conocerlos, al menos tan bien como cualquier ser humano llega a conocer a otro. Incluso antes del TruSite y el tempovisor, los muertos aún vivían en la memoria, algún tipo de memoria. Pero no si ellos cambiaban el pasado. Una cosa era pedirle a la humanidad de hoy que escogiera renunciar a su futuro con la esperanza de crear una nueva realidad. Eso sería ya bastante duro. Pero retroceder y matar a los muertos, descrearlos también... y no tenían derecho a voto. No se les podía preguntar.

«No debemos hacerlo—pensó—. Está mal. Será un crimen peor que los que tratamos de impedir.»

Se levantó y abandonó la reunión. Diko y Hassan trataron de seguirla, pero ella se lo impidió.

—Necesito estar sola —dijo, y por eso se quedaron atrás, regresando a una reunión que ella sabía indecisa. Por un momento sintió remordimientos por haber saludado el momento triunfal de los físicos con una respuesta tan negativa, pero mientras recorría las calles de Juba ese remordimiento fue menguando, sustituido por otro más profundo.

Los niños jugaban desnudos en la tierra, entre las hierbas. Los hombres y mujeres iban a lo suyo. Les habló a todos al corazón, diciendo: «¿Os gustaría morir? Y no sólo vosotros, también vuestros hijos y sus hijos. Y no sólo ellos, sino también vuestros padres. Volvamos a las tumbas, abrámoslas y matémoslos a todos. Todo lo bueno y todo lo malo que hicieron, toda su alegría, todo su sufrimiento, todas sus decisiones... matémoslos a todos, borrarémoslos, deshagámoslos. Volvamos atrás y atrás, hasta que finalmente lleguemos al dorado momento que hayamos elegido, declarándolo digno de continuar existiendo, pero con un nuevo futuro atado al final.

¿Y por qué debéis morir vosotros y todos los vuestros? Porque a nuestro juicio no crearon un mundo lo bastante bueno. Sus errores por el camino fueron tan imperdonables que borran el valor de todo el bien que también sucedió. Todo debe ser aniquilado.

»¿Cómo me atrevo? ¿Cómo nos atrevemos? Aunque consigamos el consenso unánime de toda la gente de nuestro tiempo, ¿cómo consultaremos con los muertos?»

Caminó hasta la ribera del río. Con la llegada del atardecer, el calor del día empezaba por fin a remitir. En la distancia, los hipopótamos se bañaban, comían o dormían. Los pájaros llamaban, preparándose para su frenético festín de insectos nocturnos. «¿Qué pasa por vuestras mentes, pájaros, hipopótamos, insectos de las últimas horas de la tarde? ¿Os gusta estar vivos? ¿Teméis la muerte? Matáis para vivir; morís para que otros puedan vivir; es el sendero ordenado por la evolución, por la vida misma. Pero si tuvierais el poder, ¿no os salvaríais?» Todavía estaba junto al río cuando oscureció, cuando salieron las estrellas. Por un momento, al contemplar la antigua luz de los astros, pensó: «¿Por qué debería preocuparme descreer tanta historia humana? ¿Por qué debería importarme que sea peor que olvidada, que sea desconocida? ¿Por qué debería eso parecerme un crimen, cuando toda la historia humana es un parpadeo comparada con los miles de millones de años que han brillado las estrellas? Todos seremos olvidados con el último suspiro de nuestra historia; ¿qué importa, pues, si algunos son olvidados más pronto que otros, o si se causa que algunos nunca hayan existido?»

»Oh, es una sabia perspectiva, comparar las vidas humanas con las vidas de las estrellas. El único problema es que corta por los dos lados. Si a la larga no importa que anulemos miles de millones de vidas para salvar a nuestros antepasados, entonces a la larga salvar a nuestros antepasados no importará tampoco, ¿así que por qué molestarnos en cambiar el pasado?»

»La única perspectiva que cuenta es la humana —Tagiri lo sabía—. Somos los únicos que cuentan; somos los actores y también el público, todos nosotros. Y los críticos. También somos los críticos.»

La luz de una linterna eléctrica asomó a la vista mientras oía que alguien se acercaba a través de la hierba.

—Esa linterna sólo atraerá a animales que no queremos —dijo.

—Ven a casa —contestó Diko—. Aquí no se está seguro, y papá y yo estamos preocupados.

—¿Por qué debería estar preocupado? Mi vida no existe. Nunca viví.

—Estás viva ahora, y yo también, igual que los cocodrilos.

—Si las vidas individuales no cuentan, ¿entonces por qué molestarnos en volver atrás para mejorarlas? Y si en efecto cuentan, ¿cómo nos atrevemos a potenciar unas por encima de otras?»

—Las vidas individuales cuentan —contestó Diko—. Pero la vida también. La vida como conjunto. Eso es lo que has olvidado hoy. Eso es lo que Manjam y los otros científicos olvidaron también. Hablan de todos esos momentos, separados, sin tocarse, y dicen que son la única realidad. Igual que la única realidad de la vida humana son los individuos, aislados y sin conocerse, sin tocarse en ningún punto. No importa lo cerca que estés, siempre estás separado.

Tagiri sacudió la *cabeza*..

—Esto no tiene nada que ver con lo que me molesta.

—Tiene todo que ver —dijo Diko—. Porque sabes que es mentira. Sabes que los matemáticos se equivocan también respecto a los momentos. Se tocan. Aunque no podamos realmente tocar la causalidad, las conexiones entre los momentos, eso no significa que no sean reales. Y sólo porque cada vez que miras de cerca a la raza humana, a la comunidad, a la familia, lo único que puedes encontrar son individuos separados, eso no significa que la familia no sea también real. Después de todo, cuando miras de cerca una molécula, lo único que ves son átomos. No hay ninguna conexión física entre ellos. Y, sin embargo, la molécula sigue siendo real por la forma en que los átomos se afectan unos a otros.

—Eres tan mala como ellos —dijo Tagiri—, respondiendo a la angustia con analogías.

—Las analogías son todo lo que tengo. La verdad es todo lo que tengo, y nunca es un consuelo. Pero comprender la verdad, eso es lo que tú me enseñaste a hacer. Así que aquí está la verdad. Lo que es la vida humana, para qué sirve, lo que nosotros hacemos es crear comunidades. Algunas son buenas, otras son malas, o algo intermedio. Tú me enseñaste esto, ¿no? Y hay comunidades de comunidades, grupos de grupos y...

—¿Y qué los hace buenos o malos? —demandó Tagiri—. La calidad de las vidas individuales. Las que vamos a eliminar.

—No —dijo Diko—. Lo que vamos a hacer es volver atrás y revisar la comunidad de comunidades definitiva, la raza humana como conjunto, la historia como un todo aquí en este planeta. Vamos a crear una nueva versión de ella, una que dará a los nuevos individuos que la habiten una oportunidad mucho mejor de ser felices, de tener una buena vida. Eso es real, y es bueno, madre. Merece la pena hacerlo.

—Nunca he conocido ningún grupo. Sólo personas. Sólo personas individuales. ¿Por qué debería hacer pagar a esa gente para que esta cosa imaginaria llamada «historia humana» pueda ser mejor? ¿Mejor para quién?

—Pero madre, las personas individuales siempre se sacrifican por el bien de la comunidad. Cuando cuenta lo suficiente, la gente a veces incluso muere, voluntariamente, por el bien de la comunidad de la que se considera parte. ¿Y por

qué? ¿Por qué renunciamos a nuestros deseos individuales, dejándolos sin cumplir, o trabajamos duro en tareas que odiamos o tememos porque otros necesitan que las hagamos? ¿Por qué experimentaste tanto dolor para parirme a mí y a Acho? ¿Por qué renunciaste a todo el tiempo que hizo falta para cuidar de nosotros?

Tagiri miró a su hija.

—No lo sé, pero al escucharte, empiezo a pensar que tal vez mereció la pena. Porque tú sabes cosas que yo no sé. Quería crear a alguien distinto de mí, mejor que yo, y voluntariamente renuncié a parte de mi vida para hacerlo. Y aquí estás. Y estás diciendo que eso es lo que la gente de nuestro tiempo hará a la gente de la nueva historia que creemos. Que nos sacrificaremos para crear su historia, como los padres se sacrifican para crear hijos sanos y felices.

—Sí, madre —dijo Diko—. Manjam está equivocado. La gente que envió esa visión a Colón existió. Fueron los padres de nuestra época; nosotros somos sus hijos. Y ahora nosotros seremos los padres de otra era.

—Lo que sólo demuestra que siempre pueden encontrarse las palabras adecuadas para que las cosas más terribles parezcan nobles y hermosas, para poder sobrevivir a hacerlas.

Diko miró a Tagiri en silencio durante un largo instante. Luego arrojó la linterna eléctrica a los pies de su madre y se perdió en la noche.

Isabel temía el encuentro con Talavera. Iban a tratar de Cristóbal Colón, por supuesto. Eso debía significar que habían llegado a una conclusión.

—Es una tontería por mi parte, ¿no os parece? —le dijo a Doña Felicia—. Sin embargo, me preocupa tanto este veredicto como si yo fuera la juzgada.

Doña Felicia murmuró algo intrascendente.

—Quizás estoy siendo juzgada.

—¿Qué corte en la Tierra puede juzgar a una reina, majestad? —preguntó Doña Felicia.

—Ése es mi argumento —dijo Isabel—. Sentí, cuando Cristóbal habló aquel primer día en la corte, hace tantos años que la Santa Madre me estaba ofreciendo algo dulce y muy hermoso, un fruto de su propio jardín, una baya de su propia enredadera.

—Es un hombre fascinante, majestad.

—No me refiero a él, aunque lo considero un hombre amable y fervoroso. —Lo que Isabel nunca haría era dar la impresión de que miraba a otro hombre que no fuera su esposo con algo que se pareciera al deseo—. No, quiero decir que la Reina del Cielo me estaba dando la oportunidad de abrir una enorme puerta que llevaba mucho tiempo cerrada.

Suspiró.

—Pero ni siquiera el poder de las reinas es infinito. No tenía barcos que ofrecer y

el coste de decir que sí al instante habría sido demasiado grande. Ahora Talavera ha decidido, y me temo que esté a punto de cerrar una puerta cuya llave sólo se me habrá dado en esa ocasión. Ahora pasará a otra mano y yo lo lamentaré para siempre.

—El cielo no puede condenar a vuestra majestad por no hacer lo que no estaba en su mano —dijo Doña Felicia.

—No me preocupa en este momento la condenación del cielo. Eso es algo entre mis confesores y yo.

—Oh, majestad, no quise decir que os enfrentarais a ningún tipo de condena del...

—No, no, Doña Felicia, no os preocupéis. No considero vuestra observación más que como una amabilísima muestra de confianza.

Felicia, aún agitada, se levantó para atender a la puerta. Era el padre Talavera.

—¿Queréis esperar junto a la puerta, Doña Felicia? —preguntó Isabel.

Talavera hizo un reverencia sobre su mano.

—Majestad, estoy a punto de pedir al padre Maldonado que escriba el veredicto.

El peor resultado posible. Isabel oyó la puerta del cielo cerrarse con fuerza a sus espaldas.

—¿Por qué hoy precisamente? —le preguntó—. ¿Lleváis todos estos años examinando a ese Colón y de repente hoy es una emergencia que debe ser decidida de inmediato?

—Creo que sí.

—¿Y por qué es eso?

—Porque la victoria en Granada se acerca.

—Oh, ¿os ha hablado Dios de eso?

—Vos también lo sentís. No Dios, naturalmente, sino su majestad el rey. Hay nueva energía en él. Está haciendo el esfuerzo final y sabe que tendrá éxito. El verano próximo. A finales de 1491, toda España estará libre del moro.

—¿Y eso significa que debéis resolver el asunto del viaje de Colón ahora?

—Significa que alguien que desea hacer algo tan audaz debe a veces proceder con mucha cautela. Imaginad, si queréis, qué ocurriría si nuestro veredicto fuera positivo. Adelante, majestad, decimos. Este viaje es digno de éxito. ¿Y entonces qué? De inmediato Maldonado y sus amigos buscarán los oídos del rey y criticarán el viaje. Y hablarán con muchos otros, de modo que el viaje pronto será considerado una locura. En particular, la locura de Isabel.

Ella alzó una ceja.

—Sólo digo lo que sin duda se dirá por parte de los corazones maliciosos. Ahora imaginad que se alcanzara el veredicto cuando la guerra termine, y su majestad el rey pueda dedicar toda su atención al asunto. El tema del viaje podría fácilmente convertirse en un obstáculo en las relaciones entre los dos reinos.

—Ya veo que, según vuestra opinión, apoyar a Colón será desastroso —dijo ella.

—Ahora imaginad, majestad, que el veredicto es negativo. De hecho, que el propio Maldonado lo escribe. A partir de ese punto, Maldonado no tiene nada de lo que chismorrear. No habrá comentarios.

—Tampoco habrá viaje alguno.

—¿No lo habrá? —preguntó Talavera—. Imagino un día en que una reina podría decirle a su esposo: «El padre Talavera vino a verme, y acordamos en que el padre Maldonado debería escribir el veredicto.»

—Pero yo no estoy de acuerdo.

—Imagino a esta reina diciéndole a su esposo: «Acordamos que Maldonado escribiera el veredicto porque sabemos que la guerra con Granada es la preocupación más vital de nuestro reino. No queremos distraeros, ni a vos ni a nadie, de esta santa cruzada contra el moro. Con toda certeza, no queremos dar al rey Juan de Portugal motivos para pensar que estamos planeando ningún viaje por aguas que considera propias. Necesitamos su completa amistad durante esa lucha final con Granada. Así que, aunque en mi corazón no quiero más que aprovechar la oportunidad y enviar a Colón al oeste, para que lleve la cruz a los grandes reinos de Oriente, he descartado este sueño.»

—Qué reina tan elocuente habéis imaginado —dijo Isabel.

—Toda controversia muere. El rey ve a la reina como una estadista de gran sabiduría. También ve el sacrificio que ha hecho por sus reinos y la causa de Cristo. Ahora imaginad que pasa el tiempo. La guerra se gana. En la alegría de la victoria, la reina acude al rey y dice: «Veamos ahora si ese Colón todavía quiere navegar hacia poniente.»

—Y él dirá: «Pensaba que ese asunto estaba resuelto. Creía que los examinadores de Talavera habían puesto fin a todas esas tonterías.»

—Oh, ¿dice eso? —repuso Talavera—. Por fortuna, la reina es bastante hábil y dice: «Oh, pero sabéis que Talavera y yo acordamos que Maldonado escribiera el veredicto. Por bien del esfuerzo de guerra. El asunto nunca fue zanjado en realidad. Muchos de los examinadores pensaban que el proyecto de Colón era digno y tenía una buena posibilidad de éxito. ¿Quién puede saberlo? Lo averiguaremos enviando a Colón. Si vuelve con éxito, sabremos que tenía razón y enviaremos grandes expediciones de inmediato. Si regresa con las manos vacías, lo encarcelaremos por defraudar a la corona. Y si nunca regresa, no perderemos más tiempo con tales proyectos.»

—La reina que imagináis es tan seca —dijo Isabel—. Habla como un clérigo.

—Es mi punto débil. No he oído a suficientes grandes damas en conversaciones privadas con sus maridos.

—Creo que esta reina debería decirle a su esposo: «Si navega y no regresa jamás, habremos perdido un puñado de carabelas. Los piratas toman más que eso cada año.

Pero si navega y tiene éxito, entonces con tres carabelas habremos conseguido más de lo que Portugal ha logrado en un siglo de caros y peligrosos viajes a lo largo de la costa africana.»

—Oh, tenéis razón, eso es mucho mejor. Este rey que imagináis tiene un agudo sentido de la competencia.

—Portugal es una espina en su costado —dijo Isabel.

—¿Así que estáis de acuerdo conmigo en que Maldonado debe escribir el veredicto?

—Olvidáis una cosa.

—¿Y cuál es?

—Colón. Cuando se produzca el veredicto, nos abandonará y se dirigirá a Francia o Inglaterra. O Portugal.

—Hay dos motivos por los que no lo hará, majestad.

—¿Y son?

—Primero, Portugal tiene a Dias y la ruta africana a las Indias, y da la casualidad de que sé que los primeros contactos de Colón con París y Londres, a través de intermediarios, no recibieron ningún apoyo.

—¿Ya ha recurrido a otros reyes?

—Después de los primeros cuatro años —dijo Talavera secamente—, su paciencia empezó a agrietarse un poco.

—¿Y el segundo motivo por el que Colón no abandonará España entre el veredicto y el final de la guerra con Granada?

—Será informado por carta del veredicto de los examinadores. Y esa carta, aunque no contendrá ninguna promesa, le dará a entender que cuando la guerra termine el asunto volverá a ser abierto.

—¿El veredicto cierra la puerta, pero la carta abre la ventana?

—Un poquito. Pero si conozco a Colón, esa leve rendija en la ventana será suficiente. Es un hombre de grandes esperanzas y gran tenacidad.

—¿He de entender, padre Talavera, que vuestro veredicto personal es a favor del viaje?

—En absoluto. Si tuviera que juzgar qué visión del mundo es más correcta, creo que estaría a favor de Ptolomeo y Maldonado. Pero serían suposiciones, porque nadie lo sabe y nadie puede saberlo con la información que ahora tenemos.

—¿Entonces por qué venís aquí hoy con todas esas sugerencias?

—Pienso en ellas como imaginaciones, majestad. No me atrevería a sugerir nada. —Sonrió—. Mientras los demás han estado tratando de determinar qué es correcto, yo he estado pensando más en la línea de lo que es bueno y adecuado. He estado pensando en san Pedro bajando de la barca y caminando sobre el agua.

—Hasta que dudó.

—Y entonces fue alzado por la mano del Salvador.

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas.

—¿Pensáis que Colón podría estar lleno del Espíritu de Dios?

—La Doncella de Orleans era o bien una santa o bien una loca.

—O una bruja. La quemaron como a tal.

—Mi argumento exactamente. ¿Quién podría saber, con seguridad, si Dios estaba con ella? Y, sin embargo, al poner su confianza en ella como servidora de Dios, los soldados de Francia expulsaron a los ingleses de un campo de batalla tras otro. ¿Y si hubiera estado loca, qué? ¿Entonces qué? Habrían perdido una batalla más. ¿Qué diferencia habría habido? Ya . habían perdido muchas.

—Así, si Colón está loco sólo perderemos unas pocas carabelas, un poco de dinero, un viaje en balde.

—Además, si conozco a su majestad el rey, sospecho que encontrará un medio de conseguir los barcos por poco dinero.

—Dicen que si pellizcáis las monedas que tienen su cara, se quejan.

Los ojos de Talavera se ensancharon.

—¿Alguien os ha contado ese chiste?

Ella bajó la voz. Hablaban ya tan bajo que Doña Felicia no podía oírlos; con todo, él se inclinó hacia la reina para poder escuchar su leve susurro.

—Padre Talavera, sólo entre vos y yo, cuando ese chiste se contó por primera vez, yo estaba presente. De hecho, cuando ese chiste se contó por primera vez, yo estaba hablando.

—Trataré eso con todo el secreto de una confesión.

—Sois un buen sacerdote, padre Talavera. Traedme el veredicto del padre Maldonado. Decidle que no sea demasiado cruel.

—Majestad, le diré que sea amable. Pero la amabilidad del padre Maldonado puede dejar cicatrices.

Diko llegó a casa y encontró a sus padres despiertos, vestidos, sentados en la habitación principal, como si se dispusieran a ir a alguna parte. Resultó que así era.

—Manjam ha pedido vernos.

—¿A esta hora? —preguntó Diko—. Id entonces.

—Quiere vernos a todos —dijo su padre—. Tú estás incluida.

Se reunieron en una de las salas más pequeñas de Vigilancia del Pasado, diseñada para ofrecer una visión óptima de las pantallas holográficas del TruSite II. Sin embargo, a Diko no se le ocurrió que Manjam hubiera escogido la sala por nada que no fuera intimidad. ¿Qué necesitaría del TruSite II? No pertenecía a Vigilancia. Era un renombrado matemático, pero eso significaba que el mundo real no tenía para él ninguna utilidad. Su herramienta era un ordenador para manipular números. Y, por

supuesto, su propia mente. Después de que llegaran Hassan, Tagiri y Diko, Manjam los hizo esperar un instante más a Hunahpu y Kemal. Luego todos se sentaron.

—Debo comenzar con una disculpa —dijo Manjam—. Me doy cuenta, en retrospectiva, que mi explicación de los efectos temporales fue inepta en grado extremo.

—Al contrario —contestó Tagiri—. No podría haber sido más clara.

—No pido disculpas por falta de claridad. Pido disculpas por falta de empatía. No es una de las cosas en las que los matemáticos tengamos mucha práctica. Pensé que contaros que nuestro tiempo dejaría de ser real os supondría un alivio. Para mí lo sería, ¿sabéis? Pero claro, yo no me paso la vida contemplando la historia. No comprendo la gran... compasión que llena aquí vuestras vidas. A ti especialmente, Tagiri. Ahora sé lo que debería haber dicho. Que el final será indoloro. No habrá ningún cataclismo. No habrá ninguna sensación de pérdida. No habrá ninguna lamentación. En cambio, habrá una nueva Tierra. Un nuevo futuro. Y en este nuevo futuro, a causa de los sabios planes que Diko y Hunahpu han trazado, habrá mayores posibilidades de felicidad y culminación que en nuestro propio tiempo. Seguirá habiendo infelicidad, pero no será tan penetrante. Eso es lo que debería haber dicho. Que conseguiréis borrar mucha tristeza, mientras que no crearéis ninguna nueva fuente de ella.

—Sí —dijo Tagiri—, tendrías que haber dicho eso.

—No estoy acostumbrado a hablar en términos de tristeza y felicidad. No hay ninguna matemática de la tristeza, ¿sabéis? No existe en mi vida profesional. Y, sin embargo, me preocupa. —Manjam suspiró—. Más de lo que creéis.

Algo de lo que dijo hizo sonar una nota falsa en la mente de Diko.

Farfulló la pregunta en cuanto advirtió qué era.

—Hunahpu y yo no hemos terminado ningún plan.

—¿No? —dijo Manjam. Extendió las manos hacia el Tru-Site II, y para sorpresa de Diko manipuló los controles como un experto. De hecho, casi de inmediato recuperó una pantalla de control que Diko nunca había visto antes e introdujo una clave doble. Momentos después, la pantalla holográfica cobró vida.

En la pantalla, para su asombro, Diko se vio a sí misma y a Hunahpu.

—No es suficiente detener a Cristóforo —decía Diko en la pantalla—. Tenemos que ayudarle a él y a su tripulación en La Española a desarrollar una nueva cultura en combinación con los tainos. Un nuevo cristianismo que se adapte a los indios como se adaptó a los griegos en el siglo segundo. Pero tampoco eso es suficiente.

—Esperaba que lo vieras así —contestó Hunahpu en la pantalla—. Porque tengo la intención de ir a México.

—¿México? ¿Qué quieres decir?

—¿No era ése tu plan?

—Iba a decir que necesitamos desarrollar tecnología rápidamente, hasta el punto en que la nueva cultura híbrida pueda equipararse con la europea.

—Sí, eso es lo que pensaba que ibas a decir. Pero por supuesto eso no puede hacerse en la isla de Haití. Oh, los españoles lo intentarán, pero los tainos simplemente no están preparados para recibir ese nivel de tecnología. Seguirá siendo española, y eso significa una permanente división de clases entre los cuidadores blancos de las máquinas y la clase trabajadora de piel oscura. No es sano.

Manjam detuvo la pantalla. Las imágenes de Diko y Hunahpu se congelaron.

Diko miró a los demás y vio que el miedo y la furia de sus ojos se equiparaba con lo que ella sentía.

—Se supone que estas máquinas no pueden ver nada más reciente que lo sucedido hace un centenar de años —dijo Hassan.

—Normalmente no pueden —respondió Manjam.

—¿Por qué sabe un matemático utilizar el TruSite? —preguntó Hunahpu—. Vigilancia del Pasado ya ha duplicado todas las notas privadas perdidas de los grandes matemáticos de la historia.

—Esto es una intolerable violación de la intimidad —dijo Kemal gélidamente.

Diko estaba de acuerdo, pero saltó de inmediato a la pregunta más importante.

—¿Quién eres realmente, Manjam?

—Oh, soy Manjam. Pero no, no protestes, comprendo tu verdadera pregunta. — Los observó a todos tranquilamente durante un instante—. No hablamos sobre lo que hacemos, porque la gente no lo entendería. Pensaría que somos una especie de grupo secreto que gobierna el mundo a puerta cerrada, nada podría estar más lejos de la verdad.

—Eso me tranquiliza por completo —dijo Diko.

—No hacemos nada político. ¿Comprendéis? No interferimos en el gobierno. Nos preocupa mucho lo que hacen los gobiernos, pero cuando queremos conseguir algún objetivo, actuamos abiertamente. Escribo a un funcionario del gobierno como yo mismo, como Manjam. O aparezco en una emisión. Haciendo públicas mis opiniones. ¿Veis? No somos un gobierno secreto en la sombra. No tenemos ninguna autoridad sobre las vidas humanas.

—Y, sin embargo, nos espiáis.

—Monitorizamos todo lo que es interesante e importante en el mundo. Y como tenemos el TruSite II, podemos hacerlo sin enviar espías o hablar abiertamente con nadie. Sólo observamos, y luego, cuando algo es importante o valioso, animamos.

—Sí, sí —dijo Hassan—. Estoy seguro de que sois nobles y muy amables en vuestro papel de dioses. ¿Quiénes son los otros?

—Yo soy el que ha acudido a vosotros —dijo Manjam.

—¿Y por qué nos muestras esto? ¿Por qué nos lo cuentas? —preguntó Tagiri.

—Porque tenéis que comprender que sé de qué estoy hablando. Y tengo que mostraros algunas cosas antes de que comprendáis por qué vuestro proyecto ha sido potenciado, por qué no habéis tenido ninguna interferencia, por qué se os ha permitido unir a tanta gente desde el momento en que descubristeis, Tagiri y Hassan, que podemos volver atrás y afectar el pasado. Y sobre todo desde que tú, Diko, descubriste que alguien lo había hecho ya, cancelando su propio tiempo para crear un nuevo futuro.

—Entonces, muéstranoslo —dijo Hunahpu.

Manjam tecló las nuevas coordenadas. La pantalla cambió. Era una vista aérea de larga distancia de un enorme llano de piedra con sólo unas cuantas plantas desérticas diseminadas, a excepción de hierba y gruesos árboles junto a las riberas de un ancho río.

—¿Qué es esto, el Proyecto Sahara? —preguntó Hassan.

—Es el Amazonas —dijo Manjam.

—No —murmuró Tagiri—. ¿Tan mal aspecto tenía antes de que comenzara la restauración?

—No comprendéis —insistió Manjam—. Esto es el Amazonas ahora mismo. O, técnicamente hablando, hace unos quince minutos.

La imagen se movió rápidamente, kilómetro a kilómetro a lo largo del río, y nada cambió hasta que por fin, después de lo que podrían haber sido mil quinientos kilómetros, vieron las escenas familiares de los informativos: el denso bosque tropical del proyecto de restauración. Pero en sólo unos instantes atravesaron toda la jungla y volvieron al suelo rocoso donde apenas crecía nada. Y así continuó, hasta la desembocadura del río en el océano.

—¿Eso es todo? ¿Eso es el bosque tropical del Amazonas? —preguntó Hunahpu.

—Pero ese proyecto lleva en marcha cuarenta años —dijo Hassan.

—No era tan malo cuando empezaron —dijo Diko.

—¿Nos han estado mintiendo? —preguntó Tagiri.

—Veamos —dijo Manjam—. Todos habéis oído hablar de la terrible pérdida de la capa superior del suelo. Todos sabéis que, con la desaparición de los bosques, la erosión se volvió incontrolada.

—Pero estaban plantando hierba.

—Y se murió —dijo Manjam—. Están trabajando en una nueva especie que pueda vivir con la escasez de nutrientes importantes. No pongáis esa cara. La naturaleza está de nuestro lado. Dentro de diez mil años el Amazonas habrá vuelto a la normalidad.

—Eso es más tiempo que... más antiguo que la civilización.

—Un mero hipido en la historia ecológica de la Tierra. Simplemente, hace falta tiempo para que se traiga nuevo suelo de los Andes y se acumule en las riberas del

río, donde las hierbas y los árboles sobrevivan y gradualmente vayan ampliándose. Al ritmo de unos seis a diez metros al año para la hierba, con suerte. También sería una gran ayuda si hubiera algunas inundaciones masivas de vez en cuando, para esparcir nuevo suelo. Un nuevo volcán en los Andes estaría bien... las cenizas serían muy útiles. Y las perspectivas de que uno entre en erupción en los próximos diez mil años son muy buenas. Y luego siempre está la tierra que cruza el Atlántico desde África, empujada por los vientos. ¿Veis? Nuestras perspectivas son buenas.

Las palabras de Manjam eran alegres, pero Diko estaba segura de que estaba siendo irónico.

—¿Buenas? Esa tierra está muerta.

—Oh, bueno, sí, por ahora.

—¿Qué hay de la restauración del Sahara? —preguntó Tagiri.

—Va muy bien. Buen progreso. Yo calculo que nos quedan unos quinientos años.

—¡Quinientos! —exclamó Tagiri.

—Eso es suponiendo que haya un gran aumento de lluvias, por supuesto. Pero nuestra predicción meteorológica va muy bien a nivel climático. Tú trabajaste en parte de ese proyecto cuando eras estudiante, Kemal.

—Hablábamos de restaurar el Sahara en cien años.

—Bueno, sí, y eso sucedería si pudiéramos continuar manteniendo tantos equipos en marcha. Pero eso no será posible dentro de otros diez años.

—¿Por qué no?

Otra vez la pantalla cambió. El océano en una tormenta, golpeando contra un dique. Lo rompió. Una pared de agua inundó.... ¿campos de grano?

—¿Dónde es eso? —demandó Diko.

—Sin duda habéis oído hablar de la rotura del dique de Carolina. En América.

—Eso fue hace cinco años.

—Cierto. Muy desafortunado. Perdimos las islas de la barrera costera hace cincuenta años, con la subida del océano. Esta sección de la costa este norteamericana dejó de producir tabaco y madera para dedicarse al grano, para así sustituir a las granjas que desaparecieron con la sequía de la pradera norteamericana. Ahora hay multitud de hectáreas bajo el agua.

—Pero estamos haciendo progresos para reducir los gases invernadero —dijo Hassan.

—Así es. Pensamos que, con seguridad, podremos reducir el efecto invernadero significativamente dentro de unos treinta años. Pero para entonces, veréis, no queremos reducirlos.

—¿Por qué no? —preguntó Diko—. Los océanos están subiendo a medida que los casquetes polares se funden. Tenemos que detener el calentamiento global.

—Nuestros estudios climáticos muestran que ese problema se corregirá solo. El

calor superior y el aumento del área superficial del océano producirán una evaporación significativamente superior y diferenciales de temperatura en todo el mundo. La capa de nubes aumenta, lo que eleva el albedo de la Tierra. Pronto reflejaremos más luz solar que nunca, incluso que antes de la última edad de hielo.

—Pero los satélites climatológicos... —dijo Kemal.

—Impiden que los extremos sean insoportables en cualquier localización. ¿Cuánto piensas que pueden durar esos satélites?

—Pueden ser sustituidos cuando se agoten —dijo Kemal.

—¿De veras? —preguntó Manjam—. Ya estamos retirando a la gente de las fábricas para que trabajen en los campos. Pero eso no ayudará de verdad porque ya estamos cultivando casi el ciento por ciento de la tierra donde queda alguna capa superficial de suelo. Y como hemos estado labrando a máximo nivel desde hace algún tiempo, ya empezamos a advertir los efectos del aumento de la capa de nubes... menos cosechas por hectárea.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Diko—. ¿Que ya es demasiado tarde para restaurar la Tierra?

Manjam no respondió. En cambio, hizo aparecer en la pantalla una gran región llena de silos de grano. Acercó la imagen y vieron el interior de todos ellos.

—Vacíos —murmuró Tagiri.

—Estamos consumiendo nuestras reservas —dijo Manjam.

—¿Pero por qué no estamos racionando?

—Porque los políticos no pueden hacer eso hasta que la gente como conjunto vea que se trata de una emergencia. Ahora mismo, no lo ve.

—¡Entonces hay que advertirla! —dijo Hunahpu.

—Oh, las advertencias están ahí. Y dentro de poco la gente empezará a pensar al respecto. Pero no hará nada, por el sencillo motivo de que no hay nada que se pueda hacer. Las cosechas continuarán menguando.

—¿Qué hay del océano? —preguntó Hassan.

—El océano tiene sus propios problemas. ¿Qué quieres que hagamos, que recolectemos todo el plancton para que también el océano muera? Pescamos todo lo que nos atrevemos. Ahora mismo estamos al máximo. Un poco más, y dentro de diez años nuestra producción se reducirá a una diminuta fracción de la actual. ¿No lo veis? El daño que causaron nuestros antepasados fue demasiado grande. No está en nuestra mano detener las fuerzas que llevan ya siglos en marcha. Si empezáramos a racionar ahora mismo, eso significaría que hambrunas devastadoras comenzarían dentro de veinte años en lugar de seis. Pero por supuesto no empezaremos a racionar hasta la primera hambruna. E incluso entonces, las zonas que están produciendo comida suficiente se volverán reacias a tener que pasar hambre para alimentar a gente que se encuentra en lugares remotos. Ahora mismo sentimos que todos los seres humanos

son una tribu, de modo que no hay nadie con hambre en ninguna parte. ¿Pero cuánto tiempo creéis que durará, cuando la gente que produce alimentos oiga a sus hijos suplicar pan y los barcos se lleven el grano a otras tierras? ¿Cómo creéis que conseguirán entonces los políticos contener las fuerzas sociales que agitan el mundo?

—¿Entonces qué es lo que está haciendo tu inexistente grupo? —preguntó Hassan.

—Nada. Como decía, los procesos han llegado demasiado lejos. Nuestra proyección más favorable muestra el derrumbe del actual sistema dentro de treinta años. Eso es si no hay guerras. Simplemente no habrá comida suficiente para mantener a la población actual, ni siquiera a una diminuta fracción de ella. No se puede mantener la economía industrial sin una base agrícola que produzca mucha más comida que la necesaria para mantener a los productores de alimentos. Así que la industria empieza a derrumbarse. Ahora mismo hay menos tractores. Ahora las fábricas de fertilizantes producen menos, y menos de lo que producen puede ser distribuido porque no pueden mantenerse los transportes. La producción de alimentos cae aún más. Los satélites climatológicos se estropean y no pueden ser sustituidos. Sequía. Inundaciones. Menos tierra en producción. Más muertes. Por tanto, menos industria. Por tanto, menos producción de alimento. Hemos estudiado un millón de escenarios diferentes y no hay ninguno que no nos lleve al mismo sitio. Una población mundial de unos cinco millones antes de que nos estabilicemos. Justo a tiempo para que comience la glaciación. En ese punto la población podría iniciar un declive más lento hasta reducirse a dos millones. Eso es si no hay guerras, desde luego. Todas estas proyecciones están basadas en la suposición de una respuesta completamente dócil. Todos sabemos lo probable que es eso. Lo único que hará falta es una guerra plena en uno de los principales países productores de alimentos y la caída será mucho más grande, con la población estabilizándose a un nivel mucho más bajo.

Nadie pudo decir nada a eso. Todos sabían lo que significaba.

—No todo son malas noticias —dijo Manjam—. La raza humana sobrevivirá. Cuando termine la glaciación, nuestros hijos lejanos empezarán otra vez a construir civilizaciones. Para entonces los bosques tropicales habrán sido restaurados. Los rebaños pastarán de nuevo en las ricas tierras del Sahara y el Rub'al Khali y el Gobi. Por desgracia, todo el hierro fácil de obtener fue sacado del suelo hace años. También el estaño y el cobre. De hecho, uno no puede sino preguntarse de dónde sacarán los metales para salir de la edad de piedra. No puede sino preguntarse cuál va a ser su fuente de energía motriz, con todo el petróleo desaparecido. Hay todavía un pequeño remanente en Irlanda. Y por supuesto los bosques regresarán, así que habrá carbón hasta que quemem todos los bosques y el ciclo comience otra vez.

—¿Estás diciendo que la raza humana no puede volver a levantarse?

—Estoy diciendo que hemos agotado todos los recursos fáciles de encontrar. Los seres humanos están llenos de inventiva. Tal vez encuentren otros caminos para un futuro mejor. Tal vez imaginen cómo fabricar recolectores solares con los escombros de nuestros rascacielos.

—Vuelvo a preguntar —dijo Hassan—. ¿Qué estáis haciendo para impedir esto?

—Y yo vuelvo a contestar, nada. No se puede impedir. Las advertencias son inútiles porque no hay nada que la gente pueda hacer para cambiar su conducta y resolver este problema. La civilización que ahora mismo tenemos no puede ser mantenida ni siquiera durante otra generación. Y la gente se da cuenta. Las tasas de nacimiento caen por todo el mundo. Todos tienen sus propios motivos individuales, pero el efecto acumulativo es el mismo. La gente elige no tener hijos que compitan con ellos por los escasos recursos.

—¿Por qué nos muestras esto, entonces, si no hay nada que podamos hacer? —dijo Tagiri.

—¿Por qué buscaste en el pasado, cuando creías que no había nada que pudieras hacer? —preguntó Manjam, sonriendo sombríamente—. Además, nunca he dicho que no haya nada que vosotros podáis hacer. Sólo que nosotros no podríamos hacerlo.

—Por eso se nos ha permitido investigar el viaje en el tiempo —dijo Hunahpu—. Para que podamos volver e impedir todo esto.

—No teníamos ninguna esperanza, hasta que descubristeis la mutabilidad del pasado —prosiguió Manjam—. Hasta entonces, nuestro trabajo se dirigía a la conservación. Recolectar todo el conocimiento y la experiencia humanos y almacenarlo de alguna manera permanente que pudiera durar oculta al menos diez mil años. Hemos elaborado algunos muy buenos artilugios de almacenamiento compacto. Y algunas guías sencillas y no mecánicas que podrían durar dos o tres mil años. Nunca podríamos hacerlo mejor. Y por supuesto nunca conseguimos recopilar la suma de todo el conocimiento. Lo que tenemos ha sido reescrito como una serie de lecciones fáciles de aprender. Paso a paso a través de la sabiduría adquirida de la raza humana. Ese proyecto duró desde el álgebra a los principios básicos de la genética y luego tuvimos que renunciar a él. Durante la última década nos hemos limitado a recopilar información en los bancos de datos y duplicarla. Tendremos que dejar que nuestros nietos averigüen cómo decodificarlo y sacarle sentido a todo, cuando encuentren los silos donde hemos ocultado el material, si los encuentran. Para eso existe nuestro pequeño grupo. Para preservar la memoria de la raza humana. Hasta que os localizamos a vosotros.

Tagiri estaba llorando.

—Madre —dijo Diko—. ¿Qué ocurre?

Hassan rodeó a su esposa con los brazos y la atrajo hacia sí. Tagiri alzó el rostro manchado de lágrimas y miró a su hija.

—Oh, Diko —dijo—. Durante todos estos años he creído que vivíamos en el paraíso.

—Tagiri es una mujer de sorprendente capacidad de compasión —dijo Manjam—. Cuando la encontramos, la observamos con amor y admiración. ¿Cómo podía soportar el dolor de tantas otras personas? Nunca imaginamos que sería su compasión, y no la inteligencia de nuestros compañeros más inteligentes, lo que finalmente nos conduciría al camino que nos aparte del desastre que se extiende ante nosotros.

Se levantó y se acercó a Tagiri. Se arrodilló ante ella.

—Tagiri, tuve que mostrarte esto, porque temíamos que decidieras detener el Proyecto Colón.

—Ya lo hice. Decidirme, quiero decir.

—Se lo pregunté a los demás. Dijeron que teníamos que mostrártelo. Aunque sabíamos que no lo verías como una tierra reseca o estadísticas o algo seguro y distante y controlable. Verías cada vida perdida, cada esperanza destruida. Oirías las voces de los niños nacidos hoy, a medida que crecieran, maldiciendo la crueldad de sus padres por no haberlos matado en el vientre. Lamento el dolor. Pero tenías que comprender que si de hecho Colón es un fulcro en la historia, y detenerlo abre un camino para crear un nuevo futuro para la raza humana, entonces debemos hacerlo.

Tagiri asintió lentamente. Pero entonces se secó las lágrimas de las mejillas y se enfrentó a Manjam, hablando con furia.

—No en secreto —dijo.

Manjam sonrió débilmente.

—Sí, algunos de nosotros advertimos que pensarías así.

—La gente debe consentir en enviar a alguien atrás para deshacer nuestro mundo. Deben estar de acuerdo.

—Entonces tendremos que esperar a decírselo. Porque si lo preguntáramos hoy, dirían que no.

—¿Cuándo? —preguntó Diko.

—Sabréis cuándo —contestó Manjam—. Cuando empiece el hambre.

—¿Y si entonces soy demasiado viejo para ir? —preguntó Kemal.

—Entonces enviaremos a otro —dijo Hassan.

—¿Y si yo soy demasiado vieja para ir? —preguntó Diko.

—No lo serás —dijo Manjam—. Prepárate. Y cuando tengamos la emergencia encima, cuando la gente vea que sus hijos tienen hambre, que la gente se muere, entonces darán permiso a lo que vayáis a hacer. Porque finalmente tendrán la perspectiva.

—¿Qué perspectiva? —preguntó Kemal.

—Primero tenemos que preservarnos a nosotros mismos, hasta que veamos que

no podemos. Luego trataremos de preservar a nuestros hijos, hasta que veamos que no podemos. Luego actuaremos para preservar a nuestros familiares, y luego nuestra aldea o nuestra tribu, y cuando veamos que tampoco podemos preservarlos, actuaremos para preservar nuestra memoria. Y si no podemos hacer eso, ¿qué nos queda? Finalmente tenemos la perspectiva de tratar de actuar por el bien de la humanidad como conjunto.

—O desesperar —dijo Tagiri.

—Sí, bueno, ésa es la otra opción —respondió Manjam—. Pero no lo veo ya como tal. Y cuando ofrezcamos esta oportunidad a la gente que ve cómo el mundo se desploma a su alrededor, creo que elegirán dejaros hacer el intento.

—Si no están de acuerdo, entonces no lo haremos —dijo Tagiri ferozmente.

Diko no dijo nada, pero también sabía que la decisión ya no estaba en manos de su madre. ¿Por qué debería la gente de una generación tener el derecho de vetar la única oportunidad de salvar el futuro de la raza humana? Pero no importaba. Como decía Manjam, la gente estaría de acuerdo en cuanto viera la muerte y el horror mirándolos cara a cara. Después de todo, ¿para qué habían rezado aquel anciano y aquella mujer en la aldea de Haití, cuando lo hicieron? No por la liberación, no. En su desesperación habían pedido una muerte rápida y piadosa. El Proyecto Colón, al menos, podría proporcionarles eso.

Cristóforo se acomodó y dejó que el padre Pérez y el padre Antonio continuaran su análisis del mensaje de la corte. Lo único que realmente le importó fue cuando el primero le dijo:

—Naturalmente, esto procede de la reina. ¿Pensáis, después de todos estos años, que dejaría que os enviaran un mensaje sin asegurarse de aprobar los términos? El mensaje habla de la posibilidad de un nuevo examen en «un momento más conveniente». Esas cosas no se dicen a la ligera. Los monarcas no tienen tiempo para molestarse por asuntos que ya han cerrado. Ella os invita a molestarla. Por tanto, el asunto no está cerrado.

El asunto no estaba cerrado. Casi deseaba que lo estuviera. Casi deseaba que Dios hubiera elegido a otra persona.

Entonces descartó la idea y dejó que su mente vagara mientras los franciscanos discutían las posibilidades. Daba igual ya cuáles eran los argumentos. Lo único que realmente le importaba a Cristóforo era que Dios y Cristo y la paloma del Espíritu Santo se le aparecieron en la playa y le ordenaron que navegara hacia poniente. Todo lo demás... debía ser cierto, por supuesto, o Dios no le habría dicho que hiciera tal cosa. Pero no tenía nada que ver con él. Estaba obligado a navegar hacia poniente por... por Dios, sí. ¿Y por qué por Dios? ¿Por qué se había vuelto Cristo tan importante en su vida? Otros hombres (incluso miembros de la Iglesia) no dedicaban

sus vidas como lo había hecho él. Perseguían sus ambiciones privadas. Tenían carreras, planeaban sus futuros. Y, extrañamente, parecía que Dios era mucho más amable con aquellos que se preocupaban poco por él, o al menos se preocupaban menos que Cristóforo.

«¿Por qué me preocupo tanto?»

Sus ojos miraban la pared al otro lado de la mesa, pero no veían el crucifijo que allí había. En cambio, un recuerdo cruzó su mente. Su madre acurrucada tras una mesa. Murmurándole, mientras alguien gritaba en la distancia. ¿Era eso un recuerdo? ¿Por qué acudía a él ahora?

«Tuve una madre; el pobre Diego no tuvo ninguna. Y tampoco un padre, en realidad. Me escribe que está cansado de La Rábida. Pero ¿qué puedo hacer? Si tengo éxito en mi misión, entonces su fortuna estará labrada, será hijo de un gran hombre y por tanto será también un gran hombre. Y si fracaso, al menos tendrá una buena educación, cosa que nadie puede hacer mejor que los buenos sacerdotes franciscanos. Nada de lo que viera o escuchara conmigo en Salamanca (o adondequiera que vaya a continuación en persecución de reyes o reinas) le prepararía para nada en la vida que probablemente llevará.»

Gradualmente, a medida que los pensamientos de Colón se convertían en sopor, se dio cuenta de que debajo del crucifijo había una muchacha de piel oscura, vestida de forma sencilla pero alegre, que le observaba atentamente. Sabía que ella no estaba realmente allí, porque aún veía el crucifijo en la pared tras ella. Debía ser muy alta, pues el crucifijo estaba colgado muy arriba. «¿Por qué sueño con mujeres de piel negra? —pensó Colón—. Sólo que no estoy soñando, porque no estoy dormido. Aún puedo oír al padre Pérez y al padre Antonio discutiendo sobre algo. Que el padre Pérez acuda a ver a la reina. Bueno, es una idea. ¿Por qué me está observando esa muchacha?

»¿Es esto una visión? —se preguntó, aturdido—. No es tan clara como la de la playa. Y desde luego no es Dios. ¿Podría proceder de Satán la visión de una mujer negra? ¿Es eso lo que estoy viendo? ¿La perra de Satán?

»No con un crucifijo visible detrás. Esta mujer es como cristal, cristal negro. Puedo ver dentro de ella. Hay un crucifijo dentro de su cabeza. ¿Significa eso que sueña con volver a crucificar a Cristo? ¿O que el Hijo de María habita también en su mente? No soy bueno con las visiones y sueños. Necesito más claridad en esto.

»Así que si habéis enviado esto, Dios, y si pretendéis algo con ello, no lo comprendo bien y tendréis que aclararme mucho más las cosas.»

Como por respuesta, la muchacha negra se desvaneció y Cristóforo se dio cuenta de que alguien más se movía en un rincón de la sala. Alguien que no era transparente; alguien sólido y real. Un joven, alto y guapo, pero con ojos dubitativos e inseguros. Se parecía a Felipa. Mucho. Como si ella habitara en él, un continuo reproche a

Cristóforo, una continua súplica. «Te amé, Felipa. Pero amé más a Cristo. Eso no puede ser pecado, ¿no? Háblame, Diego. Di mi nombre. Exige lo que es tuyo por derecho: mi atención, mi respeto por ti. No te quedes ahí esperando débilmente. Esperando una migaja de mi mesa. ¿No sabes que los hijos deben ser más fuertes que sus padres, o el mundo morirá?»

Él no dijo nada.

«No todos los hombres tienen que ser fuertes —pensó Cristóforo—. Ya es bastante con que algunos sean sencillamente buenos. Es suficiente que yo ame a mi hijo, que él sea bueno. Yo seré fuerte por los dos. Tengo suficiente fuerza para sostenerte también.»

—Diego, hijo mío —dijo Cristóforo.

Entonces el niño pudo hablar.

—Oí voces.

—No quería despertarte.

—Pensé que era otro sueño.

—Sueña a menudo con vos —susurró el padre Pérez.

—Yo sueño contigo, hijo mío —dijo Cristóforo—. ¿También tú sueñas conmigo?

Diego asintió, sin que sus ojos se apartaran jamás del rostro de su padre.

—¿Crees que el Espíritu Santo nos da esos sueños, para que no olvidemos el gran amor que sentimos el uno por el otro?

Volvió a asentir. Entonces se acercó a su padre, inseguro al principio; pero luego, cuando Cristóforo se puso en pie y extendió los brazos, las zancadas del niño se hicieron más seguras. Y cuando se abrazaron, Cristóforo se sorprendió de lo alto que se había vuelto, de lo largos que eran sus brazos, de lo fuerte que era. Lo *abrazó*, durante largo rato.

—Me han dicho que eres bueno dibujando, Diego.

—Sí, lo soy.

—Muéstramelo.

Mientras se dirigían a la habitación de Diego, Cristóforo le habló.

—Yo también vuelvo a dibujar. Quintanilla me dejó sin fondos hace un par de años, pero le engañé. No me marché. Dibujo mapas para la gente. ¿Has dibujado alguna vez un mapa?

—El tío Bartolomé vino y me enseñó a hacerlo. He hecho un mapa del monasterio. ¡Hasta con las ratoneras!

Se rieron juntos mientras subían las escaleras.

—Esperamos y esperamos —dijo Diko—. Y no nos hacemos más jóvenes.

—Kemal sí —dijo Hunahpu—. Hace ejercicio constantemente. Olvidando sus otros estudios.

—Tiene que ser lo bastante fuerte para nadar bajo los barcos y colocar las cargas.

—Creo que deberíamos contar con un hombre más joven.

Diko sacudió la cabeza.

—¿Y si tiene un ataque al corazón, lo has pensado? Lo enviamos atrás en el tiempo para detener a Colón y se muere en el agua. ¿De qué nos sirve? Yo estaré entre los zapotecas. ¿Pondrás tú las cargas y mantendrás a Colón allí? ¿O regresará a Europa y hará que todos nuestros esfuerzos sean en balde?

—Sólo con ir conseguiremos algo. Estaremos infectados con los virus, recuérdalo.

—Para que el Nuevo Mundo sea inmune a la viruela y el sarampión. Y eso significa que más gente sobrevivirá para disfrutar de muchos años de esclavitud.

—Los españoles no estaban tan adelantados, tecnológicamente hablando. Y sin las plagas para hacerlos creer que los dioses han llegado, la gente no perderá valor. Hunahpu, no podemos evitar que las cosas mejoren un poco, al menos hasta cierto grado. Pero Kemal no fracasará.

—No —dijo Hunahpu—. Es como tu madre. Nunca menciona la muerte.

Diko se rió con amargura.

—Nunca la menciona, pero la planea todo el tiempo.

—¿Planea el qué?

—No ha hablado de ello durante años. Sólo se lo oí decir como un pensamiento a medio formar, y luego simplemente decidió hacerlo.

—¿Qué?

—Morir.

—¿Qué quieres decir?

—Estuvo hablando allá por... oh, hace una eternidad. Sobre cómo el hundimiento de un barco es una desgracia. Dos barcos es una tragedia. Tres barcos es un castigo de Dios. ¿Qué pasará si Colón piensa que Dios está contra él?

—Bueno, eso es un problema. Pero los barcos tienen que desaparecer.

—Escucha, Hunahpu. Él continuó. Dijo: «Si supieran que fue un turco quien voló los barcos. El infiel. El enemigo de Cristo.» Luego se echó a reír. Y después dejó de hacerlo.

—¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Porque él decidió no hacerlo. Pero pensé que deberías comprender por qué no se toma en serio todos los otros aprendizajes. No espera vivir lo bastante para necesitarlos. Lo único que necesita es habilidad atlética, conocimiento de explosivos y suficiente español, latín o lo que sea que hablen los hombres de Colón para decirles que fue él quien voló los barcos, y que lo hizo en nombre de Alá.

—¿Y entonces se matará?

—¿Bromeas? Por supuesto que no. Dejará que los cristianos lo hagan.

—No será agradable.

—Pero iré derecho al cielo. Muerto por el Islam.

—¿De verdad es creyente? —preguntó Hunahpu.

—Eso piensa mi padre. Dice que cuanto más viejo te haces, más crees en Dios, no importa el rostro que tenga.

El doctor entró en la habitación, sonriendo.

—Todo muy excelente, como os dije. Vuestras cabezas están llenas de cosas interesantes. ¡Nadie en toda la historia ha contenido tanto conocimiento en su cabeza como vosotros y Kemal!

—Conocimiento y bombas de tiempo electromagnéticas —dijo Hunahpu.

—Sí, bueno, es cierto que cuando se dispare el mecanismo señalizador podría causar cáncer después de varias décadas de exposición. Pero no señalará hasta dentro de cien años, así que pienso que sólo seréis huesos en la tierra y el cáncer no os resultará un gran problema.

Se echó a reír.

—Creo que es un morbo —dijo Hunahpu.

—Todos lo son —contestó Diko—. Es una de las asignaturas de la facultad de medicina.

—Salvad el mundo, jóvenes. Haced que sea un mundo nuevo y muy bueno para mis hijos.

Durante un horrible instante Diko pensó que el doctor no comprendía que, cuando se marcharan, sus hijos serían borrados, como todo el mundo en este tiempo condenado. Si tan sólo los chinos hicieran un esfuerzo por enseñar inglés a la gente para que así comprendieran lo que decía el resto del mundo...

Al ver la consternación en sus rostros, el médico volvió a echarse a reír.

—¿Creéis que soy tan listo que puedo poner huesos falsos en vuestros cráneos, pero tan tonto que no comprendo? ¿No sabéis que los chinos eran listos cuando todos los demás pueblos eran estúpidos? Cuando vayáis al pasado, jóvenes, decidle a toda la gente del nuevo futuro que son mis hijos. Y cuando oigan vuestros huesos falsos hablarles, entonces encontrarán los registros, sabrán de mí y de toda la otra gente. Así nos recordarán. Sabrán que somos sus antepasados. Es muy importante. Sabrán que somos sus antepasados, y nos recordarán.

Hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

—Me duele la cabeza —dijo Diko—. ¿No te parece que podrían darnos más drogas?

Santángel desvió la mirada de la reina y se fijó en sus libros, tratando de adivinar qué querían los monarcas de él.

—¿Puede permitirse el reino este viaje? ¿Tres carabelas, provisiones, una

tripulación? La guerra con Granada ha terminado. Sí, el tesoro puede permitírselo.

—¿Fácilmente? —preguntó el rey Fernando.

Así que realmente esperaba detener el asunto por motivos financieros. Todo lo que Santángel tenía que decir era: «No, no fácilmente, ahora sería un sacrificio», y entonces el rey diría: «Esperemos pues a una ocasión mejor», y el tema nunca volvería a tocarse.

Santángel ni siquiera miró a la reina, pues un cortesano sabio nunca permitía que pareciera que, antes de poder contestar a uno de los monarcas, tenía que mirar al otro en busca de algún tipo de señal. Sin embargo, vio por el rabillo del ojo que ella se aferraba a los brazos del trono. «Le preocupa esto, —pensó—. Le concierne. Al rey no le importa. Le molesta, pero tampoco siente pasión por ello.»

—Majestad —dijo Santángel—, si tenéis alguna duda sobre la capacidad del tesoro para sufragar el viaje, me alegraré de sufragarlo yo mismo.

Un susurro recorrió la corte, y luego se alzó un bajo murmullo. De un solo golpe, Santángel había cambiado todo el ambiente. Si había una cosa de lo que la gente estuviera segura era de que Luis de Santángel sabía cómo ganar dinero. Era uno de los motivos por los que el rey Fernando confiaba completamente en él en asuntos financieros. No tenía que engañar al tesoro para ser rico: era extravagantemente adinerado cuando llegó al cargo y tenía la habilidad de ganar aún más fácilmente sin tener que convertirse en un parásito de la corte real. Así que si se sentía tan entusiasmado por el viaje como para ofrecerse a sufragarlo él mismo...

El rey sonrió ligeramente.

—¿Y si aceptamos vuestra generosa oferta?

—Sería un gran honor si su majestad me permitiera relacionar mi nombre con el viaje del señor Colón.

La sonrisa del rey se desvaneció. Santángel sabía por qué. El rey era muy sensible a cómo lo percibía la gente. Ya era bastante malo que tuviera que pasarse la vida en este delicado equilibrio con una reina gobernante para asegurar una pacífica unificación de Castilla y Aragón cuando uno de ellos muriera. No le gustaba imaginar los chismorreos. El rey Fernando no pagaría el viaje. Sólo Luis de Santángel tenía la previsión de hacerlo.

—Vuestra oferta es generosa, amigo mío —dijo el rey—. Pero Aragón no escabulle su responsabilidad.

—Ni Castilla —dijo la reina. Sus manos se relajaron.

«¿Sabía que la noté tensa antes? ¿Fue una señal deliberada?»

—Reunid un nuevo consejo de examinadores —concluyó el rey—. Si su veredicto es positivo, concederemos a este viaje sus carabelas.

Y así comenzó de nuevo, o eso parecía. Santángel, que observaba desde la distancia, pronto advirtió que esta vez el final estaba resuelto. En vez de años, duró

semanas. En nuevo consejo incluyó a la mayoría de los valedores de Colón del grupo anterior, y pocos de los teólogos conservadores que tan vehementemente se habían opuesto a él. No fue ninguna sorpresa que hicieran un examen de las propuestas de Colón para cubrir las apariencias y regresaran con un veredicto favorable. Sólo faltaba que la reina llamara a Colón a la corte y se lo comunicara.

Tras todos estos años de espera, después de que apenas meses antes pareciera que todo era en vano, Santángel esperaba que Colón se alegrara al oír la noticia. Se presentó en la corte y en vez de aceptar agradecido la misión de la reina, empezó a fijar demandas. Era increíble. Primero, este plebeyo quería un título nobiliario por la encomienda que se le hacía. Y eso era sólo el principio.

—Cuando regrese de Oriente —dijo—, habré hecho lo que ningún otro capitán haya hecho o se haya atrevido a hacer jamás. Debo navegar con la autoridad y rango de Almirante de la Mar Océano, exactamente igual en grado al Gran Almirante de Castilla. Junto con este rango, será adecuado que se me garanticen los poderes de virrey y gobernador general de todas las tierras que pudiera descubrir en nombre de España. Aún más, esos títulos y poderes deben ser hereditarios, y ser trasladados a mi hijo y sus hijos tras él. También será adecuado que se me garantice una comisión del diez por ciento de todo el comercio que pase entre España y las nuevas tierras, y la misma comisión de todas las riquezas minerales halladas allí.

Después de todos estos años en los que Colón no había mostrado signos de codicia personal, ¿se atrevía a revelarse ante ellos como otro cortesano parásito?

La reina se quedó sin habla durante un momento. Entonces le dijo cortantemente a Colón que solicitaría consejo sobre su petición, y le despidió.

Cuando Santángel informó al rey de las palabras de Colón, éste se quedó pálido.

—¿Se atreve a hacer demandas? Creía que venía a nosotros como suplicante. ¿Espera que los reyes hagan contratos con los plebeyos?

—En realidad no, majestad —dijo Santángel—. Espera que primero lo nombréis noble, y luego firméis un contrato con él.

—¿Y no retrocede ante estos puntos?

—Es muy cortés, pero no, simplemente no se doblega ni un ápice.

—Entonces despedidlo —dijo el rey—. Isabel y yo nos preparamos para entrar en Granada en una gran procesión, como liberadores de España y campeones de Cristo. ¿Un dibujante de mapas genovés se atreve a exigir los títulos de almirante y virrey? Ni siquiera se merece un señor.

Santángel estaba seguro de que Colón se echaría atrás en cuando oyera la respuesta del rey. En cambio, anunció con serenidad su partida y empezó a hacer los preparativos para su marcha.

Alrededor del rey y la reina todo fue un caos aquella tarde. Santángel empezó a ver que Colón no era tan tonto al haber hecho esas demandas. Había tenido que

esperar todos aquellos años porque si dejaba España y acudía a Francia o Inglaterra con su propuesta ya tendría dos fracasos a sus espaldas. ¿Por qué iban a estar Francia o Inglaterra interesadas en él, cuando las dos grandes naciones marineras de Europa lo habían rechazado ya? Entonces, sin embargo, era bien sabido que los monarcas españoles habían aceptado su propuesta y accedido a financiar su viaje. La disputa no era si concederle barcos o no, sino cuál sería su recompensa. Podría marcharse ese mismo día y estar seguro de tener una ansiosa bienvenida en París o Londres. Oh, ¿no estaban Fernando e Isabel dispuestos a recompensaros por vuestro gran logro? ¡Ved cómo Francia recompensa a sus grandes marinos, ved cómo Inglaterra honra a aquellos que llevan los estandartes del reino al Oriente! Por fin Colón negociaba desde una posición de fuerza. Podía rechazar la oferta de España, porque España ya le había dado lo primero y más necesario, y lo había hecho gratis.

«Qué negociador —pensó Santángel—. Si se dedicara al comercio... ¡Lo que podría yo conseguir con un hombre como ése a mi servicio! ¡Pronto tendría la hipoteca de san Pedro de Roma! ¡O el Hagia Sofía! ¡O la Iglesia del Santo Sepulcro!»

Y entonces pensó: «Si Colón se dedicara a los negocios, no sería mi agente, sino mi competidor.» Se estremeció.

La reina vaciló. Deseaba este viaje, y esto se lo hacía muy difícil. El rey, sin embargo, fue inflexible. ¿Por qué tendría siquiera que discutir las absurdas demandas de este extranjero?

Santángel vio cómo el padre Diego de Deza trataba sin éxito de argumentar contra las inclinaciones del rey. ¿No tenía este hombre sentido de cómo tratar con los monarcas? Santángel agradeció que el padre Talavera pronto retirara a Deza de la conversación. El propio Santángel permaneció en silencio hasta que por fin el rey pidió su opinión.

—Por supuesto, estas demandas son tan absurdas e imposibles como parecen. El monarca que garantice esos títulos a un extranjero soñador no es el monarca que expulsó a los moros de España.

Casi todo el mundo asintió sabiamente. Todos asumieron que Santángel jugaba a adular al rey, y como cualquier cuidadoso cortesano demostraron rápidamente su acuerdo con cualquier alabanza al monarca. Así pudo ganar la aprobación general a su estipulación más importante: «extranjero soñador».

—Por supuesto, después del viaje, que vuestras majestades ya han accedido a autorizar y subvencionar, si regresa con éxito, entonces habrá traído tal honor y riqueza a las coronas de España que se merecería todas las recompensas que ha pedido, y más. Confía tanto en el éxito que considera que ya las merece. Pero si está tan confiado, sin duda aceptará sin vacilación una estipulación por vuestra parte: que recibirá esas recompensas sólo después de su regreso, tras el éxito de su empresa.

El rey sonrió.

—Santángel, viejo zorro. Sé que queréis que este Colón zarpe. Pero no conseguisteis vuestra riqueza pagando a la gente hasta después de proveeros. Que ellos corran el riesgo, ¿no?

Santángel hizo una modesta reverencia.

El rey se volvió hacia un oficial.

—Escribid un conjunto de capitulaciones a las demandas de Colón. Haced que sólo sean pertinentes después del éxito de su viaje a Oriente. —Sonrió pícaramente a Santángel—. Lástima que sea un rey cristiano y que como tal me niegue a jugar. Haría una apuesta con vos: que nunca tendré que conceder esos títulos a Colón.

—Majestad, sólo un tonto apostaría contra el conquistador de Granada —dijo Santángel. Y en silencio añadió: «Sólo un tonto aún mayor apostaría contra Colón.»

Las capitulaciones fueron escritas a primeras horas de la madrugada, después de muchas consultas de último minuto entre los consejeros del rey y la reina. Cuando al amanecer se envió un mensajero a Colón, regresó acalorado y traspuesto.

—¡Se ha ido! —exclamó.

—Claro que se ha ido —dijo el padre Pérez—. Le dijeron que sus condiciones habían sido rechazadas. Pero lo habrá hecho al amanecer. Y sospecho que no cabalgará ligero.

—Entonces traedlo de vuelta —intervino la reina—. Decidle que se presente de inmediato ante mí, pues estoy dispuesta a concluir este asunto por fin. No, no digáis «por fin». Daos prisa.

El correo salió velozmente de la corte.

Mientras esperaban a que Colón regresara, Santángel llevó aparte al padre Pérez.

—No consideraba a Colón un hombre avaricioso.

—No lo es —ratificó el padre Pérez—. De hecho, es un hombre modesto. Ambicioso, pero no de la forma en que pensáis.

—¿En qué forma es ambicioso, pues, si no en la forma en que pienso?

—Quería que el título fuera hereditario porque ha consumido su vida en persecución de este viaje —dijo Pérez—. No tiene ninguna otra herencia para su hijo, ninguna fortuna, nada. Pero con este viaje podrá convertir a su hijo no sólo en caballero, sino en un gran señor. Su esposa murió hace años, y él lo lamenta enormemente. Es también su regalo a ella, y a su familia, que se cuenta entre la nobleza menor de Portugal.

—Conozco a la familia —dijo Santángel.

—¿Conocéis a la madre?

—¿Sigue viva?

—Eso creo.

—Entonces comprendo. Estoy seguro de que la vieja dama le hizo ser plenamente consciente de que cualquier petición de nobleza que él tuviera venía a través de su

familia. A Colón le resultará enormemente dulce si puede darle la vuelta al caso, de modo que cualquier petición de auténtica nobleza por parte de la familia de ella venga a través de su conexión con él.

—Ya veis —dijo Pérez.

—No, padre Juan Pérez, no veo nada aún. ¿Por qué Colón puso en peligro este viaje, sólo para ganar títulos terrenales y comisiones absurdas?

—Quizá porque este viaje no es el final de su misión, sino el principio.

—¡El principio! ¿Qué puede hacer un hombre, tras haber descubierto vastas nuevas tierras por Cristo y la reina? ¿Tras haber sido nombrado virrey y almirante? ¿Tras haber recibido riquezas que superan la imaginación?

—¿Vos, un cristiano, tenéis que preguntarme eso? —dijo Pérez. Entonces se marchó.

Santángel se consideraba cristiano, pero no estaba seguro de lo que quería decir Pérez. Pensó en todo tipo de posibilidades, pero todas le parecían ridículas porque nadie podía soñar con conseguir tan altos propósitos.

Pero claro, ningún hombre podía soñar con que los monarcas accedieran a un loco viaje por mares desconocidos sin tener altas probabilidades de éxito. Y, sin embargo, Colón lo había conseguido. Así que si tenía sueños de reconquistar el Imperio Romano, de liberar Tierra Santa, de expulsar al pagano turco de Bizancio, o de construir un pájaro mecánico para volar hasta la Luna, Santángel no apostaría contra él.

El hambre había llegado sólo a América del Norte, pero no había comida de sobra en ninguna parte para aliviarla. Enviar ayuda requería racionar en muchos otros lugares. Los relatos de derramamiento de sangre y caos en Norteamérica persuadieron a los pueblos de Europa y Sudamérica para aceptar el racionamiento y enviar así algo de ayuda. Pero no sería suficiente para salvar a todo el mundo.

Esta desesperanzada situación produjo un terrible *shock* a la humanidad, sobre todo porque llevaban dos generaciones creyendo que por fin el mundo era un buen lugar para vivir. Creían que la suya era una época de renacimiento, de reconstrucción, de restauración. De pronto se enteraban de que era tan sólo una contraofensiva desesperada en una guerra cuya conclusión estaba ya decidida incluso antes de que hubieran nacido. Su trabajo era en vano, porque nada podía durar. La Tierra se había perdido.

Fue en medio de esta agonía cuando se enteraron de la existencia del Proyecto Colón. La discusión fue sombría. Cuando la decisión se produjo, no fue unánime, pero sí abrumadora. ¿Qué más había, en realidad? ¿Ver a sus hijos morir de hambre? ¿Alzarse otra vez en armas y luchar por los últimos restos de tierra capaz de producir alimentos? ¿Podría alguien elegir felizmente un futuro de cuevas, hielo e ignorancia,

cuando había otro posible camino, si no para ellos y sus hijos al menos para la raza humana como conjunto?

Manjam se sentó junto a Kemal, que había venido a esperar con él el resultado de la votación. Cuando llegó la decisión, y Kemal supo que en efecto realizaría el viaje hacia atrás en el tiempo, se sintió de inmediato aliviado y asustado. Una cosa era planear tu propia muerte cuando la perspectiva era todavía remota. A partir de entonces, sin embargo, viajar en el tiempo sería ya cuestión de días, y luego sólo pasarían semanas antes de que se plantara despectivo ante Colón y dijera: «¿Creéis que Alá dejaría que un cristiano descubriera estas nuevas tierras? ¡Escupo en vuestro Cristo! ¡No tuvo poder para apoyaros contra el poder de Alá! ¡No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta!»

Y entonces, quizás algún día, un investigador futuro de Vigilancia del Pasado al verlo allí de pie movería la cabeza y diría: «Ése fue el hombre que detuvo a Colón. Ése fue el hombre que dio su vida por crear este mundo bueno y pacífico en el que vivimos. Ése fue el hombre que dio a la raza humana un futuro. Igual que Yewesweder antes que él, este hombre decidió el curso de la humanidad.»

«Eso sería una vida que merecía la pena vivir —pensó Kemal—. Ganar un nombre en la historia que pudiera ser pronunciado al mismo nivel que el del propio Yewesweder.»

—Pareces melancólico, amigo mío —dijo Manjam.

—¿De veras? Sí. Triste y feliz, ambas cosas a la vez.

—¿Cómo crees que se tomará esto Tagiri?

Kemal se encogió de hombros con cierta impaciencia.

—¿Quién puede comprender a esa mujer? ¡Trabaja toda su vida para esto, y luego tenemos que atarla prácticamente para impedirle que vaya por ahí instando a la gente a votar en contra de aquello por lo que ha trabajado!

—No creo que sea difícil comprenderla, Kemal —sugirió Manjam—. Es como has dicho... fue la fuerza de su voluntad lo que hizo que el Proyecto Colón alcanzara este punto. Tagiri fue responsable, y resultó una carga demasiado grande para ella sola. Ahora, al menos, puede sentirse satisfecha de haberse opuesto a la destrucción de nuestro tiempo, de que le hayan quitado la decisión final, de que se le impusiera por la voluntad de la enorme mayoría de la humanidad. Ahora la responsabilidad por el final de nuestro tiempo no es sólo suya. Será compartida por muchos, sostenida por muchos hombros. Ahora puede vivir con eso.

Kemal se rió sombríamente.

—Puede vivir con eso... ¿durante cuántos días? Y luego desaparecerá de la existencia con todo el resto de la humanidad en este mundo. ¿Qué importa eso ahora?

—Importa —dijo Manjam—, porque ella tiene esos pocos días, y porque esos pocos días son todo el futuro que le queda. Los pasará con las manos limpias y el

corazón tranquilo.

—¿Y no es eso hipocresía? Porque ella lo causó, igual que siempre.

—¿Hipocresía? No. El hipócrita sabe lo que es en realidad, y trabaja para ocultarlo a los demás para aprovecharse de la confianza que los otros ponen en él. Tagiri teme la ambigüedad moral de algo que sabe debe hacerse. No puede vivir sin hacerlo, y sin embargo teme no poder vivir tampoco haciéndolo. Así que se oculta a sí misma para continuar con lo que se debe hacer.

—Si hay alguna diferencia, resulta terriblemente difícil de ver —dijo Kemal.

—Eso es —confirmó Manjam—. Hay una diferencia. Y es enormemente difícil verla.

De vez en cuando, mientras cabalgaba hacia Palos, Colón se llevaba la mano al pecho, para palpar el pergamino guardado bajo su saya. «Por vos, mi Señor, mi Salvador. Me disteis esto, y ahora lo usaré por vos. Gracias, gracias, por hacer que se cumplieran mis plegarias, por permitir que esto sea también un regalo para mi hijo, para mi esposa muerta.»

Mientras cabalgaba, con el padre Pérez silencioso a su lado, un recuerdo acudió a su mente. Su padre, avanzando hacia una mesa donde unos hombres ricos estaban sentados. Su padre, sirviendo vino. ¿Cuándo pudo suceder eso? «Mi padre es tejedor. ¿Cuándo sirvió vino? ¿Qué estoy recordando? ¿Y por qué acude este recuerdo a mí precisamente ahora?»

Ninguna respuesta vino a su mente, y el caballo siguió avanzando, levantando polvo con cada paso. Cristóforo pensó en lo que le esperaba. Mucho trabajo, preparando el viaje. ¿Recordaría cómo, después de todos los años transcurridos desde el último que había realizado? No importaba. Recordaría lo que fuera necesario, cumpliría lo que tuviera que cumplir. El peor obstáculo había quedado atrás. Había sido alzado por los brazos de Cristo, y Cristo lo llevaría sobre las aguas y lo traería de regreso a casa. Ya nada podría detenerlo.

PARTIDAS



Cristóforo se hallaba junto al timón, viendo cómo los marineros aprestaban la carabela para zarpar. Una parte de él ansiaba bajarse de ese puesto aislado y unirse a ellos, manejar las velas y las maromas, subir a bordo las últimas y más frescas provisiones, hacer algo con las manos, con los pies, con el cuerpo, para convertirse en parte de la tripulación, parte del organismo viviente del barco.

Pero ésa no era su función allí. Dios le había elegido para dirigir, y estaba en la naturaleza de las cosas que el capitán de un barco, sobre todo el comandante de una expedición, tenía que permanecer tan apartado y despegado de la tripulación como el propio Cristo de la Iglesia que encabezaba.

La gente se congregaba en la orilla y en las colinas frente al mar, pero Colón sabía que no era para vitorearle. Estaban allí porque Martín Pinzón, su favorito entre los marineros, su héroe, su amado, llevaba a una tripulación de sus hijos y sus hermanos y tíos y primos y amigos a la mar abierta, a un viaje cuya valentía parecía locura. ¿O era de tanta locura como para parecer valentía? Era en Pinzón en quien residía su confianza, Pinzón quien devolvería a sus hombres a casa si alguien podía hacerlo. ¿Qué era para ellos ese Cristóbal Colón, sino un cortesano que se había ganado el favor de la corona y conseguido el mando a cuenta de lo que nunca podría haber alcanzado con sus dotes marineras? No sabían nada de los años que el Cristóforo niño había pasado recorriendo los muelles de Genova. No sabían nada de

sus viajes, nada de sus estudios, nada de sus planes y sueños. Por encima de todo, no tenían ni idea de que Dios le había hablado en una playa de Portugal, a pocos kilómetros al oeste de allí. No tenían ni idea de que el viaje era ya un milagro que nunca se habría producido si no gozara del favor divino, y que por tanto no podía fracasar.

Todo estaba preparado. La frenética actividad se había convertido en calma, y la calma en espera, mientras los ojos que antes habían supervisado el trabajo se volvían para mirar a Colón.

«Miradme —pensó Cristóforo—. Cuando alce la mano, cambiaré el mundo. Pese a todos sus trabajos, ninguno de estos otros hombres puede hacer esto.»

Cerró el puño. Lo alzó por encima de su cabeza. La gente aplaudió cuando los hombres soltaron amarras y las carabelas se alejaron de la orilla.

Tres grises semiesferas huecas formaban un triángulo, como tres cuencos preparados para un festín. Cada una estaba llena de equipo para las diferentes misiones que Diko, Hunahpu y Kemal tendrían que llevar a cabo. Cada una tenía una porción de la biblioteca que Manjam y su comité secreto habían recopilado y preservado.

Si alguno de ellos alcanzaba el pasado y lo cambiaba de forma que el futuro quedara destruido, entonces esa porción de la biblioteca contendría suficiente información para que algún día los habitantes del nuevo futuro pudieran aprender del futuro que había muerto por ellos. Podrían construir su ciencia, maravillarse ante sus historias, beneficiarse de su tecnología, aprender de sus pesares. «Es un triste festín el que contienen esos cuencos —pensó Tagiri—. Pero así es el mundo. Siempre algo debe morir para que otro organismo pueda vivir. Y ahora una comunidad, un mundo de comunidades debe convertir su muerte en un banquete de posibilidades para otra.»

Diko y Hunahpu se encontraban uno al lado del otro mientras escuchaban la explicación final que ofrecía Sá Ferreira; Kemal se hallaba solo, escuchando atentamente aunque estaba claro que no formaba parte de lo que sucedía. Ya estaba muerto, como un antílope en las fauces de un guepardo, más allá del miedo, más allá de la preocupación. «Los mártires cristianos debieron de tener esa expresión —pensó Tagiri—, cuando caminaban hacia el cubil del león.» No era la expresión de hosca desesperación que Tagiri había visto en los rostros de los esclavos encadenados en las cubiertas de los barcos portugueses. La muerte es la muerte, le había dicho alguien una vez, pero Tagiri no lo creyó entonces y no lo creía ahora. «Kemal sabe que camina hacia la muerte, pero eso significará algo, conseguirá algo, es su apoteosis, da significado a su vida. Una muerte así no hay que rechazarla, sino abrazarla. Hay un elemento de orgullo en ello, sí, pero es un orgullo honorable, no vanidoso, que se glorifica en el sacrificio que conseguirá un buen fin.

»Así es como todos deberíamos sentirnos, pues estas máquinas nos van a matar hoy. Kemal siente en su corazón que morirá primero, pero no es así. De todas las personas que habitan el mundo en este día, en esta hora, él será uno de los tres que no morirá cuando se conecte el interruptor y el cargamento y los pasajeros de estas semiesferas huecas retrocedan en el tiempo. Sólo dos personas de las que hoy viven tendrán un futuro más largo que el de Kemal.»

Y sin embargo no estaba mal que saboreara su muerte, pues moriría rodeado de ira y odio, a manos de aquellos que no comprendían lo que hacía, pero su odio sería una especie de honor, su ira una respuesta adecuada a su logro.

Sá casi había terminado.

—De lo serio a lo banal —dijo—. Mantened todos vuestros miembros dentro de la esfera. No os levantéis, no alcéis la mano hasta que comprobéis que habéis llegado.

Señaló los cables y conexiones que colgaban del techo justo encima de cada semiesfera.

—Esos cables que contienen los generadores serán cortados cuando se cree con éxito el campo. Así, vuestra separación del flujo temporal casi no tendrá ninguna duración. El campo existirá, y en el momento en que cobre existencia, el generador perderá toda energía y el campo cesará de existir. No seréis conscientes de nada de eso, por supuesto. Lo único que sabréis es que el generador caerá de pronto. Como ninguna parte de vuestro cuerpo estará bajo el generador... espero que no os arriesguéis a romperos un tobillo probando que yo tenga razón o no...

Diko se rió nerviosamente. Hunahpu y Kemal continuaron impasibles.

—No correréis peligro por la caída del generador. Sin embargo, éste arrastrará los cables consigo. Son pesados, pero por fortuna la caída es corta y no habrá mucha fuerza en ellos. Con todo, debéis ser conscientes de la posibilidad de ser golpeados con cierta violencia por el cable. Así que aunque deseéis adoptar alguna pose galante, debo pedir os que adoptéis una postura protectora para que no pongáis en peligro el éxito de vuestra misión exponiéndoos al riesgo de sufrir heridas.

—Sí, sí —dijo Kemal—. Nos encogeremos como niños en el útero.

—Entonces hemos terminado. Hora de partir.

Sólo hubo un instante de vacilación. Y entonces empezaron los últimos adioses. Casi en silencio, Hunahpu recibió el abrazo de sus hermanos, y Hassan y Tagiri y su hijo Acho abrazaron y besaron a Diko por última vez. Kemal permaneció solo hasta que Tagiri se le acercó también y le besó ligeramente en la mejilla, Hassan lo agarró por los hombros y le murmuró algo, palabras del Corán, y luego le besó en los labios.

Kemal subió solo a su semiesfera. Hunahpu caminó con Diko hasta la suya, y justo antes de que subiera la escalerilla la abrazó y la besó con dulzura. Tagiri no oyó las palabras que se dijeron, pero sabía (todos lo sabían, aunque no hablaran de ello) que Hunahpu y Diko también habían hecho un sacrificio personal, quizá no tan

completo como el de Kemal, pero no exento de su propio tipo de dolor, de su propia dulce amargura. Era posible que Kemal y Diko volvieran a verse, pues ambos iban a ir a la isla de La Española... no, la isla de Haití, pues era su nombre nativo el que ahora sobreviviría.

Pero Hunahpu se dirigía a los pantanos de Chiapas en México, y era muy probable que él o Diko murieran durante los largos años que pasarían antes de que sus rumbos pudieran cruzarse.

Todo eso suponiendo que las semiesferas llegaran. El problema de la simultaneidad no había sido resuelto nunca. Aunque los cables habían sido cuidadosamente medidos a fin de que transcurriera exactamente el mismo tiempo necesario para que la señal se transmitiera del interruptor a cada uno de los tres ordenadores y de éstos a los tres generadores de campo, sabían que ninguna medición cuidadosa podría conseguir una absoluta simultaneidad. Habría una diminuta pero real diferencia en el tiempo. Una de las señales llegaría primero. Uno de los campos existiría, aunque fuera durante un nanosegundo, antes de que los otros cobraran existencia. Y era posible que, a causa de los cambios provocados por el primer campo, los otros nunca llegaran a cobrar vida. El futuro en el que existían habría sido aniquilado.

Así, se había decidido que cada uno de ellos debía actuar como si los otros dos hubieran fracasado. Cada uno debía ejecutar la misión con tanto cuidado como si dependiera de él o de ella en exclusiva, pues bien podría ser así.

Pero esperaban que las tres máquinas del tiempo funcionaran, que los tres viajeros llegaran a sus destinos separados. Diko llegaría a Haití en 1488, Kemal en 1492; Hunahpu alcanzaría Chiapas en 1475.

—Hay cierto desorden en la naturaleza —les había dicho Manjam—. La auténtica precisión no se consigue nunca, no es posible jamás, y por eso todo lo que sucede depende de una cierta dosis de probabilidad, tiene un margen de libertad, un mínimo espacio para compensar lapsus y errores. Las moléculas genéticas están llenas de redundancia y pueden enfrentarse a una pequeña cantidad de pérdida o daño o inserciones extra. Los electrones que se mueven a través de sus caparazones cuánticos tienen una cierta impredecibilidad en su localización exacta, pues todo lo que cuenta es que permanezcan a la misma distancia del núcleo. Los planetas se tambalean en sus órbitas y sin embargo persisten durante miles de millones de años sin caer a sus estrellas-madre. Así que debería haber espacio para microsegundos o milisegundos o centisegundos o incluso decisegundos de diferencia entre la activación de los tres campos. Pero no tenemos modo de experimentarlo para ver cuáles son las tolerancias. Puede que las hayamos pasado de largo. Puede que no las hayamos alcanzado por una fracción de nanosegundo. Puede que estemos tan lejos del éxito que toda esta aventura sea tiempo desperdiciado. ¿Quién puede saber estas

cosas?

«¿Y por qué —pensó Tagiri—, aunque sé que dentro de unos pocos minutos mi querido esposo y mi precioso hijo Acho y yo desapareceremos con toda certeza de la existencia, es Diko por quien me preocupo? Ella es la que vivirá. Ella es la que tiene futuro. Sin embargo, mi parte animal, la parte que siente emoción, no comprende mi propia muerte. No es muerte, cuando todo el mundo muere contigo. No, mi parte animal sólo sabe que mi hija me deja, y eso es lo que me apena.»

Vio a Hunahpu ayudar a Diko a subir la escalerilla, y luego dirigirse a su propia semiesfera y entrar en ella.

Le tocaba el turno a Tagiri. Besó y abrazó a Hassan y Acho, luego subió su propia escalerilla, hasta la jaula cerrada. Pulsó el botón para abrirla al tiempo que Manjam y Hassan abrían las suyas, mientras que Diko, Hunahpu y Kemal pulsaban los botones de sus generadores de campo. La cerradura chasqueó y Tagiri abrió la puerta de la jaula y entró en ella.

—Estoy dentro —dijo—. Soltad vuestros botones, viajeros.

—Poneos en posición —ordenó Sá.

Tagiri se hallaba justo encima de las semiesferas y veía a Kemal, Diko y Hunahpu acurrucados en lo alto de su equipo y suministros, asegurándose de que ninguna parte de sus cuerpos quedaba bajo el generador de campo o extendiéndose más allá de los límites de la esfera que crearía el generador.

—¿Estáis preparados? —preguntó Sá.

—Sí —respondió Kemal de inmediato.

—Preparado —dijo Hunahpu.

—Estoy preparada —dijo Diko.

—¿Los veis? —preguntó Sá, dirigiéndose en este caso a Tagiri y a los otros tres observadores que estaban en posición. Todos confirmaron que los viajeros parecían en buena postura.

—Cuando estés lista, Tagiri —dijo Sá.

Tagiri vaciló sólo un instante. «Voy a matarlos a todos para que todos puedan vivir —se recordó—. Ellos lo eligieron, tanto como puede elegir alguien que tiene una comprensión imperfecta. Desde el nacimiento todos estamos condenados a morir, por eso es bueno que al menos podamos estar seguros de que nuestra muerte de hoy trae consigo un buen fin: la posibilidad de llevar al mundo a un lugar mejor.» Esta letanía de justificación pasó rápidamente y una vez más Tagiri se quedó con el dolor que la había roído durante las semanas, los años del proyecto.

Durante un fugaz instante deseó no haberse unido nunca a Vigilancia del Pasado, para así no tener que enfrentarse a este momento, para que no fuera su mano la que liberara el interruptor.

«¿Y quién si no? —se preguntó—. ¿Quién podría soportar esta responsabilidad, si

yo no puedo hacerlo? Todos los esclavos esperaban que les trajera la libertad. Todos los niños no nacidos de incontables generaciones de humanidad esperaban que los salvara de la marchita muerte del mundo. Diko esperaba que la enviara a la gran obra de su vida.»

Agarró la palanca.

—Os amo —dijo—. Os amo a todos.

LLEGADAS



¿Dijo el Señor que Cristóforo sería el primero en ver la nueva tierra? Si lo hizo, entonces la profecía debía cumplirse. Pero si no lo hizo, entonces Cristóforo podía permitir que Rodrigo de Triana reclamara el honor de haber sido el primero en avistar tierra. ¿Por qué no lograba recordar las palabras exactas que le había dicho el Señor? Era el momento más importante en su vida hasta entonces, y las palabras se le escapaban por completo.

Pero no había ningún error. A la luz de la luna que se filtraba a través de las nubes, todo el mundo pudo ver la tierra; Rodrigo de Triana con su vista de lince la había vislumbrado por primera vez hacía una hora, a las dos de la madrugada, cuando no era más que una sombra de distinto color en el horizonte occidental. Los otros marineros se habían congregado a su alrededor, ofreciéndole sus felicitaciones y recordándole alegremente sus deudas, reales e imaginarias. No era de extrañar, pues se había prometido al primero en avistar tierra una renta vitalicia de diez mil maravedíes al año. Era suficiente para mantener una bella casa con criados; aquello haría de Triana un caballero.

¿Pero qué era, entonces, lo que Cristóforo había visto antes, a las diez de la noche? La tierra debía estar también cerca, apenas cuatro horas antes de que de Triana la viera. Cristóforo había visto una luz, moviéndose arriba y abajo, como haciéndole señales, como llamándole para que continuara. Dios le había mostrado

tierra, y si quería que se cumpliera la palabra del Señor, debía reclamarla.

—Lo siento, Rodrigo —dijo Cristóforo desde su puesto junto al timón—. Pero la tierra que ahora veis es sin duda la misma que yo vi a las diez.

El silencio se apoderó del grupo.

—Don Pedro Gutiérrez vino a mi vera cuando le llamé —dijo Cristóforo—. Don Pedro, ¿qué vimos ambos?

—Una luz —contestó Don Pedro—. A poniente, donde ahora se extiende tierra.

Era el mayordomo del rey... o, por decirlo claramente, el espía de Fernando. Todo el mundo sabía que no era amigo de Colón. Sin embargo, para los marineros, todos los caballeros eran conspiradores contra ellos, como ciertamente parecía en esta ocasión.

—Fui yo quien gritó «tierra» antes que nadie —dijo De Triana—. Vos no disteis señal alguna, Don Cristóbal.

—Admito que dudé —dijo Cristóforo—. El mar estaba encrespado y dudé que la tierra pudiera hallarse tan cerca. Me convencí de que no era posible y por eso no dije nada porque no quería levantar falsas esperanzas. Pero Don Pedro es mi testigo de que la vi y ahora todos comprobamos que es verdad.

De Triana se enfureció ante lo que parecía un claro robo.

—Todas estas horas me he quemado los ojos mirando hacia poniente. Una luz en el cielo no es tierra. ¡Nadie vio tierra antes que yo, nadie!

Sánchez, el inspector real (el representante oficial del rey y el veedor del viaje) habló inmediatamente. Su voz recorrió la cubierta.

—Ya basta. En el viaje del rey, ¿se atreve alguien a cuestionar la palabra de su almirante?

Era una osadía por su parte, pues el título de Almirante de la Mar Océano sólo le pertenecería a Colón si llegaba a Cipango y regresaba a España. Y Cristóforo sabía bien que la noche anterior, cuando Don Pedro afirmó que veía la misma luz, Sánchez había insistido en que no había luz ninguna, que no había nada a poniente. Si alguien dudaba de que Cristóforo había sido el primero en avistar tierra, ése era Sánchez. Sin embargo, había apoyado si no el testimonio de Colón, sí su autoridad.

Eso sería suficiente.

—Rodrigo, vuestros ojos son sin duda agudos —dijo Cristóforo—. Si alguien en la costa no hubiera encendido una luz (una antorcha, o una fogata), yo no habría visto nada. Pero Dios guió mis ojos hacia la costa por esa luz y vos simplemente confirmáis lo que Dios ya me había mostrado.

Los hombres guardaban silencio, pero Cristóforo sabía que no estaban contentos.

Un momento antes se alegraban del súbito enriquecimiento de uno de los suyos; como de costumbre veían que arrancaban la recompensa de las manos del plebeyo. Asumirían, por supuesto, que Cristóforo y Don Pedro mentían, que actuaban por

codicia. No comprenderían que iba en misión divina y que sabía que Dios le daría riquezas de sobra sin tener que quitárselas al marino común. Pero Cristóforo no se atrevía a dejar de cumplir las instrucciones del Señor en cada caso concreto. Si Dios le había ordenado que fuera el primero en volver los ojos hacia los lejanos reinos del Oriente, entonces Cristóforo no incumpliría la voluntad de Dios en esto, ni siquiera por simpatía hacia De Triana. Ni podría compartir con él a partes iguales la recompensa, pues correría la voz y la gente asumiría que lo que le hizo dar el dinero no fue la piedad y la compasión sino más bien la culpa. Su reclamación de haber visto tierra debía quedar indiscutida para siempre, no fuera que la voluntad de Dios fuera deshecha. En cuanto a Rodrigo de Triana, Dios sin duda le proporcionaría una compensación por su pérdida.

Habría sido agradable si, ahora que tantos esfuerzos estaban a punto de dar sus frutos, Dios dejara que algo fuera sencillo.

Ninguna medida es exacta. Se suponía que el campo temporal habría de formar una esfera perfecta que envolviera exactamente el interior de la semiesfera, enviando al pasajero y su equipo atrás en el tiempo mientras dejaba en el futuro el cuenco de metal. En cambio, Hunahpu se encontró meciéndose suavemente en una porción del cuenco, un fragmento de metal tan fino que le permitía ver hojas a través de él. Por un momento se preguntó cómo salir, pues un metal tan delgado sin duda tendría un filo capaz de cortarle la piel. Pero entonces el metal se quebró bajo la tensión y cayó en finas virutas al suelo. El equipo se desplomó entre los frágiles fragmentos.

Hunahpu se levantó y caminó torpemente, recogiendo los finos fragmentos con cuidado y apilándolos cerca de la base de un árbol.

Su mayor temor al hacerlo desembarcar era que la esfera de su campo temporal cortara un árbol, haciendo que la parte superior cayera como un ariete sobre Hunahpu y su equipo. Así que lo habían colocado lo más cerca de la playa que pudieron, pero sin correr el riesgo de que cayera en el océano. Pero las medidas no fueron exactas. Un enorme árbol se encontraba a menos de tres metros del borde del campo.

No importaba. No había alcanzado el árbol. El leve error de cálculo en el tamaño del campo había servido al menos para incluir más equipo en vez de cortarlo. Y con suerte se habrían acercado lo suficiente al marco temporal adecuado para que llevara a cabo su misión antes de que llegaran los europeos.

Eran las primeras horas de la mañana y el mayor peligro de Hunahpu sería que lo localizaran demasiado pronto. Habían elegido esta parte de la playa porque apenas era visitada; sólo si hubieran fallado el blanco en varias semanas lo vería alguien. Pero tenía que actuar como si fuera a suceder lo peor. Tenía que ser cuidadoso.

Pronto lo escondió todo entre los matorrales. Se roció de nuevo con repelente de insectos, sólo para asegurarse, y empezó a llevar el material desde la playa hasta el

escondite que había seleccionado entre las rocas, un kilómetro tierra adentro. Le ocupó casi todo el día. Entonces descansó, y se permitió el lujo de reflexionar sobre su futuro. «Estoy aquí, en la tierra de mis antepasados, o al menos en un lugar cercano a ella. No hay retirada posible. Si no lo consigo, acabaré siendo un sacrificio a Huitzilipochtli o quizás a algún dios zapoteca. Aunque Diko y Kemal lo consiguieran, su objetivo está a años en el futuro de este lugar en el que yo me encuentro ahora. Estoy solo en este mundo y todo depende de mí. Aunque los otros fracasen, en mi mano está deshacer a Colón. Todo lo que tengo que hacer es convertir a los zapotecas en una gran nación, unirlos a los taráscanos, acelerar el desarrollo de los trabajos con hierro y la construcción de barcos, bloquear a los tlaxcalanos, derrocar a los mexica y preparar a esta gente para una nueva ideología que no incluya los sacrificios humanos. ¿Quién no podría hacer eso?»

Le había parecido tan fácil sobre el papel... Tan lógico, una progresión tan sencilla de un paso al siguiente. Pero entonces sin conocer a nadie en aquel lugar, completamente solo con un equipo realmente patético y que no podía ser reemplazado o sustituido si fallaba...

«Ya basta —se dijo—. Aún tengo unas cuantas horas antes del anochecer. Debo averiguar cuándo he llegado. Tengo una cita a la que acudir.»

Antes de la noche, localizó la aldea zapoteca más cercana, Atetulka, y, como la había observado una y otra vez con el TruSite II, reconoció qué día era a partir de lo que veía hacer a la gente. No había habido ningún error de importancia en el campo temporal, por lo menos en lo referido a la fecha. Había llegado cuando debía y tenía la opción de darse a conocer por la mañana.

Dio un respingo ante la idea de lo que tendría que hacer para prepararse y luego regresó a su escondite. Esperó al jaguar que había observado tantísimas veces, lo derribó con un dardo tranquilizante, luego lo mató y lo despellejó para poder llegar a Atetulka vestido con su piel. No pondrían fácilmente la mano encima de un Hombre Jaguar, sobre todo cuando se identificara con un rey maya del inescrutable inframundo de Xibalba. Los días de la grandeza maya se habían perdido ya en el pasado, pero eran bien recordados de todas formas. Los zapotecas vivían perpetuamente a la sombra de la gran civilización maya de siglos atrás. Los Intervencionistas se habían presentado ante Colón vestidos a la imagen del Dios en el que creía; Hunahpu haría lo mismo. La diferencia era que tendría que vivir con la gente a la que iba a engañar y seguir manipulándola con éxito durante el resto de su vida. Todo esto pareció una idea magnífica en su momento.

Cristóforo no dejó que ninguna de las naves se acercara a tierra hasta el amanecer. Era una costa desconocida y, aunque estaban impacientes por poner de nuevo pie en tierra firme, no tenía sentido arriesgarse a perder un barco cuando podría haber

arrecifes o rocas.

La llegada del día demostró que tenía razón. Los bajíos eran peligrosos y sólo gracias a su destreza consiguió Colón guiarlos a la costa. «A ver quién dice ahora que no soy marino —pensó Cristóforo—. ¿Podría haberlo hecho Pinzón mejor que yo?»

Sin embargo, ninguno de los marineros parecía dispuesto a darle crédito por su navegación. Todavía estaban molestos por el asunto de la recompensa de Rodrigo de Triana. Bueno, que rabiaran. Ya habría suficientes recompensas para todos cuando terminara este viaje. ¿No había prometido el Señor todo el oro que pudiera transportar una gran flota? ¿O es que acaso la memoria de Colón había inventando lo que el Señor había dicho?

«¿Por qué no se me permitió escribirlo cuando aún lo tenía fresco en la mente?» Pero se lo habían prohibido, y por eso Cristóforo tenía que confiar en su memoria. Había oro allí, y lo llevaría a casa.

—En esta latitud, sin duda debemos hallarnos en la costa de Cipango —le dijo a Sánchez.

—¿Eso creéis? No imagino una parte de la costa española donde no hubiera signos de habitantes humanos.

—Olvidáis la luz que vimos anoche —dijo Don Pedro.

Sánchez no dijo nada.

—¿Habéis visto alguna vez una tierra tan tupida y verde? —preguntó Don Pedro.

—Dios sonrío sobre este lugar —dijo Cristóforo—, y lo ha entregado a las manos de nuestros reyes cristianos.

Las carabelas se movían lentamente, por miedo a encallar en bajíos desconocidos. Mientras se acercaban a la luminosa playa blanca, unas figuras surgieron de las sombras del bosque.

—¡Hombres! —gritó uno de los marineros.

Y obviamente lo eran, puesto que no tenían otras ropas sino un cordón alrededor de la cintura. Eran oscuros, pero no tanto como los africanos que había visto Cristóforo. Y su pelo era liso, no rizado.

—Nunca había visto antes hombres como éstos —le dijo Sánchez.

—Eso es porque nunca antes habéis estado en las Indias —dijo Colón.

—Ni en la luna tampoco —murmuró Sánchez.

—¿No habéis leído a Marco Polo? No son chinos porque sus ojos no son oblicuos y rasgados. No hay amarillo en su tez, ni negrura, sino más bien un tono oscuro que nos indica que son de la India.

—¿Así que no es Cipango después de todo? —dijo Don Pedro.

—Una isla exterior. Quizás hemos llegado demasiado al norte. Cipango está al sur de aquí, o al suroeste. No podemos estar seguros de la precisión de las observaciones de Polo. No era navegante.

—¿Y vos lo sois? —preguntó Sánchez secamente.

Cristóforo ni siquiera se molestó en mirarlo con el desdén que le merecía.

—Dije que llegaríamos al Oriente navegando hacia poniente, señor, y aquí estamos.

—Estamos en alguna parte —dijo Sánchez—. Pero dónde se halla este lugar perdido de la mano de Dios, nadie puede decirlo.

—Por las sagradas heridas del Señor, os digo que estamos en el Oriente.

—Admiro la seguridad del almirante.

Aquí estaba otra vez, ese título: almirante.

Las palabras de Sánchez parecían expresar duda, y sin embargo le daba el título que sólo podía dársele si su expedición tenía éxito. ¿O lo usaba irónicamente? ¿Se estaba burlando de Cristóforo?

El timonel se le acercó.

—¿Nos dirigimos a tierra, señor?

—El mar se halla aún demasiado encrespado —dijo Cristóforo—. Ya veis las olas rompiendo en las rocas. Tenemos que rodear la isla y encontrar una abertura. Navegad dos puntos a poniente por el sur hasta que rodeemos el extremo meridional del arrecife, y luego a poniente.

Se señaló la misma orden a las otras dos carabelas. Los indios de la costa los saludaron, gritando algo incomprensible. Ignorantes y desnudos... no era adecuado que el emisario de unos reyes cristianos diera sus primeros pasos con la gente más pobre de esta nueva tierra. Los misioneros jesuitas habían viajado hasta los rincones más lejanos del Oriente. Alguien que supiera latín sin duda sería enviado para saludarlos, una vez que habían sido avistados.

Hacia mediodía, cuando navegaban hacia el norte por la costa occidental de la isla, encontraron una bahía que permitía una buena entrada. Ya estaba claro que se trataba de una isla tan pequeña como para ser considerada insignificante. Ni siquiera los jesuitas se molestarían con un lugar tan pequeño, así que Cristóforo decidió no esperar otro día o dos antes de encontrar a alguien digno de recibir a los emisarios del rey y la reina.

El cielo se había despejado y el sol brillaba caluroso y resplandeciente cuando Colón descendió al batel. Tras él bajaron la escala Sánchez, Don Pedro y, tembloroso como siempre, el pobre Rodrigo de Escobedo, el notario encargado de llevar el registro oficial de todo lo que se hiciera en nombre de sus majestades. Tenía buena reputación en la corte, donde era considerado un joven funcionario prometedor, pero a bordo pronto se había visto reducido a una sombra vomitante que corría de su camarote a la borda y regresaba tambaleándose... cuando tenía fuerzas para levantarse de la cama. Con el paso del tiempo, claro, se había acostumbrado un poco al mar, e incluso comía y no acababa manchando el suelo de la carabela. Pero la tormenta del

día anterior lo había debilitado de nuevo, y por eso era un acto de puro coraje que lograra bajar a la costa y ejecutar el deber para el que había sido enviado. Cristóforo lo admiraba tanto por su silenciosa fuerza que había decidido que ningún cuaderno de a bordo suyo registraría el mareo de Escobedo. Que conservara su dignidad en la historia.

Cristóforo advirtió que el batel se despegaba de la carabela de Pinzón antes de que todos los oficiales reales hubieran llegado a la suya. «Que tenga cuidado, si piensa que va a ser el primero en poner el pie en esta tierra. Piense lo que piense de mí como marino, soy todavía el emisario del rey de Aragón y la reina de Castilla, y sería traición por su parte engañarme en una misión como ésta.»

Pinzón debió de darse cuenta a medio camino de la playa, porque su batel flotaba inmóvil en el agua cuando el de Cristóforo lo adelantó y llegó a la orilla. Antes de que su barca se detuviera, Colón saltó por la borda y avanzó entre las olas, empapado hasta la cintura y arrastrando la espada que llevaba colgada al cinto. Mantenía el estandarte real bien alto sobre su cabeza cuando salió del agua y caminó por la arena húmeda de la playa. Caminó hasta rebasar la línea de la marea, y en la arena seca se arrodilló y besó el suelo. Entonces se puso en pie y se volvió hacia quienes le seguían, que también se arrodillaron y besaron el suelo como él había hecho.

—Esta pequeña isla llevará ahora el nombre del santo Salvador que nos guió hasta aquí.

Escobedo escribió en el papel que guardaba en la cajita que había traído de la carabela: «San Salvador.»

—Esta tierra es ahora propiedad de sus majestades los reyes Fernando e Isabel, nuestros soberanos y servidores de Cristo.

Esperaron a que Escobedo terminara de escribir lo que había dicho Colón. Entonces Cristóforo firmó y también lo hicieron todos los presentes. Ninguno tuvo la temeridad de atreverse a firmar encima de él, ni a rebasar la mitad del tamaño de su osada rúbrica.

Sólo entonces empezaron los nativos a surgir del bosque. Había gran número de ellos, todos desnudos, ninguno armado, oscuros como la corteza de un árbol. Contra el vivido verde de los árboles y matorrales, su piel parecía casi roja. Caminaban tímidamente, deferentes, con el asombro claramente marcado en el rostro.

—¿Son todos niños? —preguntó Escobedo.

—¿Niños? —dijo Don Pedro.

—No tienen barba.

—Nuestro capitán también se afeita —dijo Don Pedro.

—No tienen pelo ninguno —repuso Escobedo.

Sánchez, al oírlos, se rió en voz alta.

—¿Están completamente desnudos y les miráis la cara para ver si son hombres?

Pinzón escuchó el chiste y se rió todavía con más fuerza, transmitiendo la anécdota. Los nativos, al oír la risa, la imitaron. Pero no pudieron dejar de extender las manos y tocar las barbas de los españoles que tenían más cerca. Estaba tan claro que no tenían mala intención que los españoles permitieron su contacto, riendo y bromeando. Sin embargo, aunque Colón no tenía barba que les atrajera, no dudaron reconocerlo como el jefe, y fue a él a quien se dirigió el más viejo de los nativos. Cristóforo probó varios idiomas con él, incluyendo el latín, el portugués y el genovés, sin conseguir nada. Escobedo probó con el griego y el hermano de Pinzón, Vicente Yáñez, con las nociones de moro que había adquirido durante sus años de contrabando en la costa.

—No tienen lenguaje ninguno —dijo Cristóforo. Entonces extendió la mano hacia el adorno de oro que el jefe llevaba en la oreja.

Sin decir palabra, el hombre sonrió, se lo quitó de la oreja y lo depositó en la mano de Cristóforo.

Los españoles suspiraron aliviados. Así que los nativos comprendían bien las cosas, con lenguaje o sin él. El oro que tuviesen pertenecía a los españoles.

—Más de esto —dijo Cristóforo—. ¿Dónde caváis para sacarlo del suelo?

Frente a la incompreensión del nativo, Colón hizo la pantomima de cavar en la arena y «encontrar» allí el adorno de oro. Entonces señaló hacia el interior de la isla.

El anciano sacudió vigorosamente la cabeza y señaló hacia el mar.

Hacia el suroeste.

—Parece que el oro no procede de esta isla —dijo Cristóforo—, Pero difícilmente podíamos esperar que un sitio tan pequeño y pobre como éste contara con una mina de oro, o habría aquí oficiales reales de Cipango para supervisar las labores de excavación.

Depositó el adorno de oro en la mano del anciano.

—Pronto veremos oro en tales cantidades que esto nos parecerá una bagatela —dijo a los otros españoles.

Pero el anciano rehusó aceptar el adorno. Volvió a dárselo a Cristóforo. Era el claro signo que éste andaba buscando. El oro de este lugar se lo entregaba Dios. Ningún hombre daría libremente algo tan precioso si Dios no lo impulsara. El sueño de Colón de lanzar una cruzada que liberara Constantinopla y luego Tierra Santa sería financiado por los adornos de los salvajes.

—Tomo esto, pues, en nombre de mis soberanos el rey y la reina de España —dijo—. Ahora iremos en busca del lugar donde nace este oro.

No era el grupo de zapotecas más seguro para encontrárselos en el bosque. Una partida de guerra, decidida a hallar un cautivo para sacrificarlo al principio de la estación de las lluvias. Su primer pensamiento sería que Hunahpu supondría una

víctima espléndida. Era más alto y más fuerte que ningún hombre que hubieran visto antes, muy adecuado para un ofrecimiento de excepcional valor.

Tenía que tomar la iniciativa, aparecerse ante ellos como alguien que ya pertenecía a los dioses. Al final, virtualmente tuvo que capturarlos. Allá en Juba se sentía plenamente seguro de que su plan funcionaría. Sin embargo, rodeado de las llamadas de los pájaros y el zumbido de los insectos de las pantanosas tierras de Chiapas, el plan parecía ridículo, embarazoso y doloroso.

Tendría que imitar el sacrificio real más salvaje existente que no acabara con la muerte del rey. ¿Por qué tenían que ser los mayas tan inventivamente masoquistas?

Todo lo demás estaba preparado. Había escondido la biblioteca del futuro perdido en su lugar de descanso permanente y sellado la abertura. Había guardado todos los artículos que necesitaría más tarde en sus contenedores impermeables y memorizado los indicadores naturales permanentes que le permitirían volver a encontrarlos. Y los artículos que necesitaría durante el primer año estaban guardados en sacos que no parecerían demasiado extraños a los ojos de los zapotecas. Él mismo iba desnudo, el cuerpo pintado, el cabello cubierto de plumas y con joyas y abalorios para parecer un rey maya después de una gran victoria. Y, lo más importante, sobre su cabeza y por su espalda colgaban la cabeza y la piel del jaguar que había matado.

Tenía treinta minutos antes de que la partida de guerra de la aldea de Atetulka llegara al claro en que se encontraba. Si quería que su sangre fuera fresca tendría que esperar hasta el último minuto, y el último minuto había llegado. Suspiró, se arrodilló en la suave tierra del claro en sombras y buscó el anestésico tópico. Los mayas hacían esto sin anestesia, se recordó mientras lo aplicaba copiosamente sobre su pene y luego esperaba unos minutos a que éste perdiera la sensibilidad. Entonces, con una pistola hipodérmica, durmió toda la zona genital, con la esperanza de tener alguna oportunidad de volver a aplicar la anestesia al cabo de unas cuatro horas, cuando el efecto desapareciera.

Una auténtica aguja de manta raya y cinco de imitación compuestas de diferentes metales. Las cogió una por una y las introdujo en la piel suelta de la parte superior de su pene. La sangre chorreó copiosamente por sus piernas. La aguja de manta raya, luego las de plata, oro, cobre, bronce y hierro. Aunque no sentía dolor, al final se notó mareado. ¿Por la pérdida de sangre? Lo dudaba. Era casi con toda seguridad el efecto psicológico de perforar su propio pene. Ser rey entre los mayas era asunto serio. ¿Podría haberlo hecho sin anestesia? Hunahpu lo dudaba y alabó a sus antepasados, aunque se estremecía por su barbarie.

Cuando la partida de caza llegó silenciosa al calvero, Hunahpu se encontraba en medio de un claro de luz. La lámpara de alta intensidad que apuntaba hacia arriba entre sus piernas hacía que las espinas de metal resplandecieran y titilaran con el temblor de su cuerpo. Como Hunahpu esperaba, sus ojos fueron directos al lugar

donde la sangre aún corría por sus muslos y goteaba desde la punta de su pene. También contemplaron la pintura de su cuerpo y, tal como suponía, parecieron reconocer de inmediato el significado de su aspecto. Se postraron.

—Soy Un-Hunahpu —dijo en maya. Luego lo repitió en zapoteca—. Soy Un-Hunahpu. Vengo de Xibalba ante vosotros, perros de Atetulka. He decidido que ya no seréis perros, sino hombres. Si me obedecéis, vosotros y todos los que hablan el lenguaje zapoteca seréis dueños de esta tierra. Vuestros hijos ya no subirán al altar de Huitzilopochtli, pues acabaré con el poder de los mexica, arrancaré el corazón de los tlaxcalanos y vuestros barcos tocarán las costas de todas las islas del mundo.

Los hombres tendidos en el suelo empezaron a temblar y a gemir.

—¡Os ordeno que me digáis por qué tenéis miedo, perros idiotas!

—¡Huitzilopochtli es un dios terrible! —exclamó uno de ellos. Se llamaba Yax. Hunahpu los conocía a todos, desde luego, había estudiado durante años su aldea y los individuos clave en las otras aldeas zapotecas.

—Huitzilopochtli es casi tan terrible como la Gorda Niña Jaguar —dijo Hunahpu.

Yax alzó la cabeza ante la mención de su esposa, y varios de los otros hombres se rieron.

—La Gorda Niña Jaguar te golpea con un palo cuando piensa que has plantado maíz en el campo equivocado —dijo Hunahpu—, pero tú sigues plantando donde quieres.

—¡Un-Hunahpu! —chilló Yax—. ¿Quién te habló de la Gorda Niña Jaguar?

—En Xibalba os observé a todos. Me reí de ti cuando lloraste bajo el palo de la Gorda Niña Jaguar. Y tú, Mono-comes-Flor, ¿crees que no te vi orinar en las gachas del viejo Gran-Cráneo-Cero y luego hacerle tortitas con ellas? Me reí cuando se las comió.

Los otros hombres también se rieron y Mono-comes-Flor alzó la cabeza con una sonrisa.

—¿Te gustó mi pequeña venganza?

—Conté tus trucos de mono a los señores de Xibalba y se rieron hasta llorar. Y cuando los ojos de Huitzilopochtli se llenaron de lágrimas, le metí los pulgares y se los saqué de las cuencas.

Con esto, Hunahpu rebuscó en la bolsa que colgaba del cordón de su cintura y sacó los dos ojos acrílicos que había traído consigo.

—Ahora Huitzilopochtli necesita a un niño que le guía por Xibalba y le cuenta qué ve. Los otros señores de Xibalba ponen obstáculos en su camino y se ríen cuando cae. Y ahora he venido aquí a la superficie de la Tierra para convertirlos en personas.

—¡Construiremos un templo y te sacrificaremos a cada hombre de los mexica, oh, Un-Hunahpu! —exclamó Yax.

Exactamente la reacción que esperaba. De inmediato le lanzó uno de los ojos de

Huitzilopochtli a Yax, quien soltó un alarido y se frotó el hombro allá donde lo había golpeado. Hunahpu había sido un *pitcher* bastante aceptable de la Pequeña Liga con una decente bola rápida.

—¡Recoged el ojo de Huitzilopochtli y prestad atención a mis palabras, perros de Atetulka!

Yax rebuscó en la tierra hasta que encontró el ojo acrílico.

—¿Por qué piensas que los señores de Xibalba se alegraron y no me castigaron cuando le arranqué los ojos a Huitzilopochtli? Porque está gordo de la sangre de tantos hombres. Era avaricioso y los mexica lo alimentaban con sangre que debería haber estado plantando grano. Ahora todos los señores de Xibalba están hartos de sangre y harán que Huitzilopochtli pase hambre hasta que vuelva ser delgado como un árbol joven.

Ellos gimieron otra vez. El temor a Huitzilopochtli era profundo (el éxito de los mexica en una guerra tras otra se había asegurado de eso), y oír amenazas tan terribles contra un dios poderoso era una pesada carga. «Bueno, son unos hijos de puta bastante duros —pensó Hunahpu—. Y les daré valor de sobra cuando llegue el momento.»

—Los señores de Xibalba han pedido a su rey que venga de un lejano país. Les prohibirá beber nunca más la sangre de hombres o mujeres. Pues el rey de Xibalba derramará su propia sangre, y cuando beban de su sangre y coman de su carne nunca volverán a tener hambre ni sed.

Hunahpu pensó en su hermano el sacerdote y se preguntó qué pensaría de lo que estaba haciendo con el evangelio cristiano. A la larga, sin duda lo aprobaría. Pero habría algunos momentos incómodos por el camino.

—Levantaos y miradme. Fingid ser hombres.

Ellos se incorporaron cuidadosamente del suelo del bosque y se lo quedaron mirando.

—Como me veis derramar aquí mi sangre, así ha derramado el rey de Xibalba la suya por los señores de Xibalba. Ellos la beberán y nunca volverán a sentir sed. Ese día los hombres dejarán de morir para alimentar a su dios. En cambio, morirán en el agua y se levantarán renacidos: luego comerán la carne y beberán la sangre del rey de Xibalba igual que hacen los señores de Xibalba. El rey de Xibalba murió en un reino muy lejano, y sin embargo vive todavía. ¡El rey de Xibalba va a regresar y hará que Huitzilopochtli se incline ante él y no le dejará beber de su sangre o comer de su sangre hasta que vuelva a estar delgado, y eso requerirá mil años, pues el viejo cerdo ha comido y bebido demasiado!

Contempló el asombro de sus rostros. Naturalmente, les resultaba difícil aceptar aquello, pero Hunahpu había elaborado con Diko y Kemal la doctrina que enseñaría a los zapotecas y repetiría estas ideas a menudo hasta que miles, millones de personas

en la cuenca del Caribe las repitieran a voluntad. Eso los prepararía para la llegada de Colón, si los otros tenían éxito, pero aunque no lo tuvieran, aunque Hunahpu fuera el único viajero del tiempo que había alcanzado su destino, prepararía a los zapotecas para recibir el cristianismo como algo que esperaban desde hacía tiempo. Podrían aceptarlo sin renunciar a un ápice de su religión nativa. Cristo sería simplemente el rey de Xibalba, y si los zapotecas creían que llevaba algunas heridas pequeñas pero ensangrentadas en un lugar que no se describía a menudo en el arte cristiano, eso sería una herejía que los católicos podrían aprender a soportar... mientras los zapotecas tuvieran la tecnología y el poder militar para alzarse contra Europa. Si los cristianos supieron acomodar a los filósofos griegos y a una plétora de festividades y rituales bárbaros y fingir que siempre habían sido cristianos, podrían tratar con el giro ligeramente perverso que Hunahpu estaba imponiendo a la doctrina del sacrificio de Jesús.

—Os estáis preguntando si yo soy el rey de Xibalba —dijo Hunahpu—, pero no lo soy. Sólo soy el que viene antes que él, para anunciar su llegada. No soy digno de trenzar una pluma en su cabello.

«Chúpate ésa, Juan el Bautista.»

—Aquí está el signo de su venida. Cada uno de vosotros enfermará, y cada persona de vuestra aldea. Esta enfermedad se extenderá por toda la Tierra, pero no moriréis a menos que vuestro corazón pertenezca a Huitzilopochtli. ¡Veréis que incluso entre los mexica habrá pocos que amen de verdad a ese gordo dios glotón!

Que ésa fuera la historia que se difundiera y explicara la violenta plaga terapéutica que aquellos hombres estaban ya contrayendo gracias a él. El virus portador no mataría a más de una persona entre diez mil, se convertiría en una vacuna excepcionalmente segura que dejaría a sus «víctimas» con anticuerpos capaces de combatir la viruela, la peste bubónica, el cólera, el sarampión, la varicela, la fiebre amarilla, la malaria, la enfermedad del sueño y muchas otras enfermedades que los investigadores médicos habían compilado en el futuro perdido. El virus portador sobreviviría como enfermedad infantil, reinfectando a cada nueva generación... infectando también a los europeos cuando vinieran, y con el tiempo a toda África y Asia y todas las islas del mar.

Eso no significaba que la enfermedad fuera a ser algo desconocido: nadie era tan tonto para pensar que las bacterias y los virus no evolucionarían para llenar los huecos dejados por la derrota de sus predecesores. Pero la enfermedad no daría ventaja a un lado sobre otro en las rivalidades culturales por venir. No habría sábanas infectadas de viruela para matar las tribus indias moleestamente persistentes.

Hunahpu se agachó y recogió la lámpara de alta intensidad de entre sus pies. Estaba cubierta por una cesta.

—Los señores de Xibalba me dieron esta cesta de luz. Contiene dentro un trocito

de sol, pero solamente funciona para mí.

Los apuntó a los ojos con la luz, cegándolos por unos instantes, luego metió un dedo por una abertura de la cesta y pulsó la placa de identificación. La luz se apagó. No había motivos para desperdiciar batería. Esta «cesta de luz» sólo tendría una vida limitada, incluso con los paneles solares situados alrededor del borde, y Hunahpu no quería malgastarla.

—¿Cuál de vosotros llevará los regalos que los señores de Xibalba dieron a Un-Hunahpu cuando vino a este mundo para contaros la llegada del rey?

Pronto estuvieron todos cargando reverentemente los bultos de equipo que Hunahpu necesitaría durante los meses venideros. Suministros médicos para las curas pertinentes. Armas para la defensa propia y para despojar de valor a los ejércitos enemigos. Herramientas. Libros de consulta almacenados en formato digital. Disfraces adecuados. Equipo para respirar bajo el agua. Todo tipo de útiles truquitos de magia.

El viaje no fue fácil. Cada paso hacía que las espinas metálicas tiraran de su piel, ensanchando las heridas y causando más hemorragias. Hunahpu pensó en celebrar entonces la ceremonia de liberación, pero al final se decidió en contra. Era el padre de Yax, Na-Yaxhal, quien era el jefe de la tribu, y para consolidar su autoridad y situarlo en una relación apropiada con Hunahpu, tenía que ser él quien retirara las espinas. Así que Hunahpu continuó caminando, lentamente, paso a paso, esperando que la pérdida de sangre fuera menor, deseando haber elegido un emplazamiento más cercano a la aldea.

Cuando ya estaban cerca, Hunahpu envió a Yax con el ojo de Huitzilopochtli. Fuera lo que fuese lo que hubiera entendido sobre lo que Hunahpu le había dicho, el significado estaría bastante claro y la aldea estaría agitada y esperando.

Y esperando estaban. Todos los hombres de la tribu, armados con lanzas, dispuestos a arrojarlas, las mujeres y los niños ocultos en el bosque. Hunahpu maldijo. Había elegido esta aldea específicamente porque Na-Yaxhal era listo y con inventiva. ¿Por qué imaginó que iba a creerse a pies juntillas la historia de su hijo sobre la llegada de un rey maya procedente de Xibalba?

—¡Detente ahí, mentiroso, espía! —chilló Na-Yaxhal.

Hunahpu echó atrás la cabeza y soltó una carcajada, mientras introducía el dedo en la cesta de luz y la activaba.

—Na-Yaxhal, ¿se atreve un hombre que se despertó dos veces en la noche dolorido y con la barriga suelta a plantarse ante Un-Hunahpu, que trae una cesta de luz de Xibalba?

Y apuntó directamente a los ojos de Na-Yaxhal.

—¡Perdona a mi estúpido esposo! —exclamó Hija-de-Seis-Kauil, la esposa de Na-Yaxhal.

—¡Silencio, mujer! —respondió Na-Yaxhal.

—¡Se despertó dos veces en la noche con la barriga suelta y gemía de dolor! —gritó ella. Todas las otras mujeres gruñeron confirmando el secreto conocimiento del extranjero, y las lanzas temblaron.

—Na-Yaxhal, haré que enfermes de verdad. Durante dos días tus entrañas correrán como una fuente, pero te sanaré y te convertiré en un hombre que sirva al rey de Xibalba. Gobernarás muchas aldeas y construirás barcos para que naveguen a todas las costas, pero sólo si te arrodillas ahora ante mí. ¡Si no lo haces, haré que te caigas con un agujero en el cuerpo que no dejará de sangrar hasta que hayas muerto!

«No tendré que dispararle —se dijo Hunahpu—. Me obedecerá y nos haremos amigos. Pero si me obliga, puedo hacerlo, puedo matarlo.»

—¿Por qué me elige el hombre de Xibalba para esta grandeza, cuando soy un perro? —exclamó Na-Yaxhal. Era una postura retórica muy prometedora.

—Te elijo porque eres lo más parecido a un ser humano de todos los perros que ladran en zapoteca y porque tu esposa es ya una mujer durante dos horas cada día.

Eso recompensaría a la vieja bruja por hablar en favor de Hunahpu.

Na-Yaxhal se decidió y, tan rápidamente como se lo permitió su anciano cuerpo (tenía casi treinta y cinco años), se postró. Los otros de la aldea lo imitaron.

—¿Dónde están las mujeres de Atetulka? Salid de vuestro escondite, vosotras y todos vuestros hijos. ¡Venid a verme! Entre los hombres yo sería un rey, pero sólo soy el más humilde servidor del rey de Xibalba. ¡Venid a verme!

«Pongamos los cimientos de un tratamiento de las mujeres algo más igualitario, desde el principio.»

—¡Reunios con vuestras familias, todos vosotros!

Vacilaron, pero sólo durante unos instantes. Ya se orientaban por clanes y familias, incluso cuando se enfrentaban a un enemigo, así que hizo falta poco para que obedecieran su orden.

—Ahora, Na-Yaxhal, avanza. ¡Coge la primera espina de mi pene y píntate la frente con su sangre, pues tú eres el hombre que será el primer rey en el reino de Xibalba-en-la-Tierra, siempre que me sirvas, pues yo soy el servidor del rey de Xibalba!

Na-Yaxhal se adelantó y sacó la espina de manta raya. Hunahpu no gimió porque no sintió dolor, pero notó cómo la espina tiraba de su piel e imaginó lo desagradable que sería el dolor de esa noche. «Si vuelvo a ver a Diko alguna vez no quiero oírle quejarse de nada que haya tenido que soportar por el bien de su misión.» Entonces pensó en el precio que Kemal pretendía pagar y se avergonzó.

Na-Yaxhal se pintó la frente y la nariz, los labios y la barbilla con la sangre de la espina de manta raya.

—¡Hija-de-Seis-Kauil!

La mujer surgió de entre el clan principal de la tribu.

—Saca la siguiente espina. ¿De qué está hecha?

—De plata.

—Píntate el cuello con mi sangre.

Ella se pasó la larga espina de plata por el cuello.

—¡Serás madre de reyes y tu fuerza estará en los barcos del pueblo zapoteca, si sirves al rey de Xibalba-en-la-Tierra y a mí, el servidor del rey de Xibalba!

—Lo haré —murmuró ella.

—¡Habla fuerte! —ordenó Hunahpu—. ¡No susurraste cuando hablaste sabiamente de la barriga suelta de tu marido! ¡La voz de una mujer puede oírse con la misma fuerza que la voz de un hombre en el reino de Xibalba-en-la-Tierra!

«Eso es todo lo que podemos hacer por la igualdad ahora mismo —pensó Hunahpu—, pero será bastante revolucionario cuando la historia se extienda.»

—¿Dónde está Yax? —gritó Hunahpu.

El joven avanzó tímidamente.

—¿Obedecerás a tu padre, y cuando sea llevado a Xibalba dirigirás a este pueblo con piedad y sabiduría?

Yax se arrodilló ante Hunahpu.

—Saca la siguiente espina. ¿De qué está hecha?

—De oro —dijo Yax, cuando la sacó.

—Píntate el pecho con mi sangre. Todo el oro del mundo será tuyo, cuando seas digno de convertirte en rey, siempre que recuerdes que pertenece al rey de Xibalba, y no a ti ni a ningún hombre. Lo compartirás libre y justamente con todo el que beba la sangre y coma la carne del rey de Xibalba.

Eso debería ayudar a la Iglesia católica en lo referido a la conciliación con los extraños herejes protocristianos cuando las dos culturas se encontraran. Si el oro fluía libremente hacia la Iglesia, pero sólo a condición de que confesaran que comían la carne y bebían la sangre del rey de Xibalba, la herejía iría bien encaminada a ser una variante aceptable del dogma católico. «Me pregunto —pensó Hunahpu— si me santificarán. Desde luego, no será por falta de milagros, al menos durante una temporada.»

—¡Bacab, creador de herramientas, trabajador del metal!

Un joven delgado avanzó y Hunahpu le hizo retirar la siguiente espina.

—Es cobre, señor Un-Hunahpu —dijo Bacab.

—¿Conoces el cobre? ¿Puedes trabajarlo mejor que ningún hombre?

—Lo trabajo mejor que ningún hombre de esta aldea, pero hay sin duda otros hombres en otros lugares que lo trabajan mejor que yo.

—Aprenderás a mezclarlo con muchos metales. Crearás herramientas que nadie en el mundo ha visto. ¡Píntate el vientre con mi sangre!

El artesano hizo lo que le decía. Después del rey, de su esposa y de su hijo, los que trabajaban el metal serían quienes a partir de entonces tendrían más prestigio en el nuevo reino.

—¿Dónde está Xocol-Ha-Man? ¿Dónde está el maestro constructor de barcas?

Un joven fuerte con hombros enormes surgió de otro clan, sonriendo con orgullo.

—Saca la siguiente espina, Xocol-Ha-Man. Tú, que llevas el nombre de un gran río en el torrente, debes decirme, ¿has visto antes este metal?

Xocol-Ha-Man acarició el bronce, manchando de sangre todos sus dedos.

—Parece cobre, pero más brillante —dijo—. Nunca lo he visto.

Bacab lo miró a su vez, y también él sacudió la cabeza.

—Orina sobre este metal, Xocol-Ha-Man. ¡Haz que la corriente del océano que hay dentro de ti fluya sobre él! Pues no pintarás tu cuerpo con mi sangre hasta que hayas encontrado este metal en otra tierra. Construirás barcos y navegarás en ellos hasta que encuentres la tierra al norte donde conocen el nombre de este metal. Cuando me traigas el nombre de este metal, entonces pintarás tu entrepierna con mi sangre.

Sólo quedaba la espina de hierro.

—¿Dónde está Xoc? ¡Sí, me refiero a la esclava, la muchacha fea que capturasteis y con la que nadie quiere casarse!

La empujaron hacia adelante, una sucia muchacha de trece años con labio leporino.

—Saca la última espina, Xoc. Pinta tus pies con mi sangre. Pues con el poder de este último metal el rey de Xibalba hará libres a todos los esclavos. Hoy eres una ciudadana libre del reino de Xibalba-en-la-Tierra. No perteneces a ningún hombre o mujer, pues ningún hombre o mujer pertenece a otro. ¡El rey de Xibalba lo ordena! ¡No hay cautivos, no hay esclavos, no hay siervos de por vida en el reino de Xibalba-en-la-Tierra! «Por ti, Tagiri.»

Pero lo que él dio por piedad fue utilizado con poder. Xoc le arrancó la espina de hierro del pene y luego, como habría hecho una reina maya, sacó la lengua, asió la punta con la mano izquierda, y con la mano derecha se la atravesó con la espina. La sangre corrió por su barbilla mientras la espina y sus labios formaban una extraña cruz.

La gente se quedó boquiabierta. Lo que Xoc demandaba no era la amabilidad de un señor hacia una esclava que planea liberar, sino el honor de un rey hacia la reina que engendrará sus hijos.

¿Qué debía hacer? ¿Quién habría imaginado, al ver el abyecto servilismo de Xoc durante sus meses de esclavitud, que tenía este tipo de ambición? ¿Qué pretendía conseguir? Hunahpu estudió su rostro y vio en él... ¿qué, desafío? Era como si la mujer hubiera sido capaz de ver a través de su charada y le desafiara a rechazarla.

Pero no, no era desafío. Era valentía ante el miedo. Claro que actuaba con osadía. Este hombre regio que decía venir de la tierra de los dioses era la primera oportunidad que tenía de alzarse sobre su miserable estado. ¿Quién podría reprocharle actuar como suelen hacerlo las personas desesperadas, agarrando la primera oportunidad de estirar la mano más allá de toda esperanza razonable? ¿Qué tenía que perder? En su desesperación, toda salvación había parecido imposible. ¿Entonces por qué no intentar ser reina, mientras este Un-Hunahpu parecía dispuesto a ayudarla?

«Es tan fea. Pero inteligente y valiente. ¿Por qué cerrar una puerta?»

Extendió la mano y le quitó la espina de hierro de la lengua.

—Que la verdad fluya eternamente de tu boca como ahora fluye la sangre. No soy ningún rey, y por tanto no tengo reina alguna. Pero como has mezclado tu sangre con la mía con esta última espina, prometo que durante el resto de tu vida escucharé cada día lo que quieras decirme.

Ella asintió con solemnidad mostrando en su rostro alivio y orgullo. Él le había dado la vuelta a su maniobra para ser su consorte, pero la había aceptado como consejera. Y mientras Hunahpu se arrodillaba y le pintaba los pies con la espina ensangrentada, no pudo evitar darse cuenta de que su vida había cambiado completamente y para siempre. Él la había hecho grande a los ojos de aquellos que la habían maltratado.

Tras ponerse en pie, Hunahpu colocó ambas manos sobre sus hombros y se acercó para poder susurrarle al oído.

—No busques la venganza ahora que tienes poder —dijo en maya puro, sabiendo que el dialecto nativo de ella era tan parecido que lo entendería bastante bien—. Gana mi respeto con tu generosidad y confianza.

—Gracias —respondió ella.

«Ahora de vuelta al guión original. Espero —pensó Hunahpu— que no haya muchas más sorpresas como ésta.»

Pero naturalmente las habría. La única opción sería improvisar. Sus planes tendrían que ser adaptados; sólo su propósito permanecería inalterable.

Alzó la voz por encima de la multitud.

—¡Que Bacab toque este metal! ¡Que Xocol-Ha-Man lo vea!

Los hombres avanzaron, lo estudiaron asombrados. De todas las espinas, era la única que no se doblaba, ni siquiera un poquito.

—Nunca he visto un metal tan fuerte —dijo Bacab.

—Negro —dijo Xocol-Ha-Man.

—Hay muchos reinos al otro lado del mar donde este metal es tan común como el cobre lo es aquí. Saben cómo fundirlo hasta que brilla blanco como la plata. Esos reinos conocen ya al rey de Xibalba, pero él les ha ocultado muchos secretos. Es la

voluntad del rey de Xibalba que el reino de Xibalba-en-la-Tierra encuentre este metal y lo domine, si sois dignos de ello. Pero por ahora esta negra espina de metal permanecerá con Xoc, que antes fue una esclava, y acudiréis a ella o a sus hijos para comprobar si habéis encontrado el duro metal negro. La gente de tierras lejanas lo llama *ferro y herró y iron y fer*, pero vosotros lo llamaréis *xibex*, pues procede de Xibalba y sólo debe ser usado en servicio del rey.

La última de las espinas había sido arrancada ya de su cuerpo. Eso le hizo sentirse agradablemente liviano, como si su peso lo hubiera debilitado.

—Que esto sea ahora un signo para todos vosotros de que el rey de Xibalba toca a todos los hombres y mujeres del mundo. Esta aldea será asolada por la plaga, pero ninguno de vosotros morirá.

Esa predicción tenía un riesgo de fracaso: los inmunólogos dijeron que una de cada cien mil personas moriría. Si una de esas malas reacciones se producía en Atetulka, Hunahpu la resolvería bien. Y comparado con los millones de personas que murieron de viruela y otras enfermedades en la historia antigua, era un precio pequeño que pagar.

—La plaga avanzará desde esta aldea a cada tierra, hasta que toda la gente haya sido tocada por el dedo del rey. Y todos dirán: de Atetulka vino la enfermedad de los señores de Xibalba. Vino primero a vosotros, porque yo vine primero, porque el rey de Xibalba os eligió para que gobernéis el mundo. No como gobiernan los mexica, con sangre y crueldad, sino como gobierna el rey de Xibalba, con sabiduría y fuerza.

Ahora, el virus de inmunidad bien podría convertirse en parte del espectáculo divino.

Contempló sus rostros. Asombro y sorpresa, y aquí y allá, resentimiento. Bueno, eso era de esperar. La estructura de poder de la aldea iba a ser transformada muchas más veces antes de que esto terminara. De algún modo estas gentes se convertirían en dirigentes de un gran imperio. Sólo unos pocos estarían a la altura del desafío; muchos quedarían atrás, porque sólo eran adecuados para la vida en la aldea. No había ningún deshonor en eso, pero algunos se sentirían excluidos y heridos. Hunahpu intentaría enseñarles a contentarse con lo que podían hacer, enseñarles a enorgullecerse de los logros de los otros. Pero no podría cambiar la naturaleza humana. Algunos se irían a la tumba odiándolo por los cambios que había introducido. Y nunca podría decirles cómo hubieran acabado sus vidas si no hubiera interferido.

—¿Dónde vivirá Un-Hunahpu? —preguntó.

—¡En mi casa! —exclamó Na-Yaxhal de inmediato.

—¿Tomaré la casa del rey de Atetulka, cuando apenas ahora se está convirtiendo en un hombre? ¡Ha sido la casa de hombres-perro y mujeres! No, debéis construirme una casa, aquí, en este mismo sitio. —Hunahpu se sentó cruzado de piernas en el

suelo—. No me moveré de este lugar hasta que tenga una nueva casa a mi alrededor. Y encima de mí tendré un techo de paja hecho con los techos de todas las casas de Atetulka. Na-Yaxhal, demuéstrame que eres un rey. Organiza a tu pueblo para que construya mi casa antes de que caiga la noche, y enséñales sus deberes lo bastante bien para que aquellos que la construyan lo hagan sin decir ni una palabra.

Era ya mediodía, pero por imposible que pareciera la tarea, Hunahpu sabía que tenían capacidad de sobra para hacerla. La historia de la construcción de la casa de Un-Hunahpu se extendería y haría que muchos otros creyeran que eran realmente dignos de ser la ciudad más grande entre las ciudades del nuevo reino de Xibalba-en-la-Tierra. Esas historias eran necesarias para forjar una nueva nación con voluntad de imperio. La gente debía tener una fe inquebrantable en su propio valor.

Y si no la terminaban antes del anochecer, Hunahpu simplemente encendería la cesta de luz y declararía que los señores de Xibalba estiraban el día con ese pedazo de sol para que pudieran acabarla. De cualquier forma, la historia sería buena.

La gente lo dejó rápidamente en paz mientras Na-Yaxhal los organizaba para la construcción. Cuando por fin pudo relajarse, Hunahpu sacó el desinfectante de una de las bolsas y lo aplicó a su pene herido. Contenía agentes para potenciar la cura y cicatrización: pronto la sangre quedaría reducida a un hilillo y cesaría. Las manos de Hunahpu temblaban mientras aplicaba el ungüento. No por dolor, pues aún no había comenzado, ni siquiera por la pérdida de sangre, sino por alivio tras la tensión de las ceremonias que acababan de terminar.

En retrospectiva, había sido tan sencillo asombrar a aquella gente como lo había imaginado cuando propuso el plan a los demás en el futuro perdido. Sencillo, pero Hunahpu nunca había estado tan asustado en su vida. ¿Cómo consiguió Colón crear tan osadamente un futuro? Sólo porque no sabía nada de lo mal que los futuros podían salir, decidió Hunahpu, sólo por ignorancia pudo dar forma al mundo con tanta intrepidez.

—Es difícil imaginar que éstos sean los grandes reinos de Oriente de los que leímos en el relato de Marco Polo —dijo Sánchez.

Cristóforo tenía que darle la razón. Colba parecía lo bastante grande para ser el continente asiático, pero los indios insistían en que era una isla y que otra isla al suroeste, llamada Haití, era mucho más rica y tenía más oro. ¿Podría ser Cipango? Posiblemente. Pero era desesperanzador tener que continuar asegurando a los marineros y, sobre todo, a los funcionarios reales que riquezas sin cuento los esperaban a sólo unos cuantos días más de navegación.

¿Cuándo le permitiría Dios el momento de triunfo? ¿Cuándo se cumplirían claramente todas las promesas de oro y grandes reinos para que pudiera regresar a España como Virrey y Almirante de la Mar Océano?

—¿Qué importa? —dijo Don Pedro—. La mayor riqueza de este lugar salta a la vista.

—¿A qué os referís? —preguntó Sánchez—. Lo único en lo que esta tierra es rica es en árboles e insectos.

—Y en gente —contestó Don Pedro—. La gente más amable y pacífica que he visto jamás. No será ningún problema ponerlos a todos a trabajar: obedecerán a sus amos a la perfección. No hay sentido de lucha en ellos, ¿no lo veis? ¿No podéis imaginar qué precio alcanzarán como los más dóciles sirvientes?

Cristóforo frunció el ceño. Ya se le había ocurrido esa misma idea, pero le preocupó igualmente. ¿Era eso lo que el Señor tenía en mente, convertirlos y esclavizarlos al mismo tiempo? Sin embargo, aquí, en la tierra a la que Dios le había conducido, no había ninguna otra fuente de riquezas a la vista. Y estaba claro que estos salvajes eran completamente inadecuados para convertirse en soldados de una cruzada.

Si Dios hubiera pretendido que estos salvajes fueran cristianos libres, les habría enseñado a llevar ropas en vez de ir desnudos.

—Naturalmente —le dijo Cristóforo—. Llevaremos una muestra de esta gente a sus majestades cuando regresemos. Pero imagino que será más beneficioso mantenerlos aquí en la tierra a la que están acostumbrados, y usarlos para excavar oro y otros metales preciosos mientras les enseñamos la doctrina de Cristo y nos encargamos de su salvación.

Los otros lo escucharon sin discutir. ¿Cómo iban a estar en contra de algo tan obviamente cierto? Además, aún estaban débiles y cansados por la enfermedad que se había cebado en las tripulaciones de las tres naves, obligándoles a echar el ancla y descansar durante varios días. Nadie murió: no se trataba de una enfermedad tan virulenta como las terribles plagas con que los portugueses se habían encontrado en África y que les habían obligado a construir sus fuertes en las islas alejadas de la costa. Pero había dejado a Colón con un terrible dolor de cabeza, y estaba seguro de que los otros lo sufrían también. Si no le hubiera dolido tanto, incluso habría deseado que continuara eternamente, pues impedía a los funcionarios reales alzar la voz. Los funcionarios reales eran mucho más tolerables cuando el dolor evitaba que fueran estridentes.

Todos se quedaron de piedra cuando alcanzaron la ciudad llamada Cunabacán. Cristóforo había pensado que la última sílaba del nombre se refería al Gran Khan de las escrituras de Marco Polo, pero cuando llegaron a la «ciudad» de la que farfullaban los nativos, resultó ser un miserable conjunto de chozas, quizás un poco más pobladas que las otras escuálidas aldeas que habían visto en esta isla. La ciudad del Khan, desde luego. Sánchez se había atrevido a alzar la voz entonces, delante de los hombres. Tal vez esta plaga menor era una protesta de Dios contra sus insubordinadas

quejas. Tal vez Dios quería darles algo de qué quejarse.

Al día siguiente o al otro navegarían hacia Haití. Tal vez allí encontrarían algún signo de las grandes civilizaciones de Cipango o Cathay. Y entre tanto, estas miserables islas serían al menos fuente de esclavos, y mientras los funcionarios reales estuvieran dispuestos a apoyarlo, eso podría ser suficiente para justificar el coste de un segundo viaje, si no conseguían encontrar al Khan en esta primera aventura.

Kemal estaba sentado en la cima del promontorio, sombrío, buscando una vela al noroeste. Colón llegaba tarde.

Y si llegaba tarde, todas las apuestas quedaban canceladas. Eso significaba que ya había sido introducido algún cambio, algo que le retrasaría en Colba. Kemal podría haberlo considerado una prueba de que alguno de los otros había realizado con éxito el viaje al pasado, pero era bien consciente de que el cambio podría haber sido provocado por él. La única influencia que podía extenderse de la isla de Haití a la de Colba era el virus portador... y aunque sólo llevaba allí dos meses, era tiempo de sobra para que el virus hubiera sido transportado a Colba por una de las partidas de caza que recorrían las islas en canoa. Los españoles debían de haber contraído el virus.

O peor. La leve plaga podría haber causado un cambio en la conducta de los indios. Podría haber habido derramamiento de sangre, lo suficiente para hacer que los europeos regresaran a casa. O podrían haber dicho a Colón algo que le hiciera tomar una ruta distinta... rodeando Haití en sentido inverso a las agujas del reloj, por ejemplo, en vez de cartografiar la orilla norte.

Sabían que el virus podría trastocar sus planes, porque se movería más rápido y más lejos de lo que podrían hacerlo los viajeros del tiempo. Sin embargo, era también el aspecto más seguro y más básico de su plan. ¿Y si sólo conseguía llegar un viajero y lo mataban en el acto? Incluso así, el virus sería transmitido a aquellos que tocaran el cuerpo durante las primeras horas. Si no se introducía ningún otro cambio, éste podría ser suficiente para impedir que los indios fuera barridos en una oleada de enfermedades europeas.

«Así que es buena señal —se dijo Kemal—. Buena señal que Colón llegue tarde, porque eso significa que el virus está haciendo su trabajo. Ya hemos cambiado el mundo. Ya hemos tenido éxito.»

Sólo que no se lo parecía. Viviendo de raciones enlatadas, escondido en un promontorio aislado, atento a la presencia de las velas, Kemal quería conseguir algo más que ser el portador de un virus curador. Alá desea todo lo que pase, lo sabía, pero no era tan piadoso para no desear susurrarle un par de palabritas al oído. Unas cuantas sugerencias.

No vio una vela hasta el tercer día. Demasiado temprano. En la antigua versión de

la historia, Colón había llegado más tarde, y por eso la *Santa María se había hundido*, al chocar en la oscuridad contra un arrecife sumergido. Esta vez no estaría oscuro. Y aunque así fuera, las corrientes y vientos no serían iguales. Kemal tendría que destruir las tres naves. Peor, sin el accidente de la *Santa María* no habría ningún motivo para que la *Niña* levantara anclas. Kemal tendría que bordear la costa y esperar su oportunidad. Si la había.

«Si fracaso —pensó—, los otros todavía pueden tener éxito. Si Hunahpu consigue engañar a los tlaxcalanos y crear un imperio zapoteca que abandone o reduzca los sacrificios humanos, entonces los españoles no lo tendrán tan fácil. Si Diko está en algún lugar de las montañas, tal vez consiga crear una nueva religión protocristiana y un imperio caribe unificado que los españoles no romperán fácilmente. Después de todo, su éxito se basó casi por completo en la incapacidad de los indios para organizar una resistencia seria. Así que aunque Colón regrese a Europa, la historia seguirá siendo diferente.»

Pretendía tranquilizarse susurrando aquellas cosas, pero le sabían como cenizas en la boca. «Si fracaso, América perderá sus cincuenta años de preparación antes de que lleguen los europeos.»

Dos barcos. No tres. Eso era un alivio. ¿O no? Ya que la historia estaba cambiando, habría sido mejor que la flota de Colón permaneciera unida. Pinzón había separado la *Niña* del resto, igual que en la historia anterior. ¿Pero cómo saber si Pinzón cambiaría de opinión y regresaría a Haití para reunirse con Colón? En esta ocasión, tal vez se limitara a seguir hacia el este, llegar el primero a España y reclamar todo el crédito del descubrimiento.

«Eso está fuera de mi alcance —se dijo Kemal—. La *Pinta* vendrá o no vendrá. Tengo a la *Niña* y la *Santa María* y debo asegurarme de que al menos ellas no regresen a España.»

Kemal observó hasta comprobar que las naves viraban al sur, para rodear el Cabo de San Nicolás. ¿Tomarían la misma ruta que habían seguido en la historia previa, navegando al sur un poco más y luego virando para estudiar la costa norte de la isla de Haití? Nada era ya predecible, aunque la lógica proclamara que fueran cuales fuesen los motivos que Colón tuvo para sus acciones en la otra historia, los mismos se mantendrían también esta vez.

Kemal se abrió paso cuidadosamente hasta los árboles situados cerca del agua donde había ocultado su balsa hinchable. Contrariamente a los salvavidas, no era de color naranja brillante, sino de un azul verdoso, diseñado para ser invisible en el agua. Kemal se puso el traje submarino, también azul verdoso, y empujó el bote hasta el agua. Luego subió a bordo las suficientes cargas subacuáticas para dar buena cuenta de la *Santa María* y la *Niña*, si se presentaba la oportunidad. Entonces puso el motor en marcha y se hizo a la mar.

Tardó media hora en hallarse lo bastante lejos de la costa para sentirse razonablemente confiado en ser invisible a los avezados vigías de las carabelas españolas. Sólo entonces navegó hacia poniente lo suficiente para ver las velas. Para su alivio, habían anclado en el Cabo de San Nicolás y desembarcaban en unos pequeños bateles. Puede que fuera el nueve de diciembre en vez del seis, pero Colón estaba tomando las mismas decisiones que antes. El clima era frío, para tratarse de esta parte del mundo, y Colón tendría los mismos problemas para atravesar el canal situado entre Tortuga y Haití hasta el catorce de diciembre. Tal vez Kemal estaría más seguro si regresaba a la orilla y esperaba a que la historia se repitiera.

O tal vez no. Colón estaría ansioso por navegar hacia oriente para vencer a Pinzón en el regreso a España, y esta vez podría rodear Tortuga, aprovechando los vientos favorables y evitando por completo los traicioneros vientos contrarios que lo lanzarían contra los arrecifes. Ésta podría ser la última oportunidad de Kemal.

Pero claro, el Cabo de San Nicolás estaba lejos del lugar donde vivía la tribu de Diko... si en realidad había conseguido convertirse en habitante de la aldea que llamó por primera vez a la gente del futuro para que los salvara. ¿Por qué hacer las cosas más difíciles para ella?

Esperaría y observaría.

Al principio, cuando la *Pinta* empezó a separarse más y más, Cristóforo supuso que Pinzón estaba evitando algún contratiempo de las aguas. Luego, cuando la carabela casi se perdió en el horizonte, trató de creer lo que los hombres le decían: que la *Pinta* debía ser incapaz de leer las señales que Cristóforo enviaba. Era una tontería, por supuesto. La *Niña* también navegaba a babor y no tenía ningún problema para mantener el rumbo. Para cuando la *Pinta* desapareció tras el horizonte, Cristóforo supo que Pinzón lo había traicionado, que el antiguo pirata estaba decidido a navegar derecho hacia España e informar a sus majestades antes de que Colón pudiera llegar allí. No importaba que Cristóforo fuera el jefe reconocido de la expedición, o que los oficiales reales que los acompañaban informaran de la perfidia de Pinzón... sería él quien recaudaría la primera fama, su nombre el que recordaría la historia como el hombre que primero regresó a Europa tras seguir la ruta a Oriente a través de poniente.

Pinzón nunca había navegado tan al sur para saber que el firme viento del este daba paso, en latitudes inferiores, al firme viento poniente que Cristóforo había sentido cuando navegaba con los portugueses. Así que había buenas posibilidades de que si Cristóforo llegaba lo bastante al sur, consiguiera alcanzar España mucho antes que Pinzón, quien sin duda tendría problemas al cruzar el Atlántico, y lo haría a ritmo lento en el mejor de los casos. Había una firme posibilidad de que el progreso de Pinzón fuera tan lento que tuviera que renunciar y regresar a las islas para cargar de

nuevas provisiones su carabela.

Una firme posibilidad, pero ninguna certeza, y Cristóforo no podía desprenderse de la sensación de urgencia (y furia apenas reprimida) que había provocado la deslealtad de Pinzón. Lo peor de todo, no había nadie en quien pudiera confiar, pues sin duda los hombres deseaban que Pinzón ganara, aunque delante de los oficiales y los agentes del rey Cristóforo no podía demostrar ninguna debilidad ni preocupación.

Así que Cristóforo sintió poco placer en cartografiar la costa desconocida de la gran isla que los nativos llamaban Haití, y que él había bautizado con el nombre de La Española. Quizás habría disfrutado más del trabajo si hubiera avanzado firmemente, pero tuvieron el viento del este en contra por toda la costa.

Tuvieron que fondear durante días en el lugar que los hombres llamaron Costa de los Mosquitos y luego otra vez en Valle del Paraíso. Los hombres apreciaron mucho estas paradas, porque allí los habitantes eran más altos y más sanos, y dos de las mujeres eran tan claras de piel que recibieron el mote de «las españolas». Como comandante cristiano, Cristóforo tenía que fingir no saber qué más sucedía entre los marineros y las mujeres que subían a las carabelas. Parte de la tensión del viaje remitió en Valle del Paraíso. Pero no para Cristóforo, que contaba el retraso de cada día como ventaja añadida para que Pinzón llegara primero a España.

Cuando por fin se pusieron en marcha, fue navegando de noche y pegados a la costa, donde la brisa de la orilla contrarrestaba los vientos de levante y los llevaba con rapidez hacia el este. Aunque las noches eran claras, resultaba peligroso navegar a oscuras por una costa desconocida, pues nadie sabía qué peligros podría haber bajo el agua. Pero Cristóforo no veía ninguna otra opción. Era navegar oeste-sur rodeando la isla, que podría ser tan grande como para requerir meses para ser explorada, o navegar de noche siguiendo las brisas de la costa. Dios protegería los barcos, porque si no lo hacía, el viaje fracasaría, o al menos la parte de Cristóforo en él. Lo que importaba entonces era regresar a España con gloriosos informes que ocultaran la decepcionante cantidad de oro y el bajo nivel de civilización, para que sus majestades aprestaran una flota real y él pudiera explorar seriamente hasta encontrar las tierras de las que había escrito Marco Polo.

Sin embargo, lo que más molestaba a Cristóforo era algo que no conseguía explicarse ni siquiera a sí mismo. Durante el día, mientras fondeaban y Cristóforo cartografiaba la costa, a veces se daba la vuelta y contemplaba el mar abierto. Era entonces cuando a veces le parecía ver algo en el agua. Sólo era visible unos instantes, y nadie más informó de haberlo visto. Pero Cristóforo sabía que lo había visto, fuera lo que fuese... un parche en el agua de un color ligeramente distinto, y varias veces una forma parecida a un hombre medio dentro y medio fuera del agua. La primera vez que vio la forma humana, inmediatamente recordó los relatos de los marinos genoveses referidos a tritones y otros monstruos de las profundidades. Pero

fuera lo que fuese, siempre estaba mar adentro: nunca se acercaba. ¿Se trataba de alguna aparición espiritual, algún signo del Señor? ¿O era un signo de la enemistad de Satán, observando, esperando una oportunidad de interrumpir esta expedición cristiana?

Una vez, sólo una vez, Cristóforo atisbo un destello de luz como si aquello tuviera un catalejo propio y lo observara igual que lo estaba observando él.

No escribió nada de esto en su cuaderno de bitácora. De hecho, trató de descartarlo como signo de alguna leve enajenación provocada por las latitudes tropicales y las preocupaciones producidas por Pinzón. Hasta que el desastre los golpeó a primeras horas de la mañana de Navidad.

Cristóforo estaba despierto en su camarote. Le resultaba difícil dormir cuando el barco navegaba tan peligrosamente cerca de la costa, y por eso permanecía despierto la mayoría de las noches, estudiando sus cartas o escribiendo en su cuaderno o en su diario privado. Esa noche, sin embargo, no había hecho nada más que tumbarse en la cama, pensando en todo lo que había acontecido en su vida hasta entonces, maravillándose de cómo habían salido las cosas a pesar de la adversidad, y finalmente rezó, dando gracias a Dios por lo que en su momento había parecido olvido divino, pero que entonces parecía una milagrosa atención. «Perdonadme por no comprenderos, por esperar que midierais el tiempo según los cortos momentos de la vida de un hombre. Perdonadme por mis temores y dudas por el camino, pues ahora veo que siempre estuvisteis a mi lado, vigilándome y protegiéndome y ayudándome a cumplir Vuestra voluntad.»

Una sacudida recorrió el barco, y desde cubierta llegó un grito.

Kemal observaba a través de su visor nocturno, sin atreverse a creer en su buena suerte. ¿Por qué se había preocupado? El clima había sido la causa del retraso de Colón en la historia anterior, y el mismo clima determinaba en esta ocasión su avance. Esperar vientos favorables le había traído a aquel lugar el día de Nochebuena, quince minutos después de lo que lo había hecho en el antiguo pasado de Kemal. Las mismas corrientes y vientos similares habían hecho que la *Santa María* encallara en un arrecife, como antes. Todavía era posible que todo saliera bien.

Naturalmente, siempre era el factor humano, no el clima, lo que podía cambiar. Pese a tanta cháchara sobre cómo el ala de una mariposa en Beijing podía causar un huracán en el Caribe, Manjam le había explicado a Kemal que los sistemas pseudocaóticos como el clima eran en realidad bastante estables en sus pautas subyacentes y engullían diminutas fluctuaciones aleatorias.

El verdadero problema radicaba en las decisiones tomadas por los hombres del viaje. ¿Harían lo que habían hecho antes? Kemal había visto el hundimiento de la *Santa María* un centenar de veces o más, ya que tantas cosas dependían de ello. La

nave se hundía a causa de varios factores y cualquiera de ellos podía cambiar por capricho. Primero, Colón tenía que estar navegando de noche y, para alivio de Kemal, seguía haciéndolo para combatir los vientos contrarios. Luego, tanto Colón como Juan de la Cosa, dueño y maestro del barco, tenían que estar bajo cubierta, dejando el pilotaje de la nave en manos de Peralonso Niño... cosa bastante adecuada, puesto que era el piloto. Pero Niño se fue a dar una cabezada, dejando el timón en manos de uno de los grumetes, indicándole una estrella para que se guiase, lo que habría estado bien para un viaje por el océano pero que apenas servía de ayuda cuando se navegaba por una costa traicionera y desconocida.

En todo caso, la única diferencia era que no se trataba del mismo grumete: por su altura y sus modales, Kemal advirtió incluso desde la distancia que esta vez era Andrés Yévenes, un poco mayor. Pero la experiencia que Andrés tuviera apenas le ayudaría: nadie había trazado mapas de esa costa, así que ni siquiera el piloto más experimentado habría sabido que los arrecifes de coral estarían tan cerca de tierra sin crear ningún cambio visible en el mar.

Incluso esto podría haberse recuperado en la historia anterior, pues Colón inmediatamente dio órdenes que, de haber sido obedecidas, habrían salvado el barco. Lo que realmente hundió a la *Santa María* fue su dueño, Juan de la Cosa, que se dejó llevar por el pánico y no sólo desobedeció las órdenes de Colón, sino que hizo imposible que los demás las cumplieran. A partir de ese punto, la carabela quedó condenada.

Kemal, tras estudiar a De la Cosa desde el principio de su vida hasta el final, fue incapaz de descubrir por qué hizo aquella acción inexplicable. La única conclusión que sacó fue que De la Cosa se había aterrado ante la perspectiva del hundimiento del barco y simplemente se quitó de enmedio de la forma más rápida y efectiva posible. Para cuando quedó claro que había tiempo de sobra para sacar de allí a todos los hombres sin serio peligro, era demasiado tarde para salvar la nave. En ese punto, De la Cosa difícilmente admitiría su cobardía... o el motivo que fuese.

El barco se estremeció por el impacto, luego se escoró a un lado. Kemal observaba, expectante. Iba vestido de hombre-rana, dispuesto a acercarse y poner una carga explosiva bajo la carabela si Colón conseguía salvarla. Pero sería mejor que el navio se hundiera sin inexplicables incendios ni explosiones.

Juan de la Cosa salió tambaleándose de su camarote y subió al castillete, aún no despierto del todo, sintiéndose dentro de una pesadilla. ¡Su carabela había encallado! ¿Cómo podía haber sucedido algo así? Allí estaba Colón, en cubierta ya furioso. Como siempre, Juan se enrabetó ante la sola visión del cortesano genovés. Si Pinzón hubiera estado al mando, no habría habido tonterías como navegar de noche. Era todo lo que Juan podía hacer para conciliar el sueño, sabiendo que su carabela recorría una costa extraña en medio de la oscuridad. Y, como había temido, acabaron por encallar.

Todos se ahogarían, si no lograban salir de la nave antes de que se hundiera.

Uno de los grumetes de la nave (Andrés, el favorecido por Niño esa semana) ofrecía patéticas excusas.

—Tenía los ojos fijos en la estrella que me señaló y mantuve el mástil en línea.

Parecía aterrorizado.

El barco se escoró enormemente.

«Nos hundiremos —pensó Juan—. Lo perderé todo.»

—¡Mi carabela! —chilló—. ¡Mi pequeña nave, qué le habéis hecho!

Colón se volvió hacia él con frialdad.

—¿Dormíais bien? —preguntó gélidamente—. Niño sin duda lo hacía.

¿Y por qué no debería dormir el dueño del barco? Juan no era piloto, ni navegante. Era sólo el propietario. ¿No le habían dejado claro que no tenía casi ninguna autoridad, excepto la que le concedía Colón? Como vizcaíno^[2], Juan era tan extranjero entre esos españoles como el propio Colón, así que recibía la condescendencia del italiano, el desprecio de los oficiales reales y las burlas de los marineros españoles. Pero en ese momento, después de haber sido despojado de todo control y todo respeto, ¿era de pronto culpa suya que el barco se hundiera?

La nave se escoró aún más a babor.

Colón hablaba, pero Juan tenía problemas para concentrarse en lo que decía.

—La popa es pesada y hemos chocado con un arrecife submarino. No avanzaremos más. No tenemos más remedio que enderezar el barco.

Era la cosa más absurda que Juan había oído jamás. Estaba oscuro, el barco se hundía, ¿y Colón quería intentar una maniobra estúpida en vez de salvar vidas? Era lo que cabía esperar de un italiano, ¿qué le importaban las vidas de los españoles? Y ya puestos, ¿qué era la vida de un vizcaíno para los españoles? Colón y los oficiales llegarían primero a los botes, pero no les importaría lo que le sucediera a Juan de la Cosa. Y los hombres nunca le dejarían subir a un bote si tenían oportunidad de elegir. Lo sabía, lo había visto en sus ojos.

—Enderezar la nave —repitió Cristóforo—. Fletad el batel, llevad el ancla a estribor, lanzadla, y luego usar el impulso para sacarnos de la roca.

—Sé lo que pretendéis —respondió Juan. ¿Creía este tonto que podría enseñarle artes marineras?

—¡Entonces manos a la obra, hombre! —ordenó Cristóforo—. ¿O queréis perder vuestra carabela en estas aguas?

Bien, que Colón diera sus órdenes. No sabía nada. Juan de la Cosa era mejor cristiano que ninguno de aquellos hombres. La única manera de salvar a toda la tripulación era traer los botes de la *Niña* para que ayudasen. Que se olvidara de recoger el ancla, eso sería lento y consumiría mucho tiempo, y los hombres morirían. Juan salvaría todas las vidas de aquel barco y los hombres sabrían quién se

preocupaba por ellos. No aquel fanfarrón de Pinzón, que de forma tan egoísta se había marchado por su cuenta. Y desde luego no Colón, que sólo pensaba en el éxito de su expedición, sin importarle si los hombres morían en el empeño. «Soy yo, Juan de la Cosa, el vizcaíno, el norteño, el extraño. Soy yo el que os ayudará a vivir para regresar junto a vuestras familias en España.»

Juan inmediatamente puso a varios hombres a arriar el bote. Mientras tanto, oyó a Colón gritando órdenes para recoger las velas y soltar el ancla. «Oh, qué excelente idea —pensó Juan—. La nave se hundirá con todas las velas plegadas. Eso significará una gran diferencia para los tiburones.»

El bote chocó con estrépito contra las aguas. De inmediato los tres remeros bajaron por las maromas y empezaron a desatar los nudos para liberar el batel de la carabela. Mientras tanto, Juan trataba de bajar por la escala de cuerda, la cual, con la inclinación del barco, colgaba en medio del aire y se bamboleaba peligrosamente. «Dejadme que viva para alcanzar el bote, Santa Madre, rezó, y entonces seré un héroe y salvaré a los demás.»

Sus pies encontraron el batel, pero no consiguió soltar los dedos de la escala.

—¡Vamos! —demandó Peña, uno de los hombres.

«Lo estoy intentando —pensó Juan—. ¿Por qué no me obedecen mis manos?»

—Vaya cobarde —murmuró Bartolomé. «Pretenden hablar en voz baja —pensó Juan—, pero como siempre se aseguran de que pueda oírlos.»

Sus dedos se abrieron. Sólo había sido un instante. No se podía esperar que nadie actuara con perfecto control cuando la muerte estaba tan cerca.

Pasó por encima de Peña para llegar a su lugar en la popa, para controlar el timón.

—Remad —dijo.

Mientras empezaban a hacerlo, Bartolomé, sentado en la proa, marcaba el ritmo. Había sido soldado en el ejército español, pero lo habían arrestado por ladrón: era uno de los que se unieron al viaje con la esperanza de conseguir el perdón. La mayoría de los delincuentes eran tratados mal por los demás, pero la experiencia militar de Bartolomé le había ganado, aunque fuera a regañadientes, el respeto de la tripulación... y la sumisión total de los otros reos.

—Bogad —dijo—. Bogad.

Mientras ellos remaban, Juan viró el timón hacia babor.

—¿Qué hacéis? —demandó Bartolomé al ver que la barca se separaba de la *Santa María* en vez de dirigirse a la popa, donde empezaba a bajar el ancla.

—¡Haced vuestro trabajo y yo haré el mío! —gritó Juan.

—¡Tenemos que colocarnos bajo el ancla! —respondió Bartolomé.

—¿Confíaís vuestra vida al genovés? ¡Vamos a la *Niña* a pedir ayuda!

Los ojos de los marineros se abrieron de par en par. Era una contravención directa de las órdenes. Bordeaba el motín contra Colón. Dejaron de bogar.

—De la Cosa —dijo Peña—, ¿no vais a tratar de salvar la carabela?

—¡Es mi nave! —chilló Juan—. ¡Y son vuestras vidas! ¡Seguid remando y podremos salvarlos a todos! ¡Remad! ¡Remad!

Bartolomé entonó la saloma, y todos remaron.

Sólo entonces se molestó Colón en advertir lo que estaban haciendo. Juan lo oyó gritar desde la cubierta.

—¡Volved! ¿Qué estáis haciendo! ¡Venid y colocaos bajo el ancla!

Pero Juan miró ferozmente a los marineros.

—Si queréis vivir para volver a ver España, entonces lo único que debéis oír es el batir de los remos.

Remaron sin decir palabra, con fuerza. La *Niña* se hizo más grande en la distancia, mientras la *Santa María* se volvía cada vez más pequeña tras ellos.

«Es sorprendente qué acontecimientos demuestran haber sido inevitables —pensó Kemal—, y cuáles pueden cambiarse. Los marineros dormían todos con mujeres distintas en Valle del Paraíso esta vez, así que aparentemente la elección de parejas de cama fue producto del capricho del azar. Pero cuando llegó el momento de desobedecer la única orden que podría haber salvado a la *Santa María*, Juan de la Cosa tomó la misma decisión, no importaba a qué precio. El amor es aleatorio; el miedo es inevitable. Lástima que nunca tenga la oportunidad de publicar este hallazgo.

»Se acabó contar historias. Sólo puedo representar el final de mi vida. ¿Quién decidirá entonces el significado de mi muerte? Yo lo haré, lo mejor que pueda. Pero entonces ya no estará en mis manos. Harán de mí lo que quieran, si es que me recuerdan. El mundo en el que descubrí un gran secreto del pasado y me hice famoso ya no existe. Ahora estoy en un mundo donde nunca nací y no tengo pasado.» ¿Un solitario saboteador musulmán, que de algún modo consiguió llegar al Nuevo Mundo? Kemal imaginó cómo serían los artículos eruditos, explicando el origen psicosocial de las leyendas del Solitario Terrorista Musulmán del viaje de Colón. Una sonrisa asomó a su rostro mientras la tripulación de la *Santa María* remaba hacia la *Niña*.

Diko regresó a Ankuash con dos cestas llenas de agua colgando de la percha que llevaba al hombro. Ella misma la había fabricado, cuando quedó claro que no había nadie en la tribu que fuera tan fuerte. Los otros se avergonzaban de verla acarrear agua tan fácilmente cuando a ellos les resultaba tan duro. Así que fabricó la percha para que pudiera transportar el doble, y entonces insistió en recoger el agua sola, para que nadie pudiera compararse a ella. Hacía tres viajes al día hasta el arroyo bajo la

cascada. Eso la mantenía fuerte, y apreciaba la soledad.

Los demás la estaban esperando, por supuesto: el agua de las grandes cestas sería vertida en muchos recipientes más pequeños, la mayoría en vasijas de barro. Pero advirtió desde lejos que había ansiedad en ellos. Noticias, pues.

—¡La canoa de los hombres blancos fue llevada por los espíritus del agua! — exclamó Putukam en cuanto Diko estuvo lo bastante cerca para poder oírla—. ¡El mismo día que tú dijiste!

—Tal vez ahora Guacanagarí crea la advertencia y proteja a sus muchachas jóvenes.

Guacanagarí era el cacique de la mayor parte del noroeste de Haití. A veces alardeaba de que su autoridad se extendía desde las montañas de Cibao hasta Ankuash, aunque nunca había tratado de demostrar esta teoría en batalla: no había nada allá arriba en Cibao que quisiera. Los sueños de Guacanagarí de ser dueño de todo Haití le habían llevado en la historia anterior a establecer una fatal alianza con los españoles. Si no lo hubieran tenido a él y a su pueblo para servirles de espía e incluso para pelear por ellos, los españoles tal vez no habrían vencido; otros líderes tainos quizás hubieran logrado unir a Haití en alguna especie de resistencia efectiva. Pero eso no sucedería esta vez. La ambición de Guacanagarí seguiría siendo el principio por el que se guiaba, pero no tendría el mismo efecto devastador. Pues Guacanagarí sólo era amigo de los españoles cuando parecían fuertes. En cuanto parecieron débiles, sería su más mortal enemigo. Diko sabía que no debía confiar en su palabra ni un solo instante. Pero todavía resultaba útil, porque era fácil anticipar sus actos si se comprendía su ansia de gloria.

Diko se agachó y se quitó la percha de los hombros. Los demás cogieron las cestas de agua y empezaron a vaciarlas en sus recipientes.

—¿Guacanagarí escucha a una mujer de Ankuash? —dijo Baiku, escéptico. Recogía el agua en tres vasijas. El pequeño Inoxtla se había hecho un corte que tenía mal aspecto en una caída, y Baiku preparaba una pócima, té y vapor para él.

Una de las mujeres más jóvenes corrió inmediatamente en defensa de Diko.

—¡Debe creer a Ve-en-la-Oscuridad! Todas sus palabras se vuelven verdad.

Como siempre, Diko negaba sus supuestos dones proféticos, aunque había sido su íntimo conocimiento del futuro lo que impidió que se convirtiera en esclava o en quinta esposa del cacique.

—Es Putukam quien ve visiones verdaderas, y Baiku quien sana. Yo traigo agua.

Los otros guardaron silencio, pues ninguno de ellos había comprendido jamás por qué Diko decía algo que era tan claramente falso. ¿Quién había oído hablar de alguien que se negara a admitir que hacía algo bien? Sin embargo, era la persona más fuerte, más alta, más sabia y más santa que habían visto o conocido, y si ella decía esto, debía ser cierto, aunque sus palabras no debían ser consideradas en su totalidad,

por supuesto.

«Pensad lo que queráis —dijo Diko en silencio—. Pero yo sé que llegará el día en que no tendré más conocimiento del futuro que vosotros, porque no será el futuro que yo recordaba.»

—¿Y qué hay del Hombre Silencioso? —preguntó.

—Oh, dicen que aún está en su barca hecha de agua y aire, observando.

—Y dicen que los blancos no pueden verlo —añadió otro—. ¿Son ciegos?

—No saben cómo ver las cosas —dijo Diko—. No saben ver nada más que lo que esperan ver. Los tainos de la costa saben ver esta barca hecha de agua y aire, porque lo vieron hacerla y echarla al agua. Ellos esperan verla. Pero los hombres blancos no la han visto nunca antes, así que sus ojos no saben cómo encontrarla.

—Siguen siendo estúpidos al no verla —dijo Goala, un adolescente recién salido de la pubertad.

—Eres muy valiente —dijo Diko—. Yo tendría miedo de ser tu enemigo.

Goala se pavoneó.

—Pero tendría aún más miedo de ser tu amigo en la batalla. Estás muy seguro de que tu enemigo es estúpido porque no ve las cosas como tú las verías. Eso te volverá descuidado, y tu enemigo te sorprenderá y tu amigo morirá.

Goala guardó silencio mientras los demás se reían.

—No has visto la barca hecha de agua y aire —dijo Diko—. Así que no sabes si es fácil o difícil verla.

—Quiero verla —dijo Goala en voz baja.

—No te servirá de nada, porque nadie en el mundo tiene poder para hacer una igual y nadie tendrá ese poder hasta dentro de más de cuatrocientos años.

A menos que la tecnología evolucionara aún más rápido en esta nueva historia. Con suerte, la tecnología de este tiempo no anularía la habilidad de los seres humanos para comprenderla, para controlarla, para no ensuciar con ella.

—Lo que dices no tiene sentido ninguno —repuso Goala.

Los demás se quedaron boquiabiertos: sólo un hombre tan joven sería capaz de hablar con tanta falta de respeto a Ve-en-la- Oscuridad.

—Goala está pensando —dijo Diko— que un hombre debe ir a ver esa cosa que sólo se verá dentro de quinientos años. Pero yo os diré que lo que merece la pena verse es aquello de lo que un hombre puede aprender para ayudar a la tribu y la familia. El hombre que ve la barca hecha de agua y aire tiene una historia que sus hijos no creerán. Pero el hombre que aprende cómo hacer una gran canoa de madera como las que usan los españoles, puede cruzar los océanos con grandes cargamentos y muchos pasajeros. Son las canoas de los españoles lo que queréis ver, no la barca hecha de agua y aire.

—No quiero ver para nada a los hombres blancos —dijo Putukam con un

escalofrío.

—Sólo son hombres —respondió Diko—. Algunos son muy malos, y algunos son muy buenos. Todos saben hacer cosas que nadie en Haití sabe hacer, y sin embargo hay muchas cosas que todos los niños de Haití saben y los hombres blancos no comprenden.

—¡Cuéntanos! —gritaron varios de ellos.

—Ya os he contado todas esas historias sobre la llegada de los hombres blancos —dijo Diko—. Y hoy hay trabajo que hacer.

Expresaron como niños su decepción. ¿Y por qué no iban a hacerlo? La confianza dentro de la aldea, dentro de la tribu, era tal que nadie tenía miedo de decir lo que deseaba. Los únicos sentimientos que tenían que ocultar de sus compañeros eran los verdaderamente vergonzosos, como el miedo y la malicia.

Diko llevó su percha y sus cestas de agua vacías a su casa. Una choza, en realidad. Por suerte no había nadie esperándola allí. Putukam y ella eran las únicas mujeres que tenían casas propias y, desde la primera vez que Diko alojó a una mujer cuyo marido estaba furioso y amenazó con golpearla, Putukam se había unido a ella para convertir su morada en un refugio para las mujeres. Había habido mucha tensión al principio, ya que Nugkui, el cacique, veía, no sin razón, a Diko como una rival por el poder en la aldea. La tensión sólo se tradujo en violencia una vez, cuando tres hombres surgieron de las sombras de la noche, armados con lanzas. Diko tardó unos treinta segundos en desarmarlos a todos, romper los palos de las lanzas y dejarlos marchar tambaleándose con muchos cortes y hematomas y músculos doloridos. Simplemente, no podían medirse con su fuerza y su tamaño... y su dominio de las artes marciales.

Eso no habría impedido que intentaran algo más tarde (una flecha, un dardo, un incendio), pero Diko llevó el caso a la luz. Reunió sus pertenencias y empezó a regalárselas a las otras mujeres. Esto inquietó de inmediato a toda la aldea.

—¿Adonde vas? —demandaron—. ¿Por qué te marchas?

Ella respondió con toda sinceridad:

—Vine a esta aldea porque me pareció oír una voz que me llamaba. Pero anoche tuve una visión de tres hombres que me atacaban en la oscuridad y supe que esa voz debía de estar equivocada, no era esta aldea, porque esta aldea no me quiere. Ahora debo marcharme y encontrar la aldea adecuada, la que tiene necesidad de una alta mujer negra para que les lleve el agua.

Tras muchos tira y afloja, accedió a quedarse durante tres días.

—Al final de ese periodo me marcharé, a menos que todo el mundo en Ankuash me haya pedido, uno a uno, que me quede, y hayan prometido nombrarme su tía o su hermana o su sobrina. Si una sola persona no me quiere, me marcharé.

Nugkui no era ningún tonto. Por mucho que lamentara su autoridad, sabía que

tenerla en la aldea daba a Ankuash un enorme prestigio entre los tainos que vivían montaña abajo. ¿No les enviaban sus enfermos para que los curase? ¿No enviaban mensajeros para preguntar el significado de acontecimientos o para conocer qué predecía para el futuro Ve-en-la-Oscuridad? Hasta que llegó Diko, los habitantes de Ankuash eran despreciados como gente que vivía en la zona fría de la montaña. Fue Diko quien les explicó que su tribu fue la primera en vivir en Haití, que sus antepasados fueron los primeros en ser lo bastante valientes para navegar de isla en isla.

—Durante mucho tiempo, los tainos dominaron este lugar, y ahora los caribes quieren hacer lo mismo —explicó—. Pero pronto llegará el momento en que Ankuash dirija una vez más a todo el pueblo de Haití. Pues ésta es la aldea que domará a los hombres blancos.

Nugkui no estaba dispuesto a dejar escapar tan exaltado futuro.

—Quiero que te quedes —dijo, a regañadientes.

—Me alegro de oír eso. ¿Has visto a Baiku para que trate esa fea magulladura de tu frente? Debes de haber chocado con un árbol cuando saliste a orinar en la oscuridad.

Él se la quedó mirando.

—Algunos dicen que haces cosas que no debería hacer una mujer.

—Pero si yo las hago, entonces deben ser cosas que creo que una mujer debería hacer.

—Algunos dicen que enseñas a las esposas a ser rebeldes y perezosas.

—Nunca enseñé a nadie a ser perezoso. Trabajo más duro que ninguno y las mejores mujeres de Ankuash siguen mi ejemplo.

—Ellas trabajan duro, pero no siempre hacen lo que les dicen sus maridos.

—Pero hacen casi todo lo que sus maridos les piden que hagan —dijo Diko—. Sobre todo cuando sus maridos hacen todo lo que las esposas les piden.

Nugkui se quedó sentado durante un largo rato, masticando su ira.

—Ese corte en tu brazo tiene mal aspecto —dijo Diko—. ¿Fue alguien descuidado con la punta de su lanza en la caza de ayer?

—Lo cambias todo —dijo Nugkui.

Ése era el punto crucial de la negociación.

—Nugkui, eres un jefe valiente y sabio. Te observé durante mucho tiempo antes de venir aquí. Dondequiera que fuese, sabía que tendría que hacer cambios, porque la aldea que enseñe a los blancos a ser humanos tiene que ser diferente de todas las demás aldeas. Habrá momentos peligrosos cuando los hombres blancos no estén domados aún, cuando puede que necesites guiar a nuestros hombres a la guerra. E incluso en la paz, tú eres el cacique. Cuando viene la gente en busca de juicio, ¿no te los envío siempre? ¿No te muestro siempre respeto?

A regañadientes, él admitió que así era.

—He visto un futuro terrible, donde los hombres blancos vienen, miles y miles de ellos, y convierten a nuestro pueblo en esclavo... a aquellos que no matan en el acto. He visto un futuro donde en toda la isla de Haití no hay ni un solo taino, ni un solo caribe, ni un hombre o una mujer o un niño de Ankuash. Vine aquí para impedir ese terrible futuro. Pero no puedo hacerlo sola. Depende de ti tanto como de mí. No quiero que me obedezcas. No quiero gobernar por encima de ti. ¿Qué aldea respetaría a Ankuash, si el cacique aceptara órdenes de una mujer? Pero ¿qué cacique merece respeto, si no es capaz de aprender sabiduría sólo porque una mujer se la enseña?

Él la observó, impasible, y luego dijo:

—Ve-en-la-Oscuridad es una mujer que doma a los hombres.

—Los hombres de Ankuash no son animales. Ve-en-la-Oscuridad vino aquí porque los hombres de Ankuash ya se han domado a sí mismos. Cuando las mujeres se refugiaron en mi tienda, o en la de Putukam, los hombres de esta aldea podrían haber derribado las paredes y golpeado a sus esposas, o las podrían haber matado... y a Putukam también, e incluso a mí, porque puede que yo sea lista y fuerte, pero no soy inmortal y se me puede matar.

Nugkui parpadeó ante la declaración.

—Pero los hombres de Ankuash son verdaderamente humanos. Estaban furiosos con sus esposas, pero respetaron la puerta de mi casa y la de Putukam. Se quedaron fuera, y esperaron hasta que su ira se enfrió. Entonces sus esposas salieron, y ninguna fue golpeada, y las cosas mejoraron. Dicen que Putukam y yo ayudamos a crear la paz. Pero sólo funcionó porque los hombres y mujeres de esta aldea la querían. Sólo funcionó porque tú, como cacique, permitiste que funcionara. Si vieras a otro cacique actuar como tú has actuado, ¿no lo llamarías sabio?

—Sí —dijo Nugkui.

—Yo también te llamo sabio —dijo Diko—. Pero no me quedaré a menos que pueda llamarte también tío mío.

Él sacudió la cabeza.

—Eso no estaría bien. No soy tío tuyo, Ve-en-la-Oscuridad. Nadie lo creería. Sabrían que sólo finges ser mi sobrina.

—Entonces no puedo quedarme —dijo ella, poniéndose en pie.

—Siéntate. No puedo ser tu tío y no seré tu sobrino, pero puedo ser tu hermano.

Diko cayó entonces de rodillas ante él, y lo abrazó, todavía sentado en el suelo como estaba.

—Oh, Nugkui, eres el hombre que esperaba.

—Eres mi hermana —repitió él—, pero agradezco a todos los *pasuk* que viven en el bosque que no seas mi esposa.

Con esto se levantó y salió de la casa. A partir de entonces fueron aliados: una vez

que Nugkui dio su palabra, no la rompió y ninguno de los hombres airados la rompió tampoco. Él resultado fue inevitable. Los hombres aprendieron que era mejor controlar su furia que sufrir la humillación pública de ver cómo sus esposas se refugiaban en casa de Diko o de Putukam y ninguna mujer de Ankuash había sido golpeada desde hacía más de un año. Ahora era más normal que las mujeres acudieran a la casa de Diko para quejarse de un marido que había dejado de desearlas, o para pedirle magia o profecías. Ella no daba nada de eso, pero ofrecía consuelo y sentido común.

Sola en su casa, Diko cogió el calendario que llevaba y revisó en su mente los acontecimientos que se producirían en los próximos días. Allá en la costa, los españoles acudirían a Guacanagarí en busca de ayuda. Mientras tanto, Kemal (al que los indios llamaban el Hombre Silencioso) destruiría los otros barcos españoles. Si fracasaba, o si los españoles conseguían construir nuevos barcos y regresaban a casa, entonces su tarea sería unificar a los indios para prepararlos para expulsar a los españoles. Pero si los españoles quedaban atrapados allí, entonces su tarea sería difundir historias que hicieran que Colón se acercara a ella. Cuando el orden social se rompiera en la expedición (lo que sin duda ocurriría una vez que estuvieran aislados) Colón necesitaría refugio. Y lo encontraría en Ankuash. La misión de ella sería aceptarlo junto con todos los que tuviera bajo su control. Si había montado un número para que los indios llegaran a aceptarla, que esperaran a ver lo que hacía con los hombres blancos.

Ah, Kemal. Ella le había preparado el terreno diciendo que vendría una persona de poder, un hombre silencioso, que haría cosas maravillosas pero las guardaría para sí. Dejadlo en paz, decía en todos sus relatos. Mientras tanto, no sabía si Kemal vendría o no: por lo que podía decir, era la única que había llegado con éxito a su destino. Fue un alivio enorme cuando se enteró de que el Hombre Silencioso estaba viviendo en el bosque cerca de la costa. Durante varios días jugueteó con la idea de ir a verlo. Él tenía que sentirse aún más solo que ella, desconectada de su propio tiempo, de toda la gente que había amado. Pero no. Cuando culminara satisfactoriamente su trabajo, los españoles lo percibirían como enemigo; no podían relacionarla con él, ni siquiera en las leyendas indias, pues muy pronto esas historias llegarían a oídos de los españoles. Así que hizo correr la voz de que quería saberlo todo sobre los movimientos de él, y que pensaba que sería sabio dejarlo en paz. Su autoridad no era absoluta, pero Ve-en-la-Oscuridad era considerada con el suficiente respeto, incluso por la gente de fuera de la aldea que jamás había hablado con ella, para que su consejo referido a aquel extraño hombre barbudo fuera tomado en serio.

Alguien batió las palmas ante la casa.

—Sé bienvenido —dijo ella.

La puerta de juncos tejidos se alzó y Chipa entró en la choza. Era una niña, quizá

de unos diez años, pero muy lista, y Diko la había elegido para que fuera su mensajera ante Cristóforo.

—¿Estás pronta?—le preguntó Diko.

—Pronta, mas estoy con miedo.

El español de Chipa era correcto. Diko llevaba dos años enseñándoselo: las dos no hablaban entre sí ningún otro idioma. Y por supuesto Chipa dominaba fluidamente el taino que era la lengua franca de Haití, aunque los habitantes de Ankuash hablaran a menudo un lenguaje distinto y mucho más antiguo, sobre todo en ocasiones solemnes o sagradas. Chipa era buena con los idiomas. Sería una magnífica intérprete.

Intérpretes fue lo único que Cristóforo no tuvo en su primer viaje. Lo que se podía comunicar con gestos, señales y expresiones faciales no era mucho. La falta de un lenguaje común había obligado tanto a los europeos como a los indios a depender de suposiciones sobre lo que el otro lado quería decir realmente. Eso llevó a ridículos malentendidos. Toda sílaba que sonaba a «khan» hacía que Cristóforo pensara que estaba en Cathay. Y en este momento, en la aldea principal de Guacanagarí, Cristóforo estaba sin duda preguntando dónde podía hallarse más oro; cuando Guacanagarí señalara la montaña y dijera «Cibao», Colón lo entendería como una versión de «Cipango». Si realmente hubiera sido Cipango, los samurais habrían acabado con él y con sus hombres. Pero lo más preocupante era que en la historia anterior a Cristóforo no se le hubiera pasado ni una sola vez por la mente que no tuviera derecho a ir a la mina de oro que pudiera encontrar en Haití y tomar posesión de ella.

Diko recordaba lo que Cristóforo escribió en su cuaderno de navegación cuando la gente de Guacanagarí trabajó para ayudarle a rescatar todo su equipo y provisiones del naufragio de la *Santa María*: «Aman a su prójimo como a sí mismos.» Era capaz de considerar que tenían ejemplares virtudes cristianas... y luego dar la vuelta al razonamiento y asumir que él tenía derecho a quitarles todo lo que poseían. Minas de oro, comida, incluso su libertad y sus vidas: era incapaz de pensar que tenían derechos. Después de todo, eran extraños. Oscuros de piel. Incapaces de hablar ningún idioma reconocible. Y por tanto no eran personas.

Para los novicios de Vigilancia, una de las cosas más duras a la hora de estudiar el pasado era la forma en que la mayoría de la gente de la mayoría de las épocas podía hablar a gente de otras naciones, tratar con ellos, hacerles promesas y luego dar marcha atrás y actuar como si esas mismas gentes fueran bestias. ¿Qué significaban unas promesas hechas a bestias? ¿Qué respeto se debía a la propiedad reclamada por unos animales? Pero Diko había aprendido, como hacía la mayoría en Vigilancia del Pasado, que para la mayor parte de la historia humana, la virtud de la empatía estaba limitada al propio grupo o tribu. Las personas que no eran miembros de la tribu no

eran personas. Eran animales, peligrosos depredadores, presas útiles o bestias de carga. Sólo de vez en cuando unos pocos grandes profetas declaraban que la gente de otras tribus, incluso de otras lenguas o razas, eran también humanos. Gradualmente los derechos de soberanía y perrada evolucionaron. Incluso en tiempos modernos, cuando ideas tan atractivas como la igualdad y fraternidad fundamentales de la humanidad se predicaban en todos los rincones del mundo, la idea de que el extranjero no era una persona permanecía latente bajo la superficie.

«¿Qué espero en realidad de Cristóforo? —se preguntaba Diko—. Le estoy pidiendo que aprenda un grado de empatía hacia otras razas, algo que no se convirtió en una fuerza de peso en la vida humana hasta casi quinientos años después de su gran viaje y no prevaleció en todo el mundo hasta superar muchas guerras sangrientas y hambres y plagas. Le estoy pidiendo que se alce sobre su propia época y se convierta en algo nuevo.»

Y esta niña, Chipa, sería su primera lección y su primera prueba. ¿Cómo la trataría? ¿La escucharía siquiera?

—Tienes razón al tener miedo —le dijo Diko en español—. Los hombres blancos son peligrosos y traicioneros. Sus promesas no significan nada. Si no quieres ir, no te obligaré.

—¿Pero para qué si no aprendí español?

—Para que tú y yo pudiéramos compartir secretos —le sonrió Diko.

—Iré —dijo Chipa—. Quiero verlos.

Diko asintió, aceptando su decisión. Chipa era demasiado joven e ignorante del verdadero peligro que suponía que los españoles la maltrataran; pero claro, la mayoría de los adultos tomaba casi todas sus decisiones sin una clara comprensión de las posibles consecuencias. Chipa era lista y tenía buen corazón. La combinación probablemente le serviría bien.

Una hora más tarde, Chipa estaba en el centro de la aldea, tirándose del vestido de hierba tejida que Diko había hecho para ella.

—Es horrible —dijo Chipa en taino—. ¿Por qué debo llevar una cosa así?

—Porque en el país de los hombres blancos es vergonzoso que la gente vaya desnuda.

Todos se rieron.

—¿Por qué? ¿Tan feos son?

—Allí hace frío a veces, pero incluso en verano mantienen sus cuerpos cubiertos. Su Dios les ordenó que llevaran cosas como ésta.

—Es mejor sacrificar sangre a los dioses unas cuantas veces al año, como hacen los tainos —dijo Baiku—, que tener que llevar esas feas casitas en el cuerpo todo el tiempo.

—Dicen que los hombres blancos llevan concha, como las tortugas —dijo el

muchacho, Goala.

—Esas conchas son fuertes y las lanzas no las atraviesan fácilmente —informó Diko.

Los aldeanos guardaron entonces silencio, pensando en lo que podría significar esto si entraban alguna vez en combate.

—¿Por qué envías a Chipa a esos hombres-tortuga? —preguntó Nugkui.

—Esos hombres-tortuga son peligrosos, pero también poderosos, y algunos de ellos tendrán buen corazón si podemos enseñarles a ser humanos. Chipa traerá aquí a los hombres blancos, y cuando estén preparados para aprender de mí, les enseñaré. Y el resto de vosotros les enseñará también.

—¿Qué podemos enseñarles nosotros a unos hombres que construyen canoas tan grandes como un centenar de las nuestras? —preguntó Nugkui.

—Ellos también nos enseñarán a nosotros. Pero no hasta que estén preparados.

Nugkui dejó de parecer escéptico.

—Nugkui —dijo Diko—. Sé lo que estás pensando.

Él esperó a ver qué tenía que decir.

—No quieres que envíe a Chipa como regalo a Guacanagarí, porque entonces él pensará que eso significa que gobierna sobre Ankuash.

Nugkui se encogió de hombros.

—Ya lo piensa. ¿Por qué debo hacer que esté seguro?

—Porque tendrá que darle a Chipa a los hombres blancos. Y cuando esté con ellos, Chipa servirá a Ankuash.

—Servirá a Ve-en-la-Oscuridad, quieres decir.

Era una voz de hombre, a su espalda.

—Tu nombre puede que sea Yacha —dijo Diko, sin volverse—, pero no eres siempre sabio, primo mío. Pero si no soy parte de Ankuash decídmelo ahora, y me iré a otra aldea y les dejaré ser los maestros de los hombres blancos.

El clamor entre los aldeanos fue inmediato. Unos instantes después, Baiku y Putukam conducían a Chipa montaña abajo, fuera de Ankuash, fuera de Ciboá, para que comenzara su momento de peligro y grandeza.

Kemal nadó bajo la quilla de la *Niña*. Le quedaban más de dos horas de aire en los tanques, es decir, cinco veces más de lo que necesitaría si todo salía según lo previsto. Hizo falta un poco más de lo calculado para desprender las lapas de un trozo de quilla cerca de la línea de flotación: no había que apresurarse cuando se manejaba un cincel bajo el agua. Pero el trabajo terminó lo bastante pronto. Entonces sacó de la bolsita que llevaba al cinto el grupo de bombas incendiarias. Colocó la superficie caliente de cada una de ellas contra el casco de la carabela, y luego puso en marcha las grapas que las mantendrían pegadas a la madera. Cuando todo estuvo en su sitio,

tiró del cordón. De inmediato sintió el agua calentándose. A pesar de que habían sido fabricadas para que dirigieran la mayor parte de su energía contra la madera, todavía desprendían tanto calor en el agua que pronto ésta empezaría a hervir. Kemal se marchó nadando velozmente, de regreso a su bote.

Al cabo de cinco minutos, la madera del interior del casco estallaría en feroces llamas. Y el calor de las bombas incendiarias continuaría, ayudando a que el fuego se extendiera rápidamente.

Los españoles no tendrían ni idea de cómo podía haberse iniciado un incendio en la sentina. Mucho antes de que consiguieran volver a acercarse a la *Niña*, la madera a la que estaban pegadas las incendiarias sería cenizas y las conchas de metal de las cargas caerían al fondo del mar. Desprenderían un leve pulso de sonar durante varios días, lo que permitiría a Kemal regresar nadando y retirarlas más tarde. Los españoles supondrían que el incendio de la *Niña* había sido un terrible accidente. Igual que todo el que investigara el lugar del naufragio en los siglos futuros.

Ya todo dependía de que Pinzón permaneciera fiel a su personalidad y regresara con la *Pinta* a Haití. Si lo hacía, Kemal haría volar la carabela en pedazos. No habría forma de creer que se trataba de un accidente. Todo el mundo miraría el barco y diría: un enemigo es el causante.

ENCUENTROS



Chipa estaba asustada cuando las mujeres de Guacanagarí la hicieron avanzar. Oír hablar de los barbudos hombres blancos era muy distinto a hallarse en su presencia. Eran grandes y vestían ropajes formidables. En efecto, era como si cada uno de ellos llevara una casa sobre los hombros... ¡y un tejado sobre la cabeza! El metal de los cascos resplandecía a la luz del sol. Y los colores de sus estandartes eran como loros cautivos.

«Si yo pudiera tejer una tela así —pensó Chipa—, vestiría sus estandartes y viviría bajo un techo hecho del metal que se ponen en la cabeza.»

Guacanagarí estaba ocupado dándole instrucciones y advertencias de última hora. Ella tenía que fingir que escuchaba, pero ya tenía instrucciones de Ve-en-la-Oscuridad, y cuando se pusiera a hablar en español con los hombres blancos los posibles planes de Guacanagarí ya no importarían nada.

—Dime exactamente lo que ellos dicen de verdad —dijo Guacanagarí—. Y no añadas ni una sola palabra de más a lo que yo les diga. ¿Me comprendes, pequeño caracol de las montañas?

—Gran cacique, haré todo lo que dices.

—¿Estás segura de que puedes hablar su horrible lengua?

—Si no puedo, pronto lo verás por sus rostros —respondió Chipa.

—Entonces diles esto: el gran Guacanagarí, cacique de todo Haití desde Cibao al

mar, está orgulloso de haber encontrado una intérprete.

¿Encontrado una intérprete? A Chipa no le sorprendía su intento de ignorar a Ve-en-la-Oscuridad, pero le repugnaba. De todas formas, se volvió hacia el hombre blanco más magníficamente ataviado y empezó a hablar. Apenas había emitido un sonido cuando Guacanagarí la empujó con el pie por detrás, arrojándola de boca al suelo.

—¡Muestra respeto, babosa de las montañas! —gritó—. Y ése no es el jefe, muchacha idiota. Es ese hombre, el del pelo blanco.

Tendría que haberlo sabido: no era por el volumen de sus ropas, sino por su edad, por el respeto que habían ganado sus años, por lo que podría reconocer al que Ve-en-la-Oscuridad llamaba Colón.

Tendida en el suelo, comenzó otra vez, tartamudeando un poco al principio, pero pronunciando muy claramente las palabras en español.

—Mi señor Cristóbal Colón, he venido aquí a ser vuestra intérprete.

Le contestó el silencio. Alzó la cabeza para ver a los hombres blancos, asombrados y con los ojos desorbitados, que consultaban entre sí. Se esforzó por oír lo que decían, pero hablaban demasiado rápido.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Guacanagarí.

—¿Cómo voy a oír si tú estás hablando? —respondió Chipa. Sabía que estaba siendo atrevida, pero si Diko tenía razón, Guacanagarí pronto no tendría ningún poder sobre ella.

Colón finalmente dio un paso hacia adelante y le habló.

—¿Cómo aprendiste español, hija mía?

Hablaba muy rápido y su acento era distinto al de Ve-en-la-Oscuridad, pero era exactamente la pregunta que le había dicho que le haría.

—Aprendí este lenguaje para poder así conocer a Cristo.

Si se habían sentido anonadados antes por su dominio del español, estas palabras provocaron gran consternación entre los hombres blancos. Una vez más, conversaron en susurros.

—¿Qué les has dicho? —exigió Guacanagarí.

—Me ha preguntado cómo sé hablar su lenguaje, y se lo he dicho.

—¡Te dije que no mencionaras a Ve-en-la-Oscuridad! —dijo Guacanagarí, airado.

—No lo he hecho. Hablé del Dios que adoran.

—Creo que me estás traicionando.

—No.

Cuando Colón dio un paso al frente, el hombre del traje voluminoso le acompañaba.

—Este hombre es Rodrigo Sánchez de Segovia, el inspector real de la flota —dijo Colón—. Le gustaría hacerte una pregunta.

Los títulos no significaban nada para Chipa. Le habían dicho que hablara con Colón.

—¿Cómo conoces a Cristo? —preguntó Segovia.

—Ve-en-la-Oscuridad nos habló de la llegada de un hombre que nos enseñaría la fe de Cristo.

Segovia sonrió.

—Yo soy ese hombre.

—No, señor —dijo Chipa—. El hombre es Colón.

Fue fácil leer las expresiones de los rostros de los hombres blancos: mostraban todo lo que sentían. Segovia estaba muy furioso. Pero dio un paso atrás, dejando a Colón solo delante de los otros hombres.

—¿Quién es Ve-en-la-Oscuridad? —preguntó Colón.

—Mi maestra —respondió Chipa—. Me envió como regalo a Guacanagarí, para que él me pudiera traer a vosotros. Pero él no es mi dueño.

—¿Ve-en-la-Oscuridad es tu ama?

—Nadie es mi amo sino Cristo —dijo ella, exactamente la declaración que Ve-en-la-Oscuridad le había dicho que era lo más importante de todo.

Y entonces, con Colón mirándola, sin habla, dijo una frase que no entendía, pues era en otro idioma. El idioma era genovés, y por tanto sólo Cristóforo comprendió lo que decía, palabras que ya había oído antes, en una playa cerca de Lagos.

—Te salvé la vida para que pudieras llevar la cruz.

Él se arrodilló. Dijo algo que parecía el mismo extraño idioma.

—No hablo esa lengua, señor —dijo ella.

—¿Qué sucede? —demandó Guacanagarí.

—El cacique está furioso conmigo —dijo Chipa—. Me golpeará por no decir lo que me dijo que dijera.

—Nunca —respondió Colón—. Si te ofreces a Cristo, entonces estás bajo mi protección.

—Señor, no provoquéis a Guacanagarí por mí. Con vuestras dos naves destruidas, necesitáis conservar su amistad.

—La niña tiene razón —dijo Segovia—. No será la primera vez que la golpean.

«Pero lo será —pensó Chipa—. ¿En la tierra de los hombres blancos están acostumbrados a pegar a los niños?»

—Podéis pedirme como regalo —dijo Chipa.

—¿Entonces eres una esclava?

—Eso cree Guacanagarí, pero nunca lo he sido. No me convertiréis en esclava, ¿verdad? —Ve-en-la-oscuridad le había dicho que era muy importante que le dijera esto a Colón.

—Nunca serás una esclava —contestó Colón—. Dile que estamos muy contentos

y que le damos las gracias por su regalo.

Chipa había esperado que fuera a pedirla como ofrenda, pero vio de inmediato que de esta forma era mucho mejor: si él asumía que el regalo ya había sido dado, difícilmente podría Guacanagarí retirarlo. Así que se volvió hacia el cacique y se arrodilló ante él como había hecho el día anterior, cuando se presentó ante el jefe de las tierras de la costa.

—El gran cacique blanco, Colón, está muy contento conmigo. Te da las gracias por hacerle un regalo tan útil.

El rostro de Guacanagarí no mostró nada, pero ella sabía que estaba furioso. A Chipa no le importó: no le caía bien.

—Dile que le regalo mi sombrero —dijo Colón—, que nunca daría a ningún hombre más que a un gran rey.

Ella tradujo sus palabras al taino. Los ojos de Guacanagarí se abrieron desmesuradamente. Extendió una mano.

Colón se quitó el sombrero de la cabeza y, en vez de ponerlo en la mano del cacique, lo colocó sobre su cabeza. Guacanagarí sonrió. Chipa pensó que parecía aún más estúpido que los hombres blancos, llevando un techo así en la cabeza. Pero observó que los otros tainos que rodeaban a Guacanagarí estaban impresionados. Era un buen intercambio. Un poderoso sombrero talismán a cambio de una problemática y desobediente muchacha de las montañas.

—Ponte en pie, niña —dijo Colón. Le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Sus dedos eran largos y suaves. Ella nunca había tocado una piel tan suave, excepto en los bebés. ¿Acaso Colón no trabajaba nunca?—. ¿Cómo te llamas?

—Chipa. Pero Ve-en-la-oscuridad dijo que me darías un nuevo nombre cuando me bautizaras.

—Un nuevo nombre —dijo Colón—. Una nueva vida.

Y entonces, en voz baja, de forma que sólo ella pudo oírla, añadió:

—Esa mujer que llamas Ve-en-la-Oscuridad... ¿puedes conducirme hasta ella?

—Sí —dijo Chipa. Entonces añadió algo que Ve-en-la-Oscuridad no había pretendido que dijera—: Ella me dijo una vez que había renunciado a su familia y al hombre que amaba para poder conoceros.

—Mucha gente ha renunciado a muchas cosas —dijo Colón—. Pero ¿estarás ahora dispuesta a servirnos de intérprete? Necesito la ayuda de Guacanagarí para construir refugios para mis hombres, ahora que nuestras naves se han quemado. Y necesito que envíe un mensajero con una carta para el capitán de mi tercera nave, pidiéndole que venga aquí a recogerlos y llevarnos a casa. ¿Vendrás a España con nosotros?

Ve-en-la-Oscuridad no había dicho nada de ir a España. De hecho, había dicho que los hombres blancos nunca abandonarían Haití. Pero decidió que éste no era un

buen momento para mencionar esta profecía concreta.

—Si vos vais allí, yo os acompañaré.

Pedro de Salcedo tenía diecisiete años. Podía ser paje del capitán general de la flota, pero esto nunca le hizo sentirse superior a los marineros ni a los grumetes. No, lo que le hacía sentirse superior era la forma en que estos hombres y grumetes deseaban a las feas mujeres indias. Podía oírlos hablar a veces, aunque habían aprendido a no tratar de enzarzarlo en aquellas conversaciones. Al parecer, no podían superar el hecho de que las mujeres indias iban desnudas.

Pero la nueva no. Chipa. Ella llevaba ropas y hablaba español. Todos los demás se sorprendían por esto, pero no Pedro de Salcedo. Era lo que cabía esperar de la gente civilizada. Y ella lo era, en efecto, aunque no fuera todavía cristiana.

De hecho, a juicio de Pedro no era cristiana en absoluto. Había oído todo lo que ella le había dicho al capitán general, naturalmente, pero cuando le encargaron de que le buscara alojamiento seguro, aprovechó la oportunidad para hablar con ella. Rápidamente descubrió que no tenía la menor idea de quién era Cristo, y sus conocimientos de la doctrina cristiana eran patéticos en el mejor de los casos. Pero claro, había dicho que aquella mística Ve-en-la-Oscuridad había prometido que Colón le enseñaría quién era Cristo.

Ve-en-la-Oscuridad. ¿Qué clase de nombre era ése? ¿Y cómo era posible que una mujer india hubiera recibido una profecía que hablaba de Colón y Cristo? Una visión semejante debía proceder de Dios... ¿pero a una mujer? Y ni siquiera una mujer cristiana.

Pero, si bien lo pensaba, Dios le habló también a Moisés, y éste era judío. Fue cuando los judíos eran aún el pueblo elegido en vez de la sucia escoria asesina de la Tierra, pero con todo, era algo que le hacía pensar.

Pedro pensaba en muchas cosas, para no tener que pensar en Chipa. Porque esos pensamientos eran los que le preocupaban. A veces se preguntaba si no era tan bajo y vulgar como los marineros y los grumetes, tan ansioso de carne que incluso las mujeres indias podían parecerle atractivas. Pero no era eso, no en realidad. No sentía lujuria hacia Chipa. Todavía no se le escapaba que era fea, y por el amor de Dios, ni siquiera tenía aún forma de mujer, era una niña, ¿qué clase de perverso tenía que ser para sentir lujuria por ella? Sin embargo, también veía algo en su voz, su rostro, que la volvía hermosa.

¿Qué era? ¿Su timidez? ¿El claro orgullo que sentía cuando decía frases difíciles en español? ¿Sus ansiosas preguntas sobre las ropas, las armas, los otros miembros de la expedición? ¿Aquellos dulces gestos que hacía cuando se avergonzaba por haber cometido un error? ¿La pura transparencia de su cara, como si la luz brillara a través de su piel? No, eso era imposible, no brillaba de verdad. Era una ilusión. Había

pasado demasiado tiempo solo.

Sin embargo, descubrió que la única parte de sus deberes que anhelaba hacer cada día era atender a Chipa, vigilarla, conversar con ella. Estaba con ella el mayor tiempo posible, y a veces abandonaba sus otras tareas. No es que pretendiera hacerlo; simplemente, se olvidaba de todo cuando estaba con ella. Y le resultaba útil estar con ella, ¿no? Le estaba enseñando el lenguaje taino. Si lo aprendía bien, habría dos intérpretes, no sólo uno. Eso sería bueno, ¿verdad?

Él le estaba enseñando también el alfabeto. A ella parecía gustarle más que nada, y era muy lista. Pedro no era capaz de imaginar por qué, ya que no había nada en la vida de las mujeres que lo hiciera necesario. Pero si la divertía y la ayudaba a aprender español mejor, ¿por qué no?

Así, Pedro estaba trazando letras en la arena, y Chipa las nombraba, cuando Diego Bermúdez fue a buscarlo.

—El jefe quiere verte —dijo. A los doce años, el grumete no tenía sentido de la educación—. Y a la niña. Va a salir de expedición.

—¿Adónde? —preguntó Pedro.

—A la luna —dijo Diego—. Hemos estado en todos los demás sitios.

—Va a ir a la montaña —dijo Chipa—. A conocer a Ve-en-la-Oscuridad.

Pedro la miró, consternado.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque Ve-en-la-Oscuridad dijo que él iría a verla.

Más cháchara mística. ¿Qué era Ve-en-la-oscuridad, una bruja? Pedro se moría de ganas de conocerla. Pero llevaría su rosario enroscado con tres vueltas alrededor del cuello y sujetaría la cruz todo el tiempo. No tenía sentido correr riesgos.

Chipa debía de haberlo hecho bien, decidió Diko, pues habían venido mensajeros durante toda la mañana, avisando de la llegada de los hombres blancos. La mayoría de los mensajes molestos procedían de Guacanagarí, llenos de amenazas semiveladas sobre cualquier intento por parte de una oscura aldea montañosa como Ankuash por interferir en los planes del gran cacique. Pobre Guacanagarí... en la versión anterior de la historia, también tenía la ilusión de que controlaba las relaciones con los españoles. El resultado fue que acabó siendo un chaquetero, traicionando a los otros líderes indios hasta que también él fue destruido. No es que fuera más estúpido que los otros que se habían engañado pensando que tenían el tigre bajo control sólo porque se aferraban a su cola.

Era media tarde cuando Cristóforo en persona llegó al claro. Pero Diko no estaba fuera para recibirlo. Escuchaba desde dentro de su casa, esperando.

Nugkui hizo un gran despliegue de saludos al gran cacique blanco, y Cristóforo por su parte fue amable. Diko escuchaba con placer la confianza en la voz de Chipa. Había aceptado su papel y lo desempeñaba bien. Diko tenía claros recuerdos de la

muerte de Chipa en la otra historia. Entonces tenía algo más de veinte años y sus hijos fueron asesinados delante de ella antes de que la violaran y la mataran. Ahora nunca conocería ese horror. Eso le dio a Diko confianza.

Terminados los preliminares, Cristóforo preguntó por Ve-en-la-Oscuridad. Nugkui naturalmente le advirtió que era una pérdida de tiempo hablar con la gigante negra, pero esto sólo intrigó aún más a Colón, como Diko esperaba. Pronto se plantó ante su puerta, y Chipa entró en la casa.

—¿Puede pasar? —preguntó en taino.

—Lo estás haciendo bien, sobrina mía —dijo Diko. Chipa y ella habían hablado solamente español durante tanto tiempo que se le hacía raro pasar al lenguaje local. Pero era necesario, al menos por el momento, si querían que Cristóforo no entendiera lo que se decían.

Chipa le sonrió y agachó la cabeza.

—Ha traído a su paje con él. Es muy alto y agradable y le gusto.

—Será mejor que no le gustes demasiado —dijo Diko—. Todavía no eres una mujer.

—Pero él es un hombre —rió Chipa—. ¿Lo dejo entrar?

—¿Quién está con Cristóforo?

—Toda la gente de la casa grande. Segovia, Arana, Gutiérrez, Escobedo. Incluso Torres —volvió a reírse—. ¿Sabías que trajeron consigo un intérprete? No habla ni una palabra de taino.

Tampoco hablaba mandarín, ni japonés, cantones, hindi, malayo o ninguna de las otras lenguas que habría necesitado si Colón hubiera llegado de verdad al Lejano Oriente como pretendía. Los pobres europeos habían enviado a Torres porque sabía leer hebreo y arameo, que consideraban las raíces de todos los demás idiomas.

—Que entre el capitán general —dijo Diko—. Y tú puedes traer también a tu paje. ¿Pedro de Salcedo?

Chipa no pareció sorprenderse de que Diko conociera su nombre.

—Gracias —dijo, y salió para traer a los invitados.

Diko no pudo evitar sentirse nerviosa. No, ¿por qué engañarse? Estaba aterrada. Conocer por fin al hombre que había consumido su vida. Y la escena que representarían nunca había existido antes en ninguna historia. Estaba acostumbrada a saber lo que él diría antes de que lo dijera. ¿Cómo sería ahora que tenía la capacidad de sorprenderla?

No importaba. Ella tenía muchísima más capacidad para sorprenderlo a él, y la utilizó inmediatamente, hablándole en genovés.

—He esperado mucho tiempo para conocerte, Cristóforo.

Incluso en la oscuridad de la casa, Diko advirtió que el rostro de él se ruborizaba por la falta de respeto. Sin embargo, tuvo el detalle de no insistir en que se dirigiera a

él por sus títulos. En cambio, se concentró en la pregunta.

—¿Cómo es que hablas el lenguaje de mi familia?

Ella respondió en portugués.

—¿Sería éste el lenguaje de tu familia? Así es como hablaba tu esposa, antes de morir, y tu hijo mayor aún piensa en portugués. ¿Lo sabías? ¿O no has hablado con él lo suficiente para saber qué piensa en general?

Cristóforo estaba furioso y asustado. Justo lo que ella esperaba.

—Sabes cosas que nadie sabe.

No se refería a los detalles familiares, por supuesto.

—Reinos caerán a tus pies —dijo ella, imitando en lo posible incluso la entonación de la voz de los Intervencionistas de la visión de Colón—. Y millones cuyas vidas se hayan salvado te llamarán bendito.

—No necesitamos un intérprete, ¿verdad? —dijo Cristóforo.

—¿Dejamos marchar a los muchachos?

Cristóforo murmuró algo a Chipa y Pedro. El paje se levantó de inmediato y se dirigió a la puerta, pero la niña no se movió.

—Chipa no es tu criada —señaló Diko—. Pero le pediré que se marche.

En taino, añadió:

—Quiero que el capitán general hable de cosas que no querrá que oiga nadie más. ¿Te importa salir?

Chipa se levantó de inmediato y se dirigió a la puerta. Diko advirtió con placer que Pedro mantenía la lona abierta para ella. El muchacho pensaba en la niña no sólo como en un ser humano, sino como en una dama. Era un logro, aunque nadie fuera consciente de ello.

Se quedaron solos.

—¿Cómo es que sabes esas cosas? —preguntó Cristóforo—. Esas promesas, que los reinos caerían a mis pies, que...

—Las conozco, porque vine aquí gracias al mismo poder que primero te dirigí esas palabras.

Que lo interpretara como quisiera. Más tarde, cuando entendiera más, ella le recordaría que no le había mentado.

Sacó una pequeña linterna de batería solar de una de sus bolsas y la colocó entre ambos. Cuando la conectó, Colón se protegió los ojos. Sus dedos también formaron una cruz.

—No es brujería —dijo ella—. Es una herramienta hecha por mi gente, de otro lugar, adonde nunca podrías ir en todos tus viajes. Pero como cualquier herramienta, algún día se agotará, y yo no sabré cómo hacer otra.

Él estaba escuchando, pero a medida que sus ojos se ajustaban, también la observaba.

—Eres oscura como una mora.

—Soy africana. No mora, sino de más al sur.

—¿Cómo viniste, pues?

—¿Crees que eres el único viajero? ¿Crees que eres el único que puede ser enviado a tierras lejanas para salvar las almas de los paganos?

Él se puso en pie.

—Veo que después de todos mis esfuerzos, sólo he empezado a encontrar oposición. ¿Me envió Dios a las Indias sólo para mostrarme a una negra con una lámpara mágica?

—Esto no es la India —dijo Diko—. Ni Cathay, ni Cipango. Ésas se extienden muy, muy lejos, al oeste. Esto es otra tierra.

—Citas las palabras que me dijo el propio Dios ¿y luego me dices que Dios estaba equivocado?

—Si lo piensas bien, recordarás que nunca dijo Cathay, Cipango, la India ni ningún otro nombre.

—¿Cómo sabes eso?

—Te vi arrodillado en la playa, y te oí hacer tu juramento en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

—¿Entonces por qué no te vi yo? Si vi a la Santísima Trinidad, ¿por qué fuiste tú invisible?

—Sueñas con una gran victoria para la cristiandad —dijo Diko, ignorando su pregunta porque no se le ocurría ninguna respuesta que él pudiera comprender—. La liberación de Constantinopla.

—Sólo como un paso en el camino para liberar Jerusalén —dijo Cristóforo.

—Pero te digo que aquí, en este lugar, hay millones de almas que aceptarían el cristianismo si tan sólo se lo ofrecieras pacíficamente, con amor.

—¿Cómo si no podría ofrecérselo?

—¿Cómo? Ya has escrito en tus diarios que podría hacerse trabajar a esta gente. Ya hablas de esclavizarlos.

Él le dirigió una mirada penetrante.

—¿Quién te enseñó mis diarios?

—Todavía no eres adecuado para enseñar a esta gente el cristianismo, Cristóforo, porque todavía no eres cristiano.

Él alzó la mano para golpearla. Eso la sorprendió, porque no era un hombre violento.

—Oh, ¿golpearme demostrará que lo eres? Sí, recuerdo todas esas historias de cómo Jesús azotó a María Magdalena. Y las palizas que les daba a Marta y María.

—No te he golpeado —dijo él.

—Pero fue tu primer deseo, ¿no? ¿Por qué? Eres el más paciente de los hombres.

Dejaste que esos sacerdotes te acosaran y te atormentaran durante años, y nunca perdiste los nervios con ellos. Sin embargo, conmigo te sientes libre para golpearme. ¿Por qué es eso, Cristóforo?

Él la miró, sin contestar.

—Te diré por qué. Porque para ti no soy un ser humano. Soy un perro, menos que un perro, porque no golpearías a un perro, ¿verdad? Igual que los portugueses, cuando miras a una mujer negra ves a una esclava. Y esa gente cobriza... puedes enseñarles el evangelio de Cristo y bautizarlos, pero eso no te impide querer convertirlos en esclavos y robarles el oro.

—Se puede enseñar a un perro a caminar sobre las patas traseras, pero eso no lo convierte en un hombre.

—¡Oh, cuánta sabiduría! Es justo el tipo de argumento que los ricos hacen sobre hombres como tu padre. Oh, puede vestirse con bellos ropajes, pero sigue siendo un patán campesino, indigno de ser tratado con respeto.

—¡Cómo te atreves a hablar así de mi padre! —gritó Cristóforo, lleno de ira.

—Te digo que mientras trates a esta gente aún peor que los ricos de Genova trataron a tu padre, nunca serás agradable a Dios.

La puerta de la casa se abrió, y Pedro y Escobedo asomaron la cabeza.

—¡Habéis gritado, mi señor! —dijo Escobedo.

—Me marchó —anunció Colón.

Se agachó y atravesó la puerta. Ella apagó la linterna y lo siguió. Todo Ankuash estaba congregado en el exterior y los españoles tenían las manos prestas sobre los pomos de las espadas. Cuando la vieron (tan alta, tan negra) se quedaron boquiabiertos, y algunas de las espadas empezaron a salir de sus vainas. Pero Cristóforo les indicó que volvieran a envainarlas.

—Nos vamos —anunció—. No hay nada para nosotros aquí.

—¡Sé dónde está el oro! —gritó Diko en español. Como esperaba, eso atrajo hacia ella toda la atención de los hombres blancos—. No procede de esta isla, sino del lejano oeste. Sé dónde está. Puedo llevaros allí. Puedo mostraros tanto oro que se contarán historias para siempre.

No fue Cristóforo, sino Segovia, el inspector real, quien le respondió.

—Entonces muéstranoslo, mujer. Llévanos allí.

—¿Llevaros allí? ¿Usando qué barco?

Los españoles guardaron silencio.

—Aunque Pinzón regrese, no podrá llevaros a España —dijo ella.

Se miraron unos a otros, consternados. ¿Cómo sabía tanto esta mujer?

—Colón —dijo—. ¿Sabes cuándo te mostraré ese oro?

Él se encontraba junto con los otros hombres, y se volvió a mirarla.

—¿Cuándo?

—Cuando ames a Cristo más que al oro.

—Ya lo hago.

—Cuando así sea, lo sabré —dijo Diko. Señaló a los aldeanos—. Será cuando mires a esta gente y la veas no como esclavos, no como siervos, no como extraños, como enemigos, sino como hermanos y hermanas, tus iguales a los ojos de Dios. Pero hasta que aprendas esa humildad, Cristóbal Colón, no encontrarás nada más que una calamidad tras otra.

—Diablo —dijo Segovia. La mayoría de los españoles se santiguaron.

—No te maldigo —dijo ella—. Te bendigo. El mal que caiga sobre ti será como castigo de Dios, porque miraste a sus hijos y sólo viste esclavos. Jesús lo advirtió: «Quien haga daño a uno de estos pequeños, será mejor que se ate al cuello una piedra de molino y se arroje al mar.»

—Incluso el diablo puede citar las escrituras —dijo Segovia. Pero su voz no sonaba muy confiada.

—Recuerda esto, Cristóforo. Cuando todo esté perdido, cuando tus enemigos te hayan sumido en las profundidades de la desesperación, ven a mí humildemente y te ayudaré a realizar la obra de Dios en este lugar.

—Dios me ayudará a realizar su obra —dijo Cristóforo—. No necesito ninguna bruja pagana cuando lo tengo a Él de mi lado.

—No estará de tu lado hasta que hayas pedido perdón a esta gente por pensar que eran salvajes.

Le dio la espalda y entró en la casa.

En el exterior, los españoles se gritaron entre sí unos instantes. Algunos de ellos querían cogerla y darle muerte en el acto. Pero Cristóforo se lo impidió. Furioso como estaba, sabía que ella había visto cosas que sólo Dios y él conocían.

Además, los españoles estaban en inferioridad numérica. Cristóforo era, sobre todo, prudente. Uno no se enzarza en batalla a menos que sepa que va a ganar... ésta era su filosofía.

Cuando se marcharon, Diko volvió a salir de la casa. Nugkui estaba pálido.

—¿Cómo te atreves a enfurecer tanto a los hombres blancos? ¡Ahora se harán amigos de Guacanagarí y nunca volverán a visitarnos!

—No los querrás como amigos hasta que aprendan a ser humanos —dijo Diko—. Guacanagarí les suplicará que sean amigos de otros antes de que esta historia se termine. Pero te digo una cosa: no importa lo que pase, que se sepa que no debe causarse ningún daño al que llaman Colón, el del pelo blanco, el cacique. Díselo a cada aldea y clan: si dañáis a Colón, la maldición de Ve-en-la-Oscuridad caerá sobre vosotros.

Nugkui se la quedó mirando.

—No te preocupes, Nugkui. Creo que Colón regresará.

—Tal vez yo no quiera que regrese —replicó él—. ¡Tal vez sólo quiera que tú y él os marchéis!

Pero sabía que el resto de la tribu no permitiría que ella se marchara. Así que Diko no dijo nada, hasta que se volvió y se perdió en el bosque. Sólo entonces regresó a su casa, donde se sentó en su jergón y se echó a temblar. ¿No era exactamente esto lo que había planeado? ¿Enfurecer a Cristóforo pero plantar en su mente las semillas de la transformación? Sin embargo, pese a todas las veces que había imaginado el encuentro, nunca había contado con lo poderoso que era Cristóforo en persona. Le había observado, había visto el poder que tenía sobre la gente, pero nunca le había mirado a los ojos hasta ese día. Y eso la dejó tan perturbada como a cualquiera de los europeos que se habían enfrentado a él. Ni siquiera Tagiri tenía tanto fuego ardiendo en la mirada como este hombre. No era extraño que los Intervencionistas le hubieran elegido como herramienta. Pasara lo que pasase, Cristóforo prevalecería.

¿Cómo había podido imaginar que sería capaz de domar a este hombre y doblegarlo para su propio plan?

«No —se dijo en silencio—, no, no estoy tratando de domarlo. Sólo trato de enseñarle una forma mejor y más veraz de cumplir su propio sueño. Cuando comprenda eso, sus ojos me mirarán con amabilidad, no con furia.»

Fue un largo viaje montaña abajo, en especial porque algunos de los hombres parecían dispuestos a desfogar su furia con la niña, Chipa. Cristóforo estaba sumido en sus propios pensamientos cuando se dio cuenta de que Pedro hacía todo lo posible por protegerla de los empujones e imprecaciones de Arana y Gutiérrez.

—Dejadla en paz —dijo.

Pedro le miró con gratitud. Y también la niña.

—No es una esclava —dijo Cristóforo—. Ni un soldado. Nos ayuda por propia voluntad, para que le enseñemos la fe de Cristo.

—¡Es una bruja pagana, igual que la otra! —replicó Arana.

—Tened cuidado con lo que decís.

Arana inclinó hoscamente la cabeza, reconociendo el rango superior de Colón.

—Si Pinzón no regresa, necesitaremos la ayuda de los nativos para construir otra nave. Sin esta niña, tendríamos que volver a intentar hablar con ellos por medio de signos, gruñidos y gestos.

—Vuestro paje está aprendiendo su parla —dijo Arana.

—Mi paje ha aprendido una docena de palabras.

—Si le sucede algo a la niña —dijo Arana—, siempre podríamos volver aquí arriba y apresar a esa puta negra y convertirla en nuestra intérprete.

—Ella nunca os obedecería —replicó Chipa, furiosa.

Arana se echó a reír.

—¡Oh, para cuando acabemos con ella, obedecerá, tenlo por seguro! —Su risa se hizo más oscura, más fea—. Y sería bueno para ella aprender cuál es su sitio en el mundo.

Cristóforo oyó las palabras de Arana y se sintió incómodo. Una parte de él estaba completamente de acuerdo con los sentimientos de aquel hombre. Pero otra parte no podía dejar de recordar lo que había dicho Ve-en-la-Oscuridad. Hasta que viera a los nativos como iguales...

El pensamiento le hizo estremecerse. ¿Estos salvajes, sus iguales? Si Dios pretendiera que fueran sus iguales, los habría hecho nacer como cristianos. Sin embargo, no podía negarse que Chipa era tan lista y tenía tan buen corazón como cualquier niña cristiana. Quería que le enseñaran la palabra de Cristo y que la bautizaran.

Instruidla, bautizadla, ponedle una hermosa saya y seguiría siendo oscura de piel y fea. Igual se podría poner un vestido a un mono. Ve-en-la-oscuridad negaba la naturaleza al pensar que podía ser de otra forma. Obviamente, era el último esfuerzo del diablo por detenerle, por distraerlo de su misión. Igual que había hecho que Pinzón se marchara con la *Pinta*.

Casi había oscurecido cuando regresó a la empalizada donde los españoles estaban acampados. Al oír los sonidos de las risas y la jarana, estuvo a punto de dejarse llevar por la furia ante la falta de disciplina, hasta que advirtió a qué era debido. Allí, de pie ante una gran fogata, obsequiando a los marineros congregados con algún relato inventado, estaba Martín Alonso Pinzón. Había vuelto.

Mientras Cristóforo cruzaba la zona despejada entre la puerta del fuerte y la hoguera, los hombres que rodeaban a Pinzón repararon en su presencia y guardaron silencio, expectantes. También Pinzón observó a Colón aproximarse. Cuando estaba lo bastante cerca para no tener que gritar, Pinzón dio comienzo a sus excusas.

—Capitán general, no podéis imaginar mi desazón cuando os perdí en la niebla cuando veníamos de Colba.

«Vaya mentira —pensó Cristóforo—. La *Pinta* era aún claramente visible después de que las brumas de la costa desaparecieran.»

—Pero pensé: ¿por qué no explorar por separado? Nos detuvimos en la isla de Babeque, donde los colbanos dijeron que encontraríamos oro, pero no había ni una onza. Pero al este de allí, a lo largo de la costa de esa isla, había enormes cantidades. ¡Por un trocito de lazo me dieron piezas de oro del tamaño de dos dedos y a veces tan grandes como mi mano!

Extendió la manaza, enorme y callosa.

Cristóforo siguió sin contestar, aunque se hallaba a menos de cinco pasos del capitán de la *Niña*. Fue Segovia quien dijo:

—Naturalmente, haréis una descripción completa de este oro y lo añadiréis al tesoro común.

Pinzón se puso rojo.

—¿De qué me acusáis, Segovia? —demandó.

«Podría acusaros de traición —pensó Cristóforo—. Sin duda, de motín. ¿Por qué habéis vuelto? ¿Por que no podíais avanzar contra el viento de levante como yo? ¿O porque os disteis cuenta de que cuando regreséis a España sin mí habrá preguntas que no podréis responder? Así que no sólo sois desleal e indigno de confianza, sino que también sois demasiado cobarde para completar vuestra traición.»

Sin embargo, no dijo nada de esto. La furia de Cristóforo contra Pinzón, aunque estaba tan justificada como su ira hacia Ve-en-la-Oscuridad, no tenía nada que ver con el motivo por el que Dios le había enviado allí. Aunque los oficiales reales compartieran su desprecio hacia Pinzón, todos los marineros lo miraban como si fuera Carlomagno o el Cid. Si Cristóforo lo convertía en su enemigo, perdería el control sobre la tripulación. Segovia, Gutiérrez y Arana no comprendían esto. Creían que la autoridad dimanaba del rey. Pero Cristóforo sabía que la autoridad surgía de la obediencia. En aquel lugar, entre aquellos hombres, Pinzón tenía mucha más autoridad que el rey. Así que se tragaría su ira para poder utilizar a Pinzón para cumplir la obra de Dios.

—No os acusa de nada —dijo Cristóforo—. ¿Cómo puede nadie pensar en acusaros? El que se perdió ha sido hallado. Si tuviéramos un carnero cebado, lo haría sacrificar ahora mismo en vuestro honor. En nombre de sus majestades, os doy la bienvenida, capitán Pinzón.

Pinzón se mostró visiblemente aliviado, pero en sus ojos asomó también una expresión taimada. «Cree que tiene una mano mejor —pensó Cristóforo—. Piensa que puede salirse con la suya en todo. Pero cuando regresemos a España, Segovia apoyará mi visión de los acontecimientos. Veremos entonces quién tiene mejor mano.»

Cristóforo sonrió y abrazó al mentiroso hijo de puta.

Hunahpu vio a tres forjadores taráscanos que manejaban la barra de hierro que les había enseñado a fundir, usando el carbón que les había enseñado a fabricar. Los vio probarla contra espadas de bronce y puntas de flecha. Los vio probarla otra vez contra piedra. Y cuando acabaron, los tres se postraron en el suelo ante él.

Hunahpu esperó pacientemente hasta que su muestra de obediencia terminó: era el respeto debido a un héroe de Xibalba, les impresionara el hierro o no. Entonces les dijo que se levantaran del suelo y se alzaran como hombres.

—Los señores de Xibalba os han observado durante años. Vieron cómo trabajabais el bronce. Os vieron a los tres trabajando el hierro. Y discutieron entre sí.

Algunos querían destruirlos. Pero otros dijeron: «No, los taráscanos no están sedientos de sangre como los mexica o los tlaxcalanos. No usarán este metal negro para matar a miles de hombres para que los campos estériles ardan bajo el sol, sin nadie para plantar maíz.»

No, no, reconocieron los taráscanos.

—Así que ahora os ofrezco la misma alianza que ofrecí a los zapotecas. Habéis oído la historia una docena de veces ya.

Sí, así era.

—Si juráis que nunca más tomaréis una vida humana como sacrificio a ningún dios y que sólo iréis a la guerra para defenderos o para proteger a otros pueblos amantes de la paz, os enseñaré aún más secretos. Os enseñaré cómo hacer este metal negro aún más duro, hasta que brille como la plata.

Haríamos cualquier cosa por conocer estos secretos. Sí, hacemos este juramento. Obedeceremos al gran Un-Hunahpu en todas las cosas.

—No estoy aquí para ser vuestro rey. Ya lo tenéis. Os pido solamente que mantengáis esta alianza. Y luego dejad que vuestro propio rey sea como un hermano para Na-Yaxhal, el rey de los zapotecas, y dejad que los taráscanos sean hermanos de los zapotecas. Ellos son amos de las grandes canoas que surcan la mar abierta, y vosotros sois los amos del fuego que convierte la piedra en metal. Les enseñaréis todos los secretos del metal y ellos os enseñarán todos los secretos de la construcción de barcos y la navegación. ¡O regresaré a Xibalba y le diré a los señores que desagradecéis el don del conocimiento!

Ellos escuchaban con los ojos muy abiertos, prometiéndolo todo. Sus palabras serían transmitidas muy pronto al rey, pero cuando le mostraran lo que podía hacer el hierro, y le advirtieran de que Un-Hunahpu sabía cómo hacer un metal aún más duro, estaría de acuerdo con la alianza.

El plan de Hunahpu quedaría entonces completado. Los mexica y los tlaxcalanos estarían rodeados por un enemigo con armas de hierro y navios grandes y rápidos. «Huitzilopochtli, viejo tramposo, tus días como bebedor de sangre humana están contados.»

«Lo he conseguido —pensó Hunahpu—, y antes de lo planeado. Aunque Kemal y Diko fracasaran, yo habré suprimido la práctica del sacrificio humano, unido a los pueblos de Mesoamérica y les habré dado la suficiente tecnología para poder resistir a los europeos cuando vengan.»

Sin embargo, mientras se felicitaba, Hunahpu sintió una oleada de nostalgia. «Que Diko esté viva —rezó en silencio—. Que haga su trabajo con Colón y lo convierta en un puente entre Europa y América, para que nunca se produzca una fatídica guerra.»

Era la hora de la cena en el campamento español. Todos los hombres y oficiales se habían reunido a comer, a excepción de los cuatro marinos que montaban guardia en la empalizada y los dos que vigilaban el barco. Cristóforo y los otros oficiales comían separados del resto, pero la misma comida: la mayor parte había sido proporcionada por los indios.

Sin embargo, no la servían los indios. Los hombres se servían solos y los grumetes de los barcos servían a los oficiales. Habían tenido serias dificultades con eso, empezando con el momento en que Chipa se negó a traducir las órdenes de Pinzón a los indios.

—No son criados —dijo Chipa—. Son amigos.

En respuesta, Pinzón empezó a golpear a la niña. Cuando Pedro trató de intervenir, Pinzón lo derribó y le propinó también una buena paliza. Cuando el capitán general exigió que pidiera disculpas, Pinzón accedió alegremente a hacerlo ante Pedro.

—No tendría que haber tratado de detenerme, pero es vuestro paje y pido disculpas por golpearlo cuando eso debía de haber corrido por cuenta vuestra.

—A la niña también —dijo Colón.

A lo cual Pinzón respondió escupiendo y diciendo:

—La pequeña puta se negó a hacer lo que se le decía. Fue insolente. Los criados no pueden hablar así a los caballeros.

«¿Desde cuándo es Pinzón un caballero?», pensó Pedro. Pero se mordió la lengua. Era un asunto para el capitán general, no para un paje.

—Ella no es vuestra criada —dijo Colón.

Pinzón se echó a reír, insolente.

—Todos los cobrizos son criados por naturaleza.

—Si fueran criados por naturaleza —respondió Colón—, no tendríais que golpearlos para que os obedecieran. Hay que ser muy valiente para golpear a una niña pequeña. Sin duda escribirán canciones sobre vuestro valor.

Eso fue suficiente para hacer callar a Pinzón... al menos en público. Desde entonces, no había habido ningún otro intento de obligar a los indios a servirles. No obstante, Pedro sabía que Pinzón no había olvidado ni perdonado el desprecio en la voz del capitán general, ni la humillación de haber sido obligado a retractarse. Pedro incluso había instado a Chipa a marcharse.

—¿Marcharme? —dijo ella—. No hablas taino lo bastante bien para que yo me marche.

—Si algo sale mal, Pinzón te matará. Sé que lo hará.

—Ve-en-la-Oscuridad me protegerá.

—Ve-en-la-Oscuridad no está aquí —dijo Pedro.

—Entonces tú me protegerás.

—Oh, sí, ha salido muy bien esta vez.

Pedro no podía protegerla y ella no quería marcharse. Eso significaba que vivía en constante ansiedad, viendo cómo los hombres miraban a Chipa, cómo susurraban a espaldas del capitán general, cómo daban muchos signos de solidaridad a Pinzón. Pedro se daba cuenta de que se estaba cocinando un sangriento motín. Sólo aguardaban la ocasión. Cuando trataba de hablar al respecto con el capitán general, Colón se negaba a escucharlo, le decía que sabía que los hombres favorecían a Pinzón, pero que no se rebelarían contra la autoridad de la corona. Si Pedro fuera capaz de creerlo...

Así que esta noche dirigía a los grumetes para que sirvieran a los oficiales. Las frutas desconocidas se habían vuelto familiares, y toda comida era un festín. Los hombres parecían más sanos que nunca antes del viaje. Por las apariencias externas todo era perfectamente agradable entre el capitán general y Pinzón. Pero según consideraba Pedro, los únicos hombres con los que Colón podría contar en una crisis eran él mismo, Segovia, Arana, Gutiérrez, Escobedo y Torres. En otras palabras, los oficiales reales y el paje del propio capitán general. Los grumetes y algunos de los artesanos también estarían de parte de Colón en sus corazones, pero no se atreverían a alzarse contra los demás. En ese aspecto, los oficiales reales no sentían tampoco ninguna lealtad personal hacia Colón. Ésta iba dirigida solamente a la idea de orden y disciplina. No, cuando llegaran los problemas, Colón se encontraría casi sin amigos.

En cuanto a Chipa, acabarían con ella. «La mataré yo mismo —pensó Pedro— antes de permitir que Pinzón le ponga las manos encima. La mataré, y luego me mataré yo. Aún mejor, ¿por qué no matar a Pinzón? Ya que estoy pensando en asesinar, ¿por qué no golpear al que odio en vez de a los que amo?»

Ésos eran los sombríos pensamientos de Pedro mientras le tendía otro cuenco con rebanadas de melón a Martín Pinzón. El capitán le hizo un guiño y sonrió. «Sabe qué estoy pensando y se ríe de mí —advirtió Pedro—. Sabe que sé lo que está planeando. Sabe también que estoy indefenso.»

De repente un terrible estallido sacudió la noche. Casi de inmediato la tierra se agitó y una ráfaga de viento surgido del mar derribó a Pedro. Tropezó contra Pinzón, y al instante el hombre empezó a golpearlo y a maldecirlo. Pedro se zafó de él lo más rápidamente posible, y pronto quedó claro incluso para Pinzón que no era la torpeza de Pedro lo que había causado la colisión. La mayoría de los hombres se había tambaleado ante la explosión y el aire se había llenado de humo y cenizas. Más denso cerca del agua.

—¡La *Pintal* —exclamó Pinzón. De inmediato todos comprendieron el grito y corrieron a través del denso humo hacia la orilla.

La *Pinta* no estaba ardiendo. Simplemente, no estaba ya allí.

La brisa de la noche despejaba gradualmente el humo cuando finalmente

encontraron a los dos hombres que se suponía estaban de guardia. Pinzón ya los estaba golpeando con el plano de la espada antes de que Colón pudiera encontrar un par de hombres para que lo sujetaran.

—¡Mi nave! —chilló Pinzón—. ¿Qué le habéis hecho a mi nave?

—Si dejáis de gritarles y golpearlos, quizá podamos enterarnos de qué ha sucedido —dijo Colón.

—¡Mi barco ha desaparecido y ellos tenían que vigilarlo! —chilló Pinzón, luchando por librarse de los hombres que lo sujetaban.

—Era mi nave, concedida por el rey y la reina —dijo Colón—. ¿Os comportaréis como un caballero, señor?

Pinzón asintió furioso, y los hombres lo soltaron.

Uno de los hombres encargados de la guardia era Rascón, copropietario de la *Pinta*.

—Martín, lo siento, ¿qué podíamos hacer? Nos hizo subir al bote y remar hasta la orilla. Y luego nos obligó a agazaparnos tras esa roca. Y entonces la nave... voló.

—¿Quién? —le preguntó Colón, ignorando el hecho de que Rascón había informado a Pinzón en vez de al capitán general.

—El hombre que lo hizo.

—¿Dónde está ahora?

—No puede hallarse lejos.

—Se fue por allí—dijo Gil Pérez, el otro guardián.

—Señor Pinzón, ¿seríais tan amable de organizar una partida?

Pinzón, ya con su furia enfocada adecuadamente, dividió de inmediato a los hombres en partidas de búsqueda, sin olvidarse de dejar un buen contingente detrás para proteger la empalizada contra robos o sabotajes. Pedro no pudo dejar de reconocer que Pinzón era un buen líder, de mente rápida y capaz de hacerse comprender y obedecer al punto. En lo referido a Pedro, eso sólo lo hacía más peligroso aún.

Cuando los hombres se dispersaron, Colón se acercó a la orilla y contempló los muchos trozos de madera que flotaban sobre las olas.

—Ni siquiera si toda la pólvora de la *Pinta* explotara a la vez se habría destruido la nave tan completamente.

—¿Qué puede haberlo hecho, señor? —preguntó Pedro.

—Dios —dijo el capitán general—. O quizás el diablo. Los indios no conocen la pólvora. Si encuentran a ese hombre que supuestamente lo hizo, ¿piensas que podría ser un moro?

Así que el capitán general recordaba la maldición de la bruja de la montaña. Una calamidad tras otra. ¿Qué podía ser peor que esto, perder el último navio?

Pero cuando lo encontraron, resultó que el hombre no era moro. Ni tampoco

indio. Era blanco y barbudo, un hombre grande, fuerte. Sus ropas habían sido obviamente extrañas antes de que los marineros se la arrancaran. Lo sostenían, con un garrote alrededor del cuello, y lo obligaron a arrodillarse delante del capitán general.

—Fue todo lo que pude hacer para mantenerle vivo lo suficiente para que hablarais con él, señor —dijo Pinzón.

—¿Por qué habéis hecho esto? —preguntó Colón.

El hombre respondió en español. Cargado de acento, pero comprensible.

—Cuando me enteré de vuestra expedición juré que si teníais éxito, nunca regresaríais a España.

—¿Por qué? —demandó el capitán general.

—Mi nombre es Kemal —dijo el hombre—. Soy turco. No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta.

Los hombres murmuraron airados. Infiel. Pagano. Diablo.

—Pero regresaré a España —dijo Colón—. No me habéis detenido.

—Loco —contestó Kemal—. ¿Cómo regresaréis a España cuando estáis rodeado de enemigos?

Pinzón rugió de inmediato.

—¡Tú eres el único enemigo, infiel!

—¿Cómo creéis que llegué aquí, sin la ayuda de alguno de éstos?

Con la cabeza, indicó a los hombres que lo rodeaban. Entonces miró a Pinzón a los ojos y le hizo un guiño.

—¡Mentiroso! —chilló Pinzón—. ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Los hombres que retenían al turco obedecieron al instante, aunque Colón alzó la voz y gritó para que se detuvieran. Era posible que en el clamor de furia no le oyeran. Y el turco no tardó mucho en morir. En vez de estrangularlo, tensaron tanto el garrote y lo retorcieron con tanta fuerza que éste le rompió el cuello y con sólo una o dos sacudidas murió.

Por fin el tumulto cesó. En medio del silencio, el capitán general tomó la palabra.

—Locos. Lo habéis matado demasiado rápido. No nos ha dicho nada.

—¿Qué podría habernos dicho, excepto mentiras? —dijo Pinzón.

Colón le dirigió una mirada larga y medida.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? Por lo que puedo decir, los únicos que se alegrarían de eso serían aquellos a quienes podría haber nombrado como conspiradores.

—¿De qué me estáis acusando? —demandó Pinzón.

—No os he acusado de nada.

Sólo entonces pareció advertir Pinzón que sus propias acciones habían apuntado hacia él el dedo de la sospecha. Empezó a asentir, y luego sonrió.

—Ya veo, capitán general. Finalmente habéis encontrado un modo de

desacreditarme, aunque haya hecho falta volar mi carabela para ello.

—Cuidado con lo que le decís al capitán general —se alzó la voz de Segovia entre la multitud.

—Que tenga cuidado con lo que me dice él a mí. No tenía por qué traer la *Pinta* hasta aquí. He demostrado mi lealtad. Todos me conocen. No soy el extranjero. ¿Cómo sabemos que este Colón es cristiano siquiera, mucho menos genovés? Después de todo, esa bruja negra y la pequeña puta intérprete conocían su lengua materna, cuando ningún español honrado podría hacerlo.

Pinzón no estaba presente en esa ocasión, advirtió Pedro. Obviamente, se había hablado mucho sobre quién hablaba qué lenguaje con quién.

Colón lo miró con firmeza.

—No habría habido ninguna expedición si yo no me hubiera pasado media vida luchando por ella. ¿La destruiría ahora, cuando el éxito estaba tan cerca?

—¡Nunca nos habríais llevado de regreso a casa de todas formas, loco engréido! —gritó Pinzón—. Por eso regresé, porque vi lo difícil que era navegar hacia el este contra el viento. Sabía que no sois lo bastante marinero para devolver a casa a mi hermano y mis amigos.

Colón se permitió un atisbo de sonrisa.

—Si fuerais tan buen marinero, sabríais que al norte el viento que prevalece sopla de poniente.

—¿Y cómo lo sabéis? —El desprecio de la voz de Pinzón era clamoroso.

—Estáis hablando al comandante de la flota de sus majestades —advirtió Segovia.

Pinzón guardó silencio; quizás había hablado más abiertamente de lo que pretendía, al menos por el momento.

—Cuando vos erais pirata —dijo Colón tranquilamente—, recorrí las costas de África con los portugueses.

Por el gruñido de los hombres, Pedro supo que el capitán general acababa de cometer un grave error. La rivalidad entre los hombres de Palos y los marineros de la costa portuguesa era intensa, tanto más cuando los portugueses eran tan claramente mejores marinos, pues llegaban a lugares más remotos. Y lanzarle a Pinzón a la cara sus días de piratería... bueno, eso era un delito del que todo Palos era culpable, durante los durísimos días de la guerra contra los moros, cuando el comercio normal era imposible. Colón podría haber reforzado sus credenciales como marino, pero lo hizo al coste inmediato de perder los pocos vestigios de lealtad que pudiera tener entre los hombres.

—Retirad el cadáver —dijo el capitán general. Entonces les dio la espalda y regresó al campamento.

El mensajero de Guacanagarí no podía dejar de reír mientras contaba la historia

de la muerte del Hombre Silencioso.

—¡Los hombres blancos son tan estúpidos que lo mataron primero y lo torturaron después!

Diko sintió alivio al oír la noticia. Kemal había muerto rápidamente. Y la *Pinta* había sido destruida.

—Debemos vigilar la aldea de los hombres blancos —dijo—. Los hombres blancos se volverán pronto contra su cacique. Debemos asegurarnos de que venga a Ankuash y no a cualquier otro poblado.

REFUGIO

La mujer de la montaña lo había maldecido, pero Cristóforo sabía que no era ningún tipo de brujería. La maldición era que no podía pensar más que en ella, más que en lo que ella había dicho. Cada tema lo devolvía a los desafíos que había planteado.

¿Podría haberla enviado Dios? ¿Era ella, por fin, la primera confirmación que recibía desde aquella visión en la playa? Sabía demasiado: las palabras que le había dicho el Salvador. El lenguaje de su juventud en Genova. Su sensación de culpabilidad respecto a su hijo, dejado al cuidado de los monjes de La Rábida.

Sin embargo, ella no era lo que buscaba. Los ángeles eran resplandecientemente blancos, ¿no? Así era como los representaban todos los artistas. De modo que quizás ella no era un ángel. ¿Pero por qué iba a enviar Dios a una mujer... una mujer africana? ¿No eran diablos los negros? Todo el mundo lo decía, y en España era bien sabido que los moros negros luchaban como demonios. Entre los portugueses era voz común que los salvajes negros de la costa de Guinea gustaban de la magia y la adoración al diablo y maldecían con enfermedades que mataban rápidamente a cualquier hombre blanco que se atreviera a poner un pie en costas africanas.

Por otro lado, su propósito era bautizar a las gentes que encontrara al final de su viaje, ¿no? Si podían ser bautizadas, significaba que podían ser salvadas. Si podían ser salvadas, entonces tal vez ella tuviera razón, y una vez convertidas estas gentes

serían cristianas y tendrían los mismos derechos que los europeos.

Pero eran salvajes. Iban desnudos. No sabían leer ni escribir.

Podían aprender.

Si tan sólo pudiera ver el mundo a través de los ojos de su paje... El joven Pedro estaba obviamente fascinado con Chipa. Por oscura que fuera, achaparrada y fea, tenía una bonita sonrisa, y nadie podía negar que era tan lista como cualquier niña española. Estaba aprendiendo la doctrina de Cristo. Insistía en ser bautizada de inmediato. Cuando eso sucediera, ¿no debería tener la misma protección que cualquier otro cristiano?

—Capitán general —dijo Segovia—, debéis prestar atención. Las cosas se están volviendo incontrollables con los hombres. Pinzón es imposible... sólo obedece las órdenes con las que está de acuerdo, y los hombres sólo acatan las que él permite.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Cargarlo de cadenas?

—Eso es lo que habría hecho el rey.

—El rey tiene cadenas. Las nuestras están en el fondo del mar. Y el rey tiene también miles de soldados para encargarse de que se cumplan sus órdenes. ¿Dónde están mis soldados, Segovia?

—No habéis actuado con suficiente autoridad.

—Estoy seguro de que en mi lugar lo habríais hecho mejor.

—Eso no es imposible, capitán general.

—Veo que el espíritu de la insubordinación es contagioso —dijo Cristóforo—. Pero descansad. Como dijo la mujer negra de la montaña, será una calamidad tras otra. Quizá después de la siguiente, os encontraréis al mando de esta expedición como inspector del rey.

—No podría hacerlo peor que vos.

—Sí, estoy seguro. Ese turco no habría volado la *Pinta* y vos habríais orinado sobre la *Niña* para apagar el fuego.

—Veo que olvidáis en nombre de quién hablo.

—Sólo porque vos habéis olvidado qué rango tengo. Si tenéis autoridad del rey, os recuerdo amablemente que yo tengo una autoridad mayor de la misma fuente. Si Pinzón decide alzarse sobre los últimos restos de esa autoridad, no seré el único que caiga abatido por ese viento.

Sin embargo, en cuanto Segovia se marchó Cristóforo se puso de nuevo a intentar resolver qué esperaba Dios de él. ¿Había algo que pudiera hacer para volver a unir a los hombres bajo su mando? Pinzón los había puesto a construir un navio, pero no eran los constructores de Palos, sino marineros corrientes. Domingo era buen tonelero, pero hacer un barril no era lo mismo que trazar una quilla. López era calafatero, no carpintero. Y la mayoría de los otros hombres eran bastante diestros con las manos, pero lo que ninguno de ellos tenía en la cabeza era el conocimiento, la

práctica de construir un barco.

Pero tenían que intentarlo. Tenían que intentarlo y si fracasaban a la primera, intentarlo otra vez. Así que no había pugna entre Cristóforo y Pinzón en lo referido a la construcción de un barco. La pugna se producía por la forma en que los hombres trataban a los indios que necesitaban para que los ayudasen. El generoso espíritu de cooperación que la gente de Guacanagarí había mostrado para ayudarlos a descargar la *Santa María* había desaparecido hacía tiempo.

Cuantas más órdenes daban los españoles, menos obedecían los indios. Cada vez se presentaban menos, lo que significaba que aquellos que sí acudían eran tratados peor. Parecían pensar que los españoles, no importaba lo bajo que fuera su rango o estado, tenían derecho a dar órdenes (y a castigar) a cualquier indio, no importaba lo joven o viejo que fuese, no importaba...

«Estos pensamientos son por causa de ella —advirtió de nuevo Colón—. Hasta que hablé con ella, no me cuestioné el derecho de los hombres blancos a dar órdenes a los cobrizos. Sólo desde que envenenó mi mente con su extraña interpretación del cristianismo empecé a ver la forma en que los indios se resisten silenciosamente a ser tratados como esclavos. Habría pensado en ellos como lo hace Pinzón, como salvajes indignos y perezosos. Pero ahora veo que son tranquilos, amables, incapaces de provocar una disputa. Soportan una paliza en silencio... pero no vuelven para ser golpeados otra vez. Excepto algunos que sí han sido golpeados y vuelven a ayudar, por propia voluntad, evitando a los españoles más crueles pero auxiliando a los demás en todo lo que pueden. ¿No es esto lo que Cristo pretendía cuando dijo que mostráramos la otra mejilla? Si un hombre te obliga a caminar una legua con él, entonces camina la segunda por elección propia... ¿no es eso el cristianismo? ¿Entonces quiénes son aquí los cristianos? ¿Los españoles bautizados o los indios sin bautizar?»

Ella le había puesto el mundo patas arriba. Los indios no sabían nada de Jesús, y no obstante vivían según la palabra del Salvador, mientras que los españoles, que habían combatido durante siglos en nombre de Cristo, se habían convertido en un pueblo brutal y sediento de sangre. Y sin embargo no eran peores que cualquier otro pueblo de Europa. No eran peores que los genoveses, con sus pugnas de sangre y sus asesinatos. ¿Era posible que Dios lo hubiera llevado allí, no para iluminar a los paganos, sino para aprender de ellos?

—Las costumbres de los tainos no son siempre mejores —dijo Chipa.

—Nosotros tenemos mejores herramientas —dijo Cristóforo—. Y mejores armas.

—¿Cómo lo sabéis? Los tainos matan a la gente para los dioses. Ve-en-la-Oscuridad dijo que cuando nos hablarais de Cristo, comprenderíamos que un hombre ya murió como único sacrificio necesario. Entonces los tainos dejarían de matar personas. Y los caribes dejarían de comérselas.

—Santa Madre de Dios —dijo Pedro—. ¿Hacen eso?

—Eso dice la gente de las tierras bajas. Los caribes son monstruos terribles. Los tainos son mejores que ellos. Y los de Ankuash somos mejores que los tainos. Pero Ve-en-la-Oscuridad dice que cuando estéis preparados para enseñarnos, veremos que sois mejor que nadie.

—¿Los españoles?—preguntó Pedro.

—No, él. Vos, Colón.

«No son nada más que adulaciones —se dijo Cristóforo—. Por eso Ve-en-la-Oscuridad ha estado enseñando a Chipa y la otra gente de Ankuash a decir cosas así. El único motivo por el que me alegra tanto oír esas cosas es porque hacen un gran contraste con los maliciosos rumores que corren entre mi tripulación. Ve-en-la-Oscuridad quiere que piense en la gente de Ankuash como si fuera mi verdadero pueblo, en vez de la tripulación española.»

¿Y si era cierto? ¿Y si todo el propósito del viaje era traerlo aquí, donde podría conocer al pueblo que Dios había preparado para recibir la palabra de Cristo?

No, no podría ser eso. El Señor habló de oro, de grandes naciones, de cruzadas. No de una oscura aldea de montaña.

Ella le había dicho que cuando estuviera preparado le mostraría el oro.

«Tenemos que construir una nave. Tengo que mantener a los hombres unidos el tiempo suficiente para construir un barco, regresar a España y volver con más fuerzas. Un grupo con más disciplina. Sin Martín Pinzón. Pero también traeré sacerdotes, muchos de ellos, para que enseñen a los indios. Eso satisfará a Ve-en-la-Oscuridad. Todavía puedo hacerlo todo, si consigo mantener la unidad lo suficiente para construir el barco.»

Putukam chasqueó la lengua.

—Chipa dice que las cosas están muy mal.

—¿Cómo de mal?—preguntó Diko.

—Chipa dice que su joven, Pedro, está suplicando siempre a Colón que se marche. Dice que algunos de los muchachos han intentado advertir a Pedro, para que él pueda advertir al cacique. Planean matarlo.

—¿Quiénes?

—No recuerdo los nombres, Ve-en-la-Oscuridad. Putukam rió—. ¿Crees que soy tan lista como tú?

Diko suspiró.

—¿Por qué no es capaz de ver que tiene que marcharse, que tiene que venir aquí?

—Puede que sea blanco, pero sigue siendo un hombre. Los hombres siempre piensan que saben lo que es correcto, por eso no escuchan.

—Si dejo la aldea para bajar de la montaña y vigilar a Colón, ¿quién traerá el

agua? —preguntó Diko.

—Nosotros traíamos el agua antes de que tú vinieras. Las muchachas ahora se han vuelto gordas y perezosas.

—Si dejo la aldea para vigilar a Colón y traerlo aquí a salvo, ¿quién cuidará de mi casa para que Nugkui no la haga ocupar por otro y regale todas mis herramientas?

—Baiku y yo vigilaremos por turnos.

—Entonces iré —dijo Diko—. Pero no lo obligaré a venir. Él tiene que hacerlo por su propia voluntad.

Putukam la miró, impasible.

—No obligo a la gente a hacer nada en contra de su voluntad —dijo Diko.

Putukam sonrió.

—No, Ve-en-la-Oscuridad. Sólo te niegas a dejarlos en paz hasta que cambian de opinión. Por propia voluntad.

El motín finalmente estalló a causa de Rodrigo de Triana, quizá porque tenía más motivos que ninguno para odiar a Colón, pues le había quitado su premio por haber sido el primero en avistar tierra. Sin embargo, a Pedro le pareció que no sucedió de acuerdo con ningún plan. La primera noticia la trajo el taino llamado Pez Muerto que llegó corriendo. Hablaba tan rápido que Pedro no logró comprenderlo, aunque había estado haciendo progresos con el lenguaje. Pero Chipa sí lo entendió, y parecía furiosa.

—Están violando a Pluma de Loro —dijo—. Ni siquiera es una mujer. Es más joven que yo.

De inmediato Pedro llamó a Caro, el platero, para que fuera a buscar a los oficiales. Entonces corrió junto con Chipa, siguiendo a Pez Muerto fuera de la empalizada.

Pluma de Loro parecía muerta. Flaccida como un trapo. Fueron Moger y Clavijo, dos de los reos que se habían enrolado en la expedición para conseguir el perdón. Eran ellos quienes obviamente habían hecho la violación... pero Rodrigo de Triana y un par de marineros de la *Pinta* estaban mirando, riendo.

—¡Basta! —gritó Pedro.

Los hombres le miraron como a un piojo que hay que apartar de un manotazo.

—¡Es una niña!

—Ahora es una mujer —dijo Moger.

Entonces todos estallaron en risas.

Chipa corría ya hacia la niña. Pedro trató de detenerla.

—No, Chipa.

Pero Chipa parecía ajena a su propio peligro. Trató de sortear a uno de los hombres para llegar hasta Pluma de Loro. Él la quitó de en medio de un empujón... y

fue a caer a los brazos de Rodrigo de Triana.

—Permitidme ver si está viva —insistió Chipa.

—Dejadla en paz —dijo Pedro. Pero ya no gritaba.

—Parece que tenemos otra voluntaria —dijo Clavijo, pasando los dedos por la mejilla de Chipa.

Pedro echó mano a la espada, sabiendo que no había ninguna esperanza de que prevaleciera contra ninguno de aquellos hombres, pero sabiendo también que tenía que intentarlo.

—Envainad la espada —dijo Pinzón tras él.

Pedro se volvió. Pinzón venía a la cabeza de un grupo de oficiales. El capitán general lo hacía no muy lejos, detrás.

—Soltad a la niña, Rodrigo —dijo Pinzón.

El hombre obedeció. Pero en vez de volver a lugar seguro, Chipa se dirigió a la otra niña, aún inmóvil en el suelo, y acercó la cabeza a su pecho para ver si su corazón latía.

—Ahora volvamos a la empalizada y pongámonos a trabajar —dijo Pinzón.

—¿Quién es responsable de esto? —demandó Colón.

—Ya me he encargado de ello —dijo Pinzón.

—¿De veras? La muchacha es sólo una niña. Esto es un crimen monstruoso. Y una estupidez también. ¿Qué ayuda creéis que nos ofrecerán ahora los indios?

—Si no nos ayudan voluntariamente —dijo Rodrigo de Triana—, entonces los obligaremos.

—Y ya puestos a ello, tomaréis a sus mujeres y las violaréis a todas, ¿es ése el plan, Rodrigo? ¿Es eso lo que pensáis que es ser cristiano? —preguntó Colón.

—¿Sois capitán general u obispo? —repuso Rodrigo. Los otros hombres se rieron.

—He dicho que me he encargado de ello, capitán general —dijo Pinzón.

—¿Diciéndoles que vuelvan al trabajo? ¿Qué clase de trabajo lograremos hacer si tenemos que defendernos contra los tainos?

—Estos indios no son guerreros —dijo Moger—. Podría vencer a todos los hombres de la aldea con una mano sin dejar de cagar y silbar al mismo tiempo.

—Está muerta —dijo Chipa. Se apartó del cuerpo de la niña y se dirigió hacia Pedro, pero Rodrigo de Triana la cogió por el hombro.

—Lo que sucedió aquí no debería haber sucedido —le dijo Rodrigo a Colón—. Pero no es importante. Como ha dicho Pinzón, volvamos al trabajo.

Durante unos instantes, Pedro pensó que el capitán general iba a dejarlo correr, como había hecho con muchos otros deslices y actos despectivos. Pedro comprendía que había que mantener la paz. Pero esto era distinto. Los hombres empezaron a dispersarse, regresando al fuerte.

—¡Habéis matado a una niña! —gritó Pedro.

Chipa se encaminaba hacia él, pero una vez más Rodrigo extendió la mano para cogerla. «Tendría que haber esperado un poco más —pensó Pedro—. Tendría que haber contenido mi lengua.»

—Basta—dijo Pinzón—. Es suficiente.

Pero Rodrigo no pudo dejar la acusación sin respuesta.

—Nadie pretendía que muriera.

—Si fuera una muchacha de Palos, mataríais al hombre que lo hizo —dijo Pedro—. ¡La ley lo exigiría!

—Las muchachas de Palos no van por ahí desnudas.

—¡No sois civilizado! —gritó Pedro—. ¡Incluso ahora, al sujetar así a Chipa, amenazáis con volver a asesinar!

Pedro sintió la mano del capitán general sobre su hombro.

—Ven aquí, Chipa —dijo Colón—. Necesitaré tu ayuda para que me ayudes a explicarle esto a Guacanagarí.

Chipa trató inmediatamente de obedecerlo. Por un momento, Rodrigo se lo impidió. Pero al ver que no había nadie apoyándolo la soltó.

Chipa regresó junto a Pedro y Colón.

Pero Rodrigo no pudo resistir hacer una última observación.

—Así, Pedro, al parecer sois el único que tiene derecho a acostarse con las muchachas indias.

Pedro se puso pálido. Echando mano de la espada, dio un paso al frente.

—¡Jamás la he tocado!

Rodrigo se echó a reír.

—¡Mirad, trata de defender su honor! ¡Piensa que su pequeña puta cobriza es una dama!

Otros hombres empezaron a reír también.

—Retirad la espada, Pedro —dijo Colón.

Pedro obedeció y dio un paso atrás para reunirse con Chipa y el capitán general.

De nuevo los hombres empezaron a dirigirse a la empalizada, pero Rodrigo no dio el asunto por zanjado. Hizo comentarios, algunos claramente audibles.

—Tenemos una familia feliz aquí—dijo, y los otros hombres se rieron. Y entonces, el colofón—: Probablemente también labra el mismo surco.

El capitán general parecía ignorarlos. Pedro sabía que era la actitud más sabia, pero no podía dejar de pensar en la niña muerta en el claro. ¿No había justicia? ¿Podían hacer los blancos cualquier cosa a los indios, y nadie los castigaría?

Los oficiales fueron los primeros en atravesar la puerta de la empalizada. Otros hombres se habían congregado allí. Los que habían estado implicados en la violación (bien fuera participando o mirando) fueron los últimos. Cuando llegaron a la puerta y

ésta se cerró tras ellos, Colón se volvió hacia Arana, el condestable de la flota, y dijo:

—Arrestad a esos hombres, señor. Acuso a Moger y Clavijo de violación y asesinato. Acuso a Triana, Vallejos y Franco de desobedecer las órdenes.

Tal vez si Arana no hubiera vacilado, la pura fuerza de la voz de Colón habría ganado el día. Pero vaciló, y luego pasó unos instantes mirando a ver qué hombres obedecerían sus órdenes.

Eso dio tiempo suficiente a Rodrigo de Triana para recuperarse.

—¡No lo hagáis! —gritó—. ¡No le obedezcáis! Pinzón ya nos ha dicho que volvamos al trabajo. ¿Vais a dejar que este genovés nos azote por un pequeño accidente? —Arrestadlos —dijo Colón.

—Tú, tú y tú —dijo Arana—. Poned a Moger y Clavijo bajo...

—¡No lo hagáis! —gritó Rodrigo de Triana.

—Si Rodrigo de Triana vuelve a invocar un motín —dijo Colón—, os ordeno que lo abatáis de un disparo.

—¡Eso sí que os gustaría, Colón! ¡Así no habría nadie para discutiros haber avistado tierra aquella noche!

—Capitán general —dijo Pinzón tranquilamente—, no hay necesidad de hablar de dispararle a la gente.

—He dado una orden para arrestar a cinco marineros —dijo Colón—. Estoy esperando que se obedezca.

—¡Entonces tendréis una larga espera! —chilló Rodrigo. Pinzón extendió una mano y tocó el brazo de Arana, instándole a retrasarse.

—Capitán general —dijo—, esperemos a que los ánimos se calmen.

Pedro se quedó boquiabierto. Comprobó que Segovia y Gutiérrez estaban tan sorprendidos como él. Pinzón acababa de amotinarse, lo pretendiera o no. Se había interpuesto entre el capitán general y el condestable y había impedido que Arana obedeciera la orden. Estaba allí, cara a cara con Colón, como desafiándole a hacer algo.

Colón simplemente lo ignoró, y se dirigió a Arana.

—Estoy esperando.

Arana se volvió hacia los tres hombres a quienes había llamado antes.

—Haced lo que se os ha ordenado —dijo. Pero ellos no se movieron. Miraron a Pinzón, esperando. Pedro se dio cuenta de que Pinzón dudaba. Probablemente no sabía lo que quería. Enseguida quedó claro, si no lo estaba de antes, que por lo que se refería a los hombres, Pinzón era el comandante de la expedición. Sin embargo, era un buen comandante, y sabía que la disciplina era vital para la supervivencia. También sabía que si pretendía regresar alguna vez a España, no podría hacerlo con un motín en su historial. Al mismo tiempo, si obedecía a Colón, entonces perdería el apoyo de los hombres. Se sentirían traicionados. A sus ojos, se vería disminuido.

Así pues... ¿qué era lo más importante para él? ¿La devoción de los hombres de Palos o la ley del mar?

No hubo forma de saber qué habría elegido Pinzón. Pues Colón no esperó a que se decidiera. En cambio, se volvió hacia Arana.

—Al parecer, Pinzón piensa que es cosa suya decidir si se obedecen o no las órdenes del capitán general. Arana, arrestad a Pinzón por insubordinación y amotinamiento.

Mientras Pinzón vacilaba en cruzar la línea, Colón había reconocido el simple hecho de que ya la había franqueado. Tenía la ley y la justicia de su lado. Pinzón, sin embargo, tenía la simpatía de casi todos los hombres. En cuanto el capitán general dio la orden los hombres rugieron expresando su rechazo, y casi de inmediato se convirtieron en una turba que agarró a Colón y los otros oficiales y los arrastraron hasta el centro de la empalizada.

Por un instante, Pedro y Chipa fueron olvidados. Al parecer, los hombres llevaban tiempo suficiente pensando en amotinarse para saber a quién tenían que reducir. Al propio Colón, por supuesto, y a los oficiales reales. También a Jácome el Rico, el agente financiero; a Juan de la Cosa, porque era vizcaíno, no un hombre de Palos, y por tanto no era de fiar; a Alonso el físico, Lequeitio el artillero y Domingo el tonelero. Pedro se movió sin llamar la atención hacia la puerta de la empalizada. Estaba a unos treinta metros del lugar donde retenían a los oficiales y los hombres leales, pero alguien se daría cuenta cuando abriera la puerta. Cogió a Chipa de la mano y le dijo, en vacilante taino:

—Correremos. Cuando puerta abierta.

Ella le apretó la mano para indicar que comprendía.

Pinzón advirtió de que no le resultaba ventajoso no haber sido retenido con los otros oficiales. A menos que mataran a todos los agentes del rey, alguien testificaría contra él en España.

—Me opongo a esto —dijo en voz alta—. Debéis soltarlos de inmediato.

—Vamos, Martín —gritó Rodrigo—. Os estaba acusando de amotinamiento.

—Pero Rodrigo, no soy culpable de ello —dijo Pinzón, hablando muy claramente, para que todos pudieran oírle—. Me opongo a esta acción. No os permitiré continuar. Tendréis que detenerme también.

Tras un instante, Rodrigo finalmente comprendió.

—Vosotros —dijo, dando órdenes con tanta naturalidad que parecía haber nacido para hacerlo—. Será mejor que apreséis al capitán Pinzón y sus hermanos.

Desde donde estaba, Pedro no pudo ver si Rodrigo hacía un guiño mientras hablaba. Pero no necesitaba hacerlo. Todo el mundo sabía que los Pinzones habían sido apresados porque Martín lo había pedido. Para protegerlo de la acusación de amotinamiento.

—No dañéis a nadie —dijo Pinzón—. Si tenéis alguna esperanza de volver a ver España, no dañéis a nadie.

—¡Iba a azotarme, el mentiroso hijo de puta! —chilló Rodrigo—. ¡Veamos si le gusta el látigo!

Pedro advirtió que si se atrevían a flagelar a Colón, no habría ninguna esperanza para Chipa. Acabaría como Pluma de Loro, a menos que consiguiera sacarla del fuerte y llevarla a la seguridad del bosque.

—Ve-en-la-Oscuridad sabrá qué hacer —susurró Chipa en taino.

—Silencio —dijo Pedro. Entonces renunció a continuar en taino y lo hizo en español—. En cuanto abra la puerta, corre y dirígete a los árboles más cercanos.

Se encaminó hacia la puerta, alzó la pesada barra y la arrojó a un lado.

De inmediato se alzó un grito entre los amotinados.

—¡La puerta! ¡Pedro! ¡Detenedlo! ¡Coged a la niña! ¡No la dejéis llegar a la aldea!

La puerta era pesada y difícil de mover. A Pedro le pareció que transcurría mucho tiempo antes de conseguirlo, aunque sólo fueron segundos. Oyó la descarga de un mosquete, pero ninguna bala impactó cerca: a esa distancia, los mosquetes no eran muy precisos. En cuanto Chipa pudo pasar, lo hizo, y un momento después Pedro la siguió. Pero había hombres persiguiéndolos, y Pedro estaba demasiado asustado para volverse a mirar a qué distancia se encontraban.

Chipa trotó ligera como un corzo y se internó entre los matorrales de la periferia del bosque sin perturbar siquiera las hojas. En comparación, Pedro se sentía como un buey, dando zancadas, las botas resonando, el sudor corriendo bajo sus gruesos ropajes. La espada le chocaba contra el muslo y la pantorrilla. Le pareció oír pasos detrás, cada vez más y más cerca. Finalmente, con un último acelerón, se zambulló entre los matorrales, y las lianas se enredaron en su cara, se aferraron a su cuello, como para obligarle a salir al descubierto.

—Silencio —dijo Chipa—. Quédate quieto y no podrán verte.

Su voz lo calmó. Dejó de debatirse contra las hojas. Entonces descubrió que al moverse despacio era fácil atravesar las enredaderas y finas ramas que le habían estado conteniendo. Siguió a Chipa hasta un árbol que tenía una rama baja en forma de horquilla. Ella se subió con facilidad.

—Regresan a la empalizada —dijo.

—¿No nos sigue nadie? —Pedro se sentía un poco decepcionado—. No deben considerar que importamos.

—Tenemos que encontrar a Ve-en-la-Oscuridad —dijo Chipa.

—No hace falta —dijo una voz de mujer.

Pedro miró frenéticamente a su alrededor, pero no vio nada. Fue Chipa quien la localizó.

—¡Ve-en-la-Oscuridad! —exclamó—. ¡Ya estás aquí!

Entonces Pedro la vio, oscura en las sombras.

—Venid conmigo —dijo—. Este es un momento muy peligroso para Colón.

—¿Podéis detenerlos? —preguntó Pedro.

—Guardad silencio y seguidme —respondió ella.

Pero él sólo pudo seguir a Chipa, pues perdió de vista a Ve-en-la-Oscuridad en el momento en que ésta se movió. Pronto se encontró al pie de un alto árbol. Al mirar hacia arriba, descubrió a Chipa y Ve-en-la-Oscuridad encaramadas en las ramas superiores. Ve-en-la-Oscuridad tenía una especie de extraño mosquete. Pero ¿qué utilidad tenía un arma desde esa distancia?

Diko observó a través de la mirilla de la escopeta tranquilizante. Mientras estuvo ocupada alcanzando a Pedro y Chipa, los amotinados habían desnudado a Cristóforo hasta la cintura y lo habían atado al poste de la esquina de una de las cabañas. Moger se preparaba a descargar el látigo.

¿Quiénes eran los que dirigían en su furia a la multitud? Rodrigo de Triana, naturalmente, y Moger y Clavijo. ¿Alguien más?

Tras ella, agarrada a otra rama, Chipa habló en voz baja:

—Si estabas aquí, Ve-en-la-Oscuridad, ¿por qué no ayudaste a Pluma de Loro?

—Estaba vigilando la empalizada —dijo Diko—. No supe que pasaba algo malo hasta que vi a Pez Muerto entrar corriendo. Pero te equivocaste. Pluma de Loro no está muerta.

—No se oía su corazón.

—Era muy débil. Pero después de que todos los hombres blancos se marcharan, le di algo que la ayudará. Y envié a Pez Muerto en busca de las mujeres de la aldea.

—Si yo no hubiera dicho que estaba muerta, entonces todo esto no...

—Iba a suceder, de un modo u otro. Por eso estaba yo aquí, esperando.

Incluso sin la mirilla, Chipa pudo ver que estaban flagelando a Colón.

—Lo están azotando.

—Calla.

Diko apuntó con cuidado a Rodrigo y apretó el gatillo. Hubo un chasquidito. Rodrigo se encogió de hombros. Diko volvió a apuntar, esta vez a Clavijo. Otro chasquido. Clavijo se rascó la cabeza. Apuntar a Moger fue más difícil, porque se movía mucho mientras descargaba el látigo. Pero cuando Diko disparó, acertó también. Moger se detuvo y se rascó el cuello.

Disparar aquellos diminutos misiles guiados por láser que golpeaban y desaparecían inmediatamente, dejando un dardo tan pequeño como una aguijón de abeja, era para ella un arma de último recurso. La droga sólo tardaba segundos en llegar al cerebro, disminuyendo rápidamente la agresividad, volviéndolos pasivos e

indiferentes. No mataría a nadie pero con la súbita pérdida de interés de los líderes, el resto de la turba se enfriaría.

Cristóforo nunca había sido azotado así antes, ni siquiera cuando era niño. Dolía más que ningún otro dolor físico que hubiera experimentado jamás. Y sin embargo el dolor era mucho menor de lo que había temido, porque descubrió que podía soportarlo. Gruñía involuntariamente con cada golpe, pero el dolor no era suficiente para domeñar su orgullo. No verían al capitán general suplicar piedad o llorar bajo el látigo. Recordarían cómo soportó su traición.

Para su sorpresa, los azotes terminaron después de sólo media docena de latigazos.

—Oh, ya es suficiente —dijo Moger.

Era casi increíble. Su ira era inmensa momentos antes, y gritaba sobre cómo Colón le había llamado asesino y que vería cómo era cuando Moger intentaba de verdad lastimar a alguien.

—Soltadlo —dijo Rodrigo. También él parecía más tranquilo. Casi aburrido. Era como si el odio en ellos se hubiera agotado de repente.

—Lo siento, mi señor —susurró Andrés Yévenes mientras desataba los nudos de sus manos—. Tenían las armas. ¿Qué podríamos haber hecho los grumetes?

—Sé quiénes son los hombres leales —susurró Cristóforo.

—¿Qué haces, Yévenes, decirle lo buen chico que eres? —demandó Clavijo.

—Sí —respondió Yévenes, desafiante—. No estoy con vosotros.

—Como si le importara a alguien —dijo Rodrigo.

Cristóforo no podía creer cómo había cambiado el de Triana. Parecía desinteresado. En ese aspecto, también Moger y Clavijo tenían la misma expresión aturdida en el rostro. Clavijo no paraba de rascarse la cabeza.

—Moger, vigílalo —dijo Rodrigo—. Tú también, Clavijo. Sois quienes más tenéis que perder si se escapa. Y vosotros, meted al resto en la cabaña de Segovia.

Obedecieron, pero todo el mundo se movía más despacio, y la mayoría de los hombres parecían hoscos o pensativos. Sin el fuego de la ira de Rodrigo para impulsarlos, muchos de ellos se lo estaban pensando mejor. ¿Qué les sucedería cuando regresaran a Palos?

Sólo en ese momento advirtió Colón cuánto le había lastimado la flagelación. Cuando trató de dar un paso, descubrió que estaba mareado por la pérdida de sangre. Se tambaleó. Oyó a varios hombres jadear y algunos murmullos. «Soy demasiado viejo para esto —pensó—. Si tenían que azotarme, debería haber sido cuando era más joven.»

Dentro de la cabaña, Cristóforo soportó el dolor mientras el maestro Juan le ponía una desagradable pócima, y luego le cubría la espalda con una tela liviana.

—Tratad de no moveros mucho —dijo Juan, como si hiciera falta—. La tela

mantendrá alejadas a las moscas, así que dejadla ahí.

Cristóforo pensó en lo que había sucedido. «Pretendían matarme. Estaban llenos de ira. Y entonces, de repente, dejaron de interesarse por hacerme daño. ¿Qué podía haber causado eso, sino el Espíritu de Dios que ablandaba sus corazones? El Señor me vigila, en efecto. No quiere que muera todavía.»

Moviéndose despacio, suavemente, para no perturbar la tela o causar mucho dolor, Cristóforo se persignó y rezó. «¿Puedo todavía cumplir la misión que me encomendasteis, Señor? ¿Incluso después de la violación de una niña? ¿Incluso después de este motín?»

Las palabras acudieron a su mente tan claramente como si estuviera oyendo la voz de la mujer: «Una calamidad tras otra. Hasta que aprendas lo que es humildad.»

¿Qué humildad era ésa? ¿Qué era lo que supuestamente tenía que aprender?

Más tarde, varios tainos de la aldea de Guacanagarí se abrieron paso a través de la empalizada (¿de verdad pensaban los blancos que un puñado de palos iban a ser una barrera para unos hombres acostumbrados a encaramarse a los árboles desde la infancia?) y pronto uno de ellos regresó para hacer su informe. Diko le esperaba junto a Guacanagarí.

—Los hombres que lo vigilan están dormidos.

—Les di un poco de veneno para que así fuera —dijo Diko.

Guacanagarí se la quedó mirando.

—No veo por qué nada de esto deba ser asunto tuyo.

Ninguno de los otros compartía la actitud del cacique hacia la mujer-hechicera negra de la aldea de Ankuash. La temían, y no dudaban de que podía envenenar a todo el que quisiera, en cualquier momento.

—Guacanagarí, comparto tu ira —dijo Diko—. Tu aldea y tú no habéis hecho más que el bien a estos hombres blancos, y mirad cómo os han tratado. Peor que a perros. Pero no todos los hombres blancos son así. El cacique blanco trató de castigar a los que violaron a Pluma de Loro. Por eso los malvados entre ellos le han quitado el poder y le han dado esa paliza.

—Así que no era un gran cacique después de todo —dijo Guacanagarí.

—Es un gran hombre. Chipa y este joven, Pedro, lo conocen mejor que nadie excepto yo.

—¿Por qué debería creer a este muchacho blanco y a esta niña mentirosa? —demandó Guacanagarí.

Para sorpresa de Diko, Pedro había aprendido suficiente taino para poder intervenir, y dijo claramente:

—Porque lo hemos visto con nuestros propios ojos, y tuno.

Todo el consejo de guerra taino, reunido en el bosque a la vista de la empalizada,

se sorprendió por el hecho de que Pedro entendiera y hablara su lengua. Diko advirtió que estaban sorprendidos porque no mostraron ninguna expresión en el rostro y esperaron en silencio hasta poder hablar con calma. Su respuesta controlada y aparentemente impasible le recordó a Hunahpu, y por un momento sintió un terrible retortijón de pena por haberlo perdido. «Hace años —se dijo—. Fue hace años, y ya he llorado lo que tenía que llorar. He superado todo sentimiento de pesar.»

—El veneno se agotará —dijo—. Los malvados que hay entre ellos recordarán su furia.

—Nosotros también recordaremos la nuestra —contestó uno de los jóvenes de Guacanagarí.

—Si matáis a todos los hombres blancos, incluso aquellos que no os han hecho ningún daño, seréis tan malos como ellos. Os prometo que si matáis por matar, lo lamentaréis.

Lo dijo con tranquilidad, pero la amenaza en sus palabras era real: observó que todos lo consideraban cuidadosamente. Sabían que tenía grandes poderes, y ninguno sería lo bastante intrépido para desafiarla abiertamente.

—¿Te atreves a prohibirnos que seamos hombres? ¿Nos prohibirás proteger nuestra aldea? —preguntó Guacanagarí.

—Nunca os prohibiría hacer nada. Sólo os pido que esperéis y observéis un poco más. Pronto los hombres blancos empezarán a dejar la empalizada. Creo que primero habrá hombres leales tratando de salvar a su cacique. Luego los otros hombres buenos que no quieren dañar a tu pueblo. Debes dejarlos que encuentren el camino de la montaña que conduce hasta mí. Te pido que no les hagas daño. Si vienen a mí, por favor deja que lleguen.

—¿Aunque te busquen para matarte? —preguntó Guacanagarí. Era una pregunta capciosa, que le dejaba abierta la posibilidad de matar a quien se le antojara, con la excusa de que lo hacía para proteger a Ve-en-la-Oscuridad.

—Puedo protegerme sola —dijo Ve-en-la-Oscuridad—. Si suben la montaña, te pido que no los ataques ni los lastimes de ninguna forma. Sabréis cuándo los únicos que queden son los malvados. Todos lo tendréis claro, no sólo uno o dos. Cuando llegue ese día, podréis actuar como actúan los hombres. Pero incluso así, si alguno de ellos escapa y se dirige a la montaña, te pido que los dejes ir.

—A los que violaron a Pluma de Loro no —dijo de inmediato Pez Muerto—. A ellos nunca, no importa hacia dónde corran.

—Estoy de acuerdo —concedió Diko—. No hay refugio para ellos.

Cristóforo despertó en la oscuridad. Había voces ante su tienda. No entendía las palabras, pero tampoco le importaba. Por fin comprendía. Todo se le había aclarado mientras dormitaba. En vez de soñar con su propio sufrimiento, había soñado con la

muchacha que habían violado y asesinado. En su sueño vio las caras de Moger y Clavijo como ella debió verlas, llenas de lujuria, burla y odio. En su sueño, les suplicaba que no le hicieran daño. En su sueño, les decía que era sólo una niña. Pero nada los detenía. No tenían piedad.

«Ésos son los hombres que he traído a este lugar —pensó Cristóforo—. Y sin embargo los consideraré cristianos. Y a los amables indios los llamé salvajes. Ve-en-la-Oscuridad no dijo más que la pura verdad. Estas gentes son los hijos de Dios, esperando sólo que se les enseñe y se les bautice para ser cristianos. Algunos de mis hombres son dignos de ser cristianos junto con ellos. Pedro ha sido mi ejemplo todo este tiempo. Aprendió a ver el corazón de Chipa cuando todo lo que yo o los demás podíamos ver era su piel, la fealdad de su rostro, sus extrañas costumbres. Si yo hubiera sido como Pedro en mi corazón, habría creído a Ve-en-la-Oscuridad, y por eso no habría tenido que sufrir todas estas últimas calamidades: la pérdida de la *Pinta*, el motín, esta flagelación. Y la peor calamidad de todas: mi vergüenza por haber negado la palabra de Dios porque no me envió el tipo de mensajero que esperaba.»

La puerta se abrió y luego volvió a cerrarse rápidamente. Unos pasos sigilosos se acercaron a él.

—Si venís a matarme —dijo Cristóforo—, sed lo bastante hombre para permitirme ver el rostro de mi asesino.

—Silencio, por favor, mi señor —dijo la voz—. Algunos de nosotros hemos tenido una reunión. Os liberaremos y os sacaremos de la empalizada. Y luego combatiremos a esos malditos amotinados y...

—No. Nada de luchas, nada de derramamiento de sangre.

—¿Qué, entonces? ¿Dejar que esos hombres nos gobiernen?

—La aldea de Ankuash, montaña arriba —dijo Cristóforo—. Iré allí. Lo mismo deben hacer todos los hombres leales. Escapad en silencio, sin pelea. Seguid arroyo arriba hasta la montaña... hasta Ankuash. Ése es el lugar que Dios ha preparado para nosotros.

—Pero los amotinados construirán la nave...

—¿Creéis que serán capaces alguna vez? —preguntó Colón, despectivo—. Se mirarán a los ojos, y luego desviarán la mirada, porque sabrán que no pueden confiar uno en otro.

—Eso es cierto, mi señor. Algunos de ellos murmuran ya que a Pinzón le interesaba sólo asegurarse de que supierais que no se había amotinado. Algunos de ellos recordaron cómo el turco lo acusó de haberle ayudado.

—Una acusación estúpida.

—Pinzón escucha cuando Moger y Clavijo hablan de asesinaros, pero no dice nada. Y Rodrigo va por ahí maldiciendo y jurando porque no os mató esta tarde.

Tenemos que sacaros de aquí.

—Ayudadme a ponerme en pie.

El dolor fue fuerte, y pudo sentir que las frágiles cicatrices de una de las heridas se abrían. La sangre le corría por la espalda. Pero era algo que no podía evitarse.

—¿Cuántos de vosotros hay? —preguntó Cristóforo.

—La mayoría de los grumetes están con vos. Todos se sintieron avergonzados por Pinzón. Algunos de los oficiales hablan de renegociar con los amotinados, y Segovia parlamentó con Pinzón durante largo rato, así que tal vez está intentando llegar a algún tipo de compromiso. Probablemente quiere poner a Pinzón al mando...

—Basta —dijo Cristóforo—. Todo el mundo está asustado, todo el mundo está haciendo lo que cree mejor. Decidle esto a vuestros amigos: yo sabré quiénes son los hombres leales, porque ellos llegarán montaña arriba hasta Ankuash. Estaré allí, con la mujer Ve-en-la-Oscuridad.

—¿La bruja negra?

—Hay más de Dios en ella que en la mitad de los supuestos cristianos de este lugar. Decidles a todos ellos... si algún hombre desea regresar a España conmigo como testigo de su lealtad, que escape de aquí y se reúna conmigo en Ankuash.

Cristóforo se había levantado, y se había puesto sus calzas y una camisa ancha sobre la espalda. No podía soportar más ropas, y en la cálida noche no sufriría por ir tan ligeramente vestido.

—Mi espada—dijo.

—¿Podéis llevarla?

—Soy capitán general de esta expedición. Tendré mi espada. Y que se sepa: quien me traiga mis cuadernos de a bordo y mis cartas será recompensado más allá de sus sueños cuando regresemos a España.

El hombre abrió la puerta y los dos se asomaron con cuidado para ver si había alguien vigilando. Finalmente vieron a un hombre (Andrés Yévenes, por su esbelto cuerpo juvenil) que les hacía señas para que avanzaran. Sólo entonces tuvo Cristóforo una oportunidad para ver quién había venido a por él. Era el vizcaíno, Juan de la Cosa. El hombre cuya cobarde desobediencia había conducido a la pérdida de la *Santa Marta*.

—Os habéis redimido esta noche, Juan.

De la Cosa se encogió de hombros.

—Nosotros los vizcaínos... nunca se sabe qué vamos a hacer.

Apoyado en De la Cosa, Cristóforo se movió lo más rápido que pudo para cruzar la zona despejada hasta la pared de la empalizada. En la distancia, pudo oír los cánticos y risotadas de los marineros borrachos. Por eso le habían vigilado tan mal.

Andrés y Juan estaban acompañados por varias personas más, todos grumetes menos Escobedo, el oficial, que llevaba un cofre pequeño.

—Mi diario —dijo Cristóforo.

—Y vuestras cartas.

De la Cosa le sonrió.

—¿Debo contarle lo de la recompensa que prometisteis, o lo haréis vos, mi señor?

—¿Quiénes de vosotros vais a venir conmigo? —preguntó Cristóforo.

Ellos se miraron unos a otros, sorprendidos.

—Pensábamos ayudaros a franquear la muralla —dijo De la Cosa—. Aparte de eso...

—Sabrán que no pude hacerlo solo. La mayoría de vosotros debería acompañarme ahora. De esa forma no empezarán a hacer indagaciones y a acusar a la gente de haberme ayudado. Pensarán que todos mis amigos se marcharon conmigo.

—Yo me quedaré —dijo De la Cosa—, para contarle a la gente las cosas que me dijisteis. Los demás, marchad.

Ayudaron a Cristóforo a subir la empalizada. Él soportó el dolor y aterrizó en el otro lado.

Casi de inmediato se encontró cara a cara con uno de los tainos. Pez Muerto, si sabía distinguir a un indio de otro a la luz de la luna. Pez Muerto cubrió con su mano la boca de Colón. «Silencio, decía.»

Los otros rebasaron la muralla con más facilidad que Cristóforo. El único problema lo planteó el cofre que contenía los diarios y cartas, pero al final acabaron por lanzarlo por lo alto, y después llegó Escobedo.

—Estamos todos —dijo—. El vizcaíno ya ha vuelto a la fiesta antes de que lo echen en falta.

—Temo por su vida —dijo Cristóforo.

—Él temía mucho más por la vuestra.

Todos los tainos llevaban armas, pero no las blandían ni parecían amenazadores. Y cuando Pez Muerto cogió a Colón de la mano, el capitán general le siguió hacia el bosque.

Diko retiró con mucho cuidado los vendajes. La cura iba bien.

Pensó con tristeza en las pequeñas cantidades de antibiótico que le quedaban. Oh, bueno. Había tenido suficiente para esto, y con suerte no necesitaría más.

Los ojos de Cristóforo se movieron.

—Así que no vas a dormir eternamente después de todo —dijo Diko.

Los ojos se abrieron, y Colón trató de levantarse. Cayó de inmediato.

—Todavía estás débil. Los azotes fueron bastante malos, pero el viaje montaña arriba tampoco te hizo ningún bien. Ya no eres joven.

Él asintió débilmente.

—Vuelve a dormir. Mañana te sentirás mucho mejor.

Él sacudió la cabeza.

—Ve-en-la-Oscuridad...

—Puedes decírmelo mañana.

—Lo siento.

—Mañana.

—Eres una hija de Dios —dijo él. Le resultaba difícil hablar, encontrar aire, formar las palabras. Pero las formó—. Eres mi hermana. Eres cristiana.

—Mañana.

—No me importa el oro.

—Lo sé.

—Creo que has venido a mí enviada por Dios.

—He venido a ayudarte a hacer verdaderos cristianos de esta gente. Empezando por mí. Mañana empezarás a enseñarme la doctrina de Cristo, para que yo pueda ser la primera en ser bautizada en esta tierra.

—Entonces, por eso estoy aquí —murmuró él.

Ella le acarició el pelo, los hombros, la mejilla. Cuando volvía a hundirse en el sueño, le respondió con las mismas palabras.

—Por eso estoy aquí.

Pocos días después, los oficiales reales y varios hombres leales más encontraron el camino hasta Ankuash. Cristóforo, que ya era capaz de mantenerse en pie y caminar un poco cada día, puso a sus hombres a trabajar de inmediato, ayudando a los aldeanos con su labor, enseñándoles español y aprendiendo taino mientras lo hacían. Los grumetes aceptaron con bastante naturalidad este humilde trabajo. A los oficiales reales les resultó mucho más difícil tragarse su orgullo y trabajar junto con los aldeanos. Pero no había ninguna obligación. Cuando se negaban a ayudar, simplemente eran ignorados, hasta que por fin advirtieron que en Ankuash las viejas reglas jerárquicas ya no se aplicaban. Si no ayudabas, no importabas. Todos eran hombres que estaban decididos a importar. Escobedo fue el primero en olvidar su rango, y Segovia el último, pero eso era de esperar. Cuando más pesada era la carga del oficio, más difícil era soltarla.

Los mensajeros del valle traían noticias. Tras la marcha de los oficiales reales, Pinzón había aceptado el mando de la empalizada, pero el trabajo en la nueva nave pronto se detuvo, y se hablaba de que había peleas entre los españoles. Más hombres escaparon y llegaron a la montaña. Finalmente, estalló una refriega. Los disparos se oyeron desde Ankuash.

Esa noche llegó una docena de hombres a la aldea. Entre ellos se encontraba el propio Pinzón, herido en una pierna y llorando porque su hermano Vicente, capitán de la *Niña*, había muerto. Cuando su herida terminó de ser atendida, insistió en suplicar públicamente perdón al capitán general, cosa que Cristóforo concedió de buena gana.

Eliminada la última resistencia, las dos docenas de hombres que quedaban en el fuerte se aventuraron a salir para capturar algunos tainos, para convertirlos en esclavos o prostitutas. Fracasaron, pero dos tainos y un español murieron en la pelea. Guacanagarí envió a Diko un mensajero.

—Ahora los mataremos —dijo el mensajero—. Sólo quedan los malvados.

—Le dije a Guacanagarí que cuando llegara el momento estaría claro. Pero porque esperaste, sólo serán unos pocos, y los derrotarás fácilmente.

Los amotinados restantes que dormían confiados en la seguridad de su empalizada despertaron por la mañana y encontraron a sus guardianes muertos y el fuerte lleno de tainos armados y furiosos. Descubrieron que la amabilidad de los tainos era sólo una faceta de su carácter.

Cuando llegó el solsticio de verano de 1493, todo el pueblo de Ankuash había sido bautizado y se permitió a los españoles que habían aprendido suficiente taino para comunicarse bien que empezaran a cortejar a las mujeres de Ankuash o de otras aldeas. Igual que los españoles aprendían las costumbres tainas, también los aldeanos aprendían de los españoles.

—Están olvidándose de ser españoles —se quejó Segovia a Colón un día.

—Pero los tainos también se están olvidando de ser tainos —replicó Cristóforo—. Se están convirtiendo en algo nuevo, algo que el mundo ha visto rara vez antes.

—¿Y qué es eso? —demandó Segovia.

—No estoy seguro. Cristianos, creo.

Mientras tanto, Cristóforo y Ve-en-la-Oscuridad hablaban muchas horas cada día. Gradualmente él empezó a comprender que a pesar de todos los secretos que Diko conocía y todos los extraños poderes que parecía tener, no era un ángel ni ninguna otra clase de ser sobrehumano. Era una mujer, todavía joven, pero con mucho dolor y sabiduría en los ojos. Era una mujer y era su amiga. ¿Por qué debería sorprenderle eso? Era siempre gracias al amor de mujeres fuertes por lo que había encontrado las alegrías de su vida.

RECONCILIACIONES



Fue un encuentro que perduraría en la historia.

Cristóbal Colón era el europeo que había creado la Liga del Caribe, una confederación de tribus cristianas en todas las tierras que rodeaban el mar Caribe al este, norte y sur.

Yax era el rey zapoteca que, siguiendo la obra de su padre uniendo todas las tribus zapotecas y formando una alianza con el imperio tarascano, conquistó a los aztecas y llevó su sabiduría en la construcción de barcos y el uso del hierro al nivel cultural más alto conseguido en el hemisferio occidental.

Sus logros eran notablemente paralelos. Ambos hombres habían puesto fin a la prolífica práctica de los sacrificios humanos en las tierras que gobernaban. Ambos hombres habían adoptado formas de cristianismo que se fundieron fácilmente cuando se encontraron. Colón y sus hombres habían enseñado la navegación europea y algunas técnicas para construir barcos a los tainos y, cuando se convirtieron al cristianismo, también a los caribes. Con Yax, los barcos zapotecas comerciaban a todo lo largo y ancho de ambas costas del imperio. Aunque las islas caribes eran demasiado pobres en hierro para que igualaran los logros de los herreros taráscanos, cuando Colón y Yax unieron sus imperios en una sola nación todavía quedaban suficientes miembros de la tripulación española que sabían tratar el metal para ayudar a los taráscanos a dar el salto hacia la fabricación de armas de fuego.

Los historiadores contemplaban el encuentro en Chichén Itzá como el más grande momento de reconciliación de la historia. Imaginad lo que habría sucedido si Alejandro, en vez de conquistar a los persas, se hubiera unido a ellos. Si los romanos y los partos se hubieran convertido en una sola nación. Si los cristianos y musulmanes, si los mongoles y los chinos....

Pero eso era inimaginable. El único motivo por el que podían creer que fuera posible con la Liga del Caribe y el Imperio Zapoteca era que en efecto sucedió.

En la gran plaza central de Chichen Itzá, donde antiguamente se torturaban y sacrificaban seres humanos en ofrenda a los dioses mayas, el cristiano Colón abrazó al pagano Yax, y luego lo bautizó. Colón presentó a su hija y heredera, Beatriz Tagiri Colón, y Yax presentó a su hijo y heredero, Ya-Hunahpu Ipoxtli. Se casaron en el acto, mientras Colón y Yax abdicaban en favor de sus hijos. Naturalmente, ambos seguirían siendo el poder tras el trono hasta la muerte, pero la alianza se mantuvo y así nació el estado conocido como Caribia.

Fue un imperio bien gobernado. Mientras se permitía que todas las tribus diferentes y los grupos lingüísticos que lo componían se gobernaran a sí mismos, se impusieron una serie de leyes uniformes, permitiendo el comercio y el libre movimiento por toda Caribia. El cristianismo no se estableció como religión del estado, pero los principios de la no-violencia y el control comunitario de la tierra fueron uniformes, y los sacrificios humanos y la esclavitud quedaron terminantemente prohibidos. A causa de esto, los historiadores fecharon el principio de la era humanista en el momento de ese encuentro entre Yax y Colón: el solsticio de verano del año 1519, según el cómputo cristiano.

La influencia europea producida por Colón fue poderosa, considerando que sólo él y un puñado de hombres y oficiales tuvieron oportunidad de difundir su cultura. Pero habiendo llegado a Haití, una tierra sin escritura, no debería haber resultado sorprendente que se adoptara el alfabeto español para escribir los lenguajes taino y caribe, o que el español fuera adoptado con el tiempo como el lenguaje del comercio, el gobierno y los registros históricos de toda la Liga del Caribe. Después de todo, el español era el idioma que ya tenía el vocabulario para tratar con el cristianismo, el comercio y la ley. Sin embargo, en modo alguno fue una conquista europea. Fueron los españoles quienes renunciaron a la idea de la propiedad privada de la tierra, que había sido siempre una gran causa de desigualdades en el antiguo mundo; fueron los españoles quienes aprendieron a tolerar diferentes religiones y culturas sin tratar de forzar la uniformidad. Cuando la conducta de la expedición española de Colón se compara con el registro de intolerancia marcado por la Inquisición, la expulsión de los judíos y la guerra contra los moros en la propia España, queda claro que aunque la cultura española proporcionó unas cuantas herramientas útiles (una *lingua franca*, un alfabeto, un calendario) fueron los tainos quienes enseñaron a los españoles lo que

significaba ser cristiano.

Había otra similitud entre Yax y Colón. Cada uno de ellos tenía un enigmático consejero. Se decía que el mentor de Yax, Un-Hunahpu, venía directamente de Xibalba, y ordenó a los zapotecas acabar con los sacrificios humanos y buscar un dios sacrificado que más tarde identificaron con Jesucristo. El mentor de Colón era su esposa, una mujer de piel tan oscura que decían que era africana, aunque por supuesto eso no podía ser cierto. La mujer era llamada por los tainos Ve-en-la-Oscuridad, pero Colón (y la historia) la conocían por Diko, aunque el significado de su nombre, si lo tenía, se perdió. Su papel no estaba tan claro a los ojos de los historiadores como el de Hunahpu, pero se sabía que cuando Colón huyó de los amotinados fue Diko quien lo aceptó, lo cuidó, y al abrazar el cristianismo le ayudó a iniciar su gran obra de conversión entre los pueblos del mar Caribe. Algunos historiadores especulaban con que fue Diko quien domó la brutalidad de los cristianos españoles. Pero el propio Colón era una figura tan poderosa que resultaba difícil imaginar a nadie a su sombra.

Ese día de 1519, cuando terminaron las ceremonias oficiales, mientras los festines y danzas por la unión de los dos reinos se continuaban durante la noche, hubo otra reunión, de la que no fueron testigos más que los participantes. Se encontraron en la cima de la gran pirámide de Chichén Itzá, una hora antes del amanecer. Ella acudió primero y lo esperó en la oscuridad. Cuando él llegó a lo alto de la torre y la vio, al principio se quedó sin habla, igual que ella. Se sentaron uno frente a otro. Ella había traído esterillas para que no tuvieran que sentarse sobre la dura piedra. Él había traído un poco de comida y bebida, que compartieron. Comieron en silencio, pero el verdadero festín fue la forma en que se miraban.

Finalmente, ella rompió el silencio.

—Has tenido más éxito del que soñábamos, Hunahpu.

—Y tú también, Diko.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no fue difícil después de todo. Él cambió solo. Los Intervencionistas eligieron bien cuando lo convirtieron en su herramienta.

—¿Y eso es lo que hemos hecho de él? ¿Nuestra herramienta?

—No, Hunahpu. Yo lo convertí en mi marido. Tenemos siete hijos. Nuestra hija es reina de Caribia. Ha sido una buena vida. Y tu esposa, Xoc. Parece una mujer amable y amorosa.

—Lo es. Y fuerte. —Él sonrió—. La tercera mujer más fuerte que he conocido.

De repente, las lágrimas corrieron por el rostro de Diko.

—Oh, Hunahpu, echo tanto de menos a mi madre.

—Yo también la echo de menos. Todavía la veo a veces en mis sueños, extendiendo la mano para conectar el interruptor.

Ella estiró la mano y la colocó sobre la rodilla de él.

—Hunahpu, ¿olvidaste que una vez nos amamos?

—Ni un solo día. Ni una sola hora.

—Casi pensé: Hunahpu estará orgulloso de mí por haber hecho esto. ¿Fue deslealtad por mi parte? ¿Anhelar el día en que pudiera mostrarte mi trabajo?

—¿Quién más podría haber comprendido lo que conseguí? ¿Quién podría saber más que yo cuan por encima de nuestros sueños has tenido éxito?

—Cambiamos el mundo —dijo ella.

—Por ahora, al menos —dijo Hunahpu—. Todavía pueden encontrar medios para cometer los mismos viejos errores.

Ella se encogió de hombros.

—¿Se lo dijiste? —preguntó Hunahpu—. ¿Quiénes somos y de dónde venimos?

—Tanto como pudo comprender. Sabe que no soy un ángel, al menos. Y sabe que hubo otra versión de la historia, donde España destruyó al pueblo caribe. Lloró durante días cuando lo comprendió.

Hunahpu asintió.

—Yo traté de contárselo a Xoc, pero para ella había poca diferencia entre Xibalba y Vigilancia del Pasado. Llámalos dioses o investigadores, no vio mucha diferencia práctica. ¿Sabes?, yo tampoco veo ninguna diferencia significativa.

—No parecían dioses cuando estábamos entre ellos. Eran sólo mi padre, mi madre y sus amigos —dijo Diko.

—Y para mí era un trabajo. Hasta que te encontré. O tú me encontraste a mí. O comoquiera que ocurriese.

—Ocurrió —dijo ella tajante.

Él ladeó la cabeza y la miró, para hacerle saber que sabía que hacía una pregunta capciosa.

—¿Es cierto que no vas a ir con Colón cuando navegue hacia el este?

—No creo que España esté preparada para un embajador casado con una africana. No los hagamos tragar demasiado.

—Es un anciano, Diko. Puede que no viva para regresar a casa.

—Lo sé.

—Ahora que vamos a convertir a Atetulka en la capital de Caribia, ¿vendrás aquí a vivir? ¿A esperar su regreso?

—Hunahpu, no estarás esperando que a nuestra edad empecemos a dar mal ejemplo, ¿verdad? Aunque admito sentir curiosidad por las doce cicatrices que según le leyenda llevas en tu... persona.

Él se echó a reír.

—No, no te estoy proponiendo un romance. Amo a Xoc y tú amas a Colón. Los dos tenemos todavía demasiado trabajo por hacer para ponerlo en peligro. Pero esperaba tu compañía. Para conversar.

Ella lo pensó, pero al final sacudió la cabeza.

—Sería demasiado... duro para mí. Esto ya lo es. Verte me devuelve a otra vida. Una época en que fui otra persona. Tal vez de vez en cuando. Cada pocos años... Navega hasta Haití y visítanos en Ankuash. Mi Beatriz querrá venir a la casa en la montaña. En Atetulka debe de hacer mucho calor.

—Ya-Hunahpu está deseando ir a Haití. Se ha enterado de que las mujeres no llevan ropa.

—En algunos sitios aún van desnudas. Pero los colores fuertes son la última moda. Creo que se sentirá decepcionado.

Hunahpu le cogió la mano.

—Yo no lo estoy.

—Ni yo.

Mantuvieron así las manos durante largo rato.

—Estaba pensando en el tercero que se ganó un sitio en lo alto de esta torre —dijo Hunahpu.

—Yo también pensaba en él.

—Rehicimos la cultura para que Europa y América, Caribia, pudieran encontrarse sin que ninguna quedara destruida —dijo Hunahpu—. Pero él es quien nos concedió el tiempo necesario para hacerlo.

—Murió rápidamente —dijo Diko—. Pero no sin plantar las semillas de la sospecha entre los españoles. Su muerte debió de ser grandiosa. Pero me alegro de habérmela perdido.

Las primeras luces del amanecer habían asomado sobre la jungla, al este. Hunahpu lo advirtió, suspiró y se puso en pie. Entonces Diko lo imitó. Al verla, Hunahpu se echó a reír.

—Había olvidado lo alta que eres.

—Me estoy encorvando un poco últimamente.

—No me sirve de consuelo.

Bajaron de la pirámide por separado. Nadie los vio. Nadie descubrió que se conocían.

Cristóbal Colón regresó a España en la primavera de 1520. Nadie le buscaba ya, por supuesto. Había leyendas sobre la desaparición de las tres carabelas que navegaron hacia poniente; el nombre Colón se había convertido en sinónimo de locas aventuras. Fueron los portugueses los que consiguieron conectar con las Indias, y sus navios dominaban entonces todas las rutas del Atlántico. Empezaban a explorar la costa de una gran isla que habían bautizado con el nombre de la legendaria tierra de Hy-Brasil, y algunos decían que podría tratarse de un continente, sobre todo cuando un barco regresó con informes de que al noroeste de las tierras desérticas encontradas

en primer lugar había una enorme jungla con un río tan ancho y caudaloso que el agua del océano era potable a veinte millas de su desembocadura. Los habitantes de la tierra eran salvajes pobres y débiles, fáciles de conquistar y esclavizar... mucho más fáciles que los fieros africanos, que también estaban protegidos por plagas que resultaban invariablemente fatales para los hombres blancos. Los marineros que desembarcaron en Hy-Brasil enfermaron, pero el mal era rápido y no mataba nunca. De hecho, aquellos que lo contraían informaban que después se sentían más sanos que nunca. Esta «plaga» se extendía entonces por toda Europa, sin causar ningún daño y algunos decían que cuando la plaga brasileña hubiera pasado, la viruela y la peste negra ya no regresarían. Eso hacía que Hy-Brasil pareciera mágico, y los portugueses preparaban una expedición para explorar la costa y buscar un emplazamiento donde fundar una colonia desde la que repostar. Quizás el loco Colón no estaba tan loco después de todo. Si había una costa adecuada donde reavituallarse, tal vez fuera posible alcanzar la China navegando hacia poniente.

Fue entonces cuando una flota de mil barcos apareció en la costa portuguesa, cerca de Lagos, dirigiéndose hacia España, hacia el estrecho de Gibraltar. El galeón portugués que divisó los extraños navios navegó osadamente hacia ellos. Pero luego, cuando quedó claro que aquellos extraños bajeles llenaban el mar de un extremo al otro del horizonte, el capitán dio media vuelta y corrió hacia Lisboa. Los portugueses que se encontraban en las costas del sur dijeron que la flota tardó tres días enteros en pasar. Algunos barcos se acercaron tanto que los curiosos afirmaron sin dudar que los marineros eran cobrizos, de una raza nunca vista antes. También dijeron que los barcos estaban fuertemente armados; cualquiera de ellos podría haberse enfrentado con el más fiero galeón de guerra de la flota portuguesa.

La primera de las naves puso rumbo al puerto de Palos. Si alguien se dio cuenta de que era el mismo puerto del que Colón había zarpado, la coincidencia pasó inadvertida en su momento. Los hombres cobrizos que desembarcaron de las naves sorprendieron a todo el mundo hablando un fluido español, aunque con muchas palabras nuevas y extrañas pronunciaciones. Dijeron venir del reino de Caribia, que se encontraba en una enorme isla entre Europa y China. Insistieron en hablar con los monjes de La Rábida y fue a estos hombres santos a quienes entregaron tres cofres de oro puro.

—Uno es un regalo para los reyes de España, en agradecimiento por habernos enviado tres naves, hace veintiocho años —dijo el jefe de los caribianos—. Otro es un regalo a la Santa Iglesia, para ayudar a enviar misioneros que enseñen el evangelio de Jesucristo a todos los rincones de Caribia, a todo aquel que quiera escuchar libremente. Y el último es el precio que pagaremos por un trozo de tierra, al pie de una buena bahía, donde podamos construir un palacio adecuado para que el padre de nuestra reina Beatriz Tagiri reciba la visita de los reyes de España.

Pocos de los monjes de La Rábida recordaban los días en que Colón había sido un visitante asiduo. Pero uno lo recordaba muy bien. Lo habían dejado allí de niño para ser educado mientras su padre presentaba su caso ante la corte, y más tarde cuando navegó hacia poniente en busca de un loco objetivo. Cuando su padre no regresó jamás, tomó los sagrados votos, y se había hecho famoso por su santidad. Llevó al jefe del grupo caribiano a un lado y dijo:

—Las tres naves que decís que España os envió, las gobernaba Cristóbal Colón, ¿verdad?

—Sí, así es —dijo el hombre cobrizo.

—¿Vivió? ¿Está aún vivo?

—No sólo vivió, sino que es el padre de nuestra reina Beatriz Tagiri. Para él construiremos el palacio. Y como vos lo recordáis, amigo mío, puedo deciros que en su corazón no construirá este palacio para los reyes de España, aunque los recibirá allí. Construirá este palacio para poder invitar a su hijo, Diego y saber qué ha sido de él y suplicarle perdón por no haber regresado a él en todos estos años.

—Yo soy Diego Colón —dijo el monje.

—Eso supuse —contestó el hombre cobrizo—. Os parecéis a él. Sólo que más joven. Y vuestra madre debió de ser toda una belleza, porque las diferencias son todas a mejor.

El hombre cobrizo no sonrió, pero Diego vio por fin el centelleo de sus ojos.

—Decidle a mi padre que muchos hombres han sido separados de su familia por la fortuna o el destino, y sólo un hijo indigno le pediría a su padre que se disculpara por regresar a casa.

La tierra se compró, y siete mil caribianos empezaron a comerciar y comprar por todo el sur de España. Provocaron muchos comentarios y no poco miedo, pero todos decían ser cristianos, gastaban el oro a manos llenas como si lo hubieran encontrado en el suelo, y sus soldados estaban muy bien armados y conservaban una altísima disciplina.

Tardaron un año en construir el palacio para el padre de la reina Beatriz Tagiri. Cuando se terminó quedó claro que era más una ciudad que un palacio. Se contrataron arquitectos españoles para diseñar una catedral, un monasterio, una abadía y una universidad; se pagó bien a los obreros españoles para que se encargaran de buena parte de la labor, codo a codo con los extraños hombres cobrizos de Caribia. Gradualmente, las mujeres que vinieron con la flota empezaron a aventurarse a salir en público; llevando sus livianas sayas de vivos colores durante todo el verano y luego aprendieron a vestir las más cálidas ropas españolas cuando llegó el invierno. Para cuando la construcción de la ciudad de los caribianos quedó concluida, y los reyes de España fueron invitados a ella, la ciudad estaba poblada por tantos españoles como caribianos; todos trabajaban y rezaban juntos.

Eruditos españoles enseñaban a los estudiantes caribianos y españoles de la universidad; sacerdotes españoles enseñaban a los caribianos a hablar latín y decir la misa; mercaderes españoles llegaban a la ciudad para vender alimentos y otras mercancías, y se marchaban con extrañas piezas de arte hechas de oro y plata, cobre y hierro, lino y piedra. Sólo gradualmente descubrieron que muchos de los caribianos no eran cristianos, después de todo, pero que entre ellos no importaba si una persona era cristiana o no. Todos eran ciudadanos iguales, libres de elegir lo que querían creer. Era una idea realmente extraña que a ninguna de las autoridades españolas se le ocurrió adoptar, pero mientras los paganos de entre los caribianos no trataran de hacer proselitismo en la España cristiana, su presencia se toleraría. Después de todo, los caribianos tenían muchísimo oro. Y barcos muy rápidos. Y también cañones excelentes.

Cuando llegaron los reyes de España (haciendo patéticos esfuerzos por causar impresión entre la opulencia de la ciudad caribiana), fueron conducidos al salón del trono en un magnífico edificio. Se les invitó a sentarse en un par de tronos. Sólo entonces se presentó el padre de la reina de los caribianos, y cuando entró, se arrodilló ante ellos.

—Reina Juana —dijo—. Lamento que vuestros padres no vivieran para verme regresar de la expedición a la que me enviaron en 1492.

—Así que Cristóbal Colón no era un loco —dijo ella—. Ni fue una locura de Isabel enviarlo.

—Cristóbal Colón fue un auténtico servidor de los reyes. Pero me equivoqué respecto a la distancia hasta China. Lo que encontré fue una tierra que ningún europeo había visto antes.

Colocó sobre una mesa un pequeño cofre, y sacó de él cuatro libros.

—Los cuadernos de mi viaje y todas mis actas desde entonces. Mis naves fueron destruidas y no pude regresar, pero como me encomendó la reina Isabel, hice todo lo posible por llevar a tanta gente como pudiera al servicio de Cristo. Mi hija se ha convertido en la reina Beatriz Tagiri de Caribia y su marido es el rey Ya-Hunahpu. Igual que vuestros padres unieron Aragón y Castilla con su matrimonio, así mi hija y su esposo han unificado dos grandes reinos en una sola nación.

Ojalá sus hijos sean tan buenos y sabios gobernadores de Caribia como vos lo habéis sido de España.

Escuchó atentamente mientras la reina Juana y el rey Enrique hacían corteses discursos agradeciendo los diarios y cuadernos. Mientras hablaban, Colón pensó en lo que le había dicho Diko: que en otra historia, aquella en la que sus naves no habían sido destruidas y había regresado a casa con la *Pinta* y la *Niña*, su descubrimiento volvió tan rica a España que Juana fue ofrecida en matrimonio a otro hombre distinto, quien había muerto joven. Eso la había vuelto loca, y primero su padre y luego su

hijo gobernaron en su lugar. Qué extraño que entre todos los cambios que Dios había realizado a través de él, uno de ellos fuera salvar a esa bella reina de la locura. Nunca lo sabría, pues ni Diko ni él se lo dirían jamás.

Terminaron sus discursos, y a cambio le ofrecieron muchos hermosos regalos (según las costumbres españolas) para que los llevara al rey Ya-Hunahpu y la reina Beatriz Tagiri. Él los aceptó todos.

—Caribia es una tierra grande —dijo—, y hay muchos lugares donde el nombre de Cristo no se ha oído todavía. También, la tierra es rica en muchas cosas y nos agradaría comerciar con España. Os pedimos que enviéis sacerdotes que enseñen a nuestra gente. Pero ya que Caribia es una tierra pacífica, donde un hombre desarmado puede caminar de un extremo a otro del reino sin sufrir ningún daño, no habrá ninguna necesidad de que enviéis soldados. De hecho, mi hija y su esposo os piden que les hagáis el gran favor de decir a todos los otros soberanos de Europa que, aunque se les invita a enviar sacerdotes y comerciantes, todo navio que entre en aguas caribianas portando armas de cualquier tipo será enviado al fondo del mar.

La advertencia era lo bastante clara: así había sido desde el momento en que las mil naves de la flota caribiana fueron vistas por primera vez en la costa de Portugal. Ya había noticias de que los planes del rey de Portugal para explorar Hy-Brasil habían sido abandonados, y Cristóforo confiaba en que otros monarcas serían igualmente prudentes.

Se prepararon y firmaron documentos donde se afirmaba la eterna paz y especial amistad que existía entre los monarcas de España y Caribia. Entonces llegó el momento de que la audiencia terminara.

—Tengo un último favor que pedir a vuestras majestades —dijo Cristóforo—. Esta ciudad es conocida por todos como la Ciudad de los Caribianos. Es así porque preferí no darle nombre hasta que pudiera pedirlo, en persona, permiso para ponerle el de vuestra graciosa madre, la reina Isabel de Castilla. Esta ciudad se construyó gracias a su fe en Cristo y su confianza en mí. ¿Me daréis vuestro consentimiento?

Así se hizo, y Juana y Enrique se quedaron otra semana para presidir las ceremonias de bautizar Ciudad Isabel.

Cuando se marcharon, comenzó el trabajo serio. La mayor parte de la flota regresaría pronto a Caribia, pero sólo las tripulaciones serían caribianas. Los pasajeros serían españoles: sacerdotes y comerciantes. El hijo de Colón, Diego, había rechazado el oro que su padre le había ofrecido, y en cambio pidió que se le permitiera ser uno de los franciscanos enviados como misioneros. Discretas investigaciones localizaron al otro hijo de Colón, Fernando. Éste había sido educado para tomar parte en el negocio de su abuelo, un mercader de Córdoba. Cristóforo lo invitó a Ciudad Isabel, donde lo reconoció como hijo y le dio una de las naves caribianas para que comerciara con ella. Juntos, decidieron bautizar a la nave *Beatriz*

de Córdoba, en honor a la madre de Fernando. El joven se alegró de saber que su padre había dado también ese nombre a la hija que se había convertido en reina de Caribia. Es dudoso que Cristóforo le hiciera saber que podría haber cierta ambigüedad respecto a en honor a qué Beatriz había recibido su nombre la reina.

Desde su palacio, Cristóforo contempló partir a ochocientas naves caribianas hacia el nuevo mundo, llevando a sus dos hijos mayores en diferentes misiones. Vio a otras ciento cincuenta naves zarpar en grupos de tres o cuatro para llevar embajadores y comerciantes a cada puerto de Europa y a cada ciudad musulmana. Vio a embajadores y príncipes, grandes comerciantes y eruditos y hombres de iglesia que venían a Ciudad Isabel para enseñar a los caribianos y aprender de ellos.

Sin duda Dios había cumplido las promesas que le hizo en aquella playa cerca de Lagos. Gracias a Cristóforo la palabra de Dios estaba siendo llevada a millones de personas. A sus pies habían caído reinos, y las riquezas que habían pasado por sus manos, bajo su control, estaban más allá de nada que pudiera haber concebido cuando era un niño en Genova. El hijo del tejedor que una vez se había aterrorizado ante las crueles acciones de los grandes hombres se había convertido en uno de los más grandes de todos, y lo había hecho sin crueldad. De rodillas, Cristóforo dio muchas veces gracias a Dios por Su bondad para con él.

Pero en el silencio de la noche, en el balcón que daba al mar, pensó de nuevo en su desatendida esposa, Felipa; en su paciente amante, Beatriz de Córdoba; en Doña Beatriz de Bobadilla, que había fallecido antes de que él pudiera regresar triunfal a Gomera. Recordó a sus hermanos y hermanas en Genova, que habían muerto todos antes de que su fama pudiera alcanzarlos. Pensó en los años que podría haber pasado con Diego, con Fernando, si no hubiera salido nunca de España. ¿No hay triunfo sin pérdida, sin dolor, sin lamento?

Pensó entonces en Diko. Nunca podría haber sido la mujer de sus sueños; había veces en que sospechaba que ella también había amado a otro hombre y que había sufrido una pérdida tan grande como las dos Beatrices para él. Diko había sido su maestra, su compañera, su amante, su amiga, la madre de muchos hijos, su verdadera reina cuando dieron forma a un gran reino a partir de mil aldeas en cincuenta islas y dos continentes. La amaba. Le estaba agradecido. Ella había sido un regalo de Dios.

¿Era deslealtad por su parte, entonces, desear una hora de conversación con Beatriz de Bobadilla? ¿Desear poder besar de nuevo a Beatriz de Córdoba, y oír la reírse con fuerza ante sus historias? ¿Desear poderle mostrar sus cartas y cuadernos a Felipa, para que supiera que su loca obsesión había merecido la pena del dolor causado a todos ellos?

No hay nada bueno que no cueste caro. Eso es lo que Cristóforo aprendió al reflexionar sobre su vida. La felicidad no es una vida sin dolor, sino más bien una vida en la que el dolor se intercambia por un precio digno. «Eso es lo que me habéis

dado, Señor.»

Pedro de Salcedo y su esposa, Chipa, llegaron a Ciudad Isabel en el otoño de 1522, trayendo a Colón cartas de su hija, su cuñado y, lo más importante, de su Diko. Encontraron al anciano dormitando en el balcón, con el profundo olor del mar en la brisa que prometía lluvia desde poniente. Pedro no quiso despertarlo, pero Chipa insistió en que no querría esperar. Cuando Pedro lo sacudió amablemente, Colón lo reconoció de inmediato.

—Pedro —murmuró—. Chipa.

—Cartas —dijo Pedro—. De Diko, en su mayoría.

Colón sonrió, cogió las cartas y las depositó sin abrir sobre su regazo. Cerró de nuevo los ojos y pareció quedarse dormido otra vez. Pedro y Chipa se lo quedaron mirando, con afecto, con nostalgia de los primeros días y los grandes logros. Entonces, de repente, Colón pareció despertar de su sueño. Sus ojos se abrieron y alzó una mano, apuntando con un dedo hacia el mar.

—¡Constantinopla! —exclamó.

Entonces se desplomó en la silla y la mano cayó sobre el regazo. ¿Qué sueño era ése?, se preguntaron.

Unos instantes más tarde, Pedro advirtió que había una cualidad distinta en la postura del anciano. Ah, sí, ésa era la diferencia: ya no respiraba. Se inclinó y le besó la frente.

—Adiós, mi capitán general —dijo.

Chipa también besó su pelo blanco.

—Id con Dios, amigo mío —murmuró. Entonces se marcharon para anunciar al personal de palacio que el gran descubridor había muerto.

EPÍLOGO



En el año 1955, un arqueólogo caribiano, que dirigía una excavación cerca del lugar tradicional del desembarco de Cristóbal Colón, observó que el cráneo casi perfecto hallado ese día era más pesado de lo que debería ser. Anotó la anomalía, y unas cuantas semanas más tarde, cuando tuvo ocasión de regresar a la Universidad de Ankuash, los rayos X mostraron una placa de metal dentro del cráneo.

¿Dentro del cráneo? Imposible. Sólo tras examinarlo de cerca encontró las finísimas marcas de cirugía que habían hecho posible el implante. Pero los huesos no sueldan tan bien. ¿Qué clase de cirugía era ésta, que dejaba tan poco daño? No era posible hacer un trabajo como aquél en 1955, mucho menos a finales del siglo quince.

Fotografiando cada paso del proceso, y con varios ayudantes como testigos, cortó el cráneo y retiró la placa. Era una aleación que nunca había visto antes; pruebas posteriores demostraron que se trataba de una aleación que no existía. Pero el metal apenas era importante. Pues una vez retirado del cráneo se descubrió que se separaba en cuatro finas hojas, en las cuales había gran cantidad de escritura... toda ella microscópica. Estaba en cuatro idiomas: español, ruso, chino y árabe. Estaba lleno de circunloquios, pues hablaba de conceptos que no podrían expresarse con el vocabulario de ninguna de aquellas lenguas en 1500. Pero el mensaje, una vez descifrado, fue bastante claro. Indicaba en qué frecuencia de radio emitir, y en qué pauta, para disparar una respuesta de un archivo enterrado.

Se hizo la emisión. Se encontró el archivo. La historia que contaba era increíble y sin embargo no cabía duda de su veracidad, pues el archivo mismo era claramente producto de una tecnología que nunca había existido en la Tierra. Cuando todo se aclaró, se inició la búsqueda de otros dos archivos. Juntos, relataban con detalle, no sólo los siglos y milenios de la vida humana anterior a 1492, sino también una extraña y aterradora historia que no había sucedido, de los años que se extendían entre 1492 y la creación de los archivos. Si hubiera habido alguna duda respecto a la autenticidad del descubrimiento, todo quedó anulado cuando las excavaciones realizadas en los lugares indicados en los archivos condujeron a espectaculares hallazgos arqueológicos que confirmaban todo lo que podía confirmarse.

¿Había habido una vez una historia diferente? No, dos historias diferentes...

¿ambas anuladas por intervenciones en el pasado?

De repente las leyendas y rumores sobre Diko, la esposa de Colón, y Un-Hunahpu, el mentor de Yax, empezaron a tener sentido. Las oscuras historias de un turco que supuestamente sabotó la *Pinta* y fue asesinado por la tripulación de Colón fueron revividas y comparadas con los planes de los que se hablaba en los archivos. Obviamente, los viajeros habían conseguido viajar al pasado, los tres. Obviamente, habían tenido éxito.

Dos de los viajeros tenían ya tumbas y monumentos. Lo que quedaba era construir una tercera tumba en la playa haitiana, poner el cráneo dentro, e inscribir en el exterior el nombre de Kemal, una fecha de nacimiento que no se produciría hasta dentro de siglos y como fecha de la muerte, 1492.

FIN

FUENTES

Michael F. Brown, *Tsewa's Gift: Magic and Meaning in an Amazonian Society* (Smithsonian Institution Press, 1985). Aunque la cultura estudiada por Brown no está directamente relacionada con ningún pueblo conocido del Caribe, encontré muy valiosa su exploración del uso de la magia; fue para usar esta cultura mágica por lo que convertí la aldea de Ankuash en superviviente de una tribu pretaína, que bien podría haber tenido raíces comunes con la tribu que Brown estudió en el alto Amazonas.

Geoffrey W. Conrad y Arthur A. Demarest, *Religión and Empire* (Cambridge University Press, 1984) [Versión castellana: *Religión e imperio*, Alianza, 1988]. Un libro enormemente perceptivo que subraya el papel de la religión y la ideología en la creación de los dos grandes imperios americanos que los europeos descubrieron (y conquistaron) en el siglo dieciséis. Las ideas no son sólo profundas y a menudo bastante convincentes, sino que también son ejemplos de perspectiva racional: no consideran que sus ideas lo expliquen «todo», como hace mucha gente. Simplemente piensan que sus ideas explican *algo*, y que otras explicaciones que no incluyan religión e ideología son inadecuadas, lo que parece bastante obvio a pesar del hecho de que religión e ideología son a menudo ignoradas o infravaloradas por historiadores, periodistas, arqueólogos e incluso antropólogos culturales, que deberían saberlo bien.

Gianni Granzotto, *Christopher Columbus* (University of Oklahoma Press, 1985). La biografía de Colón mejor escrita, más equilibrada y valiosa de todas las que he leído. Granzotto no juzga a Colón por la ética de nuestros días ni lo idolatra; lo que surge de este libro es la mejor perspectiva posible del hombre a partir de documentos y especulación.

Francine Jacobs, *The Tainos: The People Who Welcomed Columbus* (Putnam, 1992). Hizo falta una novela juvenil, publicada mucho después de la fecha de entrega prevista para mi libro, para proporcionarme los detalles de la vida diaria y la política tribal de los habitantes de La Española. No se trata de un libro erudito, por supuesto, pero la información es valiosa, y aunque mi proyecto era deshacer los acontecimientos narrados por Jacobs, recomiendo altamente este libro para aquellos que quieran saber qué pasó en realidad en nuestra versión de la historia.

Alvin M. Josephy, Jr, *America in 1492: The World of the Iridian Peoples Before the Arrival of Columbm* (Knopf, 1991). Si yo hubiera entregado esta novela a tiempo, habría tenido que apañármelas sin la ayuda de este excelente estudio sobre las culturas nativas americanas. Además de ayudarme con detalles específicos referidos a las tribus perdidas de las islas del Caribe, me dio una buena base en el tipo de

generalidades que podría estudiar Vigilancia del Pasado, aunque las conclusiones alcanzadas por los personajes en lo referido a las culturas de las Américas son más o de los personajes mismos; si hay errores, Josephy y sus colaboradores sólo son responsables de que yo no me haya equivocado aún más.

Linda Schele y David Freidel, *A Forest of Kings: The Untold Story of the Ancient Maya* (Morrow, 1990). Un amigo mío, Dave Dollahite, me obligó a leer este libro aunque le insistí en que estaba trabajando con los mexica, no los mayas. Fue más listo que yo. Los mexica eran plenamente conscientes de su dependencia cultural de los toltecas y, antes de ellos, de los mayas, y este excelente libro me sirvió como guía de la forma de pensar mesoamericana. Los autores son rigurosamente eruditos sin necesidad de ser oscuros, y su lealtad hacia la cultura maya hace que su libro sea en ocasiones una visión desde dentro. La determinación de los autores para no juzgar a veces va demasiado lejos, ya que ocasionalmente pasan de su visión moralmente neutral de la cultura del sacrificio a otra que parece pedir disculpas e incluso, ocasionalmente, admirarla. Cuando el sufrimiento de las víctimas de la tortura y el sacrificio es simplemente «desafortunado» uno se da cuenta de que llega a plantearse demasiada distancia moral respecto al tema tratado. No obstante, incluso esta tendencia hizo que *A Forest of Kings* me resultara aún más valioso: ver a unos científicos americanos contemporáneos capaces de sentirse cómodos con una cultura de sacrificios me ayudó a ver cómo los propios mesoamericanos podían aceptarla.

Dennis Tedlock (trad.), *Popol Vuh* (Simón & Schuster, 1985). Una fluida y clara traducción del libro sagrado maya, una mitología verdaderamente extraña. Este libro resultó valiosísimo para ayudarme a comprender y sentir la cultura y la forma de pensar de los pueblos mesoamericanos en la época de la llegada de los españoles. La historia de Un y Siete Hunahpu y sus hijos está extraída directamente de este texto; sólo lamento no haber podido incluir más.

Tzvetan Todorov, *The Conquest of America* (Harper & Row, 1984). Éste fue el libro que me hizo querer escribir una novela sobre Colón. El análisis que Todorov hace de las culturas en conflicto, la forma de pensar de ambas partes que condujo a la conquista europea de América (y sobre todo su visión de Colón, Cortés y Moctezuma) me supo a cierto e iluminó muchas cosas que me habían resultado misteriosas sobre el pasado americano. No se trata sólo de un profundo ensayo sobre las culturas en conflicto, sino también de un libro de texto sobre cómo reflexionar sobre la mente pública.

Notas

1 A partir de aquí, el texto original inglés nombra al personaje Columbus y no Cristóforo, en alusión al significado religioso. En la traducción se le llamará Colón. (*N. del T.*)

2 La impecable documentación de que hace gala Orson Scott Card en la redacción de este libro parece fallar en lo referido a Juan de la Cosa y su intento de aplicar los nacionalismos del siglo veinte al momento del Descubrimiento. Parece demostrado que Juan de la Cosa nació en Santoña, Santander, quedando totalmente descartados otros supuestos orígenes como El Puerto de Santa María u Orduño en Vizcaya. De la Cosa fue, además, maestro en la primera expedición de Colón y primer piloto en la tercera. De todas formas, donde el autor usa el término «vasco» en el original, se ha traducido «vizcaíno», término aplicado en la época a todos los marinos del Cantábrico. (*N. del T.*)